

se

PENELOPE FITZGERALD

Inocencia

Traducción de Pilar Adón

Epílogo de Terence Dooley



Lectulandia

La joven Chiara Ridolfi acaba de salir del colegio inglés en el que ha pasado su infancia. Al llegar a Florencia, donde viven su padre y su tía, descendientes de una antigua familia de nobles italianos ahora venida a menos, se enamora perdidamente del doctor Salvatore Rossi, un hombre recio, hecho a sí mismo y con una inmensa conciencia de clase.

Pero a partir de su primer encuentro, en un concierto para violín de Brahms, el mundo parece confabularse para que sientan que todo se interpone en su camino. El carácter de ambos, insegura ella e inflexible él, ayuda a hacer de su vida algo insoportable. Hasta que alguien decide adoptar una medida sorprendente y extrema, fruto de una peculiaridad ancestral del temperamento familiar.

Lectulandia

Penelope Fitzgerald

Inocencia

ePub r1.0

Titivillus 21.09.16

Título original: *Inocence*
Penelope Fitzgerald, 1986
Traducción: Pilar Adón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Cualquiera que pase por delante de la villa de los Ridolfi, La Ricordanza, podrá reconocerla de inmediato. Solo tiene que levantar la mirada y contemplar las estatuas de piedra colocadas en la parte más elevada de los muros que circundan la propiedad. Todo el mundo las conoce como «los enanos». Se ven mejor desde el lado derecho de la carretera que lleva a Val di Pesa. No se trata de enanos en sentido estricto ya que representan cuerpos adultos de menos de un metro treinta, patológicamente pequeños, pero bien proporcionados.

Como los terrenos de la villa se inclinan en brusca pendiente hacia el suroeste, desde la carretera no puede verse nada de lo que queda al otro lado de los muros, salvo los tejadillos y los ademanes de los enanos, suspendidos en la espaciosa aguada azul del cielo. Algunos de aquellos ademanes resultan acogedores y hospitalarios, como si los enanos estuvieran invitando a entrar al viandante. Otros, sin embargo, sugieren justo lo contrario. Hay a la venta postales coloreadas de la villa, pero las estatuas no son las mismas que aparecen en los grabados antiguos, y ni siquiera son las mismas que las de las antiguas postales. Quizá hayan reemplazado algunas de ellas por otras nuevas.

En 1568, el propietario de La Ricordanza era, claro está, un Ridolfi de baja estatura. Se había casado con una mujer también pequeña, con quien tuvo una hija, nacida después de muchos embarazos fallidos; la niña también resultó ser pequeña. Al parecer, no se trataba de la única familia que por aquella época se encontraba en esa situación o en una situación parecida. Estaban, por ejemplo, los Valmarana de Monte Berico, a las afueras de Verona. En su caso, la hija de la casa era enana y, para que no supiera jamás lo diferente que era del resto del mundo, solo permitieron que en Villa Valmarana entraran enanas que jugarían con ella y que se encargarían de cuidarla. En La Ricordanza, por su parte, el conde Ridolfi hizo llamar a un médico de acreditada reputación académica, Paolo della Torre, que había ejercido su profesión en Torre da Santacroce. Paolo le respondió por carta. En ella le aseguraba que si a los Valmarana les estaba funcionando tan bien su estrategia era porque había una gran cantidad de enanos en los dos pueblos de los alrededores. Los viajeros que pasaban por aquella zona solían desviarse de su trayecto para ir a ver si se topaban con alguno de los enanos y, en caso de que no apareciera ninguno, el conductor se ofrecía a bajar de su asiento e ir a sacarlos él mismo de sus casas para que los turistas pudieran verlos. En aquella época no se sabía que los habitantes de Monte Berico padecían una enfermedad pulmonar y que la baja concentración de oxígeno en la sangre era la causante de un alto índice de enanismo.

«Pero estas gentes no serían las más adecuadas para servir a su señoría —añadía

Paolo en su carta—. Y yo le aconsejaría, además, que no se lamentara en ningún caso por no tener más enanos en La Ricordanza. En lo que respecta al linaje o a la raza, hay que recordar que, en palabras de Maquiavelo, la Naturaleza implanta en todo una energía oculta que aporta su esencia a lo que de ella brota, haciéndolo similar a sí misma. Podemos descubrir la gran verdad de estas palabras en el propio limonero, cuya más insignificante ramita, aun en el caso de que el árbol tenga la mala fortuna de revelarse infecundo, sigue manteniendo la fragancia que constituye el alma del limón». Dicha carta era reveladora, y muy educada, pero completamente inútil. Con gran dificultad, y tras muchas consultas, Ridolfi examinó todos los casos declarados que pudo de familias de constitución pequeña y, así, para cuando su única hija cumplió los seis años, ya disponía de todo un séquito adecuado a su situación: una institutriz pequeña, un médico pequeño, un escribano pequeño, etcétera. Todo a su medida. La niña nunca salía de la villa e imaginaba que en el mundo solo había personas de menos de un metro treinta de estatura. Para entretenerla mandaron traer de Valmarana a un enano (a un verdadero enano, no a una persona pequeña), pero la iniciativa no tuvo ningún éxito. Ella le compadecía al pensar en lo mal que lo debía de pasar al darse cuenta de que, como enano, era diferente a todos los que vivían en La Ricordanza. Un día, al querer hacerla reír a toda costa, el enano se cayó y se abrió la cabeza, lo que hizo que la niña gritara con tanta angustia que se vieron obligados a prescindir de él.

Los Ridolfi sufrían por tener que engañar a su hija de aquella manera. Pero el engaño, en gran medida, resulta cada vez más fácil con la costumbre. Toda la propiedad había sido, por supuesto, ampliamente acondicionada, aunque hoy en día solo se conserve una de aquellas excepcionales escaleras que atravesaban los jardines, con sus diminutos peldaños de hierba y mármol. En cuanto a las estatuas, no se debían a ningún escultor local, a pesar de la cantidad de canteras que había por los alrededores. Tal cometido le fue encargado a un artista completamente desconocido, del que ciertas autoridades pensaban que había sido prisionero de guerra turco.

Por aquel entonces, el conde Ridolfi supo de una niña también pequeña, una niña ilegítima pero de buena familia, que vivía a una distancia considerable de La Ricordanza, en Terracina, y lo dispuso todo para que la niña se mudara a vivir con ellos. Afortunadamente, la pequeña había nacido muda o, al menos, cuando llegó a La Ricordanza era incapaz de hablar. Por tanto, resultaba imposible que pudiera contarle a la joven heredera cómo eran los seres humanos que había visto fuera de los muros de la villa.

Todo el cuidado y todas las atenciones de la pequeña niña Ridolfi eran ahora para Gemma da Terracina. Dado que no pudo lograr que su nueva amiga emitiera sonido alguno —algo que hasta la mayoría de los pájaros enjaulados podían hacer—, quiso renunciar a estudiar latín y griego y, en todo caso, pidió que nunca volvieran a leerse sus lecciones en voz alta. En cuanto a la música, este era un asunto si cabe más grave. Los Ridolfi disponían de un organista particular, que tocaba un instrumento en

miniatura, situado en el *salotto*, que parecía casi de juguete y cuyos sonidos aún resultan tan nítidos como los de un pájaro. Cualquiera que lo haya visto, a buen seguro no podrá olvidarlo en su vida. Debió de suponer un auténtico sacrificio tener que silenciar aquel órgano, y probablemente se trató de un esfuerzo bastante inútil, puesto que no había prueba alguna de que Gemma fuera sorda.

En cualquier caso, menos de doce meses después, Gemma comenzó a crecer a un ritmo notable, como si su cuerpo se hubiera propuesto compensar aquellos ocho años que llevaba de retraso. Para la primavera siguiente, le sacaba ya una cabeza al médico de la familia, que vivía con el capellán y el escribano en unas dependencias construidas especialmente para ellos sobre la capilla. El médico, tras ser consultado, poco pudo aportar. Pensó en administrarle a Gemma aceite de enebro para impedir el crecimiento y, más tarde, cuando aquello falló, llevó a la práctica un antiguo remedio atribuido a Plinio, quien afirmaba que los comerciantes griegos solían frotar un bulbo de jacinto sobre las esclavas jóvenes a fin de evitar que les creciera el vello púbico. Los Ridolfi empezaron a temerse que su médico fuera un poco tonto. Angustiados, buscaron por todas partes a alguien que les pudiera ofrecer algún consejo mejor. Una vez más, el veredicto de della Torre les resultó de poca utilidad. Otra carta de las suyas, ahora desde la Biblioteca Nazionale, señalaba que era una locura, en última instancia, tratar de revertir las tendencias de la Naturaleza. «No se preocupen tanto —añadía—, por todo ese asunto de la felicidad de su hija». También se produjo cierto intercambio de pareceres entre Ridolfi y su hermano, el cardenal arzobispo de Florencia, que no aludió en absoluto a la Naturaleza, pero advirtió que la felicidad humana debe dejarse en manos del Cielo. «Por supuesto —admitió el conde—. Y así lo haré en todo lo que a mí respecta. Pero seguro que estoy en mi derecho de consagrarme al auxilio de los demás. ¿Qué mejor tarea puede existir en el mundo?» Lo cierto era que su hija no estaba en absoluto preocupada por su propia suerte, sino por la de su amiga únicamente. Ella pensaba que, al final, si Gemma tenía que salir de nuevo al mundo, donde nadie medía más de metro treinta de altura, la tratarían como a un monstruo. Y además, para colmo, era muda e incapaz de explicarse. Toda la situación resultaba cruelmente embarazosa. La niña se acostumbró a caminar unos pasos por delante de Gemma para lograr que sus sombras parecieran igual de largas.

El conde estaba seguro de que jamás el Cielo ni la Naturaleza habían otorgado a nadie, y menos a un niño, un corazón tan compasivo como el de su hija. Resultaba imposible, impensable incluso, separarla ahora de Gemma, así que se vio obligado a prometerle a su hija que cualquier cosa que se le ocurriera para ayudar a la pobre Gemma en su desesperada situación la llevarían a cabo, fuera lo que fuera y costase lo que costase.

Por aquel entonces la niña estaba a punto de cumplir los ocho años, edad en que la mente empieza a operar de manera lógica, sin albergar más dudas acerca de lo aprendido hasta el momento, ya que deja de preocuparse por la posibilidad de que pueda existir un mundo diferente al que conoce. Esta fue la razón (por ejemplo) de

que no hubiera puesto nunca en tela de juicio el hecho de su propio confinamiento en La Ricordanza. Había aprendido, por otra parte, algunas cosas importantes acerca del dolor, y sabía que valía la pena sufrir hasta cierto punto si dicho sufrimiento conducía finalmente a algo más apropiado o más hermoso. A veces, en alguna ocasión especial, hacía que le rizaran el pelo. Y eso le dolía un poco. Del mismo modo, los jardineros de su padre solían sumergir en agua hirviendo las ramas de los limoneros que crecían en los huertos de La Ricordanza. Los árboles perdían así todas las hojas, pero las nuevas volvían a brotar con mucha más fuerza.

Mientras tanto, Gemma se había aficionado a subir y bajar las otras escaleras del jardín, las imperfectas: aquellos antiguos tramos de peldaños gigantes que habían quedado abandonados y dispersos por aquí y por allá, y que solo debían usarse en juegos muy determinados. La pequeña Ridolfi se propuso hallar una solución y rezó con todas sus fuerzas para dar con el camino adecuado que la sacara de aquel embrollo. Al cabo de unas semanas se le ocurrió una solución: ya que Gemma no debía ser consciente jamás de la diferencia cada vez más acusada que existía entre ella y el resto del mundo, a buen seguro se sentiría mucho mejor si se quedara ciega... Es decir, sería más feliz si alguien le sacara los ojos. Y, ya puestos, como parecía que no había manera de que dejara de subir y bajar aquellas escaleras tan raras, a la larga, sin duda, sería mejor para ella que le cortaran las piernas a la altura de la rodilla.

2

Esta historia de los Ridolfi no es la que se cuenta en la actualidad en el folleto proporcionado por la Azienda di Turismo o por el Comité para la Promoción de las Villas más Hermosas de Florencia: el relato empieza de la misma manera, pero termina de forma diferente. Y, probablemente, tampoco sea La Ricordanza, a pesar de su gran tamaño y de su elevada situación, y a pesar de todas sus tierras repletas de limoneros, una de las villas más hermosas de Florencia. En cierto modo, tampoco se puede decir que el actual conde Ridolfi sea un conde de verdad, aunque se refieran a él de ese modo en el folleto, ya que en Italia todos los títulos fueron abolidos después de la segunda guerra mundial. Y con el paso de los años, el caudal de la familia Ridolfi ha dado tantas vueltas y tantas revueltas, ha cruzado tantos puentes inciertos, que no puede decirse que las generaciones pretéritas sean responsables de lo que les acontezca a las que viven en el siglo xx. Por ejemplo, ya no hay personas pequeñas entre ellos. Sin embargo, sí han conservado cierta tendencia a tomar decisiones drásticas, siempre con la intención de asegurar la felicidad de los demás, de una vez por todas y para siempre. Parece extraño que una característica tan extraña haya sobrevivido tantos años. Aunque tal vez no dure mucho más.

3

En 1955, Giancarlo Ridolfi, a la edad de sesenta y cinco años, tomó una trascendental decisión que habría de trastornar la paz de sus últimos años de vida y que, incluso, iría en contra de su carácter ya que por entonces nada le importaba demasiado. Sin embargo, tomó aquella firme decisión no solo por el amor que sentía por su hija Chiara, sino también pensando en su hermana mayor, Maddalena. Todo ocurrió cuando Chiara, que acababa de cumplir los dieciocho años, les dijo que quería casarse con un doctor, el doctor Salvatore Rossi. Era un hombre joven, aunque tampoco demasiado, de unos treinta años más bien, que trabajaba como especialista en el Hospital S. Agostino, inteligente y muy trabajador.

—Es muy trabajador... Imagino que eso significa que es del sur —dijo Maddalena.

Giancarlo había nacido en 1890, en un momento en el que habían puesto a la nobleza italiana en su sitio y ya no ocupaba cargos públicos importantes. Su padre lo había criado con sobriedad en la pequeña granja familiar de Valsassina, situada a treinta kilómetros al este de Florencia. Todos ellos habían vivido muy sobriamente, sin grandes lujos, ya que los Ridolfi nunca fueron muy hábiles con el dinero. El viejo conde hacía que le confeccionara sus trajes un sastre del lugar, y por la noche bajaba a beber vino, el vino de su propia hacienda, a la cantina del pueblo, donde siempre contaban los mismos chistes, que sonaban mejor tras cada ronda. Hasta la década de 1900, la familia no había ido nunca a la playa y no tenía ni idea de que el mar fuera un lugar al que se pudiera ir de vacaciones, en vez de a la montaña. En 1904, de repente, hicieron todos juntos un viaje a Milán, ciudad de la que tampoco sabían nada, para asistir al estreno de *Madam Butterfly*. Y aquello fue como si el cielo se hubiera abierto para ellos, y luego volvieron a Valsassina. Cuando el cine llegó al pueblo pudieron ir a ver las antiguas y ajadas películas de la *terza visione*^[1] que se proyectaban en la pared encalada del patio de la cantina. Si alguien se levantaba para ir al urinario, su sombra se cruzaba por delante de la pantalla adoptando la silueta de un gigante. Otra de las concesiones que hizo el viejo conde fue la de comprarle a su hijo un nuevo tipo de juguete: un reloj de pulsera; esto fue en 1910, poco después de que se fabricara el primer reloj de pulsera para el aviador Santos-Dumont. Después de aquello, le preguntaba al niño cada vez que se le presentaba la ocasión: «Bueno, ¿dinos qué hora es!». Pero las ocasiones no eran muy frecuentes en un lugar como Valsassina, donde la hora del día resultaba siempre bastante evidente por la longitud, creciente o menguante, de las sombras. De todas formas, ni los arrendatarios de los campos ni los sirvientes, que se unían a la conversación mientras repartían los platos por la mesa, podían resistirse a la tentación de pedirle al niño que volviera a mirar de

nuevo el reloj: «¡Dinos la hora!».

Su padre murió cuando él tenía once años. El hermano menor se quedó en la granja. Los familiares asumieron el cuidado de Maddalena y de Giancarlo, aunque por separado. A Giancarlo lo enviaron primero a Inglaterra y luego a Suiza para que estudiara Comercio, pero él no logró sacar nada en claro de sus clases, como tampoco aprendió mucho de la filosofía de Benedetto Croce que estudió en la universidad. Luchó en la primera guerra mundial, sirvió en la caballería, y posteriormente obtuvo un puesto en el Departamento de Remonta. En 1931, su viejo profesor de filosofía fue uno de los pocos catedráticos que decidieron protestar contra el fascismo, por lo que fue despedido y tuvo que pedir ayuda a sus conocidos. Giancarlo recordó que Croce le había enseñado que la política era una simple pasión, jamás la ocupación adecuada para un intelectual, pero no quiso abandonar a su maestro. Así que se vio bajo arresto domiciliario en el palacio familiar que poseían en Florencia y que tenía la abrupta forma de un acantilado. Casi todas las habitaciones estaban alquiladas, pero las rentas que puede recibir un hombre caído en desgracia son muy bajas, si es que llega a cobrar algo alguna vez. Por tanto, se vio en la necesidad de revelar a Annunziata, la cocinera, que no tenían dinero en efectivo aunque lo que en realidad quería decirle era que no tenía dinero de ningún tipo. Annunziata lo sabía, y le dijo que lo que debía hacer era conseguir que alguien le diera un buen consejo.

Su hermano menor era un hombre poco comunicativo. Se había casado con una mujer que tampoco sentía la necesidad de hablar, y ambos tenían un hijito igual de silencioso que ellos. Pero había un cuñado, un tal monseñor Gondi, que estaba en la Curia y que conocía a todo el mundo en Roma. Giancarlo fue a hablar con él, y Giuseppe Gondi decidió implicarse, hasta el punto de que le respondió por carta, siempre empleando expresiones muy generales: «Hasta el momento no has recibido muy buenos consejos, la verdad, hijo mío. Reza y medita constantemente, y sigue las tradiciones propias de tu país y las propias de la antigua nobleza». Giancarlo pasó meses considerando la importancia de aquellas palabras y su impreciso significado, hasta que decidió seguir la tradición más asentada de todas las propias de la nobleza italiana y se casó con una americana rica. Pero él no era un hombre codicioso, y cuando volvió a estallar la guerra su mujer lo abandonó: y así se quedó, un padre envejecido, con una hija de dos años de edad y con una economía tan precaria como antes de casarse.

¡Qué lástima que Maddalena, que siempre se mostró tan violentamente opuesta a Mussolini y que residía en Inglaterra, hubiera ido a casarse con un hombre cuyo principal interés consistía en observar aves acuáticas y aves zancudas, y que había pensado de ella, muy equivocadamente, que era una extranjera rica! Por muchas vueltas que se le dé al asunto, ¿cómo iba a ser feliz un hombre en tales circunstancias? Los derroteros que siguieron sus matrimonios volverían a reunir a Giancarlo y a su hermana, o, al menos, obligaron a que ambos regresaran a su hogar de la Piazza Limbo.

Maddalena ofrecía un aspecto tan lánguido que, al verla, se podía pensar que no iba a durar mucho en este mundo, aunque su persistente buena salud contradijera esa primera suposición. Giancarlo habría podido apreciar toda su fortaleza si hubiera habido algún modo de saber en qué aspectos de la vida iba a mostrar su fortaleza en el futuro. Tomemos, por ejemplo, la cuestión de los dedos tercero y cuarto de su mano derecha. Le desaparecieron cuando se los arrancó con unas tenazas afiladas un ladrón que se había sentado detrás de ella, en el autobús de la línea 33, que cubría la ruta de Bagno a Ripoli. Por supuesto, el propósito del ladrón era hacerse con un anillo de diamantes que le había regalado su marido inglés en los buenos tiempos. Pero un incidente como aquel no era en absoluto algo fuera de lo común en aquellos tiempos, de modo que Maddalena se negó en redondo a poner ninguna denuncia. Consideraba su pérdida, solía decir, como el tributo que debían pagar todos aquellos que poseían algo digno de ser robado.

—Calcula, a lo largo de un año cualquiera, la posibilidad de tener que pagar una quinta parte de tus bienes muebles —le dijo a su hermano.

Según esa teoría, le respondió Giancarlo, tendría que perder un dedo cada cinco años:

—¿Cuánto tiempo piensas vivir?

Chiara, que les visitaba cada vez que tenía vacaciones en el colegio de monjas inglés en el que estaba interna, estaba muy preocupada por su tía Mad. También estaba lo del Refugio para los Indeseados. El hecho de que los ancianos no pudieran ser felices era algo que atormentaba a su pobre tía Mad. La gente soporta la presencia de los viejos de mala gana y con resignación. A nadie, ni siquiera a quien debe cumplir sus votos de obediencia religiosa, le resulta plato de buen gusto tener que pasarse el día rodeado de ancianos. Solo hay una única excepción: los bebés. Los niños siempre están dispuestos a sonreírle a cualquier cosa que tenga una forma más o menos humana. ¿Por qué no crear, por tanto, un refugio en el que los viejos pudieran pasar el resto de sus días cuidando a los niños sin hogar? Unos desdentados podrían convivir pacíficamente con otros desdentados.

—Pero los ancianos no lo harían bien. Se olvidarían de quién es cada niño. Los confundirían.

—Sí, es posible. Podría suceder de vez en cuando.

—Y se les caerían al suelo.

—Quizá un niño o dos. ¡Pero, piénsalo, se sentirían tan útiles!

En la confusión de la posguerra, durante la conflictiva reconstrucción de Florencia, resultaba muy sencillo hacer ciertas cosas bastante inusuales sin que fuera necesario siquiera acudir al soborno. Maddalena dilapidó prácticamente todo lo que le quedaba en su fundación, situada en Via Sansepolcro. Afortunadamente, el día a día no entrañaba demasiados gastos. Todas las ancianas eran de los alrededores. Estaban acostumbradas a lavar la ropa con agua fría y a fregar el suelo con arena.

Giancarlo no recordaba a quién se parecía su hermana cuando era pequeña.

Aunque, de manera lejana, debía de parecerse a alguien, pero «desde luego, a mí no», pensaba él.

Tal vez en aquel momento, mientras se encontraban sentados en el apartamento situado en la segunda planta del decrepito *palazzo*, en un salón lleno de estatuas de mármol, un salón con paredes tan amarillas como unos dientes viejos pero con una fresca luminosidad procedente del río que corría tan solo una calle más allá, todo lo que estuvieran haciendo fuera hablar de las cosas que les preocupaban, como todo el mundo. Lo único que los diferenciaba de los demás era su proverbial optimismo. Incluso los desacuerdos entre ellos despertaban ilusiones y esperanzas.

Si Chiara iba a casarse con aquel tal doctor Rossi, ¿dónde se celebraría el almuerzo nupcial? Habían pensado que tendría que ser, por supuesto, en La Ricordanza. Aunque Annunziata sería un absoluto incordio en cualquier celebración que tuviera lugar allí. Enfermizamente temerosa, aquella mujer insistía en que todos los invitados que vinieran de Roma (con la única excepción de *monsignore*, naturalmente) o incluso de cualquier otro lugar situado al sur de la frontera de Umbría debían ser objeto de estrecha vigilancia. Antes y después de que se hubieran marchado, contaba las cucharas mientras farfullaba sola. Lo hizo, por ejemplo, cuando Giancarlo ofreció un almuerzo en la villa para algunos banqueros romanos escogidos con la idea de recaudar dinero para la finca. Aquel plan, en cualquier caso, estaba destinado al fracaso desde el principio, ya que Giancarlo no era el tipo de persona capaz de sacarle el dinero a la gente. Debería haberse aplicado más en sus estudios empresariales cuando estuvo en Suiza.

En cualquier caso, resultó que Chiara no quería que su boda se celebrara en La Ricordanza, aunque se mostrara profundamente preocupada ante la perspectiva de que su decisión pudiera molestar a alguien.

—¡Pensar que era allí donde solía jugar todas las mañanas! —exclamó Mad—. A la sombra de los limoneros.

De todos modos, al parecer, el doctor Rossi no se mostraba partidario de celebrar la boda en aquel lugar. Pero igualmente Chiara quería dar su opinión.

—Por supuesto —respondió Giancarlo—. Y también puede cambiar de parecer.

Les pareció evidente que lo que quería Chiara era celebrar su boda en el campo.

—Lo que significa que estará pensando en la granja. Voy a ir a Valsassina a hablar en persona con Cesare de todo este asunto. Él no sabe lo que está pasando. Seguro que ni se le ha ocurrido preguntar. Mañana mismo me voy a Valsassina.

El conde, que aún se movía con bastante agilidad, aunque con cierta rigidez, descendió las escaleras que daban acceso al patio del *palazzo*. Habían alquilado la planta baja y ahora había algunas tiendas abiertas (una de ellas era una peluquería) y unas cuantas oficinas pequeñas. El *cortile* estaba repleto de coches aparcados y de *scooters*. En cuanto a las bicicletas, preferían meterlas dentro, y en los pisos, porque así sus propietarios se quedaban más tranquilos. Dos caballos, pertenecientes a la policía montada, esperaban pacientemente y durante largas horas, atados a unas arandelas de hierro incrustadas en unos pilares de mármol. En el siglo XIV todo el patio había servido de cementerio para niños no bautizados, cuya salvación resultaba bastante incierta.

Con bastante alivio, el conde se subió a su viejo y robusto Fiat 1500. El cuero hundido del asiento del conductor se ajustó de inmediato a sus envaradas articulaciones. La poca disposición a arrancar, aquellas pequeñas piezas mal ajustadas y cierto traqueteo que podía tener algo que ver con los ceniceros —aunque tal vez no— no suponían ningún problema para un conductor capaz de reconocer y aceptar todas y cada una de aquellas particularidades. Es más, percibir las constituía para él todo un alivio.

Salió de la ciudad por Via Chiantigiana. Intentando acomodar sus cavilaciones al traqueteo del coche, pensó que tanto su esposa, que no estaba muerta pero que prefería vivir en Chicago, como el marido de Maddalena, que tampoco estaba muerto aunque a veces pareciera estarlo, y que se había mudado a East Suffolk, debían recibir invitaciones para la boda, aun sabiendo que declinarían el ofrecimiento. Por otra parte, le pedirían a *monsignore* que oficiara, y oficiaría, siempre con la venia del párroco de Valsassina. El conde siguió conduciendo y pensó que el campo, las suaves pendientes, los olivos, las vides y las huertas indicaban bien a las claras que aquella tierra era todavía amable e incluso protectora con los seres humanos. Sin embargo, lo único que había recibido a cambio como recompensa era la instalación de unos cuarenta y cinco mil postes de cemento blanco por hectárea de viñedo. Pero aquello no molestó a Giancarlo, que era capaz de perdonarle a la tierra sus cambios de aspecto igual que era capaz de perdonarse los suyos a sí mismo.

Aquel año estaban teniendo un otoño frío. En Valsassina las hogueras de paja que se encendían por la noche para mantener la tierra caliente llenaban el aire de un olor penetrante. Dos de los pequeños roturadores de Cesare avanzaban en procesión por la ladera, de un lado a otro. El conde se maravilló —y no era la primera vez— al advertir la cantidad de tiempo que se invertía a lo largo de un día de trabajo agrícola en mover cosas de un lugar a otro. Dejó atrás el pequeño edificio de piedra, que en

tiempos había sido una capilla y que los campesinos utilizaban ahora para su descanso del mediodía. Del precario tejado salían vaharadas de vapor como de una tetera, lo que indicaba que allí dentro se estaba cocinando algo. Más arriba, una cruz de piedra marcaba el lugar en el que habían disparado al padre de Cesare durante la retirada de los alemanes, o tal vez fuera durante el avance aliado. Ahora ya no había manera de saber quién le había disparado exactamente ni a qué había querido enfrentarse.

Giancarlo estacionó el coche en el patio delantero, en lo alto de la loma, donde se suponía que siempre hacía un poquito más de calor (aunque se trataba de una idea falsa) y, al salir del coche se topó de frente con el viento del otoño. Un lagarto que se había asomado, tan arrugado como la mano de un viejo, a lo que parecía un cálido rayo de sol, se retiró al instante y volvió a su agujero. Toda la pared del lado derecho estaba cubierta por las ramas de un viburno trepador, que seguía extendiéndose hacia arriba y hacia fuera —como había hecho siempre desde que se tenía memoria— hasta invadir todo lo que estuviera a su alcance. Aquella planta había tenido la sensatez de despojarse pronto de sus hojas.

Valsassina era una construcción que quedaba a medio camino entre una granja y una *casa signorile*. Su diseño original había sido elogiado en distintas ocasiones, pero lo cierto era que la habían levantado allí casi al azar, en el mismo lugar en el que antes había una antigua torre de vigilancia. Una vez dentro, uno tenía siempre la impresión de que allí no había nadie. Solo un vacío cavernoso en el que se podía percibir el leve sonido de algo que goteaba en la oscuridad. Una oscuridad que no era absoluta sino teñida de una opacidad rojiza que se extendía desde los suelos de ladrillo hasta los revestimientos de terracota de los techos. Inmediatamente a la derecha, según se entraba, se encontraba la sala de fermentación para el vino de la casa, así que el fuerte olor de la madera empapada impregnaba toda la vivienda, de un extremo a otro. De allí procedía también aquel sonido de goteo constante. Justo enfrente estaba el comedor, presidido por una enorme chimenea de *pietra serena*^[2].

—¡Cesare! —gritó Giancarlo. Entonces recordó que su sobrino reservaba los miércoles para el trabajo de oficina.

El comedor estaba tan oscuro como el vestíbulo. Hacía tanto frío que habían cerrado las contraventanas, pero, no obstante, se podían adivinar las siluetas de los cuchillos y los tenedores dispuestos sobre la vieja e imperturbable mesa, así como la forma de dos inmensas servilletas blancas. Que aquellas servilletas estuvieran allí significaba que su llamada telefónica no había caído en saco roto, y que le estaban esperando. Oyó cómo se abría una puerta situada en el extremo más alejado de la sala, permitiendo que entrara la brillante luz del otoño, y entonces apareció un anciano que se quejaba de algo y una anciana que le interrumpía para preguntarle al conde con toda la firmeza del mundo qué tipo de pasta quería que le preparasen para la comida.

—Si me habláis los dos a la vez, no os entiendo —dijo Giancarlo.

Aquel hombre, Bernadino Mattioli —ya lo sabía—, sufría de vez en cuando de ciertos delirios de grandeza. Puede que para Cesare fuera un verdadero alivio librarse de él, pero, dado que Bernadino no tenía ningún otro lugar al que ir, esa opción era impensable. «¿Cómo podrá vivir aquí mi sobrino, en estas circunstancias? —se preguntó—. Un hombre joven y solo». Se suele decir que todo hombre desea, en lo más profundo de su corazón, morir en el lugar en que nació. Mientras consideraba aquella idea y caía en la cuenta de que él había nacido en la habitación que quedaba justo encima de la sala donde estaba sentado en ese instante, Bernadino se le acercó.

—Tengo que decirle a su excelencia una cosa que puede resultarle curiosamente interesante.

La anciana volvió a interrumpirle otra vez. Resultaba que solo había dos posibilidades para el almuerzo: o *tagliatelle* verdes o *tagliatelle* normales.

—Cualquier decisión será una apuesta arriesgada —dijo el conde—. Probemos la pasta verde.

La vieja se retiró a la cocina, y pudieron oír cómo gritaba hacia el interior de lo que parecía una casa abandonada:

—¡Quieren la verde!

Giancarlo recordó que tenía que estar en Florencia antes de las cuatro y media para asistir a una reunión del comité del Touring Club.

En la parte trasera, las dos alas de la casa habían perdido ya todas sus pretensiones, y ahora eran poco más que una serie de cobertizos. Más allá del patio trasero había zanjas, bastante profundas y antiguas, en las que se habían plantado higueras y verduras, aunque aquel año todo se había echado a perder por culpa del viento. El último cobertizo que quedaba a la izquierda, por la polea que se veía por encima del altillo, parecía haber sido en otro tiempo un pequeño granero. No obstante, ahora hacía las veces de oficina. Y allí, sentado absolutamente inmóvil y muy serio frente a dos montones de papeles, estaba Cesare. Cuando cayó sobre él una sombra que le hizo elevar la mirada, y pudo comprobar quién era el visitante, se puso de pie de un salto y se lanzó a buscar la única silla, además de la suya, que había en la estancia, provocando con sus movimientos que por el aire se esparciera un olor a aves de corral y a polvo rancio. El conde se sentó con unos movimientos que exageraban su fragilidad, como si estuviera llevando a cabo una especie de ceremonia protectora contra la mala suerte. Cesare se volvió a sentar, girándose sobre el escritorio para mirar a su tío.

El escritorio, un viejo mueble de nogal, ofrecía un aspecto triste y desamparado, como ocurre siempre con todos los muebles que se sacan del interior de una casa. Las planchas de latón que antes lo guarnecían habían desaparecido, y los tiradores se habían reemplazado por unos trozos de cuerda que habían hecho pasar por los agujeros de los tornillos.

—Ese escritorio no estaba aquí cuando vivía tu padre —dijo el conde, como si acabara de darse cuenta en ese preciso momento del cambio, cuando lo cierto era que

ya lo había comentado en muchas otras ocasiones. Cesare no respondió. Nunca decía nada a menos que fuera absolutamente necesario. Para él la conversación no era en ningún caso una de las artes de la vida ni un entretenimiento, a no ser que se considere que el silencio forma una parte esencial de la misma.

La finca Valsassina llevaba años siendo objeto de una demanda legal, cuyo propósito era establecer de manera definitiva la ubicación exacta de sus viñedos. Cuando Cesare o su difunto padre se referían a «la tragedia de 1932», no estaban pensando ni mucho menos en el sangriento destino de los once profesores universitarios que se negaron ese año a prestar el juramento fascista. A lo que se referían, más bien, era al año en que las autoridades declararon que Valsassina quedaba fuera de la línea fronteriza que delimitaba la zona del Chianti. Eso significaba que ninguno de los vinos Ridolfi podía ser etiquetado o vendido como *chianti*, y su valor de mercado se reducía en una cuarta parte. Sin embargo, la familia se había encargado de hacer las mediciones correspondientes a partir de la situación de la casa, y creían poder demostrar que algunos de los viñedos periféricos de la finca sí que entraban dentro de los límites del *chianti*. Era cierto que se habían deteriorado considerablemente y que podría haber quien opinara que se hallaban en un estado de total abandono, pero Cesare estaba intentando negociar con implacable tenacidad un préstamo a bajo interés para comprar una nueva excavadora, con la que se pudiera llevar a cabo una replantación de uva *sangiovese* en un corto período de tiempo. Aquellos campos limítrofes podrían entonces ser readmitidos como viñedos representativos del vino local. Y, precisamente, lo que tenía justo delante en ese momento, sobre la mesa, era una carta del Consorcio municipal referente al asunto, y otra del banco.

—Hace frío aquí dentro —dijo Cesare.

Desde luego que sí. Las altas ventanas habían sido diseñadas para que el sol no entrara nunca por ellas y no había calefacción en la habitación, a excepción de una pequeña estufa de carbón. El conde se alegró de haberse puesto ese día su viejo abrigo militar, que aún le sentaba muy bien. En pocos meses, y en virtud de las reformas castrenses de Baistrocchi, la caballería italiana desaparecería para siempre. Cuando el conde se enteró de la noticia, todo lo que hizo fue decidir en silencio que iba a arrebujarse aún más en su abrigo. En fin, Cesare había dicho aquello del frío como si acabara de darse cuenta de ello. Su tío se inclinó hacia la estufa y cuando por fin entró un poco en calor, empezó a hacerse visible el vaho que expulsaba al respirar.

—Cesare, he venido a hablar contigo de la boda de Chiara. Ya sabes, claro, que piensa casarse con el doctor ese... —Dado que el «ese» no le pareció del todo correcto, se corrigió y dijo—: Va a casarse con el doctor Salvatore Rossi.

Se produjo entonces un silencio, y de repente tuvo la impresión de que había hablado demasiado precipitadamente. Cesare dijo entonces:

—Chiara vino hace un mes, más o menos. Pero no se quedó mucho tiempo.

El conde se preguntó si aquello era una queja, aunque lo cierto era que no sonaba

a queja en absoluto. Chiara tendría que ir con más frecuencia, tanto como le fuera posible, aunque solo fuera porque su tío, el padre de Cesare, le había dejado una doceava parte de la finca. Y no es que no le interesaran los asuntos de las fincas, porque lo cierto era que sí le gustaba el negocio, y, además, era muy buena con los números.

—La vida de una chica puede hacerse eterna en un colegio —dijo.

—¿Cómo sabes tú lo que siente una chica en un colegio? —le preguntó Cesare, fingiendo mucha curiosidad.

—Bueno, imagino que, ahora que ha terminado, querrá quedarse en Florencia y conocer gente nueva. Supongo.

—Eso, evidentemente, ya lo ha hecho... —dijo Cesare.

El conde volvió a intentarlo:

—Nos sorprendió un poco, ya sabes, no saber nada de ti. Te enviamos el anuncio de su compromiso, naturalmente. Estoy seguro.

Estaba completamente seguro ya que Cesare había colocado la tarjeta a un lado del escritorio, sobre la ligera capa de polvo y de harina de maíz que cubría la mesa. Cesare siguió su mirada y dijo:

—No me gusta que nos molesten.

Se puso de pie, y su tío entendió de inmediato que se disponía a enseñarle algo de la propiedad. Tal vez considerara que hacer aquello constituía una formalidad ineludible o tal vez quisiera dejar de pensar en lo que acababa de oír. El conde reparó en que tendría que controlarse para no hacer esas gesticulaciones con las que la gente ofende a los sordos y a los mudos. Mientras tanto, una parte de la oscuridad que dominaba uno de los rincones de la oficina empezó a moverse, hasta que de allí surgió una perra de caza perteneciente a una antigua raza italiana, de pelo duro. El animal se sacudió y se estiró como si se estuviera preparando para salir. El efecto era idéntico al que se produce cuando se escurre un estropajo.

La idea de que su tío hubiera salido de Florencia en su propio coche para tratar con él algún tema importante no parecía preocupar a Cesare en absoluto. Quizá le reconociera algún mérito si, una vez en el campo, demostrara que era capaz de comportarse como si viviera allí todo el año. En el exterior, el cielo con jirones de nubes ardía como un fuego azul y blanco, y la luz hacía daño en los ojos. Como si obedeciera a una señal prefijada, todo se inclinaba a merced del viento o luchaba contra él.

Comenzaron a andar, pero no en dirección a los viñedos, sino por un camino de carros que llevaba a una colina que parecía completamente cubierta de olivos hasta donde podía alcanzar la vista. Habían arado para las patatas la tierra que quedaba justo debajo de los árboles, y, al avanzar, tenían que ir juntos pero manteniendo siempre la distancia del surco, con un pie en la parte de dentro y el otro en la de fuera. Habría sido mucho más fácil si hubieran tenido una pierna más corta que la otra. La perra caminaba a su lado iba moviendo la cola por encima del surco, junto a los

talones de Cesare. Por alguna razón, el conde, que iba pensando en que ya era demasiado viejo para ese tipo de excursiones, se sentía más cómodo cuando caminaba un poco por encima de Cesare, quien, por fin, se detuvo.

—En el Consorcio piensan que deberíamos deshacernos de los olivos y venderlos como madera. Ahora hay aceites de cocina muy baratos.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

El *fattore*, que, al parecer, había estado siguiéndolos a distancia, se acercó ahora a ellos en absoluto silencio y se unió a Cesare, que estaba entre dos árboles viejos y retorcidos. Cesare se agachó y recogió del suelo un puñado de piedras, o tierra, o ambas cosas a la vez. A continuación las dispersó sobre la palma de su mano y le mostró el resultado al *fattore*, quien asintió aparentemente satisfecho. Después, como si acabara de reparar en ese instante en la presencia del conde, les deseó a los dos un buen día y se alejó pendiente abajo. Una vez en la llanura, se subió a su bicicleta, ajustó una chapa de cinc que llevaba cargada en el manillar, y comenzó a pedalear lentamente hasta perderse en la distancia. El viento, al golpear los bordes de la chapa, que iba agitándose con el movimiento de la bicicleta, producía una nota metálica que se repetía una y otra vez, cada vez más débil y lejana. La perra, agachada, rastreó el agudo sonido con enorme atención, quizá con la esperanza de que aquel eco pudiera convertirse en un disparo. «Y pensar que de pequeño, cuando vivía aquí, no podía esperar a que amaneciese de una vez —meditó el conde—. Y que Chiara, desde el mismo momento en que pudo dar dos pasos seguidos para ir detrás de Cesare, se pasaba el día pidiendo a gritos que la trajeran aquí».

Cuando regresaron a la casa, pudieron comprobar que habían abierto las contraventanas del amplio baño que, en los días de Umberto I, había prestado su fila de lavabos y sus urinarios de mármol verde a los participantes de las frecuentes partidas de caza que se celebraban en la zona. También las contraventanas del comedor estaban abiertas. Como parte de la rutina diaria, Bernadino había dispuesto el aceite, la sal, la pimienta y el pan en el lugar de la mesa que solía ocupar el patrón, para que pudiera comer algo rápidamente y, a continuación, volver al trabajo. La silla que se le había asignado al conde, sin embargo, estaba justo delante de una parte de la mesa totalmente vacía. Cuando se sentaron, Cesare, sin mostrar la menor delicadeza, comenzó a repartirlo todo, mientras Bernadino, que salió de la cocina expulsado como si le hubieran dado un buen empujón, traía el plato de pasta con la salsa salpicada de vetas de un dorado que indicaba que acababa de salir del horno. El calor y los aromas del plato parecían fuera de lugar en aquel sitio tan gélido. Cesare comenzó a arrancar pequeños pedazos de pan y a lanzárselos a la boca con una puntería envidiable. Luego bebió un poco de Valsassina. A los huéspedes no se les servía el vino, tal y como mandaban las costumbres florentinas, pues se esperaba que ellos mismos se echaran en el vaso todo el que quisieran. El conde, cuyas digestiones no siempre eran plácidas, picó solo un poco y dio algún que otro sorbo al vino. «¡Qué

nariz tan grande tiene mi sobrino! —pensó—. ¡Y qué manazas tiene! Desde aquí parece como si no fuera de la familia. Me recuerda a Cesare Pavese, con esos ojos tan brillantes que no terminan de ser grises y que no son tampoco exactamente verdes. Esa nariz le hace parecer buena persona, y yo sé que lo es, pero no es fácil hablar con él. En el *Inferno*, los únicos condenados al silencio eran aquellos que habían traicionado a sus maestros. En concreto, Bruto y Judas. Antes de infligirles semejante castigo, Dante debió de considerar que eran unos charlatanes o, al menos, buenos conversadores, de esos que siempre te vienen con las noticias más frescas. Pero, en el caso de Cesare, ¿y si el castigo consistiera precisamente en condenarle a hablar?»

Decidió dejar de darle vueltas. Nadie sabía mejor que él las enormes dificultades que estaba atravesando Cesare, enfrentado al banco, al Consorcio, a los arrendatarios y a aquel suelo pedregoso y calcáreo, cuya sangre era un vino al que no se le permitía, por alguna razón, ser etiquetado como un *chianti classico*. Si a su sobrino le preguntaran en alguna ocasión —ante una autoridad divina o humana, bien el día del Juicio Final o bien en una sesión del comité de redistribución del Partido Comunista local— si había hecho un buen uso de su tiempo, la respuesta, si es que Cesare se atrevía a dar alguna, sería seguramente que sí.

La anciana apareció de nuevo y, mientras afirmaba que tendrían que haber encendido el fuego hacía un buen rato, echó una pala de carbón caliente bajo la lavanda seca y las raíces de olivo que había en el hogar. El calor del fogonazo se extendió vigorosamente por una pequeña parte de la sala y el conde, después de haber perdido el hilo de sus pensamientos, se dio cuenta de que estaba repitiendo en voz alta, sin ninguna razón aparente: «¡Si pudiéramos comprar niños con plata y oro, sin necesitar a las mujeres...! Pero eso no es posible». En ese instante, la perra, que se había acurrucado debajo de la mesa, advirtió que se aproximaba el siguiente plato, y se puso en pie de inmediato. Aquello consiguió que el conde volviera al tema que le ocupaba.

—El caso es que Chiara quiere que su boda se celebre en el campo, aquí en Valsassina. Y me temo que he venido a hablarte básicamente de dinero. Podríamos haberlo hablado por teléfono. De hecho, soy de la opinión de que de lo único que puede hablarse seriamente por teléfono es de dinero. Pero luego pensé... En cualquier caso, todos los gastos correrían de mi cuenta. De los detalles, supongo, no tendremos que encargarnos ni tú ni yo, aunque Maddalena es partidaria de contratar los servicios de una de esas empresas de comida a domicilio porque dice que es la que se encarga de hacer los pasteles para el Vaticano. Naturalmente, se trata de una completa locura. Todos sabemos que al papa Pacelli le atienden unas monjas alemanas que jamás permitirían que se llevara a la boca ni uno solo de esos pastelitos que hacen en Florencia.

Sintió un fastidio considerable cuando, justo en ese momento, Bernadino se inclinó sobre él, fuente en mano.

—Su excelencia no podría encontrar un lugar mejor para recibir a sus invitados

que Valsassina. Pero debe explicarles a todos cuando vengan que yo soy de una familia mucho mejor de lo que podría pensarse a primera vista. Si hubiera justicia, toda la tierra por la que ha estado caminando esta mañana tendría que ser mía.

Cesare no prestó la menor atención a aquella interrupción. Dejó el cuchillo y el tenedor en el plato, pero solo fue porque quería preguntar una cosa.

—¿Qué fue lo que dijiste hace un momento acerca de las mujeres?

El conde repitió la frase de Eurípides.

—Yo no leo mucho —dijo Cesare.

—Supongo que no tienes tiempo.

—Tampoco leería si lo tuviera.

Cesare no solía ser muy expresivo ni hacía tampoco muchos gestos al hablar. Aun así, todo el que lo había conocido recordaba cómo solía extender ambas manos justo por delante de él, como hacía en aquel momento. Daba la impresión de que no se pondría jamás delante de una mesa que no dispusiera del espacio suficiente para que él pudiera hacer aquello. Las manos se apoyaban con fuerza sobre la tabla como una prensa de tornillo en funcionamiento: madera contra madera.

—Dime, ¿dónde conoció a ese hombre?

—¿A Salvatore? En un concierto, creo.

—Y es un hombre con estudios.

—Sí. Pero un médico no tiene por qué ser mejor en su labor que un granjero en la suya —dijo el conde—. Nunca se debe menospreciar el trabajo de cada uno.

Él seguía considerándose un soldado y esperaba que su sobrino pudiera recordarlo. Pero Cesare estaba evidentemente angustiado, tal vez porque quería decir muchas cosas a la vez.

—Es neurólogo. Trabaja como especialista en el S. Agostino. Y es muy inteligente, de eso no cabe duda.

—Se supone que todos los médicos jóvenes son inteligentes. ¿Cuántos años tiene?

—Bastante más que Chiara. Veintimuchos, creo.

—O sea, que ya ha cumplido los treinta.

—Bueno...

—¿Por qué se casa con él?

—Solo puede haber una razón. Ya conoces a tu prima. Está enamorada. De todas formas, por favor, no creas que estoy en condiciones de conocer todos los detalles sobre el asunto.

—Si quiere que la boda se celebre aquí —dijo Cesare—, ¿por qué no ha venido ella misma a pedírmelo?

—Estoy seguro de que lo hará. Pero en este momento tienes que perdonarla: apenas sabe lo que hace. Yo mismo soy el primero en admitir que las cosas se están llevando a cabo de una manera ciertamente lamentable.

—Siempre hay tiempo para llamar por teléfono. Y siempre hay tiempo incluso

para escribir una carta. Mi padre le mandó una carta a mi madre desde su posición en la defensa del Carso^[3]. Si alguien no escribe, lo que está dando a entender es que simplemente tiene cosas más importantes que hacer. Aunque sea solo el placer de no hacer nada.

—No debes tomártelo así, Cesare. No es tan importante.

—Tienes razón. Por supuesto que no lo es. —Mientras salían al patio, Cesare continuó hablando—: Supongo que ese matrimonio no hará que Chiara deje de interesarse por lo que tiene aquí, ¿verdad? Me refiero a la parte que le corresponde de la herencia...

Su tío pensó que, en el fondo, lo único que le importaba a Cesare era Valsassina.

Giancarlo regresó a Florencia sin estar muy seguro de si había conseguido algo o no con aquel viaje. Conocía a su sobrino desde el mismo día de su nacimiento, y le quería, claro está. Pero conocer a alguien no significa comprenderlo. En cualquier caso, pocos días más tarde, Bernadino se presentó en la casa de la Piazza Limbo con un mensaje: «Celebraremos en Valsassina la boda de Chiara. Pero sin empresas de restauración, y sin los Harrington». Giancarlo no acababa de entender a qué se refería con esto último.

6

Chiara Ridolfi era una preciosidad, pero en Florencia no se la consideraba especialmente hermosa. La familia americana de su madre tenía raíces escocesas, de modo que su belleza era nortea. El delicado tono rosado de su piel no era el más apropiado para un clima demasiado riguroso, sino para la niebla y la humedad del norte, más benignas. Solo los párpados de sus ojos azules eran florentinos, redondos y lánguidos, como los de los ángeles de Pontorno en Carmignano^[4], fruto de un prolongado verano. Su manera de enfrentarse a lo que fuera que se le viniera encima quedaba a medio camino entre el entusiasmo y la timidez, y no respondía en absoluto a la crueldad propia de esa antigua ciudad de comerciantes que, en su glorioso pasado, había puesto en tela de juicio el importe de las facturas de los más grandes artistas del mundo. Por ejemplo, era una conductora rápida y temeraria, pero de vez en cuando sufría repentinos ataques de remordimientos de conciencia, algo que no le servía de mucho cuando de lo que se trataba era de circular por las calles de Florencia. Deseaba obtener todo lo que no podía alcanzar y, por tanto, a menudo sentía que había algo que se le escapaba o que dejaba atrás, así que solía tener la impresión de no estar esforzándose lo suficiente. Tenía buen corazón. Pero no sabía muy bien cómo sacar lo mejor de sí misma. Ni siquiera sabía cómo vestirse. Todo el mundo creía, dado que caminaba con la cabeza tan recta y tan alta, que alcanzaría su máximo esplendor cuando se vistiera por fin para sus primeras veladas nocturnas, pero sucedió que para entonces los Ridolfi no tenían ya joyas de la familia y resultó que a Chiara no le importó lo más mínimo que las tuvieran o no.

Un año atrás, cuando acababa de cumplir los dieciséis, sin aviso previo y sin pedir permiso, su tía Mad se la llevó a Parenti para que le hicieran un vestido. Llevar «un Parenti» significaba todavía, en la década de 1950, lo mismo que había significado en la década de 1920: poseer una prenda inmediatamente reconocible en esos lugares en que los vestidos se lucen sin que sus propietarias admitan jamás la existencia de ninguna otra moda que no sea la suya. Sin embargo, por aquella época, Vittorio Parenti apenas hacía corte alguno, y su *confezione* podría describirse como el resultado de reproducir simples sacos, más largos o más cortos. El secreto (como en el caso de Fortuny) residía en la tela. La seda de Parenti (seda italiana, exclusivamente) se tejía y se remataba en la propia fábrica del diseñador, sita en un callejón próximo a la Via delle Caldaie. El tejido surgía en las tablas más finas que se pudieran imaginar: la mitad de cada tabla iba a favor del hilo y la otra mitad en contra, de modo que cada pliegue formaba parte de la misma textura y en ningún caso podría resultar menos definido o delicado ya que, en realidad, no se trataba de un pliegue, sino tan solo de un cambio en la dirección de la seda. Lo que se producía en

aquella destartalada fábrica solo podía compararse a las telas más quiméricas y legendarias, como la capa del viento del oeste o el vestido de novia que podía deslizarse a través de un anillo. Era una tela que, naturalmente, solo se destinaba estricta y exclusivamente a la producción de la casa, y cuando las telas entraban en la sala de costura, los trabajadores recibían instrucciones muy precisas para que todos los recortes sobrantes se destruyeran. Dichas instrucciones, sin embargo, no venían acompañadas de unos buenos salarios para los empleados, quienes se veían forzados a vender todo lo que pudieran sacar de allí, de modo que todavía debe de haber un sinfín de trozos y de piezas de seda Parenti dispersas por Florencia sirviendo de forro o de parche para Dios sabe qué. Pero esos retales aún se distinguirán por sus colores suaves y resistentes, y por la marca de sus inimitables pliegues.

Chiara le tenía pavor a la ropa «buena» y solo se consolaba al pensar que un vestido de Parenti (que no se podía colgar sino que debía mantenerse doblado y recogido en un estante) no sería nunca, en el sentido habitual de la expresión, «bueno». Había muy poca ropa «buena» entre las pertenencias de su tía. Sus prendas habían sufrido todo tipo de alargamientos, remiendos y dobladillos y se le habían cosido todo tipo de curiosos tirantes, armazones y cinturillas, de modo que, incluso en la percha, presentaban una rígida y severa forma humana. La tía Mad, para acompañarla a su cita, se había puesto un antiguo conjunto negro de ese tipo: un traje vienés de Knüpfle. Y Chiara, por su parte, llevaba el uniforme del colegio inglés. En un principio, toda su ansiedad desapareció ante el temor de que pudiera encontrarse, por alguna remota casualidad, con alguien del convento y tener que pasar la vergüenza de que la vieran con el uniforme puesto en vacaciones.

Parenti recibió a sus clientes, como siempre, en el edificio anexo a la fábrica. Había pasado tiempos difíciles, pero ahora empezaba a recibir el reconocimiento que merecía. Desde que las juventudes fascistas dispararan contra las farolas del Oltrarno una noche de 1923, juró no hacer nada para las mujeres de los dirigentes del Partido. (Aunque, por otra parte, bien podría ser que el nuevo orden político tampoco mostrara el menor interés por su ropa).

La casa no tenía ni placa con el nombre de la empresa ni timbre, y no había ninguna indicación escrita, ni por fuera ni por dentro de la puerta de cristal ni pegada a la pared interior, de que allí estuviera el taller. Había que conocer el camino o bien aventurarse por aquellas oscuras escaleras. No obstante, el establecimiento no era ningún misterio. El rellano del segundo piso conducía directamente a los dos cuartos de costura y a la sala de planchas. Todos los rostros que hasta ese momento habían permanecido inclinados sobre las tablas de planchado levantaron la mirada un momento para observarlas mientras pasaban, y luego volvieron a inclinarse sobre su labor. «Espero que se pueda salir de aquí por otro sitio», pensó Chiara.

Tuvieron que esperar un buen rato en una salita minúscula, que, desde luego, no era un probador, ya que allí no había ningún espejo. Montones de retales de seda, en diferentes tonos de suave gris, se desplegaban sobre una fila de sillas, y no había

manera de sentarse en ningún sitio sin tener que retirar el género para ponerlo en otro lugar. Pero ni siquiera la tía Mad se atrevería a mover aquellas piezas de tela.

—No nos esperan, tía. Se han olvidado de nosotras. Vámonos a casa.

—*Contessa! Contessina!*

Parenti entró en la habitación por una puerta que había tras ellas. Parecía mucho más viejo y mucho más pequeño que en las fotografías, y daba la impresión de estar muy cansado. Naturalmente, aún era capaz de seguir cargando con la responsabilidad y la exigencia que implicaba ser el inimitable Parenti, pero solo hasta cierto punto: justo lo imprescindible. Sin embargo, no actuaba con afectación, ya que el viejo maestro nunca había tenido necesidad de fingir nada en absoluto.

—*Commendatore*, quiero presentarle a mi sobrina, Chiara Ridolfi —dijo la tía Mad.

A los ojos de Parenti, ella había ganado unos cuantos puntos al decidir no quejarse por esos cinco largos minutos que les había tenido esperando. Y él, a su vez, al no mostrar la menor intención de reparar en el traje de Knüpfe que tía Mad se había puesto aquel día, también causó una impresión muy favorable. Parenti retiró sin contemplaciones los montones de seda gris que cayeron al suelo con un leve susurro hasta quedar reducidas a amasijo de telas.

—Me he tomado la libertad de entrar justo ahora y sin avisar para poder ver a la joven *contessina* tal como es —dijo Parenti—. Quería ver cómo se comportan las nuevas generaciones, quiero decir..., cómo es una mujer joven cuando cree que nadie la mira...

—Me abstendré de juzgar la forma en que dirige su negocio, Parenti —dijo la tía Mad bruscamente.

Él se volvió para envolverla por completo con su melancólica mirada, y le habló con la voz de un superviviente que se dirige a otro:

—*Contessa*, la última vez que hice algo para usted fue en 1921. Un vestido de noche, en seda *pongée* de color galleta pálido, con un cinturón de satén de seda a juego y con motivos de lirio florentino. El cinturón rompía el corte y sinceramente espero que no se lo pusiera nunca.

—Bueno. ¿Y qué me sugiere para mi sobrina?

Por primera vez, Parenti se volvió para observar a Chiara.

—Se lo ruego, hágame el favor de levantarse.

Chiara se puso de pie, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, mientras escuchaba los murmullos y rumores entrecortados que llegaban desde las salas de costura situadas al final del pasillo. Sin que nadie se lo pidiera, pero con la sensación de que tal vez fuera lo más correcto, ya que estaban en una casa de alta costura, empezó a caminar un poco de un lado a otro. Parenti le pidió muy educadamente que se detuviese:

—Quédese quieta un poquito, por favor, *contessina*. Ya le diré yo lo que tiene que hacer.

Transcurrió un minuto entero, como mínimo, entre el incesante parloteo de las Necchis^[5].

Entonces Parenti, que había estado examinando a Chiara con el interés propio de un gran profesional, alzó las manos un poco, las dejó caer, se apartó de ella en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados, y dijo en voz baja:

—No puedo coser para ella. Esta muchacha no puede llevar un Parenti.

Al año siguiente, tras haber abandonado el colegio ya para siempre, Chiara le pidió a su padre diez mil liras y fue a ver a una pequeña modista que le había recomendado el barbero del patio. Era familia de su esposa, le dijo. Pero incluso allí le pusieron trabas:

—Sí... Pero nadie lo lleva así. No tendrá ningún estilo. Imagine cómo le quedará por detrás.

—No pienso ver cómo me queda por detrás —dijo Chiara.

«Si resulta que hay algo en mí que falla —pensó— quizá también falle mi manera de elegir lo que quiero. En cualquier caso, lo único que quiero ahora es no tener que preocuparme por nada. Por primera vez en toda mi vida no tendré que volver al colegio en mayo. Iré al Maggio Musicale... Iré a todos los conciertos y no me perderé ni una nota».

La modista en persona se encargó de llevarle los dos vestidos, uno de color negro y otro blanco, al número 5 de la Piazza Limbo.

—Ya le he dicho a la *contessina* que he hecho todo lo que estaba en mi mano. Pero debe llevar algo en el cuello.

—¡Oh! No importa. Nadie va a mirarme.

—Piensa un poco —dijo Maddalena—. Ya te habrás dado cuenta de que en un concierto la gente no sabe dónde mirar, de modo que primero se dedican a contemplar el techo, luego estudian sus propias manos, luego repasan las cuatro esquinas de la sala, sin poner nunca la vista, por alguna razón, en los intérpretes, hasta que, finalmente, se fijan en la ropa de los demás. Sin duda, ese vestido negro combinará maravillosamente con mis diamantes.

Giancarlo, que había entrado en la habitación en ese momento, le recordó que no le quedaba ya ningún collar de diamantes.

—Os doy mi palabra de honor —dijo Chiara— de que mañana mismo voy al Mercado Central y me compro un collar. Uno de cuentas de cristal negro. Me gustan.

—¡Eso no sería adecuado en absoluto! —gritó la modista—. No sería *auténtico*.

—Bueno. Las cuentas de cristal sí serían auténticas.

—Y los diamantes también —dijo Giancarlo—. Ni más ni menos. Exactamente lo mismo.

Había un pequeño collar de diamantes que había pertenecido a la madre de Cesare y que había quedado depositado, después de que ella muriera, en un banco de la Via Strozzi. Quizá fuera el padre de Chiara, o quizá su tía, quien le comentó a Cesare aquel asunto, porque este le escribió (y eso que no era muy dado a escribir) para decirle que se acordaba del collar, pero que había olvidado dónde estaba. En

cualquier caso, si lo quería, era suyo.

—Supongo que lo que quiere decir es que se encargará de los trámites con el seguro si te apetece llevar el collar a algún concierto —dijo el conde—. ¿Sabes que tu tía sigue hablando de esos dos vestidos tuyos?

—¿Es que no le gustan? —preguntó Chiara.

—No está muy segura de que vayan a hacerte feliz precisamente.

El collar llegó del banco en un envoltorio de lienzo que venía atado con un hilo de lino. No había vuelto a abrirse desde 1943, año en que la pobre tía Lisa murió de disentería. Cuando Chiara hubo deshecho el nudo, descubrió que en el interior, junto a las piedras, había un sobre cerrado dirigido a Cesare. Reconoció la letra de la tía Lisa. Chiara lo dejó de inmediato donde estaba.

Los pequeños diamantes, de corte cuadrado, resplandecían intensamente, cada uno con sus pequeñas facetas exteriores e interiores, ocultas, de pura luz. Annunziata, que se abalanzó a mirarlos, se mostró algo decepcionada. Los recordaba más grandes y más llamativos.

En su primera aparición pública, los vestidos de Chiara recibieron mayoritariamente el calificativo de «peculiares», aunque tampoco eran tan peculiares si se tenía en cuenta que quien los llevaba era la hija de los Ridolfi. Era necesario considerar la infancia de aquella joven, toda la guerra encerrada con su tía en la villa La Ricordanza, que llegaría a ser requisada tres veces. Ahora que la niña había regresado del colegio inglés, todo el mundo le deseaba lo mejor. Parecía tan llena de esperanza y optimismo, tan llena de proyectos, tan dispuesta a considerar que el mundo era su aliado. Pero, mientras tanto, ¿cómo permitía Maddalena que su sobrina asistiera a los conciertos de mayo con aquellos vestidos? Parecía que se los hubiera hecho ella misma. Se los debía haber cosido a máquina Annunziata, en casa y a toda prisa, como los uniformes del convento. De todos modos, el collar de perlas parecía bueno. ¿De dónde lo habrían sacado?

Aquella noche de abril, en el Teatro della Pergola, un pianista y un violinista se enfrentaban no tanto a la audiencia como entre sí. El joven y enérgico violinista, moreno, sudoroso y maloliente, embutido en un traje de etiqueta y con pajarita blanca, era un gitano auténtico procedente de Europa Central, capaz de desafiar cualquier tipo de comedimiento y de certeza, igual que su música. En cambio, el hombre del piano, bastante mayor que el otro, estaba calvo y tenía una piel tremendamente pálida. Llevaba unas gafas muy discretas, y de los puños de su traje emergían unas muñecas largas y unas manos que iban a desembocar en unos dedos resplandecientes que parecían tener vida propia. El azar y las exigencias de sus respectivas carreras los habían unido esa noche en aquella sala de conciertos, pero no por mucho tiempo: solo mientras durara la sonata n.º 3 para violín de Brahms, una obra que, según el programa, «había reunido a Brahms y a Joachim tras un distanciamiento de varios años». Antes del movimiento lento, el violinista improvisó una tosca floritura, de probable inspiración gitana, a modo de exuberante fanfarria; el pianista esbozó una mueca discreta, y a continuación, al reiniciar la melodía, se inclinó sobre el teclado con un gesto de profunda y tranquila intimidad, como si se estuviera aproximando de puntillas a un viejo conocido. El violinista, mientras, se veía obligado a mantener una forzosa contención que parecía amenazar con la destrucción instantánea de su pequeño instrumento, que entretanto seguía quejándose melodiosamente. Se veía claramente cómo salpicaba su sudor. El pianista elevó, solo una vez, sus pálidos párpados en dirección al cielo. ¡Y pensar que los políticos, en ese momento, soñaban con una Europa unida! Él, que era uno de los más depurados representantes de la especie humana, ahora se veía condenado a soportar aquella infecta compañía en nombre de la música. Cuando todo hubo terminado, el violinista

se levantó y abandonó el escenario, tras lo cual regresó triunfante para recoger su arco, mientras el pianista, sentado a su espalda, quedaba prácticamente oculto tras la resplandeciente mujer que había estado volviendo las páginas de su partitura mientras él tocaba.

El conde nunca iba a los conciertos por temor a verse atrapado en la sala y tener que escuchar algo que no le gustara. Chiara estaba aquel día allí, con unos amigos. Y fue la vieja o envejecida Mimi, una conocida de la tía Mad, quien le presentó al doctor Rossi en el descanso.

—Mi querida niña, quiero que conozcas al doctor Rinaldi. No... Al doctor Salvatore Rossini. No... *Rossi*. Me está cuidando tan bien...

Chiara le tendió la mano al doctor.

—¿Le gusta Brahms? —le preguntó él.

Ella le miró con cortesía, pero también con cierto asombro.

—Por supuesto que no.

«Tal vez tengamos la misma opinión en todo lo demás —pensó Salvatore—. Nadie está nunca de acuerdo conmigo, pero quizá ella sí». Sin embargo, era como si una voz ajena a la suya le estuviera dictando aquellos pensamientos mientras su mente racional se mantenía ocupada con la impresión (fruto quizá del regocijo, quizá del disgusto) que le producía ver a una chica joven con un collar de diamantes que debía de valer... Aquí dejó un espacio en blanco porque no tenía ni idea de cuánto podría valer un collar de diamantes como aquel. Después de todo, tal vez fuera una imitación. «Aunque, ¿por qué debería importarme? —pensó—. No trabajo como dependiente en una tienda». En cualquier caso, aquella chica llevaba puesto aquel collar como si ni siquiera fuera consciente de ello, y sin hacer ese elegante movimiento que hacían muchas mujeres, ese gesto a lo Grace Kelly que consistía en tocar de vez en cuando y muy ligeramente las joyas con una mano, como para constatar su presencia. Quizá esa joven no supiera cómo ser verdaderamente elegante, o tal vez fuera Grace Kelly quien no lo sabía. Se sentía profundamente molesto. Tenía la sospecha de que se encontraba completamente perdido.

Mimi, que se había lanzado a explotar el tema de sus padecimientos, permanecía junto a ellos.

—Por fortuna, Chiara, todavía no sabes la cantidad de cuidados que debe recibir una para poder sentirse bien. Sobre todo en la espalda. —Se encogió de hombros y por un momento pareció un vendedor ambulante, viejo y amable, en el desempeño de su labor—. Una no sabe lo que es el sufrimiento hasta que cumple los treinta y cinco, y entonces todo se te viene encima de repente.

—Si se trata de la espalda, *signora* —dijo Chiara cortésmente—, tengo entendido que ahora hacen maravillas.

—Oh, pero, querida mía, me han contado que hay médicos que te machacan el cuerpo como taxistas borrachos. Te pasan de uno a otro, de mano en mano. Escuchan el sonido que hacen tus huesos, hasta oír el famoso clic. Así que he decidido que lo

mío no va a ser cosa de la espalda, sino de los nervios.

«Esta chica piensa lo mismo que yo de la sonata —se repetía Salvatore—. Ella no me mentiría. Parece la clase de persona que no miente ni siquiera cuando está en una sala de conciertos».

Mimi, dispersa por naturaleza, se fue alejando gradualmente de la pareja, y Salvatore le pidió bruscamente a Chiara que le acompañara fuera hasta que finalizara el descanso.

—¡Oh! Pero es que he venido con unos amigos.

—¿Qué amigos? ¿Quiénes son? Si han venido con usted, ¿por qué no están aquí?

—Solo son dos. Han ido a buscarme un café.

—La idea de ir a traer café es propio de personas que no saben qué hacer. Venga fuera conmigo. Será solo un instante.

Llegaron juntos hasta los escalones de entrada. Cuando el público accedió a la sala, hacía buen tiempo, pero debía de haberse producido algún cambio desde que comenzara el concierto, ya que ahora el cielo estaba de un oscuro color verde oliva y solo se veían unas franjas de luz hacia el suroeste, por el lado del río. La brisa era húmeda y acariciadora.

—Salgamos. La lluvia estará caliente —dijo Salvatore.

—Bueno, ¿pero cómo puede estar caliente la lluvia?

—Bueno, compruébelo, compruébelo... Salga fuera, saque la lengua. Pruebe la lluvia.

Chiara asistió a la segunda parte de la actuación en un estado ligeramente húmedo. Se sentía como si acabara de salir del baño, pensó; como si la hubieran sacado antes de lo previsto. Tenía el pelo pegado a la cara, y la lluvia había dejado en sus mejillas un llamativo color rosa pálido. Sus amigos no dijeron nada cuando la vieron, en su asiento situado dos filas más adelante, ejecutando una alegre pantomima en la que fingía estar secándose el pelo con una toalla. Los Alessandri también vieron la escena, pero a ellos no les pareció tan divertida. Tampoco se lo pareció al señor Swinburne-Cacciano ni a su esposa ni al grupo de los Quaratesi, ni a la anciana e inflexible marquesa Cardoni. Los silenciosos métodos de comunicación y de vigilancia de todos ellos eran los mismos en 1956 que treinta años atrás. Una dictadura, una guerra y una ocupación no habían conseguido cambiar aquellas costumbres. Sin embargo, Chiara era tan poco florentina que disfrutó de la segunda parte del concierto, mucho más lograda y aplaudida, sin darse cuenta siquiera de que todo el mundo la estaba mirando.

Salvatore, que no era una persona moderada, se arrepintió inmensamente de haber asistido a aquel concierto. Lo que le irritaba más que cualquier otra cosa era recordar la voz de su madre repitiéndole una y otra vez que como se le ocurriera irse al norte a trabajar, a Milán o a Florencia, acabaría sin remedio en las redes de una muchacha rubia y rica que se pegaría a él como una lapa y con la que se terminaría casando antes de que pudiera darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. Ahora bien, en honor a la verdad, aquella chica que había conocido vestía bastante mal y no era rubia o, al menos, solo lo era con determinada iluminación. Por ejemplo, cualquiera habría dicho que solo era rubia bajo el brillo artificial de las luces de la sala, y también en el exterior, a la luz de aquel lluvioso atardecer. A Salvatore su mente le importunaba hasta tal punto que intentaba suprimir y anular sus pensamientos, circulares y áridos como un camino de ceniza.

Como hijo predilecto que era, se había visto obligado a recibir una cantidad excesiva de sabiduría ancestral materna. Después de que lo hubieran cazado —le decía ella, y ni siquiera con un tono de reproche, sino con una exasperante convicción, sonriendo y asintiendo repetidamente— se olvidaría de su casa e incluso de su familia, y deberían considerarse muy afortunados si es que volvían a verlo alguna vez. A Salvatore aquella advertencia le parecía tan curiosa como irritante, se cumpliera finalmente o no.

Su madre lo había bautizado con el nombre de Salvatore en honor al Salvador, a pesar de que su padre habría preferido no bautizarlo en absoluto y llamarlo simplemente Nino, por Antonio Gramsci^[6], o llamarlo por ejemplo Liberazione, o Umanità, o incluso 1926, que además de ser el año de su nacimiento, fue cuando encarcelaron por última vez a Gramsci. Semejante elección de nombres por parte de Domenico Rossi podía provocar una carcajada y, de hecho, la provocaba incluso entre los miembros del Partido en Mazzata. El único que lo apoyaba en esto era un amigo suyo, contable a tiempo parcial, uno de esos hombres que no han nacido para triunfar y que poseía la miope educación de la que hacen gala cierto tipo de revolucionarios violentos. Aquel hombre, que se llamaba Sannazzaro, no era especialmente bienvenido cuando lo visitaba en su casa. Ambos acostumbraban entonces a sentarse a hablar en una habitación sin ventanas que en realidad era solamente un tramo del pasillo que conducía a la cocina. La policía consideraba a Domenico, con razón, un individuo completamente inofensivo. Pero, para la formación de Salvatore, y a medida que fue creciendo, su padre había sido mucho más significativo que su madre. Ni siquiera era capaz de recordar ningún momento en que hubiera aceptado de corazón, y sin sentir vergüenza, las opiniones de su madre.

Aunque, por otro lado, también era cierto que había ido mitigando lo mejor que podía el dolor de admitir y asumir que su padre estaba equivocado.

En 1913, Domenico y Sannazzaro salieron de Mazzata y viajaron al norte en busca de nuevas oportunidades. Fueron tan lejos como les permitieron sus papeles, y llegaron hasta Turín. Domenico encontró trabajo como mecánico de bicicletas, y Sannazzaro como ayudante de contable. Cuando podían, solían compartir un ejemplar de un periódico semanal, el *Grido del Popolo*, donde escribía Gramsci. En el *Grido* vislumbraron una Italia, una Italia posible, en la que no existirían la pobreza ni los favores ni los sobornos. La educación de las masas sería un asunto normal e incuestionable, pero no se haría siguiendo las pautas propias de la instrucción, sino que los alumnos aprenderían hablando cada día con su profesor, con preguntas y respuestas. Todo hombre cuerdo, decía Gramsci, es un intelectual en potencia, pero la mayoría tiene miedo de actuar como debería hacerlo un verdadero intelectual, es decir, permaneciendo junto a los miembros de su propia comunidad y organizándolos. Con que solo unos pocos miles de ciudadanos lo hicieran en Calabria, en Campania, en Sicilia o en Cerdeña, el sur podría ser tan próspero como el norte. Solo la falta de sensatez, o incluso de sentido común, hacía que resultara tan difícil imaginarse aquellas grandes ciudades humanizadas del futuro que anunciaba Gramsci, con su intensa, agitada y productiva vida diaria. En las actuales condiciones, cada familia italiana tendía a luchar contra todas las demás en su propio beneficio. Cuando el concepto de propiedad quedase abolido, esa lucha sería innecesaria. Dentro de cada casa reinaría la paz. Doce hermanos y hermanas serían capaces de sentarse en torno a una misma mesa sin pelearse entre sí. Y la educación de los niños dejaría de estar en manos de las mujeres y los sacerdotes. Ni un solo niño vería hipotecado su genio ni su futuro por culpa de un adulto. En la nueva comunidad, cada niño sería libre, por fin, para elegir su propio destino.

Siempre hay momentos en la vida en que la compasión consigue que las personas abran su corazón a los demás. Responder a esa franqueza puede ser un error, pero no responder solo es ingratitud. Así, leer las atestadas páginas del *Grido* en las callejuelas de Turín se convirtió en una verdadera forma de vida para Rossi y Sannazzaro. No habían logrado encontrar en toda la ciudad un solo bar ni una cafetería regentados por un mazzatano. De modo que su propia amistad, las reuniones semanales del Partido y el *Grido* se convirtieron en sus únicos puntos de referencia.

Fue poco antes de la huelga de 1919 cuando pudieron por fin conocer a su frágil líder en persona. Ocurrió justo antes de que lo metieran en la cárcel por primera vez. Rossi tuvo incluso la oportunidad de llegar a preguntarle si había algo que pudiera hacer por él; si había algo que pudiera necesitar y que él pudiera hacerle llegar por medio de los celadores. Gramsci le respondió que no quería nada excepto una hogaza de pan sardo y una traducción italiana de *El libro de la selva*, de Kipling. Pero su sonrisa mientras le decía aquello, una sonrisa que no era ni por asomo la de un político, dejaba ver bien a las claras que era perfectamente consciente de que aquello

que le pedía era absurdo.

Después de la huelga y de la ocupación de las fábricas, que fue un fracaso total, Rossi y Sannazzaro perdieron, naturalmente, sus puestos de trabajo. Vendieron los zapatos que solían llevar en la ciudad, les echaron suelas nuevas a sus botas con trozos de neumáticos de bicicleta, y recorrieron a pie los setecientos cincuenta kilómetros de regreso a Mazzata. Cuando llegaron estaban al borde de la muerte por inanición. El pueblo los recibió sin ningún entusiasmo. Habían salido de Mazzata como un par de fracasados y regresaban a Mazzata como un par de fracasados. Siguieron asistiendo a las reuniones secretas de la sección local del Partido, que se celebraban en la trastienda de la farmacia. Cuando Gramsci, desde su celda de la cárcel, decidió desligarse de las políticas de Stalin, el Partido lo declaró paria y hereje. Y los dos amigos, aún leales a él, empezaron a tener menos importancia en la política local que las moscas del techo.

Cuando tenía diez años, *Papa* lo llevó de viaje para que conociera a Antonio Gramsci. Aquella sería su última oportunidad de verlo, ya que se sabía que Gramsci estaba mortalmente enfermo después de nueve años de traslados continuos de una prisión a otra. El gobierno italiano había recibido una petición internacional para que se le pusiera en libertad por motivos de salud, pero dicha petición tuvo el mismo destino que habían tenido prácticamente todas las anteriores.

En 1936 lo trasladaron a Roma. Ya no era oficialmente un prisionero. Ahora se encontraba bajo tratamiento médico en la Clínica Quisisana, y las normas para poder visitarlo eran mucho más laxas. De todas formas, ya no había tantísima gente que quisiera ir a visitarlo; desde luego, casi ninguno de sus antiguos socios quería hacerlo.

Domenico y su hijo viajaron en un camión de tomates hasta Benevento y allí cogieron un tren que se dirigía a la capital y que paraba en todas las estaciones, lo que les permitió mirarse mutuamente y durante mucho tiempo sin que nadie les interrumpiera. Salvatore veía ante sí a un hombre paciente a quien quería de veras, y que, como ya sabía, había tenido que pedirle permiso a su madre para poder hacer aquel viaje. Un hombre cansado, ajado y aceitoso como un traje viejo. Domenico, por su parte, le devolvía la mirada a aquel chico, tan lleno de vida y tan incomprensible.

Cuando Domenico era pequeño, su abuela, que trabajaba en la cocina de un hotel, lo subió a la recepción con la esperanza de poder presentárselo a un obispo que acababa de llegar, para que le diera su bendición. Ambos se arrodillaron juntos en el suelo de mármol, sabiendo que corrían un grave riesgo de que les echaran de allí, o algo peor. Pero el obispo, que se encontraba de visita privada y que prefirió dejar bien claro que estaba fuera de servicio, le dio la vuelta al anillo que llevaba puesto en el dedo para que aquella mujer y el niño no pudieran besarlo. La abuela se levantó entonces y se llevó al niño de nuevo a la zona de servicio, como si el muchacho hubiera tenido la culpa del desinterés del prelado.

Ahora, mientras viajaban en aquel tren a Roma, lo único que quería Domenico era que su hijo tuviera la oportunidad de estar frente a un gran hombre. Además, tenía un par de preguntas que formularle después de todos aquellos años que llevaban sin verse y, por supuesto, no podía presentarse ante él con las manos vacías. Sobre las rodillas, junto a los bocadillos, llevaba un paquete con algunos medicamentos, papel de escribir y un jersey de lana. Lo había cerrado todo con cinta aislante y cualquiera podía percatarse de que aquello no lo había envuelto una mujer. Cuando llegaron a Roma y el tren entró resoplando en la antigua estación de color melocotón de la Piazza Esdraia, procuró que el paquete tuviera un aspecto un poco más presentable.

Mientras cruzaban la ciudad, Salvatore se sintió algo decepcionado, en primer

lugar, cuando comprobó que por allí no había ni rastro de aquellos nuevos Alfa Romeo biplaza cuya imagen le había fascinado al verlos en una revista. Y, en segundo término, también le disgustó comprobar que en la Clínica Quisisana no había rejas.

—Es que no es una cárcel —le dijo su padre.

—¿Puede irse si quiere?

—No, no puede hacer eso. No puede ir ni siquiera a Roma sin que le acompañe un policía.

«Entonces sí que es una cárcel», pensó el niño.

Había una campana en la puerta, y cuando la hicieron sonar salió un joven enfermero en uniforme. Salvatore comprendió de inmediato que nadie iba a besuquearlo ni a darle palmaditas en la cabeza, como le habría sucedido en un convento o en cualquier hospital regentado por monjas. Aquello le impresionó. Le impresionó que los demás pudieran ignorarlo.

El enfermero preguntó si tenían un permiso del doctor Marino o del profesor Frugoni, y Salvatore sintió una admiración inusitada por su padre cuando vio que sacaba del bolsillo interior una nota del profesor en la que autorizaba aquel encuentro. El enfermero se fue entonces, pero regresó al poco tiempo para informarles de que el paciente Antonio Gramsci no se encontraba lo suficientemente bien como para poder recibir visitas. Ahora llevaba una carpeta azul bajo el brazo.

—¿Quién lo dice? —preguntó Domenico.

Eran cerca de las tres de la tarde. Domenico, bajo el pálido sol del principio de la primavera, sujetaba la mano de su hijo.

—A la dirección le preocupa que el paciente pueda recibir visitas en estos momentos sin el conocimiento de los médicos. Se molestarán mucho si empeora —dijo el joven, que leía aquellas palabras directamente de la carpeta como si estuviera repitiendo una lección—. La tuberculosis le ha afectado la columna vertebral... ¿me comprende? No es un espectáculo muy agradable de ver.

—Puede usted ahorrarse todas esas explicaciones. Mis permisos están en regla. En respuesta a una carta que le envié yo mismo, el camarada Gramsci en persona nos pidió que viniéramos a verle.

Salvatore había visto seres deformes, y cuerpos sin vida tanto de personas como de animales, pero nunca había visto nada tan feo como el camarada Gramsci. La fealdad es algo difícil de perdonar a los diez años. La inflamada boca de aquel preso, amigo de su padre, se abrió oscuramente ante ellos como la de un sapo, sin mostrar un solo diente. Aquel pequeño cuerpo tullido^[7] ya no podía fingir de ninguna manera que le quedaba bien la ropa, que colgaba de él como lo haría de un animal circo. Cuando entraron no estaba sentado, sino de pie, apoyado contra la pared, y el olor de la enfermedad, más fuerte que el del desinfectante, invadía la habitación haciendo el aire irrespirable. Su padre cogió a regañadientes la única silla que había en el cuarto, y Salvatore, después de permanecer un tiempo de pie, fue a sentarse en uno de los bordes de la colcha limpia y rígida que cubría la cama.

—Hemos traído medicinas. Las que hemos podido conseguir en la farmacia.

—Muchas gracias, pero no. Prefiero que las guardes para otro. Lo único que pido es que me den algún tipo de estimulante, pero el doctor Marino no me los receta. Eres muy bueno, Domenico, pero ya tengo todo lo que necesito, dentro de lo permitido, naturalmente. Mi cuñada viene a verme bastante a menudo.

La visita no estaba transcurriendo como debía. Gramsci no quería el regalo que le habían llevado. Con una voz ronca y quejumbrosa, apenas comprensible, le preguntó cómo iban las cosas por Mazzata y también quiso saber el nombre del secretario del Partido en el pueblo. Cuando Domenico se lo dijo, comentó:

—No. No me suena ese nombre.

—Es de la nueva generación, Nino. No puedes haber oído hablar de él.

—Lo que más temo es poder perder la memoria. Si uno tiene ya cuarenta y cuatro años, ningún libro del que hablar y además se queda sin recuerdos, parece difícil que llegue a escribir nada que merezca la pena. Tampoco tengo ninguna información de lo que está sucediendo fuera de aquí, excepto lo que escriben en los periódicos oficiales. Todavía tengo la cabeza lúcida, pero creo que tal vez haya perdido el don de la paciencia. Cuando estaba en la cárcel, supe que mis amigos andaban diciendo: «Si es capaz de soportar cinco años encerrado allí, o en cualquier otro sitio, seguro que puede soportar seis». Pero en realidad el quinto año en la cárcel es muy diferente al cuarto, y nadie sabe cómo será el sexto.

—Pero, Nino, esto es una clínica. Es la primera vez que aceptan una solicitud para poder visitarte. Eso demuestra que ahora las cosas son muy diferentes.

—Solo demuestra que ya no me consideran importante. Pero sabía lo de tus solicitudes. No creas que he olvidado lo que es el cariño.

A esas alturas, el entusiasmo de Domenico se había tornado casi en una súplica.

Parecía estar rogando para que la situación se enderezase y se convirtiera en aquello que había deseado y esperado.

—¿Cómo ibas a hacerlo, Nino? ¿Te acuerdas de Turín? ¿Te acuerdas de cuando los raíles del tranvía se congelaron y ninguno de nosotros podía regresar a su casa, y tú nos diste tus Diez Mandamientos?

—En Turín —dijo Gramsci— tomé la decisión de cortar todos los hilos, todas las relaciones, con mi familia. Por supuesto, por entonces no tenía hijos. Poco a poco me fui dando cuenta de lo vacía, lo áspera y lo sórdida que resulta la vida sin el afecto que crean los vínculos de sangre. Me dirás que nada puede ser más obvio y, sin embargo, yo era incapaz de verlo en aquella época.

—No sé qué decirte... —murmuró Domenico, vacilante—. Este es mi hijo. Es el único que tengo. Mi respeto por ti no ha cambiado un ápice, así que he venido no solo por verte una vez más, sino también para consultarte un par de dudas que todavía me reconcomen.

Salvatore seguía mirando fijamente a aquel hombre enfermo. Ahora le daba la impresión de que parecía un polluelo o un pichón, con su traje arrugado, sus grandes ojos nocturnos, inquietantemente azules, y aquella nariz aguileña. En la parte superior de un armario lleno de botellas de medicamentos había tres fotografías: una de una niña, otra de un niño, y otra más de una mujer con la niña y el niño. Se trataba, evidentemente, de los hijos del prisionero. Y Salvatore, que era bastante dado a reflexionar sobre ese tipo de cosas, se puso enfermo al imaginar cómo se las habría arreglado aquel jorobado para engendrar a esas dos criaturas. En aquel momento lo único que deseaba era estar en Mazzata y lanzarse desde lo más alto del muro de contención y zambullirse en el tanque de riego. Y, sin embargo, allí estaba, delante de un hombre cuyo cuerpo no parecía serle ya de ninguna utilidad.

Un cambio en el tono de las voces, tan real pero tan sutil como un cambio de temperatura, le indicó que la conversación había empezado a girar en torno a él. Los dos hombres se comportaban como si hubiera desaparecido por arte de magia y ya no estuviera en la habitación, así que, siguiendo las reglas de aquel mismo encantamiento, él fingió no escuchar. Hablaron de lo que estudiaba en el colegio, y la charla, aunque en cierto modo resultara tranquilizadora, le pareció amargamente decepcionante, más propia de su madre y de sus amigas que del antiguo héroe revolucionario y de su padre. No creía que valiera la pena viajar hasta Roma para algo así. Ya casi estaba dispuesto a comentar, o a escuchar cómo comentaban, que había aprobado el primer examen de secundaria. Pero su padre no hizo alusión alguna a aquella circunstancia, sino que, temblando por el nerviosismo, intentó cambiar rápidamente de tema. Hasta el momento había dejado que las manos le colgaran despreocupadamente entre las rodillas, pero ahora comenzó a apretarlas, una contra la otra, para enfatizar cada cosa que decía.

—De ti he aprendido muchas verdades, camarada. Las he escuchado de tus mismos labios y las he leído también. Y, de todas ellas, la que más me ha interesado

siempre es la que tiene que ver con la educación. Solo mediante la educación de nuestros hijos podemos empezar, incluso hoy, a construir la sociedad del futuro. Mi hijo es inteligente, pero se quedará conmigo en Mazzata. ¡No voy a permitir que se eche a perder en las ciudades! Será un intelectual para las gentes de Mazzata. Cuando vaya al instituto, no dejaré que estudie latín. El latín sigue siendo lo que siempre ha sido, el medio por el cual una clase puede intimidar y humillar a otra. Iré a ver a las autoridades académicas e insistiré en que se le enseñe con sencillez y naturalidad, con el sistema de preguntas y respuestas del que tú hablabas.

Cuando hizo una pausa, esperando oír las palabras de aprobación ante su proyecto, Gramsci dijo:

—Deja que estudie latín —ahora hablaba con mayor dificultad—. Deja que estudie latín. Yo lo estudié. La educación nunca debería ser fácil. La destreza en un oficio no se consigue sin trabajo y esfuerzo y, después de todo, el oficio de los niños es aprender.

Salvatore se dio cuenta de que su padre se había quedado completamente desconcertado con la respuesta de Gramsci y, aunque aquello no era nada nuevo, sintió pena por él.

—¿Y ciencias?

—Por supuesto, siempre que estés seguro de que eres capaz de diferenciarlas bien de la brujería.

—Nino, en Turín nos aconsejaste a los dos que leyéramos a Rousseau...

—¿Quiénes erais «los dos»?

—Luca Sannazzaro y yo. ¿Te acuerdas de Luca?

—No pretendas que sea perfecto —dijo Gramsci—. Ya puedes comprobar que tengo suficientes problemas sin verme obligado a cargar también con esa responsabilidad. En 1927, cuando me trasladaron de Ustica a Milán, me permitieron plantar unas cuantas semillas de achicoria, y cuando brotaron tuve que decidir si quería seguir a Rousseau y dejarlas crecer según las directrices de la naturaleza o si prefería interferir en su desarrollo en nombre del conocimiento y el dominio del hombre sobre las cosas. ¡Lo único que yo quería era una buena mata de achicoria! Es inútil querer ser doctrinario en semejantes circunstancias.

Arrastró su propio cuerpo y se dio media vuelta para poder adoptar una nueva postura, y miró directamente a Salvatore:

—¿Qué piensas hacer si tu padre no te deja aprender lo que tú quieras?

—No lo sé, señor.

Gramsci se incorporó entonces y empezó a contarles con su voz sombría algunas de las anécdotas que recordaba de su hermano mayor, que había sido muy rebelde de pequeño y, para demostrar de lo que era capaz, un día cogió al gato, se lo llevó al panadero del pueblo y le pidió que lo asara. Cuando en su casa le escondían los zapatos bajo llave para evitar que se escapara, él se pintaba los pies de negro con betún y se largaba sin más. Aquellas historias comenzaron a adentrarse sigilosamente

por los recovecos más ocultos de la mente de Salvatore. El muchacho olvidó por un momento que estaba en la habitación de un hospital y se entregó a la emocionante vida de una persona que, indiscutiblemente, estaba también allí, con ellos, en ese instante. Gramsci siguió hablando y les contó algunas cosas más acerca de sí mismo, de cuando era un niño lisiado. Les dijo que su madre tenía siempre un ataúd y un traje blanco preparados para él, puesto que no esperaba que fuese a durar mucho tiempo.

—Sin embargo, aquí me veis. He vivido más de cuarenta años...

Cuando era pequeño, también él pensaba que quizá fuese necesario escaparse de casa en alguna ocasión y, con eso en mente, solía llevar siempre en los bolsillos un poco de maíz, un cabo de vela y una caja de cerillas.

—Pero ya he hablado demasiado de mí —añadió resueltamente, con su tierna sonrisa, boquiabierta y desdentada—. Dime, ¿qué llevas tú en los bolsillos?

Se hizo el silencio.

—Responde, muchacho —dijo Domenico, sintiéndose amenazado por una posible humillación. Le repitió la pregunta en su propio dialecto—: ¡Responde!

A Salvatore no le gustaba que la conversación se centrara en él. En ese momento pensó que el olor que reinaba en la habitación provenía de algo que se había podrido, o de algo que estaba a punto de pudrirse. Podría complacer fácilmente a todo el mundo, aun sin decir nada, solo con meter las dos manos en los bolsillos y darles la vuelta hacia fuera. Pero no pensaba hacerlo por nada del mundo.

—*Bene*, no importa —dijo Gramsci—. ¿Cómo va a importar? En fin, a lo mejor piensas que no soy lo suficientemente fuerte como para pasar por un buen amigo de tu padre.

—No, señor. Yo no creo eso.

Gramsci volvió a acomodarse, girándose un poco hacia la derecha hasta situarse frente al lavamanos, al que se aferró para asegurarse cierta estabilidad, cerca de la jarra y de la palangana esmaltada. Desde allí le tendió una mano.

—A los niños no les gusta la gente enferma. ¿Tienes miedo de tocarme?

—No quiero tocarle si voy a coger algo —dijo Salvatore—. Con mis primos, somos siete en casa.

—¡Siete! —exclamó Domenico—. ¿Y eso qué tiene que ver ahora? ¿Por qué se lo cuentas?

—No vas a coger nada —dijo Gramsci.

El niño entonces se acercó a él y sintió que su mano se comprimía como si los huesos estuvieran siendo triturados bajo la fina piel. El anterior otoño, cuando la feria ambulante llegó al pueblo, trajeron una máquina llamada «La Iniciación», que tenía una manija que, al tocarla, soltaba una descarga eléctrica. Pero los menores de doce años no podían jugar.

—Ahora te toca a ti. Y, dado que no has respondido, estoy siendo más que justo contigo: puedes preguntarme lo que quieras.

Una nueva oportunidad para no decepcionar a su padre. Aquel era el momento en

que podía conseguir que se sintiera orgulloso, y sabía muy bien el tipo de orgullo que se esperaba de él. Pudo imaginarse a sí mismo y a su padre, a los dos, una vez terminada su visita, de nuevo en la cafetería de la estación en la que habían entrado al llegar, con las farolas ya encendidas en la calle, y pudo ver también a su padre felicitándolo por la pregunta tan inteligente que había formulado, mientras él se dedicaba a derretir un terrón de azúcar en una cuchara de mango largo, poco a poco, sintiendo a la vez satisfacción y lástima.

—Pregúntame lo que quieras —repitió Gramsci.

En aquel confinamiento se le permitía tener cigarrillos, a pesar de que la enfermedad le había devorado ya hasta las vértebras y le resultaba muy difícil mantener la cabeza en una posición lo suficientemente equilibrada como para poder fumar. Con mucha paciencia, Domenico fue encendiendo una cerilla tras otra, intentando que el tabaco prendiera.

Salvatore sabía ya qué pregunta iba a plantearle. Por un momento se arrepintió de no haberle dicho lo que llevaba en los bolsillos. Aquello había sido un error. Estaba más que acostumbrado a que le pidieran que formulara preguntas, así como a responderlas en presencia de los inspectores del colegio. El truco consistía simplemente en averiguar qué era lo que querían oír. Cuanto más importantes fueran aquellos hombres, más fácil era darles una respuesta. Uno de ellos le había pedido a toda la clase que se quedara de pie y que respondiera a la pregunta de las primeras líneas del coro de las juventudes fascistas: «Duce, Duce, cuando llegue el momento, ¿quién no sabrá morir por ti?». Imposible fallar. Además, Salvatore había medio adivinado cuáles eran las verdaderas inquietudes de su padre y de Sannazzaro a lo largo de aquellas largas y monótonas tardes en la habitación sin ventanas del pequeño tramo de pasillo que conducía a la cocina, y gracias también a lo que los dos habían intentado explicarle con toda la gravedad del mundo. ¿Qué tal si probara con: «Camarada Gramsci, señor, cuando llegue el momento, ¿quién no querrá la libertad?»?

Valor. Pero las palabras que había esbozado en su mente se esfumaron de pronto y, dado que todavía quería y tenía que decir algo totalmente diferente, lo que salió de sus labios fue:

—¿Por qué está sangrando, señor?

En efecto, un hilillo de sangre había asomado de repente por la comisura de la boca del amigo de su padre. Salvatore, sin dejar de observar al jorobado hundido en su nicho, sin moverse, vio cómo la gota de sangre empapaba el cigarrillo que pendía de sus labios y resbalaba hasta el borde de la barbilla, y entonces supo que todo podía salvarse aún. Lo más importante era que la sangre no cayera al suelo. Santa María, Madre de Dios, Consuelo de los Desamparados, no permitas que caiga al suelo. Pero cuando Gramsci abrió el otro lado de la boca para responder, tal y como había prometido que haría, o tal vez incluso para sonreír, sucedió algo desastroso. El hombre se inclinó hacia delante y de distintas partes de su cuerpo comenzaron a

manar todo tipo de líquidos oscuros. Domenico Rossi pulsó el timbre con todas sus fuerzas, mientras, con la otra mano, abría la puerta.

—¡Corre! ¡Pide ayuda!

El niño echó a correr por los resplandecientes pasillos, con los ojos anegados en lágrimas. Hasta el momento no había visto a ninguna mujer allí, pero lo que ahora necesitaba precisamente era una mujer. Pensó que quizá podría encontrarla detrás de una de esas puertas cerradas, con sus cuadrados de cristal esmerilado.

Domenico no se equivocó en absoluto al pensar que aquella visita a Roma dejaría en la memoria de su hijo un recuerdo imborrable. En cuanto Salvatore fue capaz de traducir sus impresiones y referirse a ellas en términos de voluntad y propósitos de futuro, llegó a la siguiente conclusión: jamás me meteré en política. Jamás me arriesgaré a ir a la cárcel por mis principios. Jamás pondré en peligro mi salud, y mucho menos mi vida, por mis ideas. Y también fue entonces cuando decidió que iba a ser médico. Al final, se dijo, todos estaremos a merced de nuestro propio cuerpo, pero al menos quiero comprender qué es lo que le sucede al mío.

Para Salvatore fue muy desagradable tener que contemplar las lágrimas de su padre mientras volvían andando a la estación. Se resistía a admitir que, en ese momento, él era más maduro que su propio padre, y se sentía avergonzado además de que ninguno de los dos llevara un pañuelo encima. Llevaban una servilleta, pero se había quedado en la Clínica Quisisana, con la cesta y los regalos que Gramsci no quiso aceptar. Al final se detuvieron delante de una pequeña tienda y Domenico, todavía conmovido, le pidió a su hijo que entrara a comprar un pañuelo. El hombre del mostrador le dijo que tenía que comprar tres porque los pañuelos se vendían en paquetes de tres. Salvatore se quedó allí, esperando, impasible en su sitio.

—Mi padre solo necesita uno. Y usted tiene que venderle lo que él necesita.

El tendero se llevó una mano a la oreja, como si no entendiera lo que el muchacho le estaba diciendo. Salvatore le repitió las mismas palabras, en perfecto italiano:

—Es la ley —añadió.

Pagó el pañuelo y contó el cambio con una parsimonia ofensiva. Esa misma tarde decidió que, en cuanto pudiera, dejaría de depender emocionalmente de los demás.

El trabajo constante y el oportunismo son los secretos del éxito biológico. El propio Gramsci solía repetir el dicho de que «donde caga un caballo, se alimentan mil golondrinas». Pero Salvatore recibió muy poco de la que suele ser la fuente habitual de recursos, la familia. En realidad, a todo lo que se redujo su aportación fue a que, durante sus años de formación médica, pudo alojarse a un precio razonable en el desván de una frutería, propiedad de la sobrina de la hijastra de su tía abuela.

Como estudiante de medicina que era, su llamada a filas fue aplazada y, justo antes de que los aliados desembarcaran en Sicilia, Salvatore decidió trasladarse a Bolonia. El profesor Landino, el gran neurólogo, regresó de su largo exilio la primavera siguiente, y él confió en que aquel hombre pudiera servirle de inspiración y de guía, pero sus expectativas se vieron frustradas. Los hombres ilustres son poco comunes, pero no necesariamente interesantes. Y Landino no era interesante. En cualquier caso, la neurología se abrió paso por sí misma y del modo más sencillo. Cuando era residente, solía tomar todo tipo de notas acerca de distintos casos de antiguas lesiones de espalda, producidas dos o tres años atrás, en pacientes que hubieran sufrido algún accidente de tráfico con un camión o en un vehículo militar que hubiera pisado una mina o que hubiera caído en algún socavón. Los cirujanos retiraban el disco lesionado de la columna vertebral para unir después las vértebras anterior y posterior en un trabajo lo más limpio posible. Y cuando ya no había inflamación alguna, cuando no había nada que pudieran captar los rayos X ni los estudios del líquido cefalorraquídeo, no obstante, los pacientes seguían quejándose de un dolor insoportable. Había mujeres que ingresaban en el hospital y que no podían mover un brazo, o ninguno de los dos, que no podían agacharse para coger a sus hijos, o cuyos rostros estaban retorcidos en una mueca fija, con la boca abierta como un cantante. El dolor estaba solo en su imaginación, pero para ellas era algo absolutamente real. De hecho, en estas circunstancias resultaba del todo imposible fijar un significado concreto para «real» y para «imaginación». No era posible formular ningún diagnóstico aceptable. Salvatore se enfrentaba a un tipo de dolor que no dejaba rastro y que remitía también sin ninguna explicación. Los especialistas, aunque se mostraran muy seguros, no sabían más —y quizá sí bastante menos— de lo que sabe un perro que se tumba a la sombra hasta que empieza a sentirse mejor. Pero todo lo que existe puede ser descubierto. Salvatore no iba a engañarse a sí mismo diciéndose que era capaz de hacer grandes descubrimientos. Pero pensó que, al menos, sí podría intentar estudiar las razones por las que no se había obtenido ninguna solución hasta el momento.

—Señores —comenzó el profesor Landino con una sonrisa que daba a entender

que había visto a las mujeres estudiantes de la sala, pero que era ya demasiado viejo para aprender nuevas fórmulas—, no en vano se asocia la neuralgia a los artistas, a las personas sensibles y a los degenerados. —Hizo una pausa tras haber pronunciado estas últimas palabras con una entonación similar, como si artistas, personas sensibles y degenerados fueran la misma cosa—. Se define la neuralgia como aquel dolor cuyo origen no resulta claramente identificable.

Los socios naturales de Salvatore en Bolonia tendrían que haber sido los jóvenes que formaban parte del pequeño grupo de estudiantes procedentes del Sur, cuyas costumbres eran bastante predecibles: el burdel civil para los sábados por la noche y, para los domingos, sus mejores trajes de paño que en algunos casos eran heredados y en otros un préstamo de sus padres. Como no podían acostumbrarse a la comida boloñesa que servían en la cafetería universitaria, que les parecía concebida para envenenar a la primera generación de médicos de la posguerra, llegaron a un acuerdo con una napolitana que tenía un café en el que les guardaban el sitio todos los días. Durante su primer año allí, Salvatore analizó todas aquellas costumbres y se declaró en contra. «Si haces lo que esperan de ti —se dijo— dejarás de ser una persona especial. Como médico, debo saber lo que es lo normal y asumir que cualquier variación en esa normalidad es una señal de peligro. Como ser humano, debo hacer justo lo contrario».

En 1946, el pequeño grupo abandonó sus trajes negros y o bien los vendieron, o bien los enviaron de nuevo a sus aldeas. Siguieron comiendo en Palumbo, y ahora Salvatore iba también con ellos. Se había dado cuenta de que si se proponía seguir siendo imprevisible iba a terminar siendo un esclavo de la opinión pública, como antes. Debía salir de Bolonia como un hombre al que no pudieran distinguir por nada, ni por su procedencia ni por su carácter; tenía que ser pura y simplemente el joven doctor Rossi, hecho a sí mismo, capaz de tomar sus propias decisiones, precavido e inclasificable. Para ello necesitaba encontrar una nueva ciudad, y se fue a Florencia.

Una de sus reglas consistía en no perder el tiempo jamás. En realidad, creía que se había preparado y ejercitado hasta tal punto como individuo racional que le resultaría del todo imposible perder un solo segundo de su vida. Por lo tanto, llegó a la conclusión de que la cantidad de tiempo que estaba empleando en pensar en Chiara Ridolfi desde que la conociera en el Teatro della Pergola en la primavera de 1955 tenía que constituir, de alguna forma, una actividad biológicamente útil.

Con el fin de precisar su situación de un modo que a él le pareció controlado, lógico y desapasionado, elaboró el siguiente informe:

Familia Ridolfi. Se puede obtener cualquier tipo de información acerca de ellos sin problemas. Tendrán dos o tres buenas casas, La Ricordanza, el piso de Via Limbo, y, sin duda, alguna granja en alguna parte. Evitar el trato con esta gente hasta que los haya analizado adecuadamente. Tengo treinta años. Cuando ella tenga mi edad, probablemente no se habrá deteriorado mucho, a excepción, quizá, de una ligera contracción del tejido mamario. Para entonces yo ya habré cumplido los cuarenta y casi con toda certeza habré sufrido cierta pérdida de cabello, y (a juzgar por el físico de mi madre, no por el de mi padre) habré ganado peso. Cuando la gente se encuentra ante un físico esbelto o magro, lo admira y dice que esa persona goza de una buena estructura ósea, con lo cual quieren referirse al esqueleto. ¿Qué hay de atractivo en mostrar el esqueleto?

Dudo que ella esté en condiciones de ser la esposa de un médico, así que debería apartarla de mi pensamiento.

Aunque tal vez no lo haga en este caso.

En aquel momento, Salvatore trabajaba en el Hospital S. Agostino, donde ejercía como especialista adjunto. Podría llegar a ser jefe del Departamento de Neurología muy pronto, y todo gracias a sus propios méritos. En el mundo de la política y de los negocios las influencias desempeñan un papel importante, pero los cocineros y los médicos solo pueden ascender gracias a su propia valía.

Su mejor amigo era uno de sus colegas: Gentilini, un hombre mayor, de bigote gris, que no había ascendido, que no era envidioso y que estaba muy próximo a él en lo profesional, lo cual constituye uno de los vínculos de unión más fuertes de todos los vínculos posibles, a excepción del que se crea cuando dos personas crecen juntas. Gentilini era de Borgoforte, donde solo tenía que sentarse un instante en la plaza con la idea de tomar algo para verse rodeado de amigos que —incluso entonces— irían a saludarlo de mesa en mesa, mientras otros se acercaban en sus Lambrettas, como abejorros que llegan tarde al enjambre. En Florencia siempre sentía un poco de nostalgia por su tierra —y esperaba seguir sintiéndola siempre—, mientras que Salvatore, en cambio, estaba decidido a no dejarse arrastrar de nuevo hasta Mazzata jamás, bajo ninguna circunstancia.

En Florencia iban al Caffé Voltaire, situado en la Via degli Alfani, y allí hablaban del sentido de la vida. Sin lugar a dudas, el sentido de la vida tenía que ser la reproducción. Todas las formas de vida se agotaban después de haber realizado el esfuerzo de perpetuar la especie, y sus individuos tal vez no se sintieran del todo felices después pero, al menos, podían considerarse satisfechos. En el curso de aquellas conversaciones, Salvatore pensaba que todo aquello guardaba relación con él. Desde la noche que conoció a Chiara vinculaba prácticamente cualquier tema a su propia vida. No tenía mucho sentido preguntarle a Gentilini, que tenía cuatro hijos que mantener, si se consideraba a sí mismo «una forma de vida».

—La felicidad es un ideal inalcanzable —declaró Salvatore haciendo hincapié en cada palabra dando golpecitos en el mantel—. Resulta muy extraño, por emplear un término suave, que el cuerpo se sienta satisfecho cuando se pierde en su propia experiencia y se olvida por tanto de sí mismo, mientras que la mente solo está conforme cuando es absolutamente consciente de sí misma y de su propio funcionamiento.

—¿Por qué te parece extraño? —le preguntó Gentilini—. Las cosas irían por muy mal camino si la mente y el cuerpo exigieran lo mismo.

—¿Pero por qué utilizas la palabra «exigir»? —exclamó Salvatore—. ¡Qué elección de palabras! Hablas de la mente y del cuerpo como si fueran directores de banco.

Gentilini miró con cierta preocupación a su joven colega y le preguntó si en ese momento le resultaba difícil sobrellevar su propia existencia. Salvatore, entonces, elevando su voz hacia el cielo nocturno, le respondió que no estaba preocupado ni se sentía intranquilo por lo que existía, sino por lo que no existía. Se veía amenazado en todo momento por los vulgares estereotipos del imaginario popular: digamos, el caso del ambicioso joven, o quizá ya no tan joven, que surge de la nada con la esperanza de establecer buenos contactos, y el de la inocente jovencita de buena familia. Y, para colmo, la rancia antítesis: lo moreno y lo rubio, lo caliente y lo frío, el Sur y el Norte... Todo metido en la marmita a la vez.

—¿Tú no te consideras de sangre caliente? —preguntó Gentilini.

Salvatore respondió:

—Mi primera lección de completa autodisciplina la recibí cuando tenía diez años. Os gusta pensar que soy una persona de sangre caliente solo porque vengo de la Campania... Debería inventarse una nueva profesión —continuó— para que la medicina y la ciencia experimental trabajasen codo con codo: una profesión dedicada a eliminar por completo de la mente humana todas las ideas preconcebidas.

—Como los enciclopedistas —dijo Gentilini amablemente.

—No, en absoluto. Los enciclopedistas eran unos intelectuales y la única labor del intelectual es conseguir que la gente desprecie todo lo que antes solía disfrutar. No quiero más desprecio en el mundo. Nada de desprecios.

Los obsesivos nunca ven sus propias obsesiones. Para ellos es solo pura coincidencia que una infinidad de cosas que antes no guardaban relación entre sí, de repente, empiecen a referirse a su principal y única preocupación. O bien ocurre que piensan que sus sentidos se han vuelto preternaturalmente selectivos y son capaces de detectarla en todas partes. Por poner un ejemplo: en un congreso internacional sobre las enfermedades pulmonares organizado por la Universidad de Florencia, la primera diapositiva de la primera conferencia mostraba un plano corto de los llamados «enanos» de La Ricordanza. El profesor, un americano, quiso utilizar una imagen llamativa para abrir su conferencia, que trataba de las consecuencias físicas de una baja concentración de oxígeno en la sangre, pensando tal vez que un murmullo de agradecimiento recorrería la sala cuando los asistentes reconocieran las imágenes. Loco por agradar, inclinó la cabeza hacia el público como un animal doméstico al que se le permite estar en casa siempre que se porte bien. Debido a un fallo en el sistema de sonido, apenas se oía lo que decía. Y luego, cuando llegó el momento de las preguntas y el debate, Gentilini, cuyo interés en el asunto era marginal, observó que su amigo estaba a punto de levantarse de su asiento. Le arrebató la hoja de papel que Salvatore tenía en la mano, y vio que había escrito lo siguiente: «¿Tendría la amabilidad el profesor Swanston de decirnos por qué, de entre todas las representaciones de la deformidad que se encuentran disponibles en la historia del arte, ha tenido que elegir justamente estas? ¿Siente algún interés especial por la familia Ridolfi? Le conmino a que nos lo diga». Gentilini rompió el papel en trocitos

y cogió a Salvatore de un brazo.

—Tengo cuarenta y cinco años —dijo—. Permíteme que sepa a estas alturas lo que es relevante y lo que no. He roto tu pregunta. Vámonos.

Aquel mismo día, por la noche, oyeron cómo alguien que no estaba justo en la mesa de al lado, pero sí lo suficientemente cerca como para que pudieran escucharlo, decía: «Pobrecita: quiere complacer a todo el mundo, pero no sabe nada de nada. Ni siquiera sabe cómo resguardarse de la lluvia». No había ninguna razón, ninguna en absoluto, para pensar que estaban hablando de Chiara Ridolfi, pero Gentilini se asustó —con una cierta sensación de cansancio al imaginar que ese tipo de situaciones podrían llegar a repetirse de manera infinita— cuando su amigo se puso de pie, al parecer dispuesto a pelearse con cualquiera. Sin embargo, el camarero, como un excelente participante en la coreografía, surgió de detrás de una columna, se aproximó a ellos para traerles la cuenta y solo se retiró cuando Salvatore volvió a sentarse o, mejor dicho, cuando Gentilini consiguió sentarlo tirando con fuerza del faldón de su chaqueta de lino.

—¡Mis sentimientos están perfectamente bajo control! —gritó Salvatore—. Simplemente quería dejar claro, siempre con todo el respeto, que...

—Acabo de darme cuenta de a qué me recuerdas —dijo Gentilini—. Esas viejas comedias de Ridolini^[8]. Tal vez seas demasiado joven para saber de qué te hablo.

—Las recuerdo perfectamente. En Mazzata vi montones de películas antiguas.

Durante unos momentos, los dos permanecieron en silencio, pensando en sí mismos cuando iban a aquellas sesiones de cine al aire libre en las cálidas noches de verano.

—Pero si uno oye que se está diciendo en público algo que es manifiestamente falso —dijo Salvatore—, uno tiene el deber de ir a corregir el error inmediatamente, ¿no? Al menos estarás de acuerdo conmigo en eso. Apelo a tu sentido de la responsabilidad.

Gentilini no sabía si pedir otro Campari. Nunca se tomaban más de uno en los días laborables normales, y los pagaban por turnos. Pero, en vez de eso, lo que hizo fue cambiar de tema y comenzó a hablarle a Salvatore de aquel proyecto suyo de reformar los prejuicios de la humanidad por medios científicos.

—¿Cómo describirías tu estado de ánimo actual? —le preguntó.

—Soy consciente de que puedo estar presentando síntomas un poco raros. Podría describirlos, creo, como una variante de hiperestesia. El profesor Fregone me habló una vez del caso de un hombre (creo que era ruso o tal vez armenio) que podía leer lo que estuviera escrito en el reverso de una página con solo palpar el contorno de las letras con los dedos, a través del papel, quiero decir. Pues bien, yo me encuentro en una situación en la que el sonido más nimio, que para ti puede no significar nada en absoluto, me afecta de una manera casi insoportable, y el roce más ligero puede convertirse en una tortura. En fin, supongo que estaremos de acuerdo, por supuesto, en que este tipo de dolor es tan real como cualquier otro dolor con un origen físico

reconocible.

—Bueno, es que el tuyo también tiene un origen —dijo Gentilini—. El origen, me parece a mí, reside en que deseas lo que no puedes tener.

Salvatore, más calmado, comenzó a girar su vaso vacío sobre la mesa.

—¿Por qué no habría de tenerla? La tendré. Si la quiero tanto, la tendré. Eso es algo que, entre nosotros, debería darse por sentado.

—Y eso que solo la has visto una vez.

Pero al final resultó que ese dato era prácticamente irrelevante. El auténtico seísmo se produjo como consecuencia de la discusión que Salvatore estaba manteniendo con un interlocutor imaginario, o tal vez consigo mismo, acerca de los términos en que aceptaría el matrimonio. En primer lugar, tendrían que recibirle tal y como era, sin que nadie esperara de él un comportamiento concreto y sin que nadie tuviera que disculparlo ni alabarlo ni tuviera que dar explicaciones por tratarse del caso típico o el paradigma humano de una determinada región. Tampoco permitiría que lo calificaran como un individuo aceptable solo porque hubiera demostrado ser una persona inteligente o un triunfador o un tipo con suerte. Además, y por encima de cualquier otra consideración, ellos dos deberían aceptarse mutuamente sin que mediara explicación alguna, situándose el uno al lado del otro en condiciones de igualdad, sin diferencias entre ellos, tal y como se suponía que todos los hombres debían ser a los ojos de Dios.

—Pero, de todos modos, en los primeros días de la Creación había diferencia entre los sexos —dijo Gentilini, aprovechando un momento en que Salvatore se quedó en silencio.

Aún disponían de diez minutos antes de tener que regresar al hospital. Pero, una vez más, Gentilini tuvo que conformarse con escuchar. Los pensamientos de su amigo habían tomado ahora un rumbo diferente, aunque, con la obstinación que suelen mostrar todos los que de repente se dan cuenta de que se han perdido, seguro que se las arreglaría para volver de nuevo al punto de partida inicial. Lo que ahora se preguntaba, con un asombroso despliegue de fría racionalidad, era si existiría la más mínima posibilidad de que pudiera encontrarse con aquella joven de nuevo.

—Estoy seguro de que eso podría arreglarse sin mucha dificultad —dijo Gentilini—. Podrías...

—¡Pero yo no quiero que se trate de un arreglo! —Salvatore dejó entonces de hablar, sin más, y le tendió una mano—: Considérame un perturbado, si quieres, pero no me abandones ahora. Por favor, dame la mano.

—No hay relación más duradera que la amistad —le dijo Gentilini a su esposa esa noche—. Quizá porque se ve sometida a continuas pruebas.

Hizo una pausa, temiendo haber dicho algo poco apropiado. Pero la *signora* Gentilini no pareció ofenderse en absoluto. Al contrario, aprovechó la oportunidad para preguntarle por qué no llevaba a casa a su amigo, el doctor Rossi, con más frecuencia. Cuando iba, era solo para conversar con él. Con lo agradable que resultaría preparar algo de comer para un hombre tan inteligente. Además, cualquiera podía darse cuenta a simple vista de que se sentía solo.

—¿Cómo puedes saber algo así? —le preguntó Gentilini.

—Es tan silencioso... Y parece tan inseguro, el pobre.

La casa de Gentilini no estaba donde a él le habría gustado que estuviera, en la zona universitaria y cerca de S. Agostino, sino en un callejón donde, más o menos, se había ido resignando a vivir. Un fuerte olor a coliflor le dio en la nariz cuando dobló la esquina, mientras seguía hablando con Salvatore. Seguramente algo espantoso debía de haber ocurrido en la cocina porque, a pesar de que el día estaba nublado, su mujer había sacado las jaulas de los pájaros a la ventana para que pudieran respirar.

—¿Así que insistes en despreciar a los intelectuales como clase? —le preguntó, mientras continuaba en la acera, sin moverse, aplazando el momento de entrar en su casa, donde resultaría más difícil seguir hablando de temas generales.

—Desde luego. La inteligencia es la maldición de la historia de la humanidad —dijo Salvatore—. Siempre sucede lo mismo: la gente común es la que se encarga de hacer las cosas: los soldados romanos, los primeros cristianos... Da lo mismo. Luego, cuando ellos ya han hecho lo más difícil, aparecen los intelectuales, dispuestos a intervenir, y después de ellos, llegan los propagandistas... De todas formas, la verdad es que todo esto importa muy poco. Lo que quiero saber es si la has visto.

—Visto, visto...

—Ya sabes de quién hablo. No te pido que me digas qué opinas de ella porque eso no me interesa en absoluto. Simplemente quiero que me digas si la has visto últimamente.

—Claro que no. No conozco a esa gente.

—Me han dicho que tiene una tía, una excéntrica, que posiblemente no esté en su sano juicio. ¿No crees que sería imprescindible separar a Chiara de esa mujer?

—No puedes pretender que te dé mi opinión sobre ese tema. Pero creo que si tiene una tía, lo más natural es que la joven le tenga cierto cariño.

—¡Natural! ¡No es natural! La naturaleza es bastante más complicada que todo eso. ¿O es que crees que un caballo o una paloma le pueden tener cariño a su tía? ¿Crees que podrían siquiera reconocer a sus tías?

—Quizá no, pero en las sociedades humanas normalmente...

—¡Así que estás tratando una vez más de diferenciarnos del resto de los animales! —exclamó Salvatore en un tono de enojada satisfacción—. Reniegas del conductismo. ¿Es eso lo que debo entender?

La sirvienta de los Gentilini abrió la puerta principal. Gentilini era tan exacto en sus horarios para las comidas —a la una menos veinticinco— que todo estaba perfectamente preparado para cuando él llegase. El olor a coliflor se hizo más fuerte. La muchacha miró consternada a los dos hombres. Salvatore había cogido a Gentilini de los brazos y había empezado a sacudirlos de arriba abajo, como si hubiera perdido

la paciencia con una máquina expendedora de billetes vacía. Los vecinos comenzaron a asomarse a las ventanas, e incluso a salir a los balcones.

—¡Meras supersticiones...! ¡Magia para campesinos...!

Gentilini se obligó a recordar la merecida reputación que tenía su amigo en el hospital, y entre la profesión, de ser un especialista digno de confianza, eficiente y brillante. Poco a poco, logró convencerlo para que entrara en casa.

El comedor estaba desagradablemente atestado de gente. La familia entera se había reunido allí, y a dos de las niñas las habían sentado con sus servilletas limpias en la enorme radio que estaba situada en un rincón, en diagonal. Todo el mundo tenía que moverse con sumo cuidado para evitar que se cayeran al suelo las piezas de cerámica ornamental y las pequeñas jarras de latón que estaban colgadas por la pared. La *signora* quiso levantarse para ir a buscar los platos a la cocina, pero la criada, que tenía un gran sentido de la oportunidad y que se temía que aquel médico tan apuesto pudiera empezar a gritar de nuevo en cualquier momento, insistió en que ya se encargaría ella de hacerlo todo, aunque apenas pudiera abrirse paso en el breve espacio que quedaba libre entre los respaldos de las sillas y la pared. Llevaba un vestido negro sin mangas, así que la abundante mata de sus axilas quedaba al descubierto cada vez que levantaba la cazuela por encima de las cabezas de la familia, inclinadas hacia el plato. Las niñas, demasiado tímidas para dirigirse directamente a nadie, hacían que fuera su hermano Luca quien hablara por ellas en la mesa.

—*Papa*, Vittoria y Bice dicen que hay algo extraño que sale de la radio y que está recorriéndolas por dentro. Puede que sea un cortocircuito.

—¿Un poco de vino, doctor? —le ofreció la *signora*, amable y maternal—. Sabemos lo mucho que trabaja usted en el hospital.

—*Papa*, puedo decirte que es un hecho científico que si las chicas derraman un poco de agua en la radio, la corriente duplicará su potencia.

Gentilini no hizo nada al respecto, y solo le preguntó a su esposa si había habido alguna llamada de teléfono.

—¡La salsa de tomate también es un buen conductor de la electricidad! —exclamó Luca.

Entonces, sin previo aviso, Salvatore se levantó de su silla. Chocó bruscamente contra la pared que quedaba justo detrás de él y, después de tirar su servilleta al suelo, se fue. Los niños se apresuraron a ocupar el espacio que había quedado disponible.

—¡Seguro que todo el mundo ha visto cómo se ha marchado antes de que sirviéramos el plato principal! —exclamó la *signora*.

—No se lo tengas en cuenta. No está en sus cabales —le dijo su marido.

Salvatore le dijo posteriormente a Gentilini que tenía miedo de haber perdido la razón.

—En absoluto —respondió Gentilini—. Me di cuenta de que de repente se te ocurrió pensar «no puede funcionar. Esto es el matrimonio y yo no puedo arrastrarla a

una vida como esta». Creo que has olvidado que las condiciones en que vas a iniciar tu carrera son mucho mejores que las mías, y que tú no vas a tener cuatro hijos. Solo fue una reacción emocional. No actuaste de manera racional, aunque supongo que imaginabas que sí.

Cuando Salvatore le preguntó si podría convencer a la *signora* de que le perdonara, Gentilini le respondió que ella siempre había sentido un gran interés por su amigo, el doctor Rossi, simplemente por las descripciones que le había hecho de él. Además, estaba convencida de que el futuro le depararía grandes éxitos. Eso no despertaba en ninguno de los dos la menor envidia, ya que ambos le tenían un gran aprecio.

—Por supuesto —agregó Gentilini—, he de reconocer que comete muchos errores cuando se trata de ciertas cosas.

Días más tarde, le transmitió un mensaje de su esposa, que quería saber si sería posible que el doctor Rossi volviese a visitar su casa otro día, preferiblemente un miércoles ya que ese era el día en que los niños llegaban más temprano y, por tanto, podían comer antes y así dejarles en paz. O tal vez prefiriera pasar con ellos el domingo, que era cuando solían subir al Monte Morello o salían a comer al campo. Lo cierto era que le había impresionado su brusco comportamiento: eso era exactamente lo que una esperaba de un genio.

A Salvatore le habría resultado imposible ver a Chiara de nuevo aunque hubiese asistido a todos los conciertos de Florencia, y tampoco habría estado en su mano la posibilidad de no verla aunque hubiese decidido no asistir a ninguno, ya que ella se había ido de Florencia. Tuvo que regresar a Inglaterra en verano para concluir su último trimestre en el colegio de los Santos Inocentes, en Champerdown, Berkshire. Nunca había sido muy feliz allí, ni en ningún otro colegio, con la única excepción de la escuela infantil, a la que solía ir caminando, con su babi de color negro, de la mano de Annunziata, que subía y bajaba con ella la colina, hasta que el techo de la villa se vino abajo y se quedaron sin agua.

En el convento pasaba completamente desapercibida. No poseía muchos talentos más allá de su habilidad para la música y para el patinaje sobre ruedas, disciplina que había practicado durante horas por los desvencijados pasillos de La Ricordanza. Pero en el colegio de los Santos Inocentes estaba prohibido patinar.

En Florencia, Gentilini empezaba a temerse que su amigo pudiera estar desarrollando los síntomas propios de un trastorno de la personalidad. Y, en Berkshire, Chiara tampoco contaba con mucha más comprensión.

—Les estás siguiendo el juego a las monjas. Lo que quieren es que nos casemos pronto. Para ellas es una especie de fantasía compensatoria. Bueno, da igual.

Barney era la mejor amiga de Chiara en el convento. Chiara la quería por su habilidad para deshacerse de los obstáculos, igual que un tractor avanzando impasible por las duras tierras de labranza de Champerdown. Las personas decididas tienen algo de noble grandeza. Por su parte, Barney se compadecía del delicado aspecto de Chiara, que además tenía la mala suerte de ser extranjera.

—Lo primero es lo primero. ¿Le has escrito?

—No sé dónde vive.

—Pero podrías averiguarlo.

—Podría averiguarlo.

—Pero no sabes qué decirle.

—No sé cómo empezar.

—Bueno, en todo caso, ese hombre estaba en el concierto y allí lo conociste y ahora sabes cómo se llama y sabes también que es médico.

—Sí, y que ha ayudado mucho a Mimi Limentani.

—¿Quién es Mimi Limentani?

—No lo sé. Pero, que yo recuerde, siempre ha vivido en Florencia.

Barney la miró fijamente.

—Dime, ¿qué opinión tendrían de él tu padre y tu tía y todos sus amigos? ¿Crees

que lo aceptarían?

—Oh, es que en Italia las cosas no funcionan así.

—Las cosas funcionan así en todas partes —dijo Barney.

Chiara no respondió.

—Bueno, da igual, el caso es que conociste a ese médico y te quedaste medio muerta. Es obvio que te ha impresionado enormemente, pero debemos ser conscientes de que esto no va a durar. Y si dura, no le va a hacer ninguna gracia enterarse de que has aprendido a hacer todas las labores del hogar. Va a pensar que vas detrás de él.

Chiara llegó a la conclusión de que también en esa ocasión lo mejor sería no responder.

—O tal vez es él quien va detrás de ti —continuó Barney—. Puede que se trate de un cazafortunas. Solo que tú no tienes dinero, ¿no? Por cierto, ¿cómo se las arreglan en tu familia para pagarte todo esto?

—No lo sé. Me gustaría que no me hubieran mandado aquí. Habría preferido ir al Liceo. Puede que estén vendiendo parte del mobiliario.

—Piensa que si te hubieras quedado en un colegio del extranjero, no habrías podido escuchar mis consejos —dijo Barney—. Aunque, por otra parte, supongo que allí no los habrías necesitado, y aquí sí. Permíteme que te haga un resumen de la situación: tú te vas a venir al norte con nosotros en agosto, ¿no? Y luego, cuando regreses a Florencia, si no sabes nada de él y si no ha sucedido nada de nada, es posible que tengas que reconsiderar el asunto.

—Sí, pero va a salir bien. No puede ser de otra manera, lo sé. Cuando regrese a casa, todo irá bien.

—De todas formas, primero te vienes con nosotros. Si se tratara de la casa de mi abuela en Londres, ni te lo habría planteado, porque es una cloaca. Pero estamos hablando del aire libre de Escocia y creo que te vendrá muy bien tomar el aire. Además, si te niegas a venir, mis padres se ofenderán muchísimo.

—Si yo quiero ir. Quiero que me dé el aire. Es solo que me parece una espera demasiado larga.

Barney la miró sin pestañear.

—Chiara, te estás poniendo rarita.

Chiara agachó la cabeza ante semejante palabra condenatoria, de la que no sabía el equivalente en italiano. Pero que aceptó plenamente. Ser rarita, tal y como ella lo entendía, era ser extraña, no haber crecido en el sitio adecuado y, al mismo tiempo, remitía a alguien carente de audacia y de confianza en sí mismo. Sabía que tenía cierta tendencia a la dispersión mental, a menudo en contra de su voluntad, para vivir otras vidas. Si estaba en el convento era, precisamente, con el propósito de sentar las bases para que pudiera tomar sus propias decisiones con sensatez y buen juicio, y que le sirvieran ya para toda la vida. Pero su estancia allí no había producido semejante efecto en Chiara, que no podía evitar la perturbadora influencia que ejercían en ella las opiniones ajenas, las opiniones de todo el mundo, todas ellas perfectamente

asumibles. En Parenti, por ejemplo, se había apiadado del orgullo del viejo modisto (notó cómo se le envaraba la espalda por mera solidaridad con él), pero también se apiadó de su tía por la decepción que acababa de sufrir y, mientras volvían por los talleres, pensó que las planchadoras y las costureras estaban en su perfecto derecho a echarse a reír en cuanto la puerta se cerrara detrás de ellas. ¿Por qué no iban a hacerlo? ¿Por qué no? Pero ese «¿por qué no?» tan voluntariosamente comprensivo era un grave inconveniente, incluso una auténtica tragedia, si una no era capaz de permanecer impasible y estable ante los innumerables motivos de lástima que reclamaban su atención y que no se presentaban nunca de uno en uno, sino todos a la vez. Pero cuando Salvatore habló con ella, aquella confusión se había calmado por primera vez en su vida desde la infancia, para convertirse en una apacible tranquilidad. Y el alivio fue indescriptible.

Se acabó esa constante agonía del corazón.

—Eres una rarita —dijo Barney.

En el S. Agostino, los exaltados arrebatos de energía del doctor Rossi estallaban a veces en direcciones poco adecuadas. Todo el mundo sabía que Florencia se quedaba vacía en verano, pero durante los años del milagro económico italiano empezó a llegar a la ciudad —como a todas las demás— multitud de gente del campo en busca de salarios más elevados. Además, todas aquellas personas, como siguiendo un impulso común, habían decidido renunciar al mismo tiempo a unas tradiciones que habían conservado durante siglos. Una de aquellas tradiciones abandonadas era la de tenerle un gran respeto a los hospitales. Los *contadini*^[9] invadieron los bancos de los pasillos y las salas de espera, y en el hospital tuvieron que pedir prestados más bancos, pero no recibieron ni uno porque también en los demás centros estaban ocupados, y los nuevos pacientes, muy acostumbrados a esperar, se convirtieron en expertos de la atención hospitalaria.

—La atención hospitalaria es solo una pequeña parte de la historia —le dijo Salvatore al administrador adjunto, que era un especialista en el arte de no hacer nada y de dejar las cosas tal y como estaban—. Nos ha llegado gente que no ha comido jamás pan con sal. No podemos predecir el efecto que tendrá en ellos este nuevo tipo de vida en la ciudad. Necesitamos poner en marcha medidas de prevención primaria y secundaria.

El gerente, que se las había arreglado incluso para que se paralizara durante años la compra de microscopios nuevos esgrimiendo razones de índole económica, se mostró totalmente despectivo.

—¡Pero si en la nueva clínica dispensan los antibióticos a litros! —le gritó Salvatore—. Igual que cuando los Grandes Duques hacían que de sus fuentes manara el vino a chorros.

Aunque, por supuesto, los antibióticos los pagaban los americanos.

Sin abandonar aquel asunto ni un solo momento, Salvatore se lanzó furiosamente contra el escandaloso asunto de la falta de prevención de inundaciones. Según los datos registrados, el Arno se desbordaba más o menos cada treinta años. Así pues, ahora que contaban con los suficientes recursos económicos, ¿por qué no poner en práctica un sistema decente de alertas para que la información de los hidrómetros pudiera ser centralizada y transmitida a los servicios de emergencias de una manera clara y concisa? En esta ocasión, su indignación le llevó hasta el Departamento de Ingeniería Civil de la Prefettura, donde le informaron de que tal sistema suponría una inversión de cuarenta millones de liras.

—El precio de un futbolista de un equipo de segunda —dijo Salvatore.

Se quedó mirando el río de color marrón oscuro, que pasaba ante él hundido hasta

su punto más bajo.

—Fíjate, este Arno vuestro ahora no es mucho más que un canal. Un canal entre colinas.

Gentilini, que era con quien estaba hablando del Arno, le respondió que no era suyo, y que en el valle del Po habían renunciado por completo a las medidas de prevención. Allí sabían cómo enfrentarse a las inundaciones de una manera mucho más barata y más práctica. Él no habría podido empezar la carrera de medicina de no haber sido por la indemnización que recibió su familia tras las inundaciones de 1924. Mucho más espantoso, en opinión de Gentilini (si es que se podía establecer una clasificación para estas cosas, dijo sin dejar de mirar a su amigo con mucha atención), era aquel asunto de *L'Inconsolabile*.

Se trataba de una lápida que un respetable marmolista había realizado en el barrio de Rifredi, sirviéndose como base de los diseños de un escultor. El escultor, un anciano llamado Jocz, aseguró que había seguido con toda exactitud las instrucciones que le había dado su cliente. Pero la obra fue rechazada por los directores del Cimiterio Rifredi, que la declararon inaceptable.

La tumba era la de un pequeño y respetable comerciante de artículos deportivos. Y la *inconsolable* era su viuda, que había encargado aquella estatua de mármol que la representaba a ella misma, *L'Inconsolabile*, tendida cuan larga era sobre la tumba mientras golpeaba la losa con los puños, despeinada y con el rostro anegado en llanto. Desde atrás, se veía la falda arrugada en pliegues de mármol verdoso, así como una ligera separación que, a cierta altura de las piernas, quedaba entre la falda y la parte superior de las medias. La viuda se había encontrado con la oposición frontal de todo el mundo. Los vecinos pensaban que aquello era un ejemplo vulgar del poder adquisitivo de los nuevos ricos; no hubo un solo crítico de arte ni tampoco un solo artista que se atreviera a defender la estatua, y la oficina del cardenal arzobispo dictaminó que no iba a admitir bajo ninguna circunstancia que eso entrara en el camposanto. El portavoz de la Iglesia —en la radio y en la página tres de los periódicos nacionales— era monseñor Giuseppe Gondi, que, imprescindible como siempre, actuó en ese caso como asesor de la Sagrada Congregación para el Arte Religioso Popular. Además, hablaba también como florentino:

—El cometido de la escultura monumental ha de ser el de engrandecer el espíritu. No debe conducir a la rebelión, sino a la paz, a la resignación y a la conformidad.

La viuda declaró, esta vez en una entrevista para *Radiouno*, que la noche de la muerte de su marido ella había sufrido un espantoso cólico biliar y que le había dicho: «Si te vas de este mundo y me dejas sola, iré a aporrear tu lápida día y noche».

—Y entonces, *signora* —sugirió el entrevistador—, usted expresa ese deseo de golpear la tierra, digamos, como si los difuntos pudieran oír...

—No, en absoluto. Si doy puñetazos en la tierra es precisamente porque sé que mi marido ya no puede oírme.

La indignación de Salvatore nada tenía que ver con el arte. Nunca había dedicado

mucho tiempo a pensar en el arte, pero, ahora que se paraba a considerarlo, se daba cuenta de que si servía para algo, tenía que ser para liberar a la gente de los excesos de la emoción. En ese sentido, el arte actuaba como un sueño. Había tenido pacientes en el hospital que estaban tan medicados que no podían soñar, y lo compensaban teniendo horribles delirios durante el día. La Iglesia, en este caso concreto, estaba impidiendo la manifestación del dolor humano mediante la fórmula que mejor se adapta a los seres humanos.

—Ya sabrás, claro, que este monseñor es tío político de Chiara Ridolfi —le dijo Gentilini.

Salvatore no le hizo caso y se unió a la batalla con un artículo para el *Nazione*: «En la ciudad de Miguel Ángel, el arte está prohibido». Todo aquello al final salió bien, al menos para el viejo escultor, Adelaido Jocz. Dio la casualidad de que Federico Fellini fue a fijarse en una fotografía que aparecía en la parte superior del artículo y en la que podían adivinarse las características de la estatua. Encargó de inmediato una réplica de la estatua, que pronto se unió a los montones de cachivaches tan característicos del realismo mágico que había dispersos por Cinecittà, en Roma. El original, por su parte, se mantuvo en una especie de limbo intermedio: en un cobertizo que había al lado de la puerta del cementerio, repleto de cruces y de brazos y piernas de mármol; algunas piezas estaban a la espera de ser admitidas, y otras habían sido definitivamente rechazadas. En cualquier caso, aquella compra de Fellini significó que al menos el viejo Jocz, a quien no se le daba muy bien tener que presionar para que le pagaran lo que le debían, cobrara algo al fin. Con una persistencia senil, logró localizar al responsable de su buena fortuna y esperó a la puerta del hospital hasta que vio salir a un hombre por una salida privada que daba a la Via del Castelaccio. Después de que le dijeran que se trataba del doctor Rossi, se le acercó y, tras presentarse en voz baja, le dijo al médico que había reservado un pequeño bloque de mármol de primera calidad (imposible conseguir algo así en los tiempos que corren) como regalo, para que se utilizara cuando a Rossi le llegara el momento de morir.

—En cuanto empiece a notar que estoy francamente mal, que estoy acabado, le enviaré una nota, doctor. Entonces tiene usted que venir de inmediato. Vivo en Firenze Nova, cerca del cementerio judío. Tiene que venir antes de que las mujeres de mi casa se apoderen de todo y tiene que llevarse el bloque que he reservado para usted.

Salvatore consiguió pronunciar las palabras de agradecimiento adecuadas, pero estuvo a punto de asfixiarse de ira.

Hasta el momento, y mientras el calor del verano aumentaba, Salvatore seguía comportándose de un modo racional frente a todas sus preocupaciones, pero daba la impresión de que cada vez actuaría con menos sensatez. Ello se debía a que le resultaba absolutamente evidente que hasta las personas a las que había conocido por pura casualidad se habían aliado para tramar una conspiración para volverlo loco. Ahí

estaba, por ejemplo, Andrea Nieve, el abogado, un hombre al que apenas conocía: pues este Nieve, sin previo aviso, le felicitó por su interés en el sistema de prevención de inundaciones y le preguntó si no estaría dispuesto a dedicar parte de su desbordante energía a la política. Pareció un tanto desconcertado por la violencia con que Salvatore le respondió que algo así le daría náuseas. Se habían conocido de manera fortuita y de repente estaban allí, en la Piazza della Repubblica, dando voces para hacerse entender entre el ruido del tráfico.

—Entonces, doctor, ¿está usted de acuerdo con la filosofía de Gentile? ¿Cree usted en el estado ético? ¿Considera que la política no es más que una obsesión?

—¡Ojalá lo fuera! —gritó Salvatore—. Si se tratara de una obsesión, habría un tratamiento adecuado.

Nieve lo intentó de nuevo:

—Una suposición: si el Partido Comunista Italiano hubiera mantenido el espíritu y las ideas de Antonio Gramsci, y si Togliatti hubiera aceptado más consejos de Gramsci de los que aceptó, imagino que, en ese caso, el Partido podría haber contado con usted, ¿no es así?

—Lo que está diciendo no me interesa lo más mínimo. O me confunde con otra persona o, más probablemente, ni siquiera me ha estado escuchando.

—Pero, dígame, ¿qué otra solución hay? La política puede ser deleznable, pero, si exceptuamos la violencia, no contamos con ningún otro remedio.

—No es un remedio, es una droga —le dijo Salvatore a tres centímetros de su oreja—. Cuando hablamos de «dependencia física» lo que hacemos es describir una situación en la que el cuerpo se siente incapaz de soportar su propia existencia sin que se le suministre su dosis de droga. En mi opinión, Nieve, usted debe encontrarse en ese estado. Peor aún: es usted un camello que se presenta en mitad de la vía pública y pretende arrastrarme a su monstruosa adicción.

Nieve le dijo que exponía las cosas con demasiada dureza. Le recordó también que si había mucho ruido de fondo, lo mejor era bajar el tono de voz en vez de seguir gritando.

Evidentemente, Nieve lo consideraba un comunista renegado, probablemente uno de aquellos que habían dimitido tras el XX Congreso, pero que seguía manteniendo un afectuoso diálogo con los más pobres. En el mismo sentido, era de suponer que sus colegas estarían empezando a considerarlo un exaltado sentimental, lo cual, sin duda, supondría un alivio para ellos, porque así podrían librarse de él con más facilidad. Todo lo que había hecho desde que conoció a Chiara había ido en contra de las directrices que él mismo se había dado para regir su vida, la cual, a su vez, parecía haber sido especialmente diseñada para ir en contra de lo que todo el mundo esperaba de él. Los detalles menos significativos eran los que más le preocupaban. ¿Qué le importaban a él la viuda y su difunto marido y su estrafalaria estatua diseñada para inmortalizarla a ella, al menos por detrás? ¿Por qué habría de importarle un carajo lo que le sucediera al viejo Jocz y por qué malgastar su tiempo escribiendo al *Nazione*?

¿Por qué, si se remontaba un poco más en el tiempo, debería preocuparse por su mal comportamiento en la casa de Gentilini, cuando, para empezar, ni siquiera había querido ir? Sin embargo, aquellas eran más bien preguntas que respuestas o, en cualquier caso, no eran preguntas del tipo: ¿cuándo van a regresar los Ridolfi a Florencia?

Sus idas y venidas no le aportaban nada a la sociedad en general y, por tanto, carecían de importancia. Podían estar en la costa o podían estar en el extranjero. La gente de su clase se dejaba pastorear de un lado a otro según la temporada, como el ganado, obedeciendo órdenes de unas fuerzas que escapaban a su control. Él se había ofrecido voluntario para asumir más obligaciones laborales durante todo el verano, y no tenía intención de irse a ningún sitio.

El día 24 de junio, fiesta de San Juan, Gentilini, en avanzado estado de agotamiento, iba al volante del destartado Fiat en el que llevaba a toda su familia desde Impruneta a la Fortezza del Belvedere, desde donde tendrían las mejores vistas del espectáculo de fuegos artificiales que iba a celebrarse en la Piazzale Michelangelo. En un momento dado, como siempre, todos los niños le pidieron a la vez que parara y les dejara salir para hacer pis, así que se acercó a un trozo de muro de piedra medio desmoronado que serviría para ocultarlos un poco.

—¡No os entretengáis! —exclamó la *signora* al darse cuenta de que los chicos empezaban a competir entre sí para ver qué dibujos eran capaces de trazar en el suelo con la orina. Al otro lado de la carretera, a cierta distancia y en un terreno más elevado, había una casa, y Gentilini adivinó que se trataba de la residencia de los Ridolfi, La Ricordanza. Bajó del coche, diciéndole a su mujer que se quedara dentro, y miró a través de las rejas de hierro, que estaban cerradas. Por encima había una inscripción, de la que solo pudo leer una parte:

*Maggior dolore è ben la Ricordanza...
senti' dir lor con sì alti sospiri...
o nell' amaro inferno amena stanza?*^[10]

La villa era de las que contaban con una escalera de dos tramos, probablemente instalada allí en el siglo XVIII, que ascendía hasta la primera planta, donde se encontraba ahora la entrada principal. La planta baja se había dejado como almacén, y la única luz disponible era la que podía colarse por dos ventanas redondas. Con la puerta principal situada a semejante altura, la casa parecía poco hospitalaria e inaccesible. Los limoneros, en unas grandes macetas de terracota que hacían equilibrios sobre otras vacías y vueltas del revés, desprendían un olor verde amargo, y sus hojas de color verde oscuro parecían sorprendentemente frescas en comparación con las paredes vacías, deslustradas, agrietadas y descoloridas de la casa. Luca, desde el otro lado de la carretera, miraba fijamente las estatuas de los enanos. Luego las señaló y exclamó que seguro que por la noche se escapaban, bajaban por las paredes e iban a la ciudad, donde se esconderían en las habitaciones de las niñas para meterles sus pequeños dedos de piedra por el culo. Desde el asiento del pasajero, la *signora* intentó que se callara mediante amenazas. De pronto, algo se movió en una de las esquinas del muro que rodeaba la casa y Gentilini vio cómo un hombre, y no era el jardinero, avanzaba lentamente hacia la puerta principal después de haber recorrido, al parecer, todo el perímetro de la finca. Entonces les pidió de mala manera a sus

hijos que volvieran de inmediato al coche. Prefería que los chicos no tuvieran que ver al respetado amigo de su padre, el doctor Rossi, rondando por aquella casa de esa manera tan insensata y tan absurda.

Antes de que empezara el mes de septiembre, Salvatore pudo convencerse por fin a sí mismo de que lo había conseguido: había superado su obsesión. Se había librado completamente de ella. Imposible agradecer en toda su importancia el valor terapéutico de una dura jornada de trabajo, aunque sobrellevar una obsesión también es un difícilísimo trabajo diario.

Comenzaban a retirarse las oleadas de turistas y visitantes, dejando tras de sí el rico limo fertilizante del dinero. Las tiendas y los pequeños comercios que habían cerrado en lo más caluroso de agosto volvían a abrir, y aquellos que habían mantenido abiertos los comercios cerraban ahora para marcharse al campo. El Mercado Central empezó a verse inundado de abigarrados montones de avellanas, con sus hojas, y amasijos de hongos cubrían los mostradores con sus arrugadas papadas amarillas, que esa misma mañana habían cubierto los troncos de los árboles. De los escaparates de UPIM^[11] colgaban guirnaldas de carteras y plumas estilográficas. Como siempre, en el último momento, cuando era imposible esperar más, los padres recibían los títulos de los libros que habrían de estudiar sus hijos a lo largo de ese año académico, y entonces se dirigían humildemente a las librerías para hacer cola. Todo aquello podía entenderse como un nuevo comienzo. De hecho, incluso los *Amici della Musica* habían anunciado ya el programa de los próximos conciertos de otoño. Pero el otoño es, de todos modos, la estación en que se debe almacenar lo que se ha cosechado, y en la que hay que guardar y retirar lo que ya no va a volver a utilizarse.

La clínica de Salvatore (que él prefería considerar una oficina ya que, en realidad, no era más que eso) no estaba tan mal después de todo: situada en la tercera planta del edificio, tenía vistas a un plátano que crecía en lo que difícilmente podía calificarse de plaza, dado que era más bien una simple ampliación del callejón Vicolo dei Semplici. En las noches cálidas, y todavía lo eran, Salvatore abría las ventanas y dejaba que se colara en el interior la misma brisa que agitaba las ramas más altas del árbol, mientras que el resto de la asfixiada vegetación seguía atrapada e inmóvil abajo, en la calle.

Entre las 17.00 y las 18.00 recibía a los pacientes que podían permitirse pagar sus tarifas. Después de las 18.00 llegaban aquellos pacientes que tenían el seguro industrial o que estaban cubiertos por la Previdenza^[12], el Ministerio de Sanidad, etcétera. Los pacientes que iban de 18.00 a 19.00 trabajaban en su mayoría en talleres y fábricas, y se veían obligados a concertar las citas después de la jornada laboral.

En la consulta, los enfermos solían tener bastantes cosas en común. Todos ellos parecían sentir cierto orgullo por sus dolencias y se ofendían si su médico las

diagnosticaba como de «origen nervioso» y luego los mandaba al doctor Rossi. La palabra «nervioso» parecía denigrarlos y, no obstante, si luego se convencían de que aquel dictamen era correcto, mostraban un evidente alivio ya que los nervios, como las sombras, no son reales. Todos ellos, poco importaba de dónde procedieran o por qué acudieran a él, estaban seguros —al menos antes del diagnóstico y a veces también incluso después— de que ya sabían cómo curarse sin necesidad de que se lo dijera ningún supuesto profesional. Salvatore no recordaba que semejante fenómeno se diera, o al menos no hasta ese punto, durante su infancia o durante sus años de formación. Los nervios (como ya se sabía en los siglos XVIII y XIX) no necesitaban nada más que descanso absoluto y tranquilidad, y una inagotable dosis de comprensión. Algunos pacientes habían sido puntualmente informados de que una parte del nervio, u otro que se hubiera adherido a él, podría extirparse quirúrgicamente sin dolor, y de que la operación solía obrar maravillas. Los artesanos y los pequeños comerciantes, si eran ya mayores, le decían que no habría ningún problema en ir a pasar unos días a algún balneario y tomar las aguas ahora que había terminado la temporada. Pero si eran jóvenes, pedían antibióticos. También la gente del campo pedía antibióticos, pero con una buena dosis de acónito para mezclarlos, porque en realidad los antibióticos no servían para nada. A veces los pedían en pastillas.

Solo después de haber escuchado los síntomas de aquellos hombres capaces de curarse a sí mismos, y siempre atento al reloj, Salvatore se atrevía a admitir ante ellos el poder de la fuerza de voluntad, de la que él carecía en sus asuntos personales, pero de la que sabía que era su mejor aliada a la hora de ejercer su profesión. Pero en cuanto empezó a hacer aquello y advirtió además que su efecto resultaba más que evidente, se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en el insulso prototipo del «médico encantador», el que da buenos consejos, en el que se puede confiar y que siempre hace lo mejor, así que tuvo que empezar a luchar, como si se tratara de un demonio, contra el vehemente deseo de decir lo contrario de lo que hacía.

Afortunadamente, los pacientes solían seguirle el juego y pronunciaban aquellas palabras extrañamente reconfortantes: «Un médico no puede saberlo todo». Pero en ningún momento le habrían dicho eso al doctor Rossi cuando los estaba examinando, ni aunque creyeran que era cierto.

Justo cuando daban las siete y media de la tarde del día 20 de septiembre, un paciente de mediana edad le mostraba, por segunda vez, una enorme mano recubierta de una piel dura y áspera. La yema del pulgar izquierdo aparecía un poco consumida, como si hubiera encogido una talla o dos. Salvatore le preguntó si le dolía.

—No, no me duele, y le puedo decir por qué está así; es porque he cambiado de trabajo y ya no hago con las manos lo mismo que hacía antes.

—¿Antes trabajaba en el campo?

—Sí, en Mercatale.

—¿Y ahora dónde trabaja?

—En Mobili Spic.

—¿Y qué hace?

—Estoy en el almacén. Embalamos los muebles en cajas de cartón, y en cada caja metemos una hoja de instrucciones en la que se explica cómo volver a unirlo todo de nuevo. Hay que asegurarse bien de que se pone la hoja correcta en cada caja.

—¿Utiliza usted la mano derecha más que la izquierda?

—Por supuesto.

La recepcionista asomó la cabeza desde su despacho exterior, que parecía un armario, para preguntarle si podía irse a su casa, y Salvatore asintió. A continuación le dijo al paciente que debía volver a verle en el plazo de un mes, sin falta.

—Pero es poca cosa, ¿no?

Salvatore se quedó un minuto en silencio, mientras anotaba la fecha en su tarjeta de citas.

—No puedo decirle aún si se trata de poca cosa o no.

—Me han dado un poco de linimento para que me lo dé ahí.

—¿Quién se lo ha dado?

—El médico de Spic. No sé por qué me ha dicho que viniera.

Salvatore revisó de nuevo las notas de aquel caso.

—Sí. Bueno.

—¿Por qué tiene que pasar todo un mes? ¿No puede decirme algo antes?

—Pensaré que soy lento. Y tal vez lo sea. Pero tengo que ver cómo avanza. Le doy mi palabra de que le diré algo lo antes posible.

Aquella declaración de honradez surtió efecto. La consulta de repente pareció tranquilizarse, como si estuvieran en el campo, bajo el cielo abierto.

—Bueno, doctor. El dedo puede ponerse mucho peor, pero si no hay más remedio, creo que podré apañármelas sin él... Después de todo, si se trata de algo de nervios, no puede ser gran cosa.

—No puedo decirle por el momento si se trata de algo importante o no —repitió Salvatore—. Lo que sí le puedo asegurar es que preocuparse no sirve de nada.

—¿Le digo a mi mujer que me aplique el linimento?

—Sí, me parece bien.

El propio Salvatore acompañó a su paciente hasta la salida, y desde allí observó cómo se alejaba con paso cansado por el Vicolo dei Semplici. Estaba atardeciendo. Llovía un poco y una hilera de luces brillaba vagamente entre las ramas del plátano. Durante el día, alguien había pegado al tronco un anuncio en el que se hacía publicidad de una piscina olímpica. *Occhi alla pista, milione in vista*. El cartel brillaba con sus colores rojos y blancos bajo los jirones de sombras que se proyectaban sobre el tronco cuando las ramas del árbol se mecían suavemente.

Regresó de nuevo al piso de arriba, ordenó las notas del día y luego se sacudió como un animal al que hubieran sacado de su jaula, apartando de su mente el más que probable futuro del paciente de Mobili Spic. Mientras inspeccionaba el cuarto de la

repcionista para verificar que no había dejado los archivadores abiertos, como si quisiera dar a entender que había tenido que quedarse allí hasta el último momento, volvió a sonar el timbre. Abajo, en la calle, un muchacho de quince años se había bajado de su bicicleta y había empezado a subir las escaleras rápida y mecánicamente, tal vez para demostrarse a sí mismo que estaba hecho todo un atleta.

—*Signor dottore...!*

—Ya me iba.

—Es la factura de la luz del último trimestre.

El chico sacó una factura escrita con tinta violeta, con su duplicado, por valor de 20 721 liras. Salvatore creyó que debía decir algo, al menos para que el chico se relajara.

—Tú no eres de Florencia, ¿verdad? ¿De dónde es tu familia?

—De Borgoforte, *dottore*.

—Tengo un amigo que es de allí, un colega. El doctor Gentilini. ¿Te suena el apellido?

El muchacho parecía estar a punto de echarse a llorar.

—*Dottore*, hay tantos apellidos...

Estaba claro que deseaba resultarle agradable, ya que su subsistencia dependía de la comisión que se llevaba por cobrar aquella factura en el acto. Salvatore volvió a entrar en el despacho y sacó un puñado de billetes del dinero en efectivo que tenía siempre a mano para gastos menores. Al ver el dinero, el muchacho, temblando de emoción, sacó un bolígrafo y tachó las tres últimas cifras de la factura.

—Su descuento, *dottore*.

«Tal vez —pensó Salvatore— esté asistiendo a los primeros pasos de una prometedora carrera en el mundo de los negocios».

Así finalizaba el día, aunque a veces se acercaba de nuevo al hospital para comprobar que se hubieran seguido todas sus instrucciones. Y, mientras él seguía en la puerta de su oficina, intentando decidir si pasaba o no por el hospital, jugueteando con las llaves en una mano y dispuesto a cerrar la clínica para dar por finalizada su jornada, Chiara, al mismo tiempo, empezaba a subir las escaleras. Estaba pálida y resplandeciente, embutida en un horrible abrigo de *tweed*, desastrada y nerviosa. Aquella aparición inesperada e inoportuna era totalmente incompatible con el estado de ánimo de Salvatore, con la hora del día, con todo lo que uno se pudiera imaginar.

—La clínica está cerrada —dijo él fríamente al verla.

—Ya lo sé. Está escrito en la puerta. De 17.00 a 19.00. He esperado hasta las siete.

—Y ha estado dando vueltas por ahí, sin hacer nada.

—No. He ido al rosario de la iglesia de enfrente y me he quedado allí hasta que dieron las siete por mi reloj.

—Pues llega tarde —dijo Salvatore irritado—. Son las siete y diez. Debería haber venido diez minutos antes. Ha perdido diez minutos.

—Eso era lo que estaba pensando —dijo Chiara.

Pero él no pareció calmarse con aquella concesión.

—De todas formas, ¿por qué ha venido? Estamos en mi consulta privada. No tiene derecho a estar aquí. Usted no es mi paciente.

—Pero es la única dirección que aparece en la guía.

—Naturalmente. Vivo en un piso amueblado y como en una cafetería o en el hospital. ¿Cuántas direcciones espera que tenga? Escuche, soy el doctor Rossi, un neurólogo bastante competente, con un futuro prometedor, pero también le digo que soy muy fácilmente alterable, y que no es muy difícil que pierda el control y me desequilibre y me desconcierte, sobre todo si la gente se presenta así, de repente y sin previo aviso. Si eso era lo que pretendía, la felicito.

Chiara se negó a perder la esperanza:

—Se acuerda de mí, ¿verdad?

—Sí, estuvimos juntos unos momentos en el Teatro della Pergola. Estaba lloviendo y lo recuerdo como una tarde hermosa. Cómo pasan los meses. Podría haber venido a visitarme antes a lo largo de estos últimos cinco meses.

Todavía se encontraban frente a frente en la escalera. El piso de abajo estaba en silencio, pero alguien estaba accionando en el sótano una imprenta manual, como todas las noches después del trabajo.

—No he podido —dijo Chiara—. He estado en Inglaterra y luego tuve que ir a Escocia. Acabo de regresar, así que pensé que debía venir a verle enseguida.

—¿Para qué? ¿Qué le hizo pensar que debía venir a verme enseguida?

Pasara lo que pasara, no pensaba pedirle que entrara con él en su despacho. No iba a abrirlo para que ella pudiera acceder al interior e invadir su espacio personal, discretamente ordenado y dispuesto para recibir a los pacientes del día siguiente.

—¿Le ha dicho a su familia que tenía intención de venir a verme?

—Ahora puedo hacer lo que quiera. Ya he terminado el colegio.

Bajaron a la calle. Chiara caminaba con bastante precaución, ya que se había puesto un par de zapatos nuevos que no combinaban muy bien con el abrigo. Una vez en la calle, parecía más elegante. Al llegar al plátano, se detuvo, como si lo tuviera preparado, y también él lo hizo, a medio metro de distancia de ella. Allí, al aire libre, podría haber recapacitado. Pero no lo hizo.

—¿Qué pretende usted, presentándose aquí de esta manera? —repitió, lleno de resentimiento y furia.

Pero esta vez Chiara se convenció de que hablaba en serio, así que salió corriendo por el Vicolo dei Semplici, rápida como una sombra.

—¡Es solo la segunda vez que nos vemos! —dijo Salvatore a voces, y luego gritó —: ¡Vuelva! ¡No era eso lo que quería decir!

Nadie se molestó siquiera en mirarlo. En ese barrio no era nada raro que alguien se pusiera a dar voces de repente en plena calle. Se sentía como si se estuviera dando golpes en la cabeza contra una farola. Luego tuvo que volver a subir al despacho.

Después de todo aquello, se había olvidado de cerrar bien la puerta.

En la casa de Via Limbo, aunque no se estuviera atento, todo el mundo podía oír lo que se decía por teléfono ya que lo habían enclaustrado en una especie de gruta de mármol situada en el vestíbulo. Cuando se instaló allí no pensaron en la privacidad, sino, más bien, en la admiración que causaría aquel adelanto tan moderno. Chiara tenía algo que ocultarle a su padre: el hecho de que era muy infeliz.

Cogió el Topolino^[13] de su tía, que estaba en el patio, y se fue a La Ricordanza. La sensación de estar subiendo, de elevarse por encima de la ciudad, conduciendo en aquella noche tan oscura, le pareció vivificante. Dio la vuelta para llegar a la puerta lateral y vio que las luces estaban encendidas en la casa del jardinero, desde donde llegaba el sonido de la radio, que estaba enumerando la larga lista de los números ganadores de la lotería. Llamó al timbre, metido en la boca abierta de una estatua de piedra que representaba a un dios jardinero. Un año, un pájaro anidó allí, y Chiara recordaba cómo la habían levantado para que pudiera asomarse y ver el cálido refugio en el que aguardaban los pollitos.

La mujer del jardinero había sido su amiga desde que Chiara pudo empezar a distinguir un rostro humano de otro.

—Giannina, déjame entrar.

Podía oír cómo Giannina iba de acá para allá, al otro lado de la pared.

—*Contessina!*

—Giannina, déjame entrar. Tengo que llamar por teléfono.

—En la casa no hay luz.

—Ya lo sé. Dame unas cerillas. Tengo que llamar por teléfono en un lugar en el que nadie me oiga.

Giannina abrió:

—Bueno, ya tienes diecisiete años.

Chiara le dio un beso.

—Casi dieciocho.

—¿Dónde están tus llaves?

—He olvidado traerlas. La próxima vez me acordaré.

Fueron juntas por el camino que ascendía hasta la parte posterior de la casa. El terreno tenía una pendiente tan pronunciada que, aunque la puerta principal se situara en lo alto de una elegante escalinata de dos brazos, por la parte trasera, en cambio, se accedía directamente a las viejas cocinas. El aire del interior, su olor, parecía obedecer más al poco uso y a la escasez de actividad que se daba allí que al hecho de que todo estuviera cerrado.

Chiara fue directa al *salone*, sin importarle si Giannina iba tras ella o no, y puso

una conferencia a Londres.

—¿Desde dónde me llamas? —preguntó Barney con una voz tan clara y tan reconocible, tan suya, que parecía estar en la habitación de al lado.

—Oh, desde casa. Estoy en Florencia.

—Pues será mejor que abrevies, porque tu padre está prácticamente en la ruina.

—Barney, por favor. Tienes que venir.

—¿Qué pasa? ¿Es ese hombre? ¿No quiere volver a verte?

—No sabe lo que hace.

Barney se quedó en silencio un instante, y luego dijo:

—No me agobies, estoy dándole vueltas a la cabeza.

Chiara esperaba en la penumbra. Las inmensas contraventanas, medio plegadas, formaban con la dudosa luz de la luna un dibujo como de escaleras en el suelo.

—Barney, por favor, ven. No sé qué hacer.

—Mira, las cosas están así: no tengo más remedio que ir a Painstake, que es una casa, es el nombre de una casa que está en Norfolk, cerca de Flitcham, aunque... no, en realidad está más cerca de Castle Rising, pero, bueno, eso a ti no te dirá mucho, claro, y tengo que ir porque he conocido a alguien que ahora está allí. Le han invitado a cazar. Y ya sabes que la caza aquí es muy distinta de como os la tomáis en Italia.

—Supongo que desde el punto de vista del pájaro no habrá mucha diferencia.

—¿Te oye alguien?

—No lo sé. No importa.

—Bueno, pues escúchame con atención y métete esto en la cabeza: ese hombre del que te estoy hablando, al que han invitado a Painstake, es el elegido. Estoy segura de que es mi Él, sin duda. En este país te pasas el día entero con el arma encima, andando al lado de tu elegido, aunque estés medio hundida en el barro, y al finalizar el día él tiene que fijarse en ti: lo único que tiene que hacer es mirarme y captar el mensaje.

—Pero Barney, si a ti te mira todo el mundo. Es imposible no hacerlo.

—Lo único que quiero saber es si me entiendes lo que te digo.

—Lo entiendo.

—Entonces, comprendes que tengo que ir a Norfolk.

—Por favor, ven, Barney. Piensa algo.

—He estado pensando. He estado pensando mientras hablábamos para que no corriera el teléfono y subiera la cuenta. Hasta que dejes de estar tan desamparada, creo que tengo un deber para contigo. Te diré en qué vuelo llego, y así puedes ir a buscarme a Pisa el lunes. Y una semana después regresaré a Inglaterra para encargarme de mi Él.

Giancarlo estaba un poco desconcertado. Olvidando que él mismo solía ausentarse con bastante frecuencia, probablemente había imaginado que, ahora que Chiara estaba en casa por fin, no sentiría la necesidad de recibir una visita de Inglaterra tan pronto.

—¿Te vas a llevar el Fiat a Pisa? ¿Y quieres estar allí antes de las nueve de la noche? Me parece muy mal plan. ¿Dónde vas a comer?

—Supongo que Barney comerá algo en el avión. Y ya sabes que a mí no me importa comer o no.

—¿Me va a caer bien esa amiga tuya?

—Espero que sí. Estoy segura de que sí.

—¿Habla con claridad?

—Tiene un carácter muy fuerte.

—Ah, bueno, si eso es todo... De todos modos, es una lástima que no esté aquí tu tía.

—Barney ya conoce a la tía Mad. Vino a verme un día de fiesta y nos sacó a las dos del colegio. Y también conoce a una gente, los Harrington, que rehabilitaron una de las casas de campo que hay cerca de Valsassina. Dice que los Harrington nunca le perdonarían que pusiera un pie en Italia y no fuera a verlos.

—En ese caso, me parece muy extraño que no vaya a alojarse en su casa en esta ocasión.

—Está siempre muy ocupada. Solo viene a vernos ahora porque yo quería tener a mi lado a una persona valiente y decidida.

—Bueno, pues puedes llevarla a visitarlos y, por supuesto, ya que vais en esa dirección, tenéis que ir a ver a Cesare. Ya sabes que no he querido decir en ningún caso que la señorita Barnes no fuera a ser bienvenida en esta casa. Cuando te he dicho que es una lástima que no esté aquí tu tía, solo quería referirme a que, lamentablemente, voy a tener que estar unos días en Roma la semana que viene, así que os quedaréis completamente solas, en manos de Annunziata. Qué tonto, haberme olvidado de ese detalle hasta ahora.

Él siempre había tratado el asunto de la memoria a su conveniencia. Y al parecer, pensaba hacer lo mismo con el asunto de la vejez. Por cariño hacia su padre y por no molestarlo, cuando Chiara era pequeña —y a veces también últimamente— había preferido quitarle importancia a lo que resultaba más que evidente, diciéndole, por ejemplo, que tenía la vista tan bien como siempre.

—Te olvidas de lo que quieres olvidarte y ves lo que quieres ver.

Giancarlo tenía al respecto una opinión completamente distinta. Según él, la gran

ventaja de irse haciendo viejo era que los elementos sustitutivos eran de una calidad muy superior a los originales. Las gafas eran más resistentes que los ojos y, además, reemplazables.

—Frescobaldi me dijo que la mayor felicidad de su vida la experimentó cuando le pusieron su primera dentadura postiza. Ahora cenan tan rápido en la casa de los Frescobaldi que si vas a pasar la velada con ellos puedes estar de nuevo en casa a las diez en punto.

Giancarlo se daba cuenta de que su hija se hallaba en un peligroso estado de nervios, pero era demasiado humilde, en lo que a ella se refería, para imaginar siquiera que él pudiera serle de alguna utilidad. Por eso hacía tanto hincapié en los síntomas de su propia decadencia.

Barney entró en la casa de Via Limbo como un tren que llega al andén, pero dispuesto a partir de nuevo inmediatamente en cuanto hubiera repostado. Su vuelo se había retrasado y cuando llegó era casi medianoche. Quiso darse un baño, y las ruidosas tuberías de hierro del *piano nobile* gruñeron y reverberaron en el desempeño de la difícil tarea de transportar el agua caliente desde la temblorosa caldera del sótano.

—Ella siempre se baña. Piensa que las duchas son cosa de gente rarita.

—Por supuesto, querida. Solo quiero que me tranquilices y me asegures que la visita de la señorita Barnes te va a hacer más feliz.

Chiara entró en el baño. En aquella hornacina de mármol que parecía un sarcófago, frente a los grandes grifos de latón en los que aparecían inscritas las palabras «Installazione Niagara», Barney yacía imperturbable. Sus abundantes carnes se habían vuelto de un color rosa pálido.

—Estaba pensando, Cha, que espero que no andéis escasos de agua. A veces hay cortes de agua aquí, ¿verdad?

—A veces la cortan por la tarde, en verano.

—Entonces, ¿por qué no tenéis bañeras más pequeñas?

—No lo sé.

—Y, ya que hablamos de esto, ¿por qué no hay un buen aeropuerto en Florencia?

—No lo sé, Barney. Y no me importa.

—Deberías interesarte por esas cosas.

—Escucha. El martes pasado fui a su consulta.

—¿Te lo pidió él?

—Claro que no. ¿Cómo iba a hacerlo? Si yo acababa de volver. Fui en cuanto pude. Esperé hasta las siete, que es cuando deja de trabajar. Subí las escaleras de su oficina y él me echó como si fuera un delincuente.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me vine a casa. Volví aquí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Llamó después para preguntar por ti?

—Nadie me ha dicho nada.

Barney tiró del viejo y extraño tapón de la bañera, que tenía la forma de una estrecha botella de hierro en la que se podrían guardar los últimos mensajes de los ahogados. Luego, dándose un buen impulso con la parte superior de su rotundo cuerpo, se puso de pie. Las aguas se agitaron en un repentino oleaje, y ella salió.

—Debió de sentirse profundamente molesto —dijo—. Lo has molestado profundamente, querida niña.

—Pero ¿qué voy a hacer, Barney? Aquí estoy, con dieciocho años, con casi

dieciocho años, y echando a perder cada minuto de mi vida. No pasa un solo segundo que no eche a perder. Todo será una pérdida de tiempo a menos que podamos estar juntos y que él sea feliz.

—«La felicidad del doctor Rossi» —interrumpió Barney—. Una gran película del neorrealismo italiano, con Marcello Mastroianni y Maria Schell.

—Por qué te habré pedido que vengas. Te odio.

Las dos tenían que gritar para hacerse oír por encima de los desgarradores sollozos y de los graves gruñidos del agua del baño que engullía el desagüe.

—En diez años será ya un viejo. Claro, eso a ciertas personas les viene bien. Pero tú no lo conoces. Tal vez sea un lujurioso con todas las chicas que conoce.

—Eso no me preocupa —dijo Chiara—. Lo único que quiero saber es lo siguiente: ¿es posible que alguien quiera algo y que luego se niegue a aceptarlo, no ya por una buena razón, sino sin tener ningún motivo en absoluto?

Barney se estaba poniendo un pijama masculino a rayas que le llegaba hasta la mitad de sus brillantes pantorrillas, ligeramente peludas. Vista así, no parecía la persona más indicada para dar buenos y nobles consejos en asuntos del corazón.

—Lo primero que tengo que hacer es conocerlo, por supuesto, para hacerme una idea de la situación.

—Pero eso es justo lo que no puedes hacer. No puedo pedirle que venga. No puedo hacerlo, después de que me echara a la calle de esa manera. Y tampoco puedo quedar con él en ningún otro lugar.

—Bueno, pero tenemos a tu tía, que no está aquí ahora pero que vendrá en algún momento, digo yo. Y, para el caso, está también tu padre... ¿Qué me dices de ellos? ¿No conocen a nuestro señor Rossi?

—No, creo que no.

Barney se volvió con toda su majestuosidad a rayas para mirar a su amiga, que era mucho más menuda que ella.

—Chiara, tienes que ser completamente sincera conmigo. Creo que este hombre no sirve.

—¿Qué quieres decir?

—Es vulgar, ¿verdad? —preguntó Barney.

Como si se tratara de un rescoldo avivado, Chiara recuperó toda su energía.

—¡Ya te he dicho que en Italia la gente no piensa así!

—Bueno, y ahora estoy en Italia. Te daré mi más sincera opinión cuando lo vea.

—¡No necesito tu opinión, Barney! ¡No voy a comprarlo en una tienda!

—Las *signorine* están discutiendo —dijo Annunziata, mientras entraba en el *salotto*—. Están gritando.

—¿Qué hora es? —preguntó el conde.

—Casi la una.

—Es la invitada de mi hija.

—Pues recemos para que no se hagan daño.

A la mañana siguiente, Barney, acostumbrada a practicar deportes al aire libre, se levantó temprano y se dirigió de inmediato a la cocina. Annunziata estaba allí, calentando en un cazo los restos del té del día anterior, como había hecho siempre durante todos sus años de vida laboral. Fue entonces cuando Barney le dijo, con las útiles nociones de italiano que había aprendido en el convento, que nunca jamás, bajo ningún concepto, debía volver a hacer tal cosa. Annunziata le preguntó si la *signorina* tenía la intención de asumir los quehaceres de la cocina.

—Escúchame con atención —le dijo Barney mientras tiraba el líquido verde herrumbroso por el fregadero—. Esto podría envenenarnos a todos. Aunque lo más probable es que no te detuvieran porque no sabías lo que hacías.

Más tarde le dijo a Chiara que se había pasado la noche en blanco, siempre a punto de cruzar el umbral del sueño:

—Una cosa te digo: tu ama de llaves debería estarme muy agradecida.

—Sinceramente, creo que has sido bastante desconsiderada con ella, Barney. Annunziata ya no puede cambiar. Es como las monjas. Además, ha hecho mucho por nosotros. Durante la guerra escondió nuestras cosas en La Ricordanza y, en cambio, dejó que la gente se llevara los cuadros, sobre todo los de Pietro da Cortona. De todos modos, nadie les prestaba la menor atención.

—¿Qué gente?

—Bueno, todo el que pasaba por allí se llevaba algo.

—Si lo hizo fue para aprovecharse de tu familia, algo que no debería tenerse en cuenta en tiempos de guerra. ¿Protegió a los prisioneros de guerra británicos que huían?

—Creo que protegía a todo el que lo necesitaba.

—¡Espléndido! —exclamó Barney—. Por suerte, no os ha envenenado con el té. Eso habría estado fatal.

Aunque resultaba bastante complicado vencer en un enfrentamiento directo a Barney, que estaba a punto de cumplir los diecinueve años, era extremadamente fácil, en cambio, tomarle el pelo. De hecho, a esa labor se entregó el conde, que decidió adoptar esos días una de sus más sencillas imitaciones de sí mismo. Se convirtió por tanto en el desconcertado superviviente de un mundo que se le había hecho difícil de entender, y para ello empezó a dar rienda suelta a aquellos pequeños manierismos eduardianos, teóricamente aprendidos de su niñera e institutriz inglesa, cuando en realidad no tuvo jamás niñera ni institutriz inglesa. Chiara, que no acababa de entender que los viejos, al igual que los jóvenes, también tenían que defenderse de los

demás, lamentó que se viera en la necesidad de poner en escena ese tipo de actuaciones. Seguía dando por hecho, como los niños, que aquellos a los que quería debían también quererse entre sí.

El conde aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para preguntarle a Barney si a sus padres, el coronel y la señora Gore-Barnes (por quienes sentía cierta curiosidad), les gustaría que su hija visitara los museos de la ciudad, e incluso alguna colección privada. A continuación supo que Barney estaba totalmente preparada para semejante actividad ya que le habían hecho pasar cuatro, no, cinco trimestres en la escuela Santos Inocentes estudiando historia del arte. Allí habían tenido a la señorita Peach, una profesora seglar, que les daba clases de italiano y de arte. La señorita Peach les había entregado una lista de todos los artistas que valía la pena recordar, con los elementos positivos que debían tener en cuenta en una columna y luego, en otra, sus fallos, de modo que pudieran encontrar fácilmente un equilibrio entre ellas.

—¿Cuáles eran los fallos de Leonardo? —preguntó el conde.

—Ciertos temas morbosos y moralmente perjudiciales —dijo Barney.

—Sombras demasiado oscuras.

—Botticelli, poco interesado en el color.

—Y Rafael, sin fallos.

—La Peach siempre estaba con que fuera Chiara quien pronunciara los nombres para toda la clase, porque era italiana. La Peach no estaba muy segura de la pronunciación, así que pensaba que Chiara podría pillarla en cualquier momento. Era un poco como estar en la jaula de un león: si uno de los leones parece más astuto que los demás, es mejor no darle la espalda.

—No soy ningún experto en lo que se refiere a la doma de leones —dijo el conde.

—Oh, es como con los caballos. No sé si habrá tenido mucha relación con ellos.

—El caballo, si se me permite decirlo, está acostumbrado a obedecer.

—Mi padre pertenecía a la caballería italiana —dijo Chiara.

—Oh. Entonces ahora estará sin trabajo, conde. Qué faena.

Chiara miró nerviosamente por la ventana, al cielo del otoño, completamente blanco:

—La señorita Peach podía confiar en mí —dijo.

Volvieron al tema del estudio de la historia del arte. Lo cierto era que los Ridolfi no tenían mucho que decir al respecto, ya que lo habían absorbido todo sin necesidad de estudiar nada, al igual que Barney se había empapado de sus ideas acerca de lo que eran cosas raras o de cómo hacer el té. Chiara podía elegir entre los cuadros de una casa o de la casa vecina, de una iglesia o de otra, y decidir cuáles le gustaban más y cuáles menos. Toda la vida había sido así. Era lo mismo que podía hacer Barney respecto a los animales domésticos. Chiara conocía aquellas obras igual que los niños conocen a los miembros de su familia, a los que ven un año tras otro, mientras van creciendo, desde sus distintas alturas y niveles de visión. Pero el conde, con la esperanza de haber tenido un golpe de suerte con aquel tema, continuó:

—Siempre me ha parecido que uno de los grandes errores cometidos en este tipo de estudios radica en prestar demasiada atención a los grandes nombres. Hay muchos artistas desconocidos que han hecho cosas maravillosas. Cosas pequeñas... Espero, señorita Barnes, que mientras esté aquí pueda ir con mi hija a ver la granja de su primo. Hay allí un baúl nupcial decorado con una escena de «El Amor Domesticado por el Tiempo»... Es una auténtica lástima que se haya perdido la pareja, «El Tiempo Domesticado por el Amor». Y luego está lo que la gente llama los enanos de La Ricordanza. No insinúo en absoluto que estas cositas sean grandes tesoros. Al contrario, y a eso iba yo: son cosas pequeñas, cosas locales, merecedoras sin duda de una de esas listas tuyas repletas de fallos.

—Me gustaría ver la granja —dijo Barney—. ¿Cuántos acres tiene?

Maddalena estaba en Viena, visitando a unos familiares que eran incluso más viejos que ella. Allí recibió una carta de una de sus amigas de Florencia. «Esta amiga inglesa de nuestra pequeña Chiara... Quienes la han visto me han llamado por teléfono para decirme que es una gigante, de por lo menos metro ochenta desde los talones hasta la coronilla; es de la misma altura que los hombres, colorada como una ciruela, y tiene grandes ojos brillantes y unos dientes blancos y sanos. Espero que no me consideres una entrometida si te digo que, por lo que he oído, parece más dispuesta a mandar que a obedecer». Mad rompió la carta mientras pensaba que, al fin y al cabo, Giancarlo estaba en casa.

Sin embargo, en ese mismo instante, Chiara estaba llevando a su padre en coche a la estación central. En el interior olía ligeramente a la *eau-de-cologne* que él se ponía a veces, y allí estaba también ese desagradable olor de su maleta de piel.

—Va a ser una visita bastante tediosa, querida. Veré a monseñor y a un par de personas más.

—No deberías ir a Roma si te resulta tan aburrido.

—Se trata de una visita organizada con mucha antelación.

—No creo que hayas organizado nada en absoluto —dijo Chiara—. ¿Por qué no nos damos la vuelta?

—Te dejo en compañía de la señorita Barnes.

Chiara estaba angustiada.

—Papá, te gusta Barney, ¿no?

—Me temo que he olvidado por qué le pediste que viniera.

—¡Porque es mi amiga!

—Claro, claro. Es solo que no estoy acostumbrado a tanta sinceridad: al principio resulta un poco turbador. En fin, pasadlo bien.

No era tarde cuando Chiara regresó de la estación, pero se encontró con una Barney desplomada como un saco de patatas en uno de los rígidos divanes de la casa, totalmente relajada.

—¡Lo amo! —gritó al entrar—. ¿Qué hay de malo en decirlo si es la verdad?

—Resulta vergonzoso.

—Estoy segura de que algo puede perfectamente ser verdad y, al mismo tiempo, resultar vergonzoso.

—No. Por supuesto que no. Si es vergonzoso, no hay que decirlo jamás, y si no se dice, nadie podrá saber si se trata de algo verdadero o no.

—Bueno, entonces, ¿qué vas a decirle tú a ese hombre cuando estéis en Painstake?

Barney no respondió. Estaba analizando su estrategia y el ejército con que contaba para llevar a cabo su plan. Siguió presionando a Chiara una y otra vez para que pensara dónde podrían encontrarse con el doctor Rossi y en compañía de quién más, y tenía que ser fuera del hospital y de su consulta. Pero a Chiara no se le ocurría nadie, con la única excepción de Mimi Limentani, que estaba ausente porque siempre pasaba el verano y el principio del otoño en diferentes balnearios, a los que iba a tomar las aguas. Barney, por su parte, no conocía a nadie en Florencia ni en los alrededores, quitando a los amigos de su padre, los Harrington, cuya amistad parecía basarse en el hecho de que el coronel Barnes no hubiera vuelto a ver al viejo Toby Harrington desde Dios sabía cuándo, y, además, en algún vínculo de gratitud o deuda contraída en el pasado. Por aquel entonces nadie sabía ya en qué consistía aquel vínculo, y ahora parecía haber caído en el olvido. La relación también se basaba en la idea del coronel de que cualquier persona que se hubiera jubilado y se hubiera ido a vivir al extranjero, a un país de clima más soleado, quedaba reducida de inmediato a la categoría de aquellos que empiezan a pedirles a todos sus conocidos que vayan a su casa y pasen unos días con ellos, que se sienten en sus terrazas con ellos, para que así puedan decirles: «En Inglaterra no se puede estar al aire libre como aquí, ¿verdad?». El coronel pensaba que en realidad era un auténtico acto de caridad pasar un tiempo en sus casas y darles así algo que hacer. En esos países no se podían dedicar en serio a la jardinería, ya que aquello significaría quitarles el trabajo a los campesinos, que, por otra parte, no tenían ni idea de cómo conseguir un césped decente. Por tanto, Barney no tuvo ninguna duda sobre cuál iba a ser su siguiente paso.

—No puedo perder más tiempo, Cha. Voy a llamar a esos Harrington y voy a preguntarles si conocen a alguien llamado Rossi. ¿Crees que habrá muchos Rossi en Florencia?

—Es el apellido más común de Italia.

—Mierda —dijo Barney—. Voy a tener que enterarme de otra manera.

Sacó su agenda de direcciones, su fiel amiga encuadrada en piel que también le servía de libro de autógrafos y que estaba llena de dedicatorias garabateadas de las chicas del colegio. La última era la de Annette Zamoyska, que por unas cosas o por otras acabó siendo la dedicatoria final en la agenda, a lo que Bice Zardanelli había añadido un colofón: «Tú no vas a ser la última ni de coña. Lo seré yo». De la agenda cayeron al suelo varias fotografías sueltas y un recorte de periódico sobre polvos antiparasitarios, además de una lista de cosas que había que ver en Florencia y que la abuela de Barney había dividido entre «recomendables» y «esenciales».

—Pero ¿qué vas a decirles cuando hables con ellos?

Mientras Barney, empezaba a marcar el número, elevó la mano que le quedaba libre en un gesto majestuoso.

—Eso depende de cómo se comporten.

La señora Harrington respondió a la llamada con gritos de alegría y asombro, bastantes más de los que la ocasión requería, pero, al parecer, desde que se había

levantado de la cama esa misma mañana sabía que le iba a suceder algo maravilloso. ¿Cómo estaba la madre de Lavinia?

—¿Y tu padre? —Toby Harrington se coló en la conversación. Era evidente que había cogido otro teléfono. Desde luego, no parecía que tuviera mucho que hacer.

—¿Tu madre ya puede levantarse y moverse? Me lo contó mucha gente... Me refiero a lo de sus pobres piernas.

—Están mejor —dijo Barney—. A ella no le gusta hablar del tema.

—Tiene los pies bien puestos en el suelo, ¿eh? —insistió Toby en voz alta.

—Me temo que me resulta imposible considerar una discapacidad como cosa de broma —dijo la señora Harrington.

—Oh, la joven Lavinia sabe que no me refiero a eso. Dios, no.

—Pero vayamos al grano, querida. ¿Dónde estás? ¿Nos llamas desde un hotel? Nosotros esperábamos que si alguna vez veníais a la Toscana, utilizaríais nuestra casa como una especie de base de...

—Solo pasaré aquí una semana. Me quedo en casa de Chiara Ridolfi, que estaba conmigo en el convento.

—Entonces, ¿estás en... La Ricordanza? —y pronunció esas palabras con mucha cautela.

—No. Estoy en un piso, en Florencia. Parece ser que tienen dos propiedades, a pesar de que les vaya tan mal. Y luego tienen una granja en algún sitio por ahí, cerca de donde viven ustedes. Hay un pariente que se encarga de ella, creo.

—Valsassina —dijo Chiara a su lado, en voz baja.

—Empieza por V. De todos modos, debe de ser vecino suyo, ¿le conocen?

La señora Harrington vaciló:

—¿Cesare Ridolfi?

—Supongo que sí.

—Lo conocemos, pero no parece muy sociable.

—Un reprimido, si quieres saber mi opinión —irrumpió Toby—. Pero todo eso da igual. Madge, pregúntale a la niña cuándo va a venir a vernos.

—Me gustaría ir a su casa a comer, si les parece apropiado —dijo Barney.

—Por supuesto. Y tráete a la joven Chiara Ridolfi, y a su padre también, si quieres.

Barney suspiró profundamente, armándose de valor.

—Verá, señora H., quería preguntarle si conoce usted a un médico. Le hablo de un médico italiano que vive en Florencia y que se llama Salvatore, que significa Nuestro Bendito Salvador, y se apellida Rossi. Es un médico de los nervios, quiero decir, no es que cure a los locos, exactamente, solo a la gente que descubre de pronto que las cosas se le están poniendo un poco cuesta arriba. Es un especialista titulado, no de los otros.

—Pero, mi querida niña, ¿para qué quieres un médico? ¿No estás bien?

—No quiero a un médico cualquiera —dijo Barney—. Solo quiero a ese.

Al final resultó que los Harrington sí conocían al doctor Rossi, al menos en el aspecto profesional. Fue Madge quien necesitó su ayuda. Después de haberse instalado en su casa de campo —no de inmediato, sino después de haberse encargado de la decoración de toda la casa y de la fontanería—, descubrió que tenía problemas de insomnio y pensó que podría deberse a un problema físico, anemia tal vez, porque las mudanzas te dejan exhausta, aunque sean para irse a vivir a un lugar tan maravilloso como la Toscana.

Su propio médico le recomendó que fuera a ver al doctor Rossi ya que lo consideraba el mejor en su especialidad. Pero al final casi se había reído de ella, añadió Madge, aunque de todos modos había sido muy amable, y dio por supuesto que Barney sabía a qué se refería. Le había dicho que la anemia cerebral era una enfermedad propia de ancianos y puesto que ella no podía considerarse tal, lo mejor sería que consultara a alguien que tratara enfermedades donde los factores psicológicos fueran más importantes que los físicos.

Barney adivinó en aquella explicación ciertos rasgos de compasión, pero no tenía tiempo para detenerse en eso en aquel momento.

—¿Le dijo todo eso en italiano? Yo me habría perdido.

Sí, y la señora H. también, pero se había llevado al señor H. para que le hiciera de intérprete.

—¿El doctor Rossi no sabe nada de inglés?

—En realidad no, pero uno percibe enseguida la fuerza de su personalidad.

—¿Diría usted que es del tipo dominante, entonces?

—Yo diría... convincente.

—¿Se sintió abrumada mientras estaba hablando con él, como si estuviera perdiendo el juicio?

Madge Harrington pareció desconcertada.

—Verá, mamá no está bien del todo. —Barney pensó que estaba haciendo el mal para que viniese el bien—. ^[14] Me pidió que me enterara de cómo es este hombre mientras estuviera aquí. Ya sabe que todo el mundo habla maravillas de él, pero mi madre quiere que me encargue de averiguar algo más, porque en realidad nadie parece saber gran cosa de este médico. Mamá ha cambiado mucho últimamente, ya me entiende. A veces se desespera y está dispuesta a probar cualquier cosa.

—Pero yo creía que padecía algún tipo de artritis.

—Eso es lo que todo el mundo pensaba, pero ahora dicen que es otra cosa.

—Si quieres puedo llamar a tu madre esta noche —dijo la señora Harrington algo dubitativa—. O puedo llamarla ahora mismo, si crees que es realmente urgente.

La imaginación de Barney estaba llegando a sus propios límites.

—No, no quiero que llame. Podría ponerla más nerviosa; puede que ni siquiera supiera de qué le estaba usted hablando, y cuando se encuentra en ese estado, una palabra cualquiera puede hacer que empiece a dar gritos y a llorar. No, lo mejor sería que pudiera usted ponerse en contacto con ese doctor Rossi y que le invitara a

almorzar también. No creo que espere una comida muy especial en un día de trabajo. Mañana, si pudiera ser, o al día siguiente, porque debo regresar a Inglaterra enseguida. Así podré hacerme una idea de cómo es. No hay nada como el contacto personal. Estoy segura de que veré de inmediato si se trata de la persona adecuada o no.

—No debes olvidar que apenas lo conocemos, Lavinia. En este país todo parece muy natural, pero cuando entramos en el tema de las invitaciones, de repente una se da cuenta de que hay todo tipo de pequeños detalles, apropiados y nefastos.

—Oh, pero Chiara nació aquí, y ella piensa que se trata de una idea buenísima.

—Pero... ¿es que va a venir?

Parecía prácticamente imposible que los Harrington se hubieran creído aquella historia de Barney. Pero, de todos modos, Chiara era consciente de que su amiga se estaba alejando de la realidad —una situación preocupante, aunque no alarmante—, como si su actitud se debiera a unos motivos completamente distintos a los iniciales y se encontrara sin remedio ajena al mundo, el cual apenas podría darse cuenta de su extraña situación.

Barney también estaba bastante sorprendida de su habilidad imaginativa, pero su sorpresa quedaba atenuada por una sincera sensación de triunfo y de autocomplacencia. Además, ella sabía la razón por la que los Harrington se habían dejado embaucar de aquella manera.

Toby Harrington —el «viejo Toby» por aquel entonces, aunque lo cierto era que todo el mundo lo había llamado así desde que tenía quince años— había sido oficial de enlace con la División Acorazada de Sudáfrica durante la reconquista de Impruneta, cerca de Florencia. Unos dos años atrás, su esposa había accedido a que la llevara en coche a visitar los campos de batalla, y cuando la recesión italiana alcanzó sus niveles más bajos compraron una de las cincuenta mil y pico granjas vacías que había repartidas por toda la Toscana. Ellos no querían ser como otros compradores de villas a los que conocían, que parecían entrar de repente en una segunda infancia y se pasaban el día sentados al sol jugando con sus juguetes para adultos. Lo Scampolo — y no les importaba en absoluto que sus amigos de Londres se refirieran al lugar como The Scampi^[15]— era una propiedad modesta, pero merecía la pena mantenerla en buen estado y vivir en ella todo el año. Habría sido totalmente diferente establecerse en Bellosguardo, digamos, donde habrían llevado una vida de rumores y chismorreos, y donde se habrían dedicado a servir refrigerios, o a que se los sirvieran, acompañados siempre del cotilla local más informado. Tal vez no fuera muy agradable que su pequeña propiedad lindara con los viñedos de los Ridolfi, cuyo propietario era prácticamente mudo. Supieron que hablaba un inglés perfecto por pura casualidad, cuando se pasó por allí y se ofreció para ayudarles en lo que fuera: no tenían más que decírselo. Pero no habían vuelto a hablar jamás y fue precisamente Cesare quien consiguió que Madge Harrington se olvidara para siempre de esas ideas suyas según las cuales los italianos, como raza, eran muy alegres y comunicativos.

—Los H. parecen gente bastante agradable —dijo Barney—. Pero tienen un punto débil y es que quieren conocer gente.

—¿Y por qué eso es un punto débil? —preguntó Chiara.

Por la tarde Toby devolvió la llamada.

—No te desmayes —le dijo Barney a Chiara—. Ya se lo han pedido y va a acudir. A lo mejor es que no lo invitan mucho a comer por ahí. Los médicos y los directores de bancos no salen mucho, ya sabes... Saben demasiadas cosas de los demás.

Chiara, que había tenido que llevar esa tarde a Annunziata a La Ricordanza para una especie de reunión con el jardinero, aunque seguramente se tratara más bien de una discusión, se quedó en la puerta jugueteando con las llaves del coche en la mano, como si estuviera dispuesta a entrar de inmediato o a salir huyendo de allí.

—Barney —dijo—. Creo que no deberíamos hacerlo. No puedo soportar la idea de que nadie inspeccione así a Salvatore, por decirlo así, y durante dos horas.

—¿Sabes que me resultó un verdadero engorro venir aquí?

—Lo sé, lo sé, y no lo olvidaré mientras viva.

—Vas a tener que dejar que haga las cosas a mi manera. Recuerda que lo que quieres es pasar el resto de tu vida con él. Aquí no hay divorcio. Te daré mi opinión más sincera, absolutamente imparcial.

—Pero ¿cómo vas a saber cómo es en solo dos horas?

—No te preocupes por eso. Puedo hacerme una perfecta idea de cómo es una persona con un único apretón de manos y mirándola directamente a los ojos.

—No te va a apretar la mano, Barney. Apenas te la rozará, como hace mi padre.

—Tú déjame a mí ese asunto de los apretones —dijo Barney—. Se puede saber mucho también a partir de los reflejos condicionados.

Toby Harrington fue a Florencia para recoger a la hija de su buen amigo, el coronel Barnes. Había pensado que no estaría mal poder ver de paso el piso de los Ridolfi, pero Lavinia le estaba esperando en el portal. Allí estaba ella, firmemente plantada en sus excelentes zapatos de piel de Russell & Bromley, ella misma firmemente constituida a su vez con la misma solidez, imponente y radiante a causa de su evidente buena salud. Toby salió del coche y le abrió cortésmente la puerta.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntó.

—Oh, ella no va a venir.

—¿Y su padre?

—Se ha ido a Roma.

Toby puso el coche en marcha.

—Supongo que ha decidido dejarnos a nuestro aire —añadió Barney—. Así que no hay muchas posibilidades de que pueda verle tampoco a él. Pero no crea que me estoy metiendo con el conde. Es una persona con la que se puede hablar perfectamente. Y cuando te paras a pensar en lo que ha dicho después de que haya terminado de decir lo que sea, una se da cuenta de que es bastante ingenioso. En realidad, no se necesita mucho tiempo para conocerlos, ni a él ni a Chiara: son personas con una educación y unos modales exquisitos por naturaleza.

—¿Os enseñaban buenos modales en el convento? —preguntó Toby.

Barney se echó a reír a carcajadas, mostrando unos dientes que no habrían avergonzado a ninguna joven ogresa que se preciara de serlo.

—No me haga reír —dijo ella.

Mientras abandonaban la ciudad, Barney se relajó. Se sentía mucho más segura con Toby al volante que con Chiara. Cuando Chiara se ponía a conducir, dejaba de reconocer la autoridad de Barney, y se lanzaba a la marabunta del tráfico, a favor o a contracorriente, sin pensar en las multas que podrían caerle por no ceder el paso, como si se tratara de un animal salvaje que estuviera en su hábitat natural. Toby, en cambio, se mantenía atento, siempre cauteloso, asomándose por encima del considerable cuerpo de su pasajera para comprobar las intenciones de los conductores que se aproximaban alegremente por la derecha. Uno tras otro, los troncos encalados de los plátanos y los inmensos carteles publicitarios que anunciaban bebidas y zonas en obras avanzaban hacia ellos e inmediatamente quedaban atrás. Cuando pasaron por La Ricordanza, Toby volvió la vista hacia la casa, pero no dijo nada. En el desvío a Lo Scampolo había un pequeño grupo de edificios: un cobertizo, una mustia cantina (que también servía de tienda de comestibles) y una capilla con las puertas cerradas. A continuación, el Hillman de los Harrington pareció prepararse para adentrarse por

el camino de tierra reseca que tenían delante.

—Dígame, ¿quién se encarga de cuidar todo esto?

Toby dijo que el camino no era provincial, sino local, y que estaban en negociaciones para ver quién se ocupaba del mantenimiento. «Bien —estaba pensando—, así que solo estaremos nosotros cuatro, si es que el famoso médico se digna aparecer». Al mismo tiempo, se sentía algo intimidado por la resplandeciente e inmensa presencia de aquella chica tan robusta. Cuando empezaron a ver el tejado de Scampi a lo lejos, le fue imposible no sentirse un poco nervioso por la necesidad de recibir su aprobación. Era como un leve recuerdo de cuando se pasaba revista en el regimiento.

Estaban acercándose ya a la casa y, en una de las ventanas laterales, vislumbraron un movimiento que estaba a medio camino entre un saludo con una mano y una agitación nerviosa que Toby identificó como una señal de socorro.

—Madge es un poco perfeccionista. Me da la impresión de que algo no va del todo bien.

—Yo puedo ayudar, si quieren —dijo Barney—. A su esposa le resultará muy incómodo tenernos a mí y al doctor Rossi merodeando por ahí, sobre todo si es verdad que algo le ha salido horriblemente mal.

Toby pensó que sería mejor comenzar con una pequeña visita de reconocimiento por las dependencias exteriores y las bodegas. Barney desaprobó enfáticamente la antigua almazara que Toby había dejado en perfecto estado de funcionamiento después de dedicarle muchísimo tiempo y trabajo, haciendo réplicas de los tornillos de madera en un torno que se habían traído desde Inglaterra.

—Debería usted venderle esa prensa de aceite a uno de esos anticuarios de la Piazza Santo Spirito —sugirió Barney—. Nunca se sabe lo que está dispuesta a pagar cierta gente por estas cosas raras.

Toby habló de hacer su propio aceite.

—No me diga que esto es lo que usa ese primo de Chiara.

—Son cosas muy distintas. La suya es una finca bastante grande, una *fattoria*. Lo suyo es un negocio.

Barney creía que en el campo todo debería llevarse como si se tratara de un negocio. Por otro lado, se mostró muy generosa en sus elogios de la cocina, donde Madge seguía trabajando sin cesar: al parecer, lo había hecho ella absolutamente todo, y se había ocupado de cultivar, de encurtir y de secar cada uno de los ingredientes, y daba la impresión de que lo único que no había hecho era poner los huevos. Barney también se mostró generosa en sus opiniones respecto al nuevo cuarto de baño, a pesar de que las brillantes baldosas de cerámica se hundían en determinados lugares y sobresalían en otros, como si todavía tuvieran que acomodarse a su nueva vida.

—¡Esto lo soluciono poniéndome yo encima con todo mi peso! —exclamó Barney mientras comenzaba a pisotearlas—. Solo hace falta que alguien camine por

encima, así, un par de horas al día. Son bonitas.

Los Harrington sintieron cierto alivio al oír aquello, sobre todo después del rechazo que había sufrido su almazara. Al fin y al cabo, la aprobación absoluta de todo no resulta nada creíble.

El comedor también tenía buen aspecto, con su porcelana y su cristalería violeta de Empoli. Habían dejado las ventanas abiertas para que entrara la lánguida brisa del otoño.

—En Inglaterra no podríamos tenerlas abiertas en esta época del año —dijo Barney con gran amabilidad.

Toby seguía un poco preocupado por el tema del vino. No sabía si poner Valsassina, lo que constituiría una demostración de buena vecindad, aunque el vecino fuera un tipo más bien difícil, o un *chianti classico*. Barney era de la opinión de que los médicos no beben vino en el almuerzo por si luego le cortan la pierna al paciente equivocado. Madge también parecía un poco nerviosa.

—Tengo que decirte, Lavinia, que no acabo de entender cómo tu madre espera que te formes una opinión del doctor Rossi, y sobre todo que adivines si es un especialista apropiado para ella en solo un par de horas...

—Oh, en nuestra familia se nos da muy bien juzgar a primera vista. Supongo que se trata de una habilidad hereditaria. Verá: este verano tuvimos que contratar a un nuevo jardinero y a su esposa, y cuando se presentó la primera pareja, ya sabe, para hacer una entrevista, una amiga de mamá nos llamó y nos dijo: «He visto a tus aspirantes al puesto mientras esperaban en la estación para coger el autobús y no creo que sean lo que estás buscando; el marido no tiene manos de un hombre trabajador». Y cuando llegaron, mamá tomó una decisión de inmediato. Es un talento que tiene ella.

—¿Quieres decir que les dio el trabajo?

—No, no se lo dio. Pero no fue por culpa de las manos del hombre. Fue por culpa de su mujer.

—Jamás hubiera creído que un don como ese se pudiera heredar —dijo Toby muy serio.

Después de una pequeña indecisión, Madge sacó fuera la bandeja con los vasos y las aceitunas y los aperitivos, al lugar que habían convertido en el jardín delantero de la casa. Una característica muy peculiar de The Scampi era el seto que discurría por todo el perímetro exterior y que estaba completamente destrozado cuando compraron la casa. Toby le había dedicado muchísimo trabajo. Ahora crecía muy fuerte y tan espeso que se podía colocar una bandeja en lo alto sin que se dejara vencer por su peso, siempre que se depositara allí con el máximo cuidado. Aquella característica constituía un buen tema de conversación cada vez que recibían a algún invitado.

El camino a Lo Scampolo discurría entre campos, más allá de los cobertizos y dependencias anejas, y apenas lo transitaba nadie, a no ser que tuviera la intención de visitar a los Harrington. Por tanto, jamás oían ningún ruido ni de coches ni de motos,

ni siquiera de mulas o de burros, que pudiera levantar alguna expectativa falsa, ni siquiera una desilusión.

Toby volvió a entrar en casa. Después de todo, solo era la una y media. Barney se recostó en su asiento y apoyó los pies en el seto.

—No puede haberse equivocado de fecha —dijo Madge—. Fuimos muy claros al respecto.

Y se quedó mirando el desdibujado camino desierto.

Salvatore había aceptado la invitación de los Harrington y ahora tenía que realizar toda una serie de reajustes bastante incómodos en la organización diaria. Había aceptado por una razón o, más bien, por una falsa creencia. Toby le había mencionado por teléfono que también acudiría una joven inglesa, una amiga de Chiara Ridolfi. Y, al escuchar su nombre, Salvatore había asumido que le estaban haciendo llegar una convocatoria ineludible, prácticamente un mandato, y que todo aquello se había organizado para que Chiara y él pudieran verse de nuevo. Le preguntó a Gentilini si no le parecía que esa era la explicación más factible. Gentilini contestó que no contaba con muchos datos en los que basarse, pero que, por lo que había podido ver, la *contessina* Chiara era una chica muy directa y muy franca en su manera de ser y que, por tanto, le parecía poco probable que hubiera tramado algo tan complicado. Si no le fallaba la memoria, añadió Gentilini, había salido del concierto en su compañía, a pesar de que había ido con otras personas, y más adelante había acudido directamente a la consulta de Salvatore, aunque, por alguna razón que Gentilini no alcanzaba a entender, tuvo que largarse de allí tras un recibimiento no muy amable.

—Trata de comportarte de una manera más espontánea: pregúntate si estás haciendo lo que realmente quieres hacer; por ejemplo, si quieres aceptar de verdad esa invitación de los Harrington.

Salvatore le dijo que era lo último que le apetecía hacer en el mundo. Cuarenta kilómetros de ida y cuarenta kilómetros de vuelta, la complicación del idioma, la presencia de la *signora* Harrington —a quien solo recordaba vagamente—, tener que dejar el papeleo de la oficina sin hacer, la muy probable indigestión posterior... Si había aceptado la invitación era solo para demostrarle a Chiara que no iba a permitir que se le tratara con indiferencia y de cualquier modo.

—No sé cómo vas a demostrarle algo así —dijo Gentilini—. Y eso que estoy intentando seguirte.

—Lo que quiero decir es que me parece adecuado dirigirme a ella de una manera educada. Con la cortesía habitual. Y, por cierto, me he dado cuenta de que, en un plano que no sea el estrictamente médico, apenas sabes nada de mujeres.

—Sé lo suficiente para haberme casado y para haber tenido cuatro hijos, y no recuerdo que tuviera muchas dificultades al respecto.

—A eso precisamente me refiero —dijo Salvatore, con una tranquilidad forzada.

Dos minutos después de la una y media, una vespa comenzó a subir y bajar y a subir de nuevo por el camino que conducía a Lo Scampolo, hasta detenerse justo delante de la casa. Barney vio cómo un individuo delgado, moreno, con un traje oscuro, apagaba el contacto de la moto y luego permanecía inmóvil durante unos instantes, como si estuviera intentando contener una impaciencia abrumadora.

—Dios santo, ¡es absolutamente italiano! —exclamó.

La señora Harrington entendió perfectamente lo que quería decir. Las dos se levantaron, dispuestas a darse apoyo mutuo si era necesario. En ese momento, Toby salió con una botella debajo de cada brazo.

—¡Fantástico, doctor! Es magnífico que haya podido venir. Voy a pedirle que me ayude a resolver un pequeño problema que tengo con el vino.

—Doctor Rossi —se adelantó Madge Harrington—. Le presento a esta joven amiga que ha venido a vernos, Lavinia Barnes.

Salvatore hizo una breve reverencia.

—Lavinia está de visita en Florencia; en casa de los Ridolfi.

Él permaneció inmóvil.

—Por cierto —dijo Barney—, si esperaba ver aquí a Chiara, se va a llevar una sorpresa. Hoy no va a venir. *Non c'è* —añadió en voz muy alta y muy clara—. Chiara no.

Habían calculado que Barney estaría de nuevo en Via Limbo alrededor de las cuatro como muy tarde. Pero era impensable que Chiara estuviera esperándola pacientemente allí, sin nada que hacer. En Florencia no había nadie que supiera en qué situación se encontraba y, por tanto, no había nadie con quien pudiera hablar. Se suponía que iba a pasar el rato en una conferencia que daban en el Kunsthistorisches Institut alemán acerca de los aspectos más destacados de tres cuadros atribuidos a Belbello da Pavia. Barney se había encargado de elegir esa charla de entre todos los posibles entretenimientos que había anotado en una lista, ya que la consideraba relajante o, al menos, no demasiado excitante.

Dos minutos después de que Barney se hubiera marchado en el Hillman de los Harrington, Chiara fue a mirarse en el gran espejo de una de las paredes del *salone*. Rara vez lo hacía, porque el espejo era un viejo embustero, y con su bonito y vetusto cristal se había encargado de halagar a los incontables visitantes que habían pasado por allí. Se miró el rostro fijamente. Se dio una palmadita en cada mejilla. Se retiró el pelo por detrás de las orejas y luego lo volvió a dejar suelto. A continuación bajó al patio y se subió al coche, pero no al suyo, su pequeño Fiat, sino al Lancia de su padre.

Barney nunca había subido a aquel coche, de modo que si se diera cuenta de que iba tras ella, no podría reconocerlo. De todos modos, como pasajera, no se dedicaba precisamente a mirar a su alrededor ni a observar lo que pasaba; más bien, lo que hacía era reclinarsse en su asiento majestuosamente. Chiara dio alcance al Hillman de Harrington sin dificultad, en el Viale Giannotti, y lo siguió hasta Ponte a Ema. Cuando pasaron La Ricordanza, redujo la velocidad dispuesta a saludar e incluso a detenerse si daba la casualidad de que Giannina o su marido estuvieran en la verja de la entrada. Pero allí no había nadie, la casa parecía desierta, y pisó el acelerador. En el desvío a Lo Scampolo vaciló un instante ante la capilla cerrada de Sangallo y la pequeña tienda, pero luego se dirigió directamente a Valsassina.

El viburno que trepaba por el muro norte del patio delantero se extendía plácidamente hacia los lados, hasta cubrir el último resquicio de pared, impasible ante la presencia de la sombra o del sol, estaba cubierto de miles de flores: una acumulación de flores blancas que parecían multiplicarse constantemente. No obstante, aquella no era la hora del día en que las flores esparcían sus perfumes por el aire y, en cualquier caso, el ambiente estaba cargado de un olor a azufre quemado, y eso significaba que alguien estaba desinfectando las viejas barricas de vino. Para captar la esencia del viburno había que esperar hasta el anochecer, hasta ese momento en que las flores verdosas y blanquecinas del jardín liberaban su fragancia, cuando

solo las formas más blancas y nítidas resultaban visibles. Se suponía que los años en que el viburno florecía en varias ocasiones, como aquel, eran años afortunados. Chiara se acordaba de cómo esperaba cuando era pequeña a que llegara septiembre para ver si florecía de nuevo, y luego, al ver que no sucedía, con qué amargura llegaba a entristecerse por la decepción. Pero aquel año, mil novecientos cincuenta y cinco, tenía que ser su año de suerte. Era una suerte, por ejemplo, ver a Cesare en casa en pleno día.

Estaba en el patio. Ella nunca le había visto con prisas, y tampoco le iba a ver apresurarse ahora. Por el contrario, avanzó muy lentamente hacia el coche.

—Lo siento, Cesare, debería haberte dicho que iba a venir.

—No, no era necesario.

—Te estoy molestando...

Desde niño, tenía la costumbre de quedarse quieto cada vez que debía enfrentarse a un problema, y así se quedaba hasta haberse convencido de que ya lo había solucionado o de que, por el momento, le resultaba completamente imposible resolverlo.

Chiara se bajó del coche y salió al sol otoñal.

—Pareces mayor —dijo Cesare.

—Bueno, soy mayor. ¿Cuándo fue la última vez que estuve aquí?

—El verano pasado.

—¿Qué estabas haciendo ahora?

—Pensaba en el precio al por mayor para 1955.

—¿Vas a bajarlo?

—Lo va a hacer la Asociación.

—¿Y estás de acuerdo con ellos?

—No lo sé. Ahora ya no pienso en esas cosas.

Los primos entraron en la casa juntos.

—Bernadino querrá que vayas a ver los conejos y las palomas.

—No. No creo —dijo Chiara—. Se dará cuenta enseguida de lo mucho que he crecido.

Los conejos y las palomas estaban en un edificio de piedra cuyo tamaño era aproximadamente la mitad del que utilizaban los trabajadores para almorzar, aunque como edificio probablemente fuera mucho más antiguo. El tejado del columbario se veía desde la casa. Se cerraba con una puerta de madera maciza que se abría en dos mitades. Dentro reinaban la penumbra y un pestilente pero pacífico olor a aves y a otros animales de corral. Los pichones emitían sus murmullos desde el altillo, mientras sus plumas caían ondulantes hacia el suelo, atravesando los haces de luz y brillaban un instante para sumirse de nuevo en la oscuridad, abajo, allí donde los temblorosos conejos dormitaban en sus cercados. Tanto las palomas como los conejos eran blancos, y allí no se intuía el destino que les aguardaba; solo se percibía aquella amigable paz al entrar, como si el atestado recinto respirara al unísono y como si cada

criatura estuviera profundamente satisfecha con su rancio espacio vital. Para los niños, aquel lugar resultaba fascinante.

Todo aquello le pertenecía realmente a Bernadino, que se encargaba de la compra, la venta, la cría, el sacrificio y la recogida del pelo de los angoras. Y era por esa razón, probablemente, por lo que había llegado a la fantasiosa conclusión de que toda Valsassina debía ser legalmente suya.

—¿Le importará mucho si no voy?

—No lo sé —dijo Cesare.

Chiara dijo entonces:

—Cesare, no puedo quedarme. Tengo que saber lo que está sucediendo en la casa de los Harrington.

—¿Te refieres a Lo Scampolo?

—Sí, en Lo Scampolo. Los Harrington. Ya sabes quiénes son.

—He hablado con ellos alguna vez —dijo Cesare—. Deberías haber cogido el camino de la derecha en la capilla de Sangallo.

—Sí, pero eso no habría servido de nada. Quería estar lo más cerca posible sin tener que ir hasta allí. Y, además, pensé que aquí se estaría bien y que podríamos salir al campo y hablar de los precios del año que viene y evitar así que mi cabeza siguiera martirizándome.

—¿Eres muy amiga de esos ingleses?

—No los conozco.

—Me parece que no estás actuando de una manera muy sensata.

—Es que no es a ellos a quienes quiero ver. Intentaré explicártelo porque, después de todo, es bastante fácil de entender. Tendría que haber una persona allí, en este mismo momento, un invitado, y lo único que quiero saber es si realmente está allí o no.

—En ese caso, sigo pensando que deberías haber girado a la derecha en Sangallo —Cesare lo dijo sin ningún atisbo de reproche. Tenía un carácter juicioso, no crítico—. ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Claro, tienes razón..., ha sido un error estúpido, así que voy a hacer lo que me sugieres. Voy a ir allí ahora mismo, inmediatamente, en este instante.

—No. Eso no es lo que yo te he dicho.

—¿Puedo ir por los caminos que atraviesan los campos?

—Están secos, pero no son muy apropiados para el coche de mi tío.

Chiara le dio un beso cariñoso y salió con el coche por la verja principal para coger enseguida la pista que se abría entre los sembrados de hortalizas y los olivares más cercanos. Los surcos del camino, que habían sido trazados por las carretas de bueyes antaño y luego por pequeños tractores, no se ajustaban bien a la distancia de los ejes del coche, que iba saltando de un lado a otro como si se viera asaltado de tanto en tanto por un repentino dolor.

Bernadino salió del almacén de madera; parecía contento. Y eso se debía a que la

contessina había llegado y se había ido a toda prisa y se había quedado poquísimo tiempo y ahora estaba conduciendo de una manera temeraria por el camino que atravesaba los campos. Al final, Chiara detuvo el coche y sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Tenías razón! ¿Puedo dejar este aquí y coger el *camioncino*?

—¡Sí! —gritó Cesare.

—¿Estás seguro de que no lo necesitas?

—Por supuesto que lo necesito.

—¿Qué te parece si alguien te lo trae esta noche?

—Vale.

Bernadino pensó que había visto algo parecido en el cine Rex, donde iba un domingo sí y otro no. ¡Primero el Lancia! ¡Después el *camioncino*! ¿Por qué no se decidía de una vez? ¿Por qué había ido hasta allí si no quería quedarse? Mucho después de que Cesare hubiera regresado a pie a los viñedos, Bernadino seguía riéndose.

Giancarlo le había dicho a su hija la verdad cuando le comentó que su visita a Roma estaba planificada desde hacía bastante tiempo. A diferencia de la mayoría de sus conocidos, él no tenía negocios importantes que atender ni conocía a nadie influyente en ningún ministerio a quien pudiera vender información. Esperaba poder felicitar a uno o dos viejos amigos, con quienes había servido en caballería, por el hecho de seguir vivos y ser capaces de seguir yendo al club, pero sobre todo acudía a Roma porque se había citado con el hermano de su difunta cuñada, monseñor Gondi. Aquel encuentro había sido idea de Gondi, y Giancarlo no había puesto ninguna objeción al respecto.

Monseñor tenía el espíritu de periodista: dejaba claro desde el primer momento que dominaba la materia que se fuera a tratar, que nunca sabía más de lo estrictamente necesario y que registraba toda la información en el curso de sus recesos mentales con la intención de que permaneciera allí ya para siempre, constantemente disponible y a mano. A monseñor le asombraba, incluso después de tantos años, la cantidad de cosas que Giancarlo Ridolfi prefería ignorar en pro de una vida tranquila. Su hija Chiara estaba a punto de cumplir los dieciocho años, y él lo sabía sin necesidad de consultar a nadie. Su padre y su tía, que la tenían a su cargo en ese momento tan crucial de la vida, le parecían a monseñor Gondi un par de viejos chismosos de pueblo, con la desventaja añadida de que a ninguno de los dos les importaba lo más mínimo el campo. A pesar de haberse criado en el campo. En el transcurso de las sucesivas etapas de su existencia parecían haber ido perdiendo lo que tenían, en lugar de conseguir más. En Valsassina, era su sobrino el que tenía que ocuparse de que las cosas siguieran en marcha, sin ningún tipo de asesoramiento más allá del que pudiera prestarle el mismo monseñor, de manera ocasional, cuando disponía de tiempo. Los bajos precios del vino de mesa y para la exportación constituían todo un catálogo —por no decir una letanía— de las dificultades que atravesaba el joven Cesare. Y ahora que podían contar con un elemento poderoso —aunque también un poco raro—, una mujer joven, con el que relanzar la historia de la familia, Ridolfi y su hermana se quedaban totalmente atrás, mientras Italia daba un paso hacia delante en el liderazgo de la cultura y el estilo de vida europeos. Lo que necesitaban, en realidad, era quitarse de encima todo el polvo que habían ido acumulando y modernizarse, embarcarse en el presente huyendo del resplandor crepuscular y decadente de la vieja Florencia. Por supuesto, el monseñor diferenciaba a ambos hermanos. La memoria de Gondi había relegado a Maddalena a un rincón al catalogarla como una anciana impredecible —o, incluso peor, como un ser bastante menos cuerdo que un anciano impredecible—, mientras que la amable e

imperturbable actitud de Giancarlo ante la vida parecía escapar a todo tipo de clasificación. Si oía hablar de Giancarlo Ridolfi —lo cual no sucedía muy a menudo—, siempre era en términos halagadores, como «encantador». «Ah, Ridolfi... era encantador». ¡Qué epitafio, en pleno siglo xx, para el heredero de tan antiguo linaje! Giancarlo había estudiado, se había convertido después en un político idealista y fue oficial del ejército, pero padecía de una incapacidad casi absoluta para ejecutar los movimientos adecuados en el gran ajedrez del mundo, lo cual, hay que admitirlo, era una tarea bastante más difícil que la mayoría de los trabajos, aunque en gran medida no era más que el cumplimiento del deber. ¿Quién, en su situación, podría haberse casado con una estadounidense para después separarse y quedar peor de lo que estaba? Y ya que estamos, ¿quién, sino Maddalena, podría haber llevado a su sobrina a Parenti y salir de allí sin un solo trapo que ponerse en el cuerpo? Monseñor suponía que en aquella actitud había algo de desidia, lo cual, en cierta época, podría haberse considerado un rasgo de distinción y hasta de cierta nobleza, pero no dejaba de ser desidia. ¿Qué le habría ocurrido a Maddalena para perder esos dos dedos?

Giancarlo, por su parte, admitía que no tenía mucho que ofrecer más allá del dudoso logro de ser un conde con aspecto de conde, y un padre viejo que se comportaba como tal. En lugar de información, él solo podía ofrecer su instinto y su experiencia, y admiraba la infalibilidad de Giuseppe Gondi. Aunque, al mismo tiempo, también le compadecía. A Gondi nunca lo nombrarían prefecto de una congregación y era incapaz de entender por qué. A pesar de su innegable capacidad para comprender el mundo, no podía ver —o creer— que todas sus virtudes, todo su esfuerzo, el incesante flujo de rigurosos informes y todo su talento para ocupar mandos intermedios no podían propiciarle un cargo más elevado que el de monseñor. Al ser irremplazable en su puesto, jamás ascendería. Le habían otorgado muchas distinciones menores, pero resultaba demasiado útil donde estaba como para que lo ascendieran. La Secretaría alababa su trabajo, modificaba ligeramente sus conclusiones, y luego le dejaba donde estaba.

A lo largo de su carrera, Gondi había ocupado edificios muy distintos en Roma, que habían sido adquiridos temporalmente y después pasaban a ser propiedad oficial de la Ciudad del Vaticano. Dichos movimientos dependían en cierta medida de los cambios de opinión de la Secretaría acerca de la importancia de las distintas congregaciones. En una ocasión, él y su equipo fueron trasladados a un bloque que se encontraba entre una planta de gas y las líneas del tranvía, justo donde la vía férrea hacia Pisa cruzaba Via Ostiense. Pero luego había regresado, felizmente, al Vaticano.

La familia Ridolfi nunca había tenido ningún derecho especial de admisión en el Vaticano. Giancarlo cogió el autobús 77 hasta la Piazza Risorgimento y, sintiéndose un poco cansado ya, atravesó la Puerta de Bronce para preguntar en la sala de recepción. Mientras telefoneaban para comunicar su presencia allí, trató de ordenar sus pensamientos, aunque solo fue capaz de esbozar ante sí unas débiles imágenes en las que recibía ciertos reproches atemperados por el bienestar que sentía tras haberse

sentado, aunque la silla fuese algo dura. La oficina de monseñor Gondi ahora se encontraba, al parecer, en el tercer piso. El mismo Giuseppe en persona fue a recibirle cuando se abrieron las puertas del ascensor.

—Eres muy amable, Beppino.

—No, en absoluto. A la larga, estas cosas ahorran tiempo.

Gondi era un hombre robusto, pero también ágil y decidido, como si lo hubiera diseñado un equipo encargado de asignarle labores complejas ante las que tuviera que demostrar su versatilidad y eficacia. Sus ojos y su larga y delicada nariz recordaban en cierto modo a los de Cesare, pero ¿qué conclusión podría extraerse de eso?

—Giancarlo, he dispuesto que algunas personas vengan a reunirse contigo con el fin de que te hagas una pequeña idea de cómo está el panorama general. Por supuesto, no se trata en ningún caso de una fiesta, ahora que su Santidad está enfermo. Así que digamos que será una *conversazione*. Antes, tendremos tiempo para hablar los dos un rato, simplemente de asuntos familiares.

—Qué generoso de tu parte.

—A esto me refería al mencionar lo del ahorro de tiempo. Siempre puedo disponer de una media hora al día si sé que me va a resultar de algún provecho. En este caso, serán en realidad veintiocho minutos, ya que has llegado un poco tarde a la recepción.

En la oficina, monseñor despidió a los dos secretarios. Volvería a firmar su correspondencia a las siete y media.

Sobre el escritorio tenía un crucifijo y un cartapacio, y en la pared, una pintura de los Siete Dolores realizada por un refugiado checo en un malva y un naranja ácidos. Al lado había un gráfico que mostraba la asistencia anual de los peregrinos a los santuarios católicos de todo el mundo. La habitación estaba amueblada como la de un hotel respetable de segunda categoría. Las persianas estaban medio echadas y dejaban ver una parte de la ciudad en la que no se podía trabajar con el propósito de obtener un beneficio personal ni estaba permitido tender la colada al aire libre.

En aquel momento, Gondi no era capaz de ocuparse de otros asuntos. Sacó unas fotografías de debajo del tapiz almohadillado de su escritorio.

—Tal vez esto te interese, Giancarlo. Puedes observar la distancia a la que somos capaces de lanzar nuestras redes. Un subcomité para el culto privado... Lo que ves son unas imágenes mexicanas del Redentor, cada una de ellas con su puerta de plástico en el pecho, con bisagras, para que se pueda abrir y se vea dentro el Sagrado Corazón iluminado por una pequeña luz de bicicleta. —Seleccionó unas cuantas y, como si estuviera repartiendo las cartas de una baraja, se las fue entregando—. Funciona con pilas, aunque también se puede enchufar directamente a la luz.

Era asombroso cómo monseñor podía pasar de una reunión agotadora a otra sin solución de continuidad y era sorprendente comprobar que esperaba que sus amigos y sus conocidos admitieran lo importante que era su trabajo, y no solo por cortesía, sino con una especie de emoción. Era precisamente aquella convicción suya de que todo

lo que le interesaba a él tenía que ser interesante para los demás la que había conseguido mantenerlo estancado en una eterna mediana edad. Por supuesto, su fe en lo burocrático, como cualquier otra clase de fe, debía de ser un don de Dios. Pero Giancarlo pensó que podía arriesgarse a decir la verdad sin tener que ser descortés. Miró las fotografías y dijo:

—Pero... Beppino, estas cosas no me interesan lo más mínimo.

No funcionó, en el sentido que sus palabras no lograron que Gondi volviera a la realidad. Empezó a hablarle de un monumento funerario de Florencia, situado en el cementerio de Rifredi. Se había organizado un tremendo escándalo o algún altercado o algo. Y así fue como el conde oyó por primera vez el nombre del doctor Salvatore Rossi. Aunque lo olvidó de inmediato.

De pronto, como si se hubiera ajustado alguno de sus mecanismos internos, Gondi cerró el cartapacio de golpe y, con una mirada de reproche, le dijo:

—Bueno, pero todavía no me has dicho nada de nada. ¿Qué sabes de Maddalena?

—Está en Viena.

—¿Y la *casa di riposo*? Me refiero a ese asilo para ancianas y niños. Creo que se produjeron ciertas irregularidades, ¿no?, aunque imagino que todo se solucionaría después de la guerra. —Al no obtener respuesta, asintió y continuó—: ¿Y Cesare? Las cosas no son nada fáciles en la granja. Espero que no lo olvides y lo tengas en cuenta. El viejo sistema de arrendatarios que compartían la tierra y todas sus cargas ha desaparecido para siempre y ahora los costes son muy altos. Pero tendrá que aguantar. Dentro de pocos años la replantación comenzará a correr a cargo del Ministerio, e incluso de la Comunidad Europea. Sin embargo, desde mi punto de vista, Cesare es demasiado solitario. Lleva una vida extraña. A veces me da la impresión de que va a terminar en una orden contemplativa.

Giancarlo sintió como si con aquellas palabras rápidas y enérgicas estuvieran eliminando de un plumazo todas las posibilidades de futuro de Cesare.

—Si ese fuera el caso, no sé quién iba a seguir ocupándose de Valsassina.

—No es ningún delito vender la tierra por un buen propósito.

—¿Para qué?

—Digamos que para tener un poco de dinero líquido con el que reparar La Ricordanza.

—Jamás le he oído a Cesare hablar de que fuera a meterse a monje.

—Ya sabes lo que se dice de las aguas mansas... Bueno, da igual: ¿y qué me cuentas de nuestra pequeña Chiara?

—Está en Via Limbo. Ha invitado a una amiga del colegio.

—¿Una chica inglesa?

—Sí.

—¿Católica?

—Es del convento: una niña que se llama Lavinia Barnes.

Monseñor frunció un poco el ceño mientras repasaba las fichas que tenía

archivadas en la cabeza.

—Supongo que tendrá algo que ver con Lord Barnes, de Markham Castle. Conversos, creo. ¿Os ha contado algo de eso?

—Nos ha contado muchas cosas —dijo Giancarlo—. Pero eso no, que yo recuerde.

—¿Y cómo le han ido los estudios a Chiara? ¿Qué es lo que más le gusta?

—La música. Pero está convencida de que su voz no es lo suficientemente buena como para ponerse a ensayar y a estudiar. Las monjas pensaban lo mismo. Pero, bueno, supongo que tendremos que pedir consejo...

—Oh. ¡Esa inseguridad! ¡Esa incapacidad de los Ridolfi para confiar en sí mismos!

—No creo que se trate de un defecto. Se podría considerar un rasgo de humildad.

—Bueno, la humildad constituye una virtud fascinante, aunque, por desgracia, resulta imposible darle una utilidad política.

—Pero no podemos condenarla por eso, ¿verdad? —le preguntó Giancarlo, desconcertado.

Giancarlo sabía que iba totalmente en contra del protocolo recibir a un conocido en una de las oficinas personales del Vaticano, en vez de en una sala de espera, y que si se le estaba tratando con tanta amabilidad, era en virtud de su parentesco por razón de matrimonio. Pero fue un alivio que esa deferencia concluyera por fin cuando sonó el teléfono de recepción para comunicarles que el taxi de monseñor le estaba esperando en el Viale Vaticano.

La *conversazione* se iba a celebrar en el estudio de una princesa romana, Billie Buoncampagno, acerca de la cual se suponía que Giancarlo tendría que saber más cosas de las que en realidad sabía. Aquella sensación le resultaba muy familiar, ya que le asaltaba cada vez que iba a Roma. Giuseppe no fue muy esclarecedor al decirle que «le debían mucho a la gran generosidad y devoción de la princesa», pero tampoco tenía mucha importancia porque, al parecer, ella no iba a estar presente, ya que nunca regresaba a Roma antes de octubre. El taxi se dirigió hacia la Piazza del Popolo y Giancarlo comprendió que el estudio de la princesa debía de estar en Via Margutta, donde era más que posible que ya no quedara ningún artista, dado que llevaban años huyendo de allí.

En el taxi, Gondi le explicó que la pequeña reunión que iban a mantener no era clerical y, en principio, ni tan siquiera social, sino cultural o, para ser más precisos, literaria. Como si fueran a asistir a un curso de atención médica en el que quedaran plazas libres, le habló de la flexibilidad de la mente y de la hondura de los conocimientos que podían derivarse de una atenta charla con ciertos escritores contemporáneos, «de vez en cuando, ya me entiendes, como con todo».

Giancarlo pensó que quizá aquella reunión formara parte del denodado esfuerzo de Gondi por ampliar el ámbito de influencia de su congregación y hacerlo extensivo a todas las artes, tanto a la escritura como a la pintura y, tal vez, posteriormente,

también a la más intratable de todas ellas, la música. (Y uno no podía sino sentir admiración por ello). De todas formas, el propósito principal consistía en modernizar al propio Giancarlo, en calidad de padre de Chiara y, tal vez, incluso en calidad de tío de Cesare.

Cuando llegaron, le llamó la atención el nervioso celo que el criado —tras haber recibido todo tipo de detalladas instrucciones, a distancia, por parte de la princesa— puso desde el primer momento en atender a los invitados de monseñor.

—¿Su Eminencia... —Gondi rechazó el título con un leve movimiento de cabeza — va a esperar en las escaleras para recibir a los demás asistentes? Su Alteza me ha autorizado a prestarles cualquier tipo de auxilio que pudieran requerir...

—Bastará con que les muestre la entrada. Y una copa de vermú para cada uno será más que suficiente. Se habrán marchado todos antes de las siete.

—¿Celebras muchas fiestas aquí? —le preguntó Giancarlo mientras contemplaba los amplios y diáfanos espacios que se abrían a su alrededor, y los frescos de Campigli en las paredes, pintados y luego difuminados a propósito con deliciosos trazos de color.

—Doy alguna conferencia de prensa de vez en cuando, cuando la ocasión requiere un entorno artístico. Todos tenemos nuestros contactos.

Justo en el momento en que el reloj daba las cinco y media, cuando iba a comenzar la *conversazione*, con una puntualidad absoluta, llegaron tres personas: dos italianos y un francés.

—Son novelistas —murmuró Gondi—. Y tienen que venir más.

—¿Todos los invitados son novelistas?

—Sí, creo que sí.

—¿Y los conoces bien?

—No los conozco a todos. Le he confiado este asunto a uno de mis secretarios. Creo que se encargó de buscar sus direcciones.

Giancarlo se sorprendió de que un pariente suyo, aunque lo fuera solo por matrimonio, pudiera haber tenido una idea tan desastrosa. La vergüenza empezó a apoderarse de él, y con tanta intensidad que casi le parecía miedo. Sabía que todo aquello, todo el tiempo que Gondi estaba dedicándole y que no estaba empleando en su ajetreada vida profesional, lo hacía exclusivamente en su propio beneficio. Uno de los dos italianos era del sur: un hombre corpulento e imponente, con un traje negro y unos pantalones sujetos con un ancho cinturón de piel, como un recordatorio de que todavía seguía en contacto con el pueblo. Se dio un golpe en el pecho y pronunció una sola palabra: «Gastone». El nombre evocó a la vez su reputación europea como humanista y sus años de exilio. El segundo italiano, un milanés, pálido, delgado y esquivo, murmuró calladamente «Luigi Capponi», dando la impresión de estar jugando a un desagradable juego de mesa. Capponi no era muy famoso y Giancarlo, que no era un gran lector, no pudo fingir que recordaba el título de algo que hubiera escrito.

Mientras seguía rebuscando en su memoria, dio un sorbo al miserable vaso de vermú que acababan de servirle. Sabía muchísimo a chirivía. «No es que Beppino sea tacaño —pensó—. Es que los placeres mundanos le son completamente indiferentes, lo cual viene a ser prácticamente lo mismo».

Capponi se dirigió a él y sin más prolegómenos comenzó a contarle el tema de su siguiente novela. Su objetivo, le dijo, era poner de manifiesto las absurdas pretensiones de su ciudad natal: Popolograsso. En su obra no se oiría únicamente la voz del propio autor, sino que también hablarían libremente las calles, las estatuas, el mobiliario y las principales alcantarillas para reprocharles a los ciudadanos su modo de vida burgués. Las neveras, al abrirse, vomitarían sobre sus dueños, y cuando una pareja entrara en su dormitorio, el colchón se dividiría en dos y se abriría lascivamente de par en par, liberando todos sus muelles. Le habían dicho que ya se habían vendido los derechos para la película por quinientos millones de liras, y Giancarlo fingió reconocer el nombre del director.

Gastone no mostraba indicios de estar prestando atención. De hecho, se hallaba en el centro de un círculo formado por un grupo de escritores que habían llegado tarde y que se mantenían a una respetuosa distancia de él, como si se estuvieran asomando al borde de una barrera en un coso taurino. Sin embargo, de repente, sin dirigir ni una mirada siquiera en dirección al lugar en que se encontraba Capponi, dijo:

—La sátira, cuando todo está ya dicho y hecho, constituye un arte innoble. El único tema de un escritor es la Naturaleza.

—¡Pero la Naturaleza debería ser satirizada! —exclamó Capponi—. Confío en que todos los aquí presentes estemos en contra de la explotación. Y en este país, la mismísima tierra es la principal explotadora, una sanguijuela que se aprovecha del trabajo del hombre, tres mil años de sudor y de estiércol de mula en la misma y minúscula parcela de terreno. Al final, uno tiene que estar de acuerdo con el pobre Marinetti. Nada es más capitalista y más burgués que la propia Naturaleza.

—¿Qué? ¿Acaso está contradiciendo a la Naturaleza? —bramó Gastone.

Monseñor intervino entonces para señalar, con ese aire de sacerdote que ya ha explicado lo mismo en multitud de ocasiones, que deberían tenerse en cuenta todas y cada una de las funciones propias de la Naturaleza. La Naturaleza no era solo productiva. También debe eliminar las huellas del dolor y del deterioro, sanar las heridas y, poco a poco, restablecer el *statu quo*.

—Esto seguramente también puede hacerlo el escritor, mediante un distanciamiento reflexivo y una observación paciente.

—¡Al diablo con la paciencia! —siseó Capponi mientras, por alguna razón, cogía entre las suyas las manos del conde—. La paciencia y la resignación son la misma cosa.

—No lo creo —dijo Giancarlo, liberándose—. La paciencia es meramente pasiva, mientras que la resignación es activa.

Se habían desviado un poco del tema planteado por Gastone, que volvió a la carga declarando que nadie que no supiera por experiencia personal lo que era dormir como un campesino estaba en condiciones de escribir nada.

—Ah, pero piense en Tolstói —dijo monseñor—. Recuerde que uno de sus campesinos reza para acostarse como una piedra y elevarse al día siguiente como un pan recién hecho.

—En ese caso, Tolstói era un idiota. El pan de pueblo apenas sube nada en el horno. Y la gente del campo duerme como yo, como los animales, con un ojo abierto, constantemente en guardia.

Giancarlo sintió una ligera presión en el brazo.

—Soy Pierre Aulard. —Era el diminuto escritor francés—. ¿Es usted hermano de monseñor?

—No.

—Bueno. Da igual. ¿Va mucho a Inglaterra?

—De vez en cuando. He estado allí hace poco.

—Y, dígame, *que font les jeunes*?

—Me temo que no suelo preguntarles a qué se dedican.

—¿Siguen hablando de mí, de Pierre Aulard, los jóvenes?

Hizo una pausa expectante.

—Debe de pensar usted que soy muy ignorante —dijo Giancarlo.

Aulard fijó sus grandes ojos febriles en él.

—Me han dicho que en estos momentos es posible vivir decentemente en Londres con veinticinco chelines a la semana. ¿Es cierto?

—No.

—Caballeros... —estaba diciendo monseñor. Durante un instante, su voz entró en competencia con la de Gastone; entonces, incluso aquella voz de ricas tonalidades graves vaciló y luego enmudeció—. Caballeros, *dottori*, tengo que admitir ante ustedes que, por mucho que esté disfrutando de su compañía, si les he pedido que me hicieran el honor de venir hasta aquí hoy ha sido en parte porque, como cristiano y como sacerdote —sonrió un poco—, es mi deber pasar incluso los momentos más felices de mi vida de un modo que resulte provechoso. Ustedes son los expertos. Y todo lo que yo hago es pedirles, en nombre de la Iglesia, que me presten su ayuda profesional. En este momento, como ya saben, tengo a mi cargo la responsabilidad de custodiar el arte religioso popular en todos sus ámbitos, y no solo en Europa, con la única excepción del cine, que cuenta con su propio órgano consultivo. La pregunta que les planteo es simplemente la siguiente: ¿en qué momento el artista profesional o, concretamente, el escritor profesional entra en contacto con el hombre y la mujer del pueblo? ¿Qué se puede esperar al respecto en este campo? Aquí les muestro un buen ejemplo.

Monseñor cogió una pequeña estatuilla que había sobre una repisa de mármol que recorría todo el interior del estudio. Era una imagen suya, una terracota de unos

veinte centímetros de altura, casi piramidal debido a los rígidos pliegues de la sotana. No había brillo alguno, excepto en los ojos, que tenían un toque de blanco. La semejanza era asombrosa, y sin duda debía perdonársele la vanidad de mostrarla como ejemplo práctico de la cuestión.

La terracota parecía obra del escultor Giacomo Manzù, de Bérgamo y, de hecho, se trataba de un auténtico Manzù. Monseñor empezó a explicarles que Manzù era el undécimo hijo de un pobre sacristán de un monasterio benedictino. Cuando era pequeño solía sentarse en silencio en la sacristía para observar cómo los monjes se desprendían de sus ropajes después de la misa, convirtiéndose de nuevo en seres humanos a los que poder acercarse.

«Esto no va a funcionar», pensó Giancarlo.

—Manzù hace siempre lo mismo —retumbó Gastone.

Dado que nadie comentó nada más y que nadie hizo mención alguna a la evidente semejanza entre modelo y estatua, a excepción de Aulard, que quiso saber cuánto había estado dispuesta a pagar la princesa por aquello, Giancarlo le preguntó si podía dejársela, y allí se quedó, contemplando el pequeño y solemne objeto de terracota, que rápidamente empezó a calentarse al contacto con las manos.

—No estoy intentando realizar ningún tipo de análisis crítico sobre su obra —continuó monseñor—. Es simplemente una manera sencilla de abrir lo que esperemos sea un breve pero estimulante debate.

—¡El arte está acabado en Italia! —exclamó Capponi furibundo—. Los artistas están acabados y los escritores también. Ahora me dedico solo al cine. Lo único que quiere la gente es cine y diseño. Fellini, Nervi, Olivetti, Pinaferrati. Todo lo demás es una mierda. La gente es una mierda y el arte que quieren está hecho de cromo, flecos de paja y bombillas rosas. Todo lo que estamos diciendo y todo lo que hemos dicho y todo lo que estamos a punto de decir es una mierda.

Gastone se enfrentó a él amenazador:

—¡Retórica! ¡Basura! Ni Olivetti ni Pier Luigi Nervi podrían diseñar jamás un queso cremoso. El hombre de ciencia debe detenerse en el umbral de la Naturaleza.

—Cuando empleo la palabra «diseño» lo hago solo en su acepción más importante.

—¿Y cuáles son sus otras acepciones?

—No las hay —dijo Aulard, asomando la cabeza como un tití enfermo.

En un aparte, y amparándose en el alboroto reinante, Gondi le dijo en voz baja a Giancarlo:

—Están locos.

—Son imprudentes, más bien. Carecen de la protección habitual que aporta la vida social.

En ese aspecto, pensó, no se diferencian demasiado de la *signorina* Barnes.

—Están despreciando la posibilidad de entablar un debate moral serio, que era lo que se suponía que iba a celebrarse hoy aquí. Para eso les invité.

—No dejes que esto te altere, Beppino. Son solo novelistas. —Y añadió—: Tal vez sería mejor que la próxima vez los invitaras de uno en uno.

Pero ahí fue demasiado lejos. Monseñor no iba a aceptar el consejo de un pariente pobre, cuya calidad de vida prosperaba solo gracias a él. Con un gesto elegante se volvió hacia el grupo de invitados, donde seguían volando los cuchillos afilados. Giancarlo se quedó solo, con la copa vacía en una mano y, en la otra, la pequeña estatuilla de terracota.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Barney—. He venido hasta aquí porque soy tu mejor amiga. Éramos tan buenas amigas que la reverenda madre no nos dejaba andar juntas por los jardines sin que nos acompañara alguien más por temor a que pudiéramos hacer algo. Acuérdate. Admítelo. He venido porque me dejaste muy claro que se trataba de un asunto urgente. Me dijiste que no podías prescindir de mí. Y vine porque estabas empezando a mostrar síntomas de convertirte en una rarita. Yo tengo mi propia vida y tengo que pensar en ella seriamente. Te dije que tenía que ir a Painstake y te hablé de todo el asunto de mi Él. Pero antes parecía prioritario que le echara un ojo al tuyo. Quizá no fuera eso lo que me pediste, pero, en mi opinión, me diste a entender que era absolutamente necesario hacerlo como paso preliminar. Al menos, eso fue lo que yo entendí. Así que ahora explícame qué ha pasado.

Barney estaba haciendo las maletas. Sus movimientos no eran rápidos sino más bien majestuosos y concienzudos. La expresión de su hermoso rostro dejaba ver que se sentía profundamente herida.

—Déjame que te diga, Cha, que cuando este Rossi descubrió que no estabas allí, y yo fui directamente hacia él para aclararle la situación de inmediato, se subió a la moto y se largó. Los Harrington se quedaron de piedra, con todas sus botellas y sus platitos y sus aperitivitos y sus cositas. Querían que todo resultara muy agradable, querían que nos quedáramos en la terraza... Las cosas no se hacen así. Si ese hombre hace ese tipo de cosas, no puede ser. Luego, la pobre señora H. se encargó de traerme hasta aquí, en plena agonía de dolor por la indigestión que pillé después de haber tenido que comérmelo todo, pero no podía dejarlos allí solos, con todo lo que habían preparado. Y llego aquí, ¿y con qué me encuentro? Con que no hay absolutamente nadie. Que ni siquiera puedo entrar, y escúchame bien: tuve que ir otra vez a ese terrible lugar de los Uffizi, que era lo único que estaba abierto a esas horas. ¿Puedes decirme qué ha sucedido?

—Quería ir a la casa de los Harrington por el camino que cruza el campo, desde Terrapetrosa. Pero al llegar allí no me detuve. Seguí conduciendo. Adelanté a Salvatore justo antes de entrar en la carretera principal en Sangallo. Y luego, cuando llegué a La Ricordanza, me quedé allí.

—¡Jesús! ¿Y por qué no volviste a Florencia?

—No lo sé.

—Supongo que estabas huyendo de él —dijo Barney con el desdén de una reina.

—No lo sé. Quizá.

—Bueno, ¿y él qué hizo?

—Me siguió hasta La Ricordanza.

—¿Y qué te dijo?

—Me preguntó: «¿Por qué no fuiste a la casa de los ingleses?». Y yo le contesté: «No me han invitado». Él me dijo: «Quiero hablar contigo. ¿Por qué este sitio está siempre cerrado?». Y yo le dije: «No está cerrado. Yo tengo la llave».

—¿Y entonces?

—Barney..., estaba furioso. Gritó: «¡Vaya, qué casualidad que tengas las llaves!». Yo le dije: «No siempre las llevo encima, a veces las olvido y entonces tengo que ir a buscar a la mujer del jardinero». Él volvió a gritar, no tan fuerte, pero bastante fuerte, de todos modos: «¡Vaya, qué apropiado que nacieras para tener esas llaves y que cuando te olvidas de cogerlas puedas llamar a la mujer del jardinero!».

—No deberías haber permitido que te gritara. Deberías haberte impuesto.

Chiara había abierto la puerta lateral, que iba a dar casi de frente a la *limonaia*, así que lo mejor que podía hacer era entrar por un lado y salir por el otro. Aquel era con mucho su lugar favorito cuando era pequeña, sobre todo durante los meses de invierno, cuando los limoneros esperaban allí, en sus tiestos, a que los sacaran en abril, con todas sus hojas de un intenso verde ácido juntas, dispuestas a pasar la estación despidiendo su frío aroma verde ácido, el espíritu de los limones. Los jardineros guardaban en aquel lugar muchas otras cosas: carretillas, jarrones de terracota, y esas estructuras por las que suben las plantas trepadoras, con una altura de dos personas, allí tendidas, apiladas, como si fueran hombres muy altos que estuvieran durmiendo.

—Me dijo: «¿Por qué entramos por aquí? ¿Por qué hemos de avergonzarnos por entrar por la puerta principal?». Yo le pregunté: «Pero ¿es que no te gusta? ¿No te gusta cómo huele la tierra aquí dentro? Ni siquiera la propia tierra huele tanto a tierra como la *limonaia*». Él dijo: «Muy bien. Resulta que hemos venido hasta aquí para descubrir cómo huele la tierra. De todas formas, ¿dónde estabas a la hora del almuerzo?». Yo le expliqué que estaba en la granja, viendo a mi primo. «¿Quién es ese primo?». Y le dije que era Cesare.

—Y entonces perdió los estribos otra vez —dijo Barney—. Estoy empezando a sentir cierta compasión por ese hombre. Bueno, ¿y luego qué? Por el amor de Dios, no me digas que lo hicisteis entre las macetas.

—Entramos en casa —dijo Chiara—. Ojalá hubieras tenido tiempo para ir a ver La Ricordanza. No hay una sola puerta cerrada allí dentro. Solo hay que subir las escaleras e ir de habitación en habitación. Las contraventanas estaban cerradas, por supuesto, así que estaba oscuro. No puedes imaginarte lo oscuro que estaba, y, sin embargo, tampoco estaba totalmente oscuro. Allí se percibe perfectamente la diferencia entre la oscuridad y la penumbra. Y fue desde ese sitio desde donde te llamé por teléfono, Barney. Ya sabes, la otra vez.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Barney, lanzando un par de zapatos en dirección a una de sus maletas—. Bueno, supongo que fue entonces cuando pensaste, ¿qué podría hacer yo para hacerle realmente feliz?

—No, no pensaba en nada —Chiara parecía sosegada y tranquila—. Fue muy amable por tu parte venir hasta aquí —dijo.

—Cha, vamos, cuéntamelo. Mírame a los ojos y dime lo que pasó. ¿Estaban hechas las camas? Quiero decir, ¿había buenas sábanas? Después de todo, las dos tenemos ciertos valores morales. No quiero pasar por tontita, pero las dos estudiamos en los Santos Inocentes.

—Oh, Barney, claro que sí. No olvidaré nunca el tiempo que pasamos juntas.

Barney se sentó al lado de su maleta y miró a Chiara de frente.

—Bueno, hemos llegado al final del camino, Cha. No puedo darte más consejos. Está claro que no soy la persona apropiada. Me acosté con un tipo después del baile que se organizó tras una cacería, pero nunca llegué a nada serio con él.

—Oh, Barney. Yo te quiero mucho. Y tus consejos serán siempre los mejores.

En quinto curso, Barney las tuvo fascinadas a todas con sus lecturas del libro decimosexto de *Las mil y una noches*, de Burton, que había cogido de la biblioteca de su abuelo. «Ese dolor que no pocas mujeres que acaban de serlo comparan con el que se siente durante la extracción de una muela».

«¿A qué se refiere con “no pocas”? —había preguntado Chiara—. ¿Es que les habían extraído las muelas a todas?»

—Vale, Cha. Así que ese doctor Rossi y tú sois amantes.

—No más que antes.

—Le has visto dos veces.

—La cantidad de veces que le haya podido ver no tiene ninguna importancia. ¿Te acuerdas de aquello de «*Amore segnoreggiò la mia anima, la quale fu sì tosto a lui disponsata*^[16]»?

Barney la miró con tristeza.

—Espero por Dios que no estés preñada.

Cesare fue en coche hasta el estanco del pueblo más cercano, y allí compró cuatro hojas de papel normal y un sobre. Cuando regresó a Valsassina se sentó en su despacho y se dispuso a escribirle una carta a Chiara. Empezó con todo tipo de formalidades, diciéndole que, aunque hubiera tenido que irse con tanta prisa, había sido un auténtico placer poder verla unos días atrás. Sabía perfectamente de cuántos días se trataba, pero no quiso mencionarlo. Le dio también las gracias por haberles devuelto la camioneta. Solo con aquello ya ocupó un cuarto de página.

Podía haber seguido con todo tipo de novedades sobre la granja. El año anterior no pudieron hacer ningún vino de reserva, el vino especial para el uso exclusivo de la familia, pero pensaba que tal vez ese año sí que sería posible. Y podía contarle más cosas. Dos días antes, por ejemplo, había ido a echar un vistazo a las palomas y a los conejos justo antes del amanecer. (No tenía ningún motivo especial para hacerlo). Y resulta que al llegar a la *casetta* se encontró con que alguien había entrado. La puerta seguía cerrada, pero habían arrancado dos paneles con una sierra eléctrica. Era bastante evidente que habían estacionado un camión justo al principio del sendero que conducía hasta la *casetta* y un poco cuesta abajo, en el camino que cruzaba los campos. Aunque la tierra se hubiera endurecido después de las recientes lluvias, las marcas de los neumáticos estaban perfectamente claras para cualquiera que quisiera verlas. Se distinguía cómo había llegado el camión, cómo había girado y cómo, finalmente, se había marchado. Tras abrir lo que quedaba de puerta, Cesare sintió que se ahogaba a causa del sofocante ambiente que había allí dentro y que salió a su encuentro en forma de una densa nube blanca formada por las plumas que ascendían hacia él y por el pelo arrancado de los animales. Todas las jaulas estaban vacías, y quienes hubieran entrado habían derribado las perchas de las aves, que ahora se esparcían por el suelo como huesos rotos de formas extrañas. Habían dejado allí unas cuantas palomas con el cuello retorcido, seguramente porque les sobraban y no quisieron llevárselas. En cualquier caso, las palomas habrían sido más difíciles de atrapar que los conejos. Bernadino enloqueció al enterarse de lo sucedido y dijo que debían salir de inmediato en el Land Rover para dar caza a los *rapinatori*, o bajar enseguida al Mercado Central de Florencia, donde seguro podría distinguir, en cualquiera de las carnicerías atestadas de productos, sus propias aves y sus conejos, a los que conocía por su nombre. La idea de que todo aquello había sucedido a solo unos metros de distancia de él, mientras él dormía y soñaba pacíficamente, le atormentaba.

Dado que Cesare había tomado ya una decisión sobre la *riservata*, y dado que había llegado a la conclusión de que era inútil discutir con Bernadino, no consideró

necesario incluir esos temas en su carta. Sin embargo, siguió escribiendo cada vez más deprisa y cada vez más concentrado, hasta que agotó todo el papel.

Que él recordara, nunca le había escrito ninguna carta a Chiara. Probablemente porque nunca tuvo necesidad de hacerlo. Al terminar, la leyó de principio a fin. Luego reunió las cuatro hojas de papel, las rompió en pedazos y las tiró a la basura.

—Al menos no podrán responsabilizarme por esto —dijo en voz alta. Aunque ahora era un fastidio tener aquel sobre sin usar.

Mazzata, el pueblo natal de Salvatore, no era un lugar bonito y nadie iría jamás hasta allí en busca de belleza. Habían construido una gran fábrica de conservas de salsa de tomate en la pequeña ladera que había al norte de la aldea con el propósito de llevar algo de prosperidad a la zona, siempre según los planes del régimen de Mussolini para la rehabilitación del Sur. La fábrica se había construido al estilo del templo de San Felice, y la salsa había sido rebautizada con el nombre de «Salsa Imperiale». No obstante, como nunca se estableció ningún tipo de provisión para el mantenimiento de la fábrica de conservas, el edificio fue oxidándose y desconchándose hasta quedar reducida a un estado de semirruina. Un edificio sin puertas ni ventanas, que habían ido desapareciendo a lo largo de los últimos años para utilizarlas en otros menesteres. Todavía podía leerse la inscripción que habían pintado en una de las paredes interiores, cerca del acceso a la sala de descanso de los trabajadores: MUSSOLINI ES EL HOMBRE AL QUE NI DIOS NI OTROS HOMBRES PODRÁN DOBLEGAR. Había una larga fila de latas que aguardaban, boca abajo y llenas de salsa, a que les sellaran la base. Era la última remesa de Salsa Imperiale, que seguía detenida en esa posición desde 1942. Todo se había oxidado a la vez: las latas, la salsa y la correa transportadora. Las cabras se dedicaban a escoger la hierba pajiza y las toscas flores que crecían entre las vigas caídas, y los niños de Mazzata jugaban allí cada vez que los echaban de aquel terreno llano que en tiempos fue la era para la trilla y que ahora servía de campo de fútbol. A menudo, su primera experiencia sexual consistía en una especie de pelea polvorienta entre las ruinas de la zona destinada a los aseos de la dirección.

Hay muchos pueblos más pobres que Mazzata en el sur de Italia, pero pocos son tan insulsos. Salvatore llegó en autobús, sin ningún tipo de alarde, diciéndose a sí mismo entre dientes que debía mantener el control en todo momento. En Mazzata, todo el mundo iba a comportarse exactamente como él esperaba. Y también él iba a comportarse como un hijo de Mazzata que regresa al pueblo después de haber hecho fortuna en la ciudad, luciendo un traje gris y un maletín de piel de Gherardini. Si un realizador de documentales de *Radiotre* se acercara a Mazzata con su equipo en busca del típico habitante que regresa después de los años, lo elegiría a él al instante. La idea, o mejor dicho, la fantasía de que alguien deseara grabar un documento sonoro de algo que tuviera que ver con Mazzata le entretuvo un poco mientras se iban aproximando a las inmediaciones del pueblo. Lo emitirían en uno de los Documentales de Educación y Ciencia, número Dios sabe cuál, y Gentilini obligaría a los niños a que lo escucharan en su abarrotada sala de estar. «Con los ojos bien abiertos, como abiertos traemos el corazón, nuestro viaje al Sur les ofrecerá una buena oportunidad para conocer mejor el sugerente e histórico emplazamiento de

Mazzata. Resguardado en un entorno que alberga una imponente ruina...»

Salvatore había vuelto con la intención de vender la parte que le correspondía de las tierras de la familia. Había decidido construirse una casa en las afueras de Florencia, con un jardín y una clínica en un edificio aparte. Aquello sería lo mejor para los niños. Comenzaría a construir de inmediato, antes de que se celebrara la boda. La cooperativa de viviendas asociada al hospital le daría un préstamo al dos y medio por ciento, y con la venta de lo que poseía en Mazzata podría abonar el depósito inicial. No les pediría nada a los Ridolfi. Iba a endeudarse hasta las cejas, pero así estaba la mayor parte de la población mundial después de la guerra. Pero, a su juicio, al no esperar nada de la familia de su esposa, ocuparía un lugar destacado, minoritario y excepcional. Sus perspectivas no eran nada malas. Podría hacer lo que hasta el momento había evitado; y que consistía en inscribirse para trabajar como especialista para una de las compañías de seguros más importantes. Además, tenía casi confirmada la plaza en el Departamento de Neurología del S. Agostino. Aunque, por supuesto, nada en la vida era seguro. Se permitió pensar por unos momentos en su novia, y la imagen que le vino a la cabeza fue la de Chiara desnuda, arrastrando un inmanejable edredón blanco hasta las ventanas de La Ricordanza, casi incapaz de moverse por la risa. Curiosamente, aquel recuerdo le dejó una profunda sensación de pureza y de sosiego. No era aquello lo que esperaba sentir, así que se quedó un poco desconcertado.

Sabía perfectamente qué dirección iban a tomar las opiniones de la gente, en su familia, fuera de ella, y en el Café Centrico de Mazzata. Sus hermanos le recordarían sus obligaciones y la lealtad que le debía a la familia, e insistirían en que, por tanto, tendría que desprenderse de su parte por una cantidad mucho menor de la que marcaba el frío e impersonal precio de mercado. Su hermana mayor pensaría de él, y así se lo haría saber, que era un idiota por no tener más dinero del que tenía. Ella se había casado con el zapatero, el hombre más tacaño y más intelectualmente deshonesto de Mazzata, y solo contaba con su propia experiencia de absoluta infelicidad para dar consejos. Tras un par de días de discusiones, el zapatero, que había conseguido ahorrar un pequeño capital prestando sus servicios como *carabiniere*, les haría saber que él, junto con unos socios cuyos nombres no iba a dar, estaría dispuesto a pagar un poco más de lo que le ofrecían sus hermanos por los pocos terrones de tierra de Salvatore. Y luego estaba su madre. Como siempre, antes de viajar, había tenido que telefonar a la tienda de ultramarinos y pedir que alguien fuera a avisarla. Tardó bastante en llegar, a pesar de que vivía al lado.

—Así que por fin te has decidido a venir. ¿Para cuándo te esperamos?

—Para mañana por la tarde.

—¿Y esa joven vendrá contigo?

—No. Esta vez no.

—¿Es una chica culta?

Luego, cuando supo que su hijo quería vender las tierras, había empezado a

lamentarse, porque si las vendía ya no quedaría nada en Mazzata que pudiera hacerle regresar. Bajando el tono de voz con la esperanza de que así también ella bajara el suyo, Salvatore le hizo ver que, de todas maneras, aquellas tierras no le habrían hecho volver tampoco.

—Antes solo iba para verte a ti, y así seguirá siendo.

—Prométeme que es de buena familia.

Su aparente incapacidad para comprender la carta que le había enviado era una prueba evidente de que tenía ya una edad avanzada y de que padecía cierta debilidad mental. Además, tuvo que recordarse a sí mismo que esos dos hechos se añadían a su prolongada actividad como madre. Y, por cierto, no había ni un solo motivo por el que tuviera que seguir usando el teléfono de la tienda de ultramarinos en vez de tener el suyo propio. Él se había ofrecido a pagar la instalación, pero, en cualquier caso, la verdad era que no recordaba un solo momento de su vida en que no hubieran podido permitirse tener teléfono.

En el momento más caluroso de la tarde, el autobús empezó a ascender hacia la plaza del pueblo. El autobús era un Pullman con aire acondicionado que seguiría camino de Benevento y que, de repente, pareció completamente fuera de lugar cuando fue a detenerse con toda su potencia en medio de los destartalados edificios del pueblo. Solo había otro vehículo en la Piazza y era un motocarro, en el que se veía una caja de cristal que contenía unas galletas que habían sido hechas hacía mucho tiempo, y unas golosinas. El dueño no estaba por allí y no aparecería hasta que los niños salieran del colegio: entonces intentaría venderles algo. Había dejado sus cosas bajo la espesa sombra de un plátano, pero el sol se había desplazado y los dulces empezaban a derretirse.

Después de dos días de negociaciones, cuando todos los interesados terminaron de decir lo que Salvatore había esperado que dijeran, tanto de uno en uno como en grupo y todos a la vez, Salvatore empezó a sentirse mucho mejor. Siempre se produce una peculiar satisfacción al descubrir que uno es capaz de prever los problemas que se le vienen encima. Apenas se habló de su boda porque en Mazzata prácticamente nadie creía que aquello que le había contado a su madre por carta fuera verdad. Su compromiso con una joven *contessina* era una de esas fantasías que suelen resultar desastrosas en la vida política, pero que en los demás casos pueden perdonarse y pasarse por alto. Lo cierto es que nunca habían considerado que Salvatore tuviera un temperamento fantasioso, pero si aquello de que se las había ingeniado para asegurarse una buena boda era cierto, ¿por qué no se había presentado en el pueblo con un coche nuevo? Ahí estaban, por ejemplo, los Giulietta Sports, de los que ese año solo se habían fabricado trescientos veintitrés vehículos en Portello. Bien al contrario, lo que tuvo a todo el mundo preocupado fue la venta de las tierras, aunque las opiniones pivotaban en torno a un único punto central sobre el que todos los involucrados parecían estar de acuerdo: ya que Salvatore se había ido al norte, lo lógico era que recibiera la menor cantidad de dinero posible. Salvatore descubrió que aquel pensamiento le estaba destrozando. Poco a poco fue perdiendo los estribos, y de la peor manera. Sintió más de una vez el feroz deseo de ponerse de pie en el Café Centrico y aterrorizarlos a todos gritando con toda la generosidad del mundo: «¡Para vosotros las tierras! ¡Prefiero dáros las gratis a tener que escuchar una sola palabra más!».

Todos los negocios de Mazzata, salvo por la firma definitiva en la oficina del abogado, se celebraban en una mesa grande que había en la parte trasera del café, situada en una especie de sala particular, bajo un gran anuncio de la antigua Salsa Imperiale. Iban a reunirse allí por tercera tarde consecutiva, cuando Salvatore, que apenas había rebasado el umbral de la puerta, oyó que alguien decía su nombre con mucha dulzura y que, además, lo llamaba por el nombre de su infancia, el nombre con el que se habían dirigido a él cuando era muy pequeño, Mickey. Ni siquiera a su madre se le ocurriría usar ya ese nombre. En realidad, probablemente fuera su madre la persona menos dispuesta a pronunciar aquel nombre del mundo entero. La palabra «Mickey» le molestó y le avergonzó, y sintió que el cuerpo de treinta y un años con el que se veía obligado a funcionar empezaba a arder de resentimiento, pero al mismo tiempo, dejó que aflorara también esa indulgencia que todos sentimos hacia el niño que una vez fuimos.

Tenía una cita con el zapatero, el marido de su hermana, pero pudo comprobar

que aún no había llegado nadie: la mesa del fondo estaba vacía y permanecía sumida en una opresiva oscuridad. Justo a su lado, en una mesa baja que quedaba oculta por la puerta abierta, volvió a hablar aquella suave voz:

—Seguro que no te acuerdas de mí, soy el amigo de tu padre. —Le hablaba una figura espectral que empezaba a convulsionarse a causa de una tos irritante que alcanzaba unos tonos extrañamente altos: una tos de tenor—. No te habrás olvidado de mi tos. Está cada vez peor y, no es que me enorgullezca de ello, pero no ha cambiado.

Salvatore había oído aquella tos de pequeño, a través del entarimado del suelo de su dormitorio, y salpicando las largas conversaciones que ese hombre mantenía con su padre. Las mismas conversaciones que iban acunándolo a él, poco a poco, hasta que se quedaba dormido.

—Pericle Sannazzaro. ¿Cómo está, *dottore*?

—*Dottore*, no.

—¿*Ragionere*^[17]?

—Camarada.

Salvatore abrazó al amigo de su padre y se sentó a su lado.

—No sabía que siguiera viviendo aquí, en Mazzata.

—Con todo el respeto, claro que no lo sabías. No sabes nada de mí. ¿Por qué ibas a saberlo? Sigo siendo contable, pero ahora me he mudado a Pantano. Cuando supe por tu madre que ibas a venir, hablé con un conocido mío, un vendedor ambulante de cacerolas que podría traerme. Mañana es aquí día de mercado, como siempre, y por eso tenía que venir.

Aquella explicación tan detallada no pretendía ser un reproche, pero lo pareció, y así se lo tomó Salvatore.

—Ha sido muy amable por su parte, *ragionere*.

—Tenía razones particulares para venir.

Sannazzaro le ofreció su papel para cigarrillos y un paquete de tabaco Nazionale casi vacío.

—Gracias, no fumo. Pero ¿le pido algo?

Salvatore se arrepintió de inmediato de su nerviosa cortesía. Se había precipitado al proponerle que tomaran algo. En Florencia había perdido la capacidad para charlar sobre un tema cualquiera con la lentitud necesaria y la adecuada dosis de respeto. Pero... ¿cuánto tiempo debía perder uno, por consideración a un padre muerto, con sus fieles y viejos amigos tiranizados por la tos?

—¿Así que eres médico, Mickey?

—Sí, neurólogo.

—¿Y todo va bien?

—No va mal. Ya sabe que ahora las cosas van mejor. La producción sube, el nivel de vida es más alto, la gente gana más dinero e incluso los profesionales tienen algún beneficio.

Sannazzaro no dijo nada, y él siguió:

—Aunque supongo que es un tanto infantil decir que las cosas van mejorando, como si simplemente nos llevaran de una situación a otra. Los italianos se están imponiendo un poco sobre el devenir de la historia después de tantos siglos. Eso es todo.

—En Mazzata no.

«Ya lo sé —pensó Salvatore furioso—. Y aquí estoy, en una situación de total desventaja al lado de un anciano frágil e imbécil, con quien me he sentado solo por hacerle un favor... Un inmenso favor a los muertos».

—Así que médico... —dijo Sannazzaro—. Dame la mano.

Su piel estaba tan fría y seca como la pata de una gallina.

—Déjamela un rato. Sí... Es la mano de un sanador.

—No se puede decir que en la actualidad nos dediquemos realmente a sanar. Todo el empeño se pone ahora en la medicina preventiva.

Sannazzaro no le hizo mucho caso y dejó reposar su mano sobre la mesa como si se tratara de algo precioso. Salvatore, furioso, la retiró del hule. Pidió un *mezzo* de vino y dos botellas de agua mineral.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar —dijo Sannazzaro, en tono melancólico— que las oportunidades que nos da la vida no se pierden para siempre, sino que, por el contrario, se repiten una y otra vez, y que lo único que se nos pide es que sepamos reconocerlas? Por supuesto, puede que cuando se vuelvan a presentar no adopten el mismo aspecto de otras ocasiones. Si alguna vez has visto cómo pasan por debajo de un puente las aguas de una crecida, te habrás dado cuenta de que todo lo que arrastran se ve irresistiblemente atraído hacia los oscuros arcos, y luego desaparecen. Pero si cruzas el puente y miras por el otro lado, te parecerá que esas cosas no vuelven a aparecer jamás.

Hizo una pausa para toser un poco. Salvatore intentó animarlo un poco:

—¿Ha visto alguna vez un río desbordado?

—En el valle del Po, con tu padre, cuando trabajábamos en Turín.

Los hombres que se reunían al atardecer para jugar a las cartas comenzaban a llegar ya, y armaron un pequeño revuelo en la paralizada actividad del Café Centrico. Pasquale, el propietario, trajo el *mezzo* de vino, mientras Sannazzaro, ignorándolo por completo, se inclinaba un poco hacia delante.

—Mickey, ¿tú crees en la vida eterna?

—Como posiblemente recordará, me bautizaron de pequeño —dijo Salvatore—. Pero no estoy muy seguro de querer hablar en este sitio de mi fe o de la pérdida de la fe. —Bajó la voz—. ¿Por qué me lo pregunta?

Era imposible que Sannazzaro hubiera oído nada de aquel absurdo asunto de *L'Inconsolabile*.

—Han pasado quince años desde que pusimos bajo tierra a tu padre, y le echo de menos. Al final, lo que los seres humanos necesitamos más que nada en el mundo es

que se nos comprenda, y no estoy hablando en un sentido político. ¿No estás de acuerdo?

—No —dijo Salvatore.

—Y ahora, tu padre, que era mi mejor amigo... Aunque... no, para serte sincero, mi único amigo está muerto. Eso significa que se ha ido para siempre. Que se ha podrido. Ya sabrás que Antonio Gramsci se pasaba las noches enteras en la prisión de Turi hablando del más allá, creo que con Trombetti. Trombetti era un boloñés que compartió celda con Nino en Turi.

—No lo sabía.

—Pero tú tuviste la oportunidad de hablar con Nino.

—Yo tenía diez años. Y no fuimos a la cárcel. Fuimos a una clínica de Roma.

—El gran temor de Nino era que llegara un momento en que se viera tan debilitado por la enfermedad que los sacerdotes pudieran obtener el permiso para ir a visitarle y corromperlo con esas estúpidas promesas de la Iglesia sobre la inmortalidad.

—Serán estúpidas, pero por experiencia sé que resultan inofensivas. Nunca le han hecho el menor daño a mis pacientes.

Sannazzaro sonrió con cierta indulgencia.

—Déjame que te explique. Nino creía en la inmortalidad, pero en una inmortalidad en este mundo. El hombre alcanza la eternidad si sus actos son útiles y necesarios. Cada acto útil y necesario pasa de padre a hijo, si es un buen hijo, en una cadena que no se rompe jamás.

—No puedo creer que Gramsci utilizara esas ideas como un sustituto de la religión.

—¿Por qué iban a necesitar los hombres un sustituto de la religión? —le preguntó Sannazzaro, temblando violentamente—. ¿O las mujeres? ¿Necesitan un sustituto para el desempleo o para la disentería?

Pasquale, que estaba metiendo los vasos en un recipiente de agua caliente debajo del mostrador, miró a Salvatore y echó la cabeza un poco hacia atrás y asintió un poco con los ojos medio cerrados. No es que considerara que Sannazzaro estaba loco, pero sí un poco chiflado. Era uno de esos seguidores de la «ley natural» y así, como sucedía con la naturaleza, había que saber sobrellevarlo con paciencia. Salvatore no hizo el menor gesto para responder a Pasquale. Le molestó darse cuenta de que aquel corazón puro e intachable, aquel contable insignificante que albergaba en su interior toda la nobleza de los auténticos perdedores de la vida, estaba sentado en aquel hediondo Café Centrico, tan acostumbrado a hacer el ridículo que ni siquiera se daba cuenta de que lo estaba haciendo. Por otra parte, Pasquale era un buen tipo y toleraba a Sannazzaro cada vez que entraba en el café, y lo acogía con una paciencia que el propio Salvatore no tenía. De nuevo se sintió culpable ante un tribunal que nunca había reconocido como legítimo. Se vio a sí mismo siendo conducido hasta un rincón, sin esperanza alguna de defensa, como un buen hijo y, aún más culpable, como un

buen hijo al que se le había concedido la oportunidad de conocer a Nino Gramsci en persona. Y allí iba a acusarlo directamente (¿de qué otra manera podía decirse?) el desconocido boloñés llamado Trombetti, que, al parecer, había compartido celda con el mártir y atesoraba sus pensamientos acerca de la eternidad. También allí sería humillado por la prístina humildad de Sannazzaro y, del mismo modo, iba a hundirlo en la vergüenza la despreocupada bondad de la que Pasquale hacía gala a todas horas. ¿Podía haber en el mundo una injusticia más monstruosa que aquella, ejercida contra un hombre trabajador y diligente que solo disponía de unos días libres para firmar una transacción comercial? La vieja conciencia, la vieja conciencia política resucitaba de entre los muertos con la forma de una persona insignificante y demacrada que se había presentado ante él embutida en la chaqueta de un contable, con los puños reforzados.

—Mickey —dijo Sannazzaro—. Voy a pedirte una cosa. No vendas tus tierras. ¿No te importará que me atreva a hablar contigo de este asunto, verdad?

—Sí me importa. Pero ya que ha sacado el tema, deje que le explique que eso es exactamente lo que dice mi madre.

—Yo también te lo digo.

Salvatore tuvo que controlarse.

—No hay ningún secreto. Ese dinero tiene ya un destino.

Sannazzaro sufrió un nuevo ataque de tos durante unos minutos. Alcanzó el agua mineral con los ojos cerrados y, gracias a los largos años de práctica, supo verterla en el vaso con gran precisión. Salvatore, adoptando el tono de voz de los médicos de antaño, le dijo:

—Debería tener cuidado con esa tos. El hecho de que la padezca desde hace tanto tiempo no quiere decir que no pueda empeorar.

—No te deshagas de las tierras tan a la ligera, Mickey. No las vendas a la ligera. Escúchame. Tus hermanos van diciendo por ahí que la Cassa del Mezzogiorno va a conceder un préstamo para reconstruir la fábrica de pasta de tomate. Lo que quieren es vender tus tierras para que luego edifiquen allí.

—Ya sé que andan diciendo eso. ¿Y por qué no, si les divierte?

—Escúchame. No te distancias así de Mazzata. Cuando hayas vendido tu herencia te sentirás sin rumbo, a la deriva. Y no te lo digo como te lo podría decir tu madre, con sus razones de mujer, porque las mujeres, siempre andan temerosas, siempre se asustan ante cualquier cambio. ¡Estas mujeres, estas mujeres...! Si el mundo estuviera en sus manos, seguiríamos viviendo en cuevas.

—Pero no hay nada que me ate a este lugar, *ragionere*. Aquí no hay nada para mí.

Puede que el viejo quisiera que solicitara el puesto de médico local. Contempló entonces el arrugado rostro de Sannazzaro y le dio la impresión de que había cambiado menos que el suyo.

—Como intelectual, Mickey, tu sitio está aquí. Aquí, en el campo, el intelectualismo fingido se elimina de raíz. Nuestro deber, como nos decía Nino

constantemente, es el de formar intelectuales que no le deban nada a la clase media y que sean capaces de resistir la tentación de abandonar su lugar de nacimiento para irse a las ciudades. En esta labor, el Partido nos ha fallado estrepitosamente. Pero tú tienes el carácter y la educación para ser un líder. Por desgracia, tu madre se opuso desde que eras niño a que cooperaras y, en cambio, te animó a competir, a abrirte paso a codazos y a que avanzaras solo y por tu cuenta. Cuando me has dicho hace un momento que tenía que vigilar esta tos, imagino que no has podido evitar calcular que tus palabras valían, digamos, tratándose de un reputado especialista..., unas cinco mil liras. Perdóname si me equivoco con la cantidad. No tengo manera de saber cómo están en la actualidad las tarifas en la Toscana por la asistencia médica.

—Yo tampoco tengo ni idea de cuánto pueden valer mis palabras —murmuró Salvatore.

—Mickey, no valen nada.

—Es muy posible. Pero, en ese caso, no sé por qué dice que soy un intelectual.

—¡Porque en todo hombre hay un intelectual! —exclamó Sannazzaro—. Pero no en el sentido que tú le estás dando, el de un hombre que vende sus palabras por dinero. Estoy hablando de ese hombre, uno de cada veinte mil, o incluso uno cada cien mil, que ocupa el puesto que le debe a la sociedad en cuanto intelectual, y que cumple con su deber, que consiste en quedarse en la tierra que le dio la vida y hacerse escuchar, como tú me estás escuchando ahora a mí. El futuro por el que Nino sufrió y murió resulta del todo imposible sin una vocación humanística. Y eso era lo que tu padre esperaba de ti. Tuvo otros hijos, claro, pero te eligió a ti.

De manera poco oportuna, Salvatore recordó de repente, con toda claridad y como nunca antes, cómo solía caminar entre su padre y Sannazzaro, medio aburrido y medio enfadado porque había partes de su conversación que no podía entender, y cómo se detenía ante el puesto de dulces y galletas de la *piazza* con la certeza de que Sannazzaro se detendría para sacar su desastrado monedero —que parecía más propio de una mujer—, y le compraría algo. Aquel hombre de las golosinas debía de ser el padre del vendedor actual, y probablemente el motocarro seguiría siendo el mismo. Uno podía incluso llegar a pensar que aquellos hombres se habían mantenido ocultos durante doce años, esperándole entre el polvo y bajo el sol para abalanzarse sobre él ahora. Por mera justicia para consigo mismo, debía poner fin de una vez a todo aquello.

—Escúcheme —dijo—. Mis tierras suman veinte hectáreas y media. Si alguien puede obtener el permiso de construcción, bienvenido sea, pues de lo contrario solo servirán para cultivar hortalizas.

Para entonces ya habían llegado al Café Centrico su hermana mayor, el zapatero, el farmacéutico y el subastador local, que también era propietario del garaje, acompañados de un par de conocidos. Por pura educación, esperaron el tiempo que consideraron correcto antes de ir a interrumpir la conversación que estaba manteniendo Salvatore con aquel contable chiflado, y que todo el mundo había estado

escuchando abiertamente, sin ningún disimulo. Pero ya había sido suficiente, su hermana y su marido se levantaron y se acercaron a su mesa para pedirle que se reuniera con ellos. Sannazzaro, un tanto aturullado ante la presencia de una mujer en el café, se puso inmediatamente de pie. Aquel movimiento repentino produjo un inexplicable sonido de ruptura o de desgarro, como un suspiro afilado. Su hermana ignoró tanto aquel chirrido como al propio Sannazzaro. Salvatore nunca la había odiado tanto como en ese momento. Arrastró su silla hacia atrás, pasó un brazo por encima de los hombros de Sannazzaro y le dijo con ternura, pero casi sin meditar:

—Quiero decirle una cosa, *ragionere*. No quiero ocultarle nada. Le he dicho que tenía que conseguir algo de dinero, pero es posible que usted no sepa para qué lo quiero. El caso es que estoy a punto de casarme.

Al oír aquello, el rostro de Sannazzaro se abrió en una sonrisa indulgente.

«Dios mío —pensó Salvatore—. Ni siquiera él se lo cree».

A Chiara le habían dicho que Salvatore había tenido que ir a ver a su madre de forma ineludible. En aquella explicación, naturalmente, había algo de verdad. Para pasar el tiempo hasta que él regresara decidió irse a Inglaterra. Barney era el único ser vivo que podría entender cómo se sentía en ese momento.

Barney le había dicho que de acuerdo, que fuera a verla si quería, pero que su padre y su madre, que nunca se decían mutuamente lo que iban a hacer y que nunca se molestaban en averiguar si sus planes se ajustaban a los del otro o a los de cualquier otra persona, estarían fuera los próximos meses. Ambos iban a viajar, aunque a sitios distintos. Le habían dicho que ya le contarían dónde estaban y cuándo regresarían. Para su consternación, Barney descubrió que iba a tener que quedarse en Londres, con su abuela.

Su abuela vivía en South Kensington, en un barrio que a Chiara le parecía muy silencioso, sin cielo, sin río y sin aire. Pero le daba lo mismo: la casa le parecía preciosa, igual que todo lo demás. En ese momento, para ella todo era hermoso. Le encantaba el número 23 de Carlisle Gardens, las acuarelas del salón con sus finos marcos bañados en oro, los óleos sobre pesados lienzos que, zarandeados como un barco en el mar, colgaban en el comedor; las mariposas bordadas en seda del cuarto de invitados, la funda estampada para la *Radio Times*^[18], el mimo con que se habían decorado las ventanas y aquellas voluminosas cortinas, las camas sumergidas bajo sus mantas, sus edredones y sus colchas, la vajilla, los abalorios, la inamovible mesa del vestíbulo con sus postales de cielos azules enviadas por los padres de Barney, en las que contaban que se sentían mucho más descansados... La felicidad destruye el sentido estético. Cuando conoció a Salvatore en el concierto, Chiara sabía perfectamente que los músicos habían interpretado fatal la obra de Brahms, pero ahora estaba tan transfigurada que tal vez ni siquiera se habría dado cuenta de aquello.

—Este lugar está lleno de basura —dijo Barney.

Se habían tumbado las dos juntas en el dormitorio de Barney, en la parte superior de la casa. Hacía mucho calor: habían subido la calefacción al máximo, porque Barney aseguraba que si una pasaba demasiado frío le crecía el vello de las piernas con más fuerza.

—Tendrías que verlo. De repente te sale pelo hasta por encima de las rodillas. Ese es el gran problema de estar en casas tan frías como la de Painstake.

—¡Painstake!

—Se te olvidó. No te culpo.

—Pero, Barney, ¿fuiste?

—Fui.

—¿Y qué pasó? ¿Qué sucedió?

Al otro lado de la puerta, una voz entrada en años, un tanto quebrada pero nítida, preguntó:

—¿Puedo entrar?

La abuela de Barney nunca llamaba a las puertas de las jóvenes, ya que eso podría dar a entender que no se fiaba de ellas. Prefería hacer cualquier comentario breve desde el exterior, como si pasara casualmente por allí. Giró el picaporte y entró vestida con un traje de punto suave, con un pañuelo Jaeger que llevaba la etiqueta de Jaeger, y con un pañuelo Hermès doblado alrededor del cinturón, que llevaba la etiqueta de Hermès. Todo aquello le confería un aire de autenticidad, pero su expresión dejaba traslucir cierta indecisión y disgusto.

—Te presento a Chiara Ridolfi, abuela. No estabas aquí cuando llegó. Cha, esta es mi abuela, *lady Jones*.

Chiara se levantó para estrecharle la mano, para disculparse, para agradecerle su generosidad por permitir que se quedara en su casa, y para sacar de su maleta unos cuantos regalos de Chiasso Cornino^[19].

—Dios mío, ¡qué cosas tan bonitas! ¡Qué cosas tan, tan, tan bonitas! ¡Hay que ver la mano que tienen los italianos para hacer estas cosas tan preciosas! No como esos sombreros de paja de Asia que solíamos llevar antes y que los hacían esos niñitos, pobres criaturas, que se pasaban la vida sentados bajo el agua. No, solo hay que mirar estas cosas para darse cuenta de que están hechas con alegría. —Se llevó los regalos al pecho y a continuación miró con inquietud toda la habitación en busca de algo que pudiera ordenar o cambiar de lugar, sin que eso molestara a las muchachas—. Espero que atiendas bien a tu invitada, Lavinia. Espero que te encargues de que tu amiga se divierta. ¿Te estás divirtiendo, querida?

Lady Jones tenía casi una necesidad malsana de saber que las jóvenes se divertían. De hecho, al parecer creía que si una persona no se divertía constantemente, entonces estaba malgastando su vida.

—Supongo que las dos saldréis por ahí esta noche.

—No. No vamos a salir —dijo Barney.

—Pero ¿no sería divertido ir a bailar? Naturalmente, tendrías que encontrar un acompañante para tu amiga. Los italianos son tan ágiles y bailan tan bien. Yo podría ayudarte, como ya sabes, si no se te ocurre nadie. Podría hacer unas cuantas llamadas de teléfono.

Barney no dijo nada y *lady Jones*, con ciertas dudas en sus movimientos, como si estuviera ensayando diversas maneras para irse de la habitación, finalmente se marchó.

—Sé que es un caso —dijo Barney—. Siempre habla así. Uno de estos días voy a esconder a un hombre en el armario solo para que ella lo encuentre. Se volvería loca. Pero no tendrías que haber sido tan amable con ella, Cha. Es la misma vieja historia

de siempre. Todos esos regalos hacen que siga con lo mismo y, además, resulta ridículo.

—¿Cuánto hace que perdió a su marido?

—No tengo ni idea. Creo que era subgobernador de algo en algún sitio.

—¿De qué murió?

—No lo sé. De tanta diversión, tal vez.

De repente, Barney se echó a llorar, algo que parecía completamente imposible y de lo que no se tenía constancia previa. «Soy lo peor —pensó Chiara—. Soy cruel e inhumana. ¿Por qué no se lo habré preguntado antes?»

—Lo único que quiero es que me mires —sollozó Barney.

Era como uno de esos prodigios o milagros, cuando, para espanto de todos los presentes, una gran estatua empieza a llorar, que es justo lo que se supone que una estatua no tendría que hacer.

—Mírame, Cha. ¿No ves en mí nada diferente de lo habitual?

—Ahora mismo, sí. Por supuesto que sí. Pero si no estuvieras llorando, la verdad es que no. Estás igual que siempre.

—No quería que dijeras eso.

—Lo siento.

—Ya sé que es verdad. La gente no percibe los cambios. Todos me ven igual que siempre y por eso piensan que no siento nada.

—Yo no creo que tú no sientas nada.

Chiara envolvió con sus brazos a su sollozante amiga.

—¿Qué pasó con tu Él?

Al parecer, Barney se refería ahora a él con el nombre de El Desastre. El cambio se había producido en un día, en menos de un día.

—Todo empezó muy bien. Painstake estaba como de costumbre. Bueno, ya sabes cómo es Painstake.

Chiara había estado allí una vez, así que sí, lo sabía. Por muy curioso que pudiera resultar, la casa le recordaba bastante a La Ricordanza, al menos vista desde el camino de la fachada principal. Había sido construida en torno a 1734, más o menos, al estilo italiano, y era como una Ricordanza que el viento del este hubiera trasladado hasta Norfolk, y allí la hubiera dejado, en mitad de centenares de acres de nabos y sembrados y entre aquellas inmensas coles que extendían sus hojas con aire nobiliario.

Barney había recorrido aquellos acres de tierra, había ido de un lado a otro y luego se había dado la vuelta para comenzar a andar de nuevo. Todo lo que tenía a su alrededor estaba enteramente a su disposición, ya que las otras mujeres no harían acto de presencia hasta la hora del almuerzo, y se situó muy cerca de su Él en todos los puestos, y para el mediodía ya pensaba que le quería más que a nada en el mundo. El último puesto estaba al final del camino y formaba una especie de túnel para protegerse del viento, del helado vendaval del noroeste. Para entonces, dijo Barney,

ya se entendían perfectamente. Entre ellos no eran necesarias las palabras y, además, ella nunca había confiado demasiado en ellas. Pero justo en ese momento, cuando empezaron a oír el motor del Land Rover que traqueteaba por el camino para carros, acercándose con su almuerzo, él exclamó: «¡Gracias a Dios!». Y luego, mientras se giraba para ver cómo llegaba por fin el coche, declaró: «Me temo que soy bastante bruto cuando hay comida de por medio».

Puede suceder con un comentario casual, o con un cambio del ángulo de visión bajo las nubes y el viento... Al mirarlo detenidamente bajo la clara luz de aquel mediodía de Norfolk, Barney vio cómo le brotaba un hilillo de saliva de una de las comisuras de los labios.

—Todo fue como una revelación. Se describió a sí mismo con total exactitud. Era un auténtico bruto.

—Pero, Barney, si no fue nada. Solo babeó un poco: eso no es nada...

—Cualquier cosa basta si tienes las luces necesarias para ver lo que está pasando. Aquel Rossi se comportó como un auténtico lunático en la casa de los Harrington, pero a ti no te importó lo más mínimo porque, lamentablemente, estás totalmente cegada por el amor.

Para Barney, en cambio, aquel encuentro representó toda una liberación de la ceguera. De modo que había decidido regresar a la casa en el Land Rover. Se echó a llorar de nuevo cuando empezó a contarle el horror de estar sentada toda la cena al lado de El Desastre, a quien la anfitriona había colocado precisamente allí por deferencia hacia ella. Sus sillas estaban pegadas y sus muslos también, y él no dejaba de acercarse lentamente para toquetearla al amparo del mantel almidonado, confiando en que Barney recibiría aquellos agasajos con absoluta complacencia.

—Siguió y siguió, hasta que finalmente tuve que fingir que se me había caído algo al suelo y, al ir a recogerlo, aproveché para clavarle un tenedor en la mano.

—Pero, Barney, ¿le hiciste sangre?

—Creo que sí. Y si lo que quieres saber es si fue valiente, pues sí, lo fue. Como cualquier otro animal.

Entonces empezó a deslizarse y a dejarse caer con todo su peso, poco a poco, hasta llegar a la alfombra. A Chiara le pareció que aquello era la «Caída de la Gran Barney», cuyas opiniones siempre le habían parecido irrefutables.

—Me parece oír risas —dijo *lady Jones* al otro lado de la puerta—. ¡Qué sonido tan alegre! ¡En mi casa! No penséis que quiero que me dejéis participar en vuestras cosas. Solo he venido por si no os habéis dado cuenta de la hora que es.

—¡No nos estamos riendo, se lo prometo *lady Jones*! —gritó Chiara.

Antes de irse, Chiara le había dicho a su padre que quería casarse en una fecha que le conviniera a todo el mundo, pero lo antes posible. Se había enamorado del doctor Salvatore Rossi, el neurólogo. Giancarlo estaba muy sorprendido, pero había abandonado la costumbre de exteriorizar sus sentimientos y no le pareció que fuera precisamente el momento más oportuno para volver a hacerlo. Le preguntó que cuándo iban a tener el placer de ver al doctor en Via Limbo.

—En cuanto regrese —dijo Chiara—. Ha tenido que salir de viaje. Se fue hace siete horas y cuarenta y tres minutos. Comprenderás que no puede decidir a su antojo cuándo trabaja y cuándo no.

En ningún momento hablaron de su felicidad, no era necesario porque la felicidad se podía sentir y se podía ver y parecía vibrar nerviosamente en el aire que había entre ellos.

—Pero estás en contacto con él, querida, ¿no? ¿Nos llamará por teléfono?

Resultó que donde se alojaba el doctor Rossi no había teléfono y, aunque podría llamar desde el café, Chiara no soportaba la idea de tener que pasar todo el día esperando sus llamadas sin saber cuándo se iban a producir. De modo que prefirió marcharse a Inglaterra para pasar allí aquella horrible semana. El teléfono, con esa capacidad suya, tan estúpida, para permanecer en silencio, se había convertido en su enemigo. Giancarlo pensó que podría arrepentirse más tarde de emprender ese viaje, y también le pareció que su hija había estado en casa muy poco tiempo. Pensó que ojalá no hubiera hecho esa breve excursión a Roma. Pero no dijo nada.

No mucho tiempo después de que Chiara se hubiera marchado, de repente reapareció su tía, procedente de Viena. Dijo que era una ciudad para viejos, para jubilados, para depresivos y para mujeres que llevaban sombreros de fieltro. «Pero ten en cuenta lo que han sufrido, querida —dijo Giancarlo—. No se debe pensar en los sufrimientos humanos —dijo Maddalena—. Solo en el futuro de la humanidad». «Un pensamiento podría llevar al otro», contestó él. Y luego le dio la noticia del compromiso de Chiara.

—Un joven médico, muy bien pensado.

Y Maddalena recordaba algo que había ocurrido en un concierto, pero no de manera muy precisa.

Esa noche llamó monseñor Gondi; era la llamada obligada a la familia, la habitual llamada rutinaria de la que, sin embargo, él siempre trataba de extraer el mayor provecho posible. Antes de que se hubiera mencionado ni siquiera el compromiso, monseñor se lanzó una vez más sobre aquel asunto de *L'Inconsolabile*, con su habitual y tozuda persistencia en centrarse en los detalles más minúsculos. Estaba

tratando, al parecer, de completar sus anotaciones antes de presentarle al cardenal arzobispo de Florencia un informe completo sobre las actividades de la ciudad, y aquellas notas demostraban que el padre de Rossi había sido nada menos que un activista comunista y uno de los compañeros de Antonio Gramsci.

Fue Maddalena quien cogió la llamada. Había estado todo el día fuera, en La Ricordanza. Por alguna razón, tal vez relacionada con su visita a Viena, se había presentado haciendo gala de su estilo más «inglés» y, para consternación de todos, declaró que el lugar tenía un aspecto triste y que ella personalmente iba a «encargarse de las flores». Para encargarse de las flores *all 'inglese*, necesitaba guantes, tijeras, un delantal especial, una salita con un armario lleno de jarrones y de jarras de vidrio, y un lavabo. Pero en La Ricordanza no podía contar con nada de eso. Naturalmente, también necesitaba flores y en La Ricordanza tampoco había. En la parte de atrás del jardín decorativo había una buena cantidad de rosas trepadoras, de una variedad peculiar que solo existía en la granja, resultado de un cruce que el jardinero de los Ridolfi había ensayado en 1913 entre una wichuriana y una toscana, con su profundo color morado oscuro tan pasado de moda... Pero «trepadora» no era el término más adecuado para definir el comportamiento de aquella rosa, la cual, desafiando tanto la climatología de las estaciones como la gravedad, se extendía en inmensos macizos cada vez más y más densos por el muro suroeste. La idea de la poda era algo que había caído en el más completo de los olvidos en La Ricordanza desde hacía muchos años. Se podían ver grupos de rosas incluso en lo más profundo y oscuro de los arbustos. En cualquier caso, aquellas flores no eran las más apropiadas ni para la decoración de una casa ni para los arreglos florales; todo lo que se podía hacer con semejante maraña de ramas de varios metros de largo era tirar de ellas hacia abajo, y solo se conseguía que innumerables pétalos cayeran al suelo sin remedio acompañados de las gotas de rocío que lo empapaban todo, incluso en los otoños más secos. Aparte de aquellas rosas, lo único con lo que se podía contar era con las plantas de las macetas que se alineaban delante de la fachada principal de la casa.

—Tendrías que haberles dado órdenes más precisas —apuntó Giancarlo.

Maddalena pensaba, año tras año, que, efectivamente, eso era justo lo que debería haber hecho.

En La Ricordanza no se hablaba de otra cosa más que de la presencia de la *contessina* en la villa, en compañía de un hombre, una semana antes. Al jardinero, un amigo suyo que estaba en Sangallo, entregando un rollo de alambre de espino, le había contado que la había visto conduciendo una camioneta y que, al parecer, venía de la casa de los Harrington y que la iba siguiendo un hombre en una vespa. Dicho jardinero había estado yendo y viniendo por ese mismo camino todo el día porque era la jornada que él reservaba para vender sus propias plantas, y dado que se trataba de asuntos de mujeres, se había visto obligado a contarle toda aquella historia a su mujer, aunque solo un poco por encima. El jardinero había oído cómo la camioneta se ponía en marcha de nuevo y regresaba a Florencia, pero no volvió a ver la vespa, que

debía de haber regresado a Lo Scampolo. Nadie pudo identificar al hombre, pero todo el mundo estaba dispuesto a lanzar todo tipo de conjeturas.

Maddalena creyó que a su hermano no le beneficiaría en nada enterarse de lo que se estaba diciendo en la granja o de las opiniones de monseñor. Su corazón se encogió ante la perspectiva de tener que conocer nuevos detalles. Los Ridolfi eran más confusos y enigmáticos que intrigantes. Sin ningún entusiasmo, Maddalena supo que el doctor Rossi era un hombre extraordinariamente brillante e inteligente. Y las personas inteligentes no son felices. Otro dato que llegó a sus oídos fue que el doctor no había tenido novias, pero sí una amante, a la antigua usanza. Aquello quizá podría considerarse tranquilizador.

—Creo que voy a quedarme más tiempo del que tenía previsto —dijo—. Me han surgido dos o tres cosas con las que no contaba y de las que tengo que ocuparme sin falta. Y tendré que hacerlo antes de que se anuncie el compromiso.

Para su sorpresa, Giancarlo le dijo que no le gustaba verla tan preocupada.

—¿Quieres decir que me ves fea?

—Exactamente, sí: eso es justo lo que quiero decir. Evidentemente Viena no te ha sentado bien. Tal vez calculamos mal. Quizá, después de todo, no les gustes tanto a los von Hötendorf como habíamos pensado.

—Pues claro que les gusto. Una no se equivoca en esas cosas. Con el amor sí, pero no con la amistad.

—En cualquier caso, creo que necesitas descansar un poco.

—Me parece que no has estado escuchando lo que te decía. Te decía que hay unas cuantas cosas, aunque supongo que podríamos reducirla a una sola cosa, que requieren mi atención.

—¿Y de cuánto tiempo estamos hablando?

—No lo sé todavía. Pero tendrás que darme algún tiempo.

—Por supuesto, querida. El tiempo es tuyo, así que utiliza todo el que quieras. Pero sigo pensando que sería una buena idea que te tomaras unas pequeñas vacaciones, a pesar de lo mucho que agradezco tu compañía.

—¡En nombre de Dios! ¿Unas vacaciones para descansar de qué? —preguntó Maddalena.

Le dio la impresión de que su hermano estaba deseoso de deshacerse de ella. Y en ese sentido, no se equivocaba. Giancarlo tenía miedo de que también ella pudiera descubrir, si se quedaba en Florencia mucho tiempo, lo que Annunziata le había contado una y otra vez acerca de las habladurías de la cuñada de la mujer del jardinero, que había ido a La Ricordanza sin saber que estaba todavía medio cerrada con la esperanza de que tal vez pudieran requerir sus servicios en la granja. Allí habían visto cómo la *contessina* se colaba por la *limonaia* y cómo entraba a continuación en la casa seguida de un hombre, que debió de haberla inducido a subir las escaleras, ya que más tarde abrieron las contraventanas y lanzaron fuera los cubrecamas blancos de verano, que volaron por el aire mientras ellos no dejaban de

reír, los dos, sin cesar, como unos niños que acabaran de gastar una broma.

—No fueron precisamente discretos —dijo el conde.

Annunziata y él habían sido aliados durante tanto tiempo (y quizá ahora lo fueran más que nunca, si es que era posible, por el disgusto que a ambos les había producido la presencia de Barney en la casa) que ni siquiera fueron necesarias las palabras para saber lo que había que hacer. No hacía falta decir en voz alta que las declaraciones de la cuñada de la mujer del jardinero debían cesar de inmediato, y si para ello había que emplear algún tipo de amenaza, se emplearía. Pero la pobre Maddalena no debía verse involucrada en aquel embrollo bajo ningún concepto. Y, por encima de todo, el conde quería evitar que Maddalena tuviera ninguna conversación con Chiara al respecto, porque estaba seguro de que su hija le diría la verdad.

La mente de Maddalena iba de una cuestión a otra, y no de una manera racional sino más bien como una serie de imágenes nítidas y brillantes en las que veía lo que había sucedido y lo que tendría que haber sucedido. Su memoria funcionaba sin los inconvenientes del arrepentimiento. Y estaba en plena forma. Una vez que puso en funcionamiento sus recuerdos, fue capaz de recordar de inmediato que a principios del verano uno de los Corsini —o puede que fuera uno de los Capponi, o tal vez fueran los dos— le dijeron que habían visto cómo Chiara se mojaba o, mejor dicho, se dejaba empapar por la lluvia en el descanso del concierto al que había asistido en el Teatro della Pergola y que estuvo hablando en el exterior con un hombre, un médico, que le había presentado Mimi Limentani. Al parecer, se había comentado que aquel médico había tratado a Mimi con muy buenos resultados.

Maddalena fue a ver a Mimi, que ya había regresado de sus primeras vacaciones de verano. Mimi, por pura bondad de corazón, solía tratar a todas sus visitas como si su llegada constituyera un grandísimo e inesperado honor. Se paseaba por su resplandeciente apartamento encaramada a unos tacones de siete centímetros mientras movía la cabeza como las gallinas, como si aquel gesto formara parte de sus propios movimientos al andar. Y sin dejar de ir de un lado a otro, pedía que sirvieran el té e iba cogiendo tal o cual cosa que podría interesar o complacer a su visita. Como ya sabía, Maddalena había impuesto entre ellas una especie de pacto que consistía en que Mimi no podía hablarle ni de sus nietos ni de sus enfermedades. Así que no hablarían de nada de eso, pero había muchos otros temas: acababa de adquirir un libro nuevo, enorme, en Via Tornabuoni, con unos dibujos atribuidos a Bertoldo di Giovanni^[20]. En aquellas grandes extensiones de papel aparecían las reproducciones de unos débiles garabatos en tiza roja: una nariz, un tramo de escalera, la grupa de un caballo.

—Son tan interesantes... Una podría pasar horas contemplándolas.

Dejó el pesado volumen sobre las frágiles rodillas de Mad.

—¿Estás bien, Mimi?

Maddalena cerró el libro, y las inmensas y gruesas páginas se cerraron con una palmada voluptuosa. La mirada miope y acuosa de Mimi se iluminó de repente. Apenas podía creer la suerte que tenía.

—Oh, pero seguro que no has venido hasta aquí para oírme hablar de mis dolores y mis desgracias. Además, no me apetece hablar de eso.

Eso era manifiestamente falso, así que comenzó a explicarle que tenía un dolor que se le originaba en la base de la columna (no iba a enseñarle exactamente dónde porque eso la obligaría a girarse hacia atrás y entonces el dolor podría comenzar de

nuevo) y que discurría lentamente hacia arriba, siempre hacia el hombro derecho, luego se pasaba al hombro izquierdo y por último, a menos que tuviera mucha suerte en uno de esos días a los que ella llamaba «días blancos», empezaba a bajar de nuevo. Pero precisamente ahí residía lo más extraño y lo más curioso de su afección, según le habían dicho: su dolor nunca seguía el mismo recorrido de regreso; a veces incluso parecía vacilar un poco, como si se estuviera pensando qué dirección tomar.

—¿Quién te ha dicho que tu dolor es raro y curioso?

Mimi pareció un poco chafada.

—Quiero decir, ¿qué médico te ha dicho eso? ¿No has estado viendo a ninguno en concreto?

—Bueno, me temo que he pasado por la consulta de mucha gente. No les pido mucho, ya sabes. Lo único que quiero es que me quiten este dolor, aunque solo sea durante un par de semanas, para que pueda ordenar un poco mi vida y para poder ofrecerles a mis amigos una parte de mi tiempo.

«Quizá tenga dolores de verdad —pensó Mad—. Debería tenerlo en cuenta».

Después de someterla a un interrogatorio implacable, Maddalena consiguió que Mimi recordara haber visto a Chiara en el Teatro della Pergola: lo recordaba perfectamente o, al menos, eso dijo. Nuestra querida Chiara, con esa piel tan blanca, a veces con un color estupendo, y otras convertida en la viva imagen de la *Bimba Ammalata*. Esa muñeca, la Niña Enferma, era uno de los ejemplos más recientes de la delicadeza y la inventiva del diseño italiano comercial. Mimi tuvo que admitir que había comprado tres para sus nietas, y se dirigió entonces a su dormitorio para buscarlas, asintiendo con la cabeza y con el repiqueteo de sus propios tacones al andar. Las muñecas tenían cara de niña pequeña, con una palidez de cera, y parecían estar a punto de comenzar a respirar y a vivir en cualquier momento.

—No me atrevo a envolverlas. Créeme, estoy temiendo el momento en que vengan mis nietas a llevárselas.

—Siempre puedes comprarte un par de docenas más en Anichini —afirmó Maddalena con cierta aspereza—. Llévatelas de aquí, Mimi, por favor. Y no te preocupes por el tono de piel de Chiara. No olvides que estábamos hablando de *tu* salud.

Mimi se sentó.

—Estás siendo muy buena conmigo hoy, Maddalena.

—Soy exactamente la misma de siempre.

—Lo cierto es que hay algo que me gustaría consultarte. Me has preguntado hace un momento si había estado viendo a algún médico en particular, y eso me ha recordado una cosa... He oído decir, solo que no recuerdo dónde, que hay un joven médico muy bueno, un neurólogo, en uno de nuestros hospitales. Un joven llamado Salvatore Rossi. ¿Tú sabes algo de él?

«No tenía que haber venido —pensó Maddalena—. Esto es una estupidez».

Sin embargo, a la mañana siguiente apareció en el *Ringraziamenti*, la sección de agradecimientos del *Nazione*, un párrafo repetido veinticinco veces, de modo que llenaba toda la columna:

Ringraziamento. Quiero dar las gracias desde lo más profundo de mi corazón al doctor Salvatore Rossi, médico en esta ciudad, que me ha curado de innumerables enfermedades dolorosísimas que me han atormentado durante muchos años. Ha conseguido librarme de esa pesada carga y solo deseo expresar aquí mi infinita gratitud.

Miriam Limentani, Piazzetta Spini-Ferroni, 2.

Al igual que todos los miembros de la familia Ridolfi, Maddalena siempre había confiado en el triunfo final de las buenas intenciones. Aquello no le sorprendió, sino que confirmó sus suposiciones. Mimi debió de sentir una gratitud absoluta hacia Maddalena por haber podido compartir con ella sus dolencias, y de aquel sentimiento derivaría cierta sensación de indignidad y, en último extremo, de culpabilidad, que habría avivado su memoria. A lo mejor había llamado a otra amiga para que le ayudara a recordar: más té, más movimientos afirmativos con la cabeza, más repiqueteos de tacones por el suelo de su casa, más benevolencia generalizada y difusa y, sin duda, más Niñas Enfermas sacadas de la habitación. Por algún motivo, aquel detalle de las muñecas había logrado irritar especialmente a Maddalena. En cualquier caso, allí estaba aquella honrada compensación: veinticinco párrafos de parte de una mujer que pensaba que la habían tratado bien.

A modo de respuesta a la llamada telefónica que le había hecho monseñor, Maddalena le envió una copia del *Nazione*, escribiendo en una esquina que ahora en toda la ciudad y sus alrededores conocían al doctor Rossi como el «Ángel de la Curación». Giancarlo nunca leía los periódicos y se suponía que no tenía ni idea de lo que ella estaba haciendo.

Nada habría conseguido que Chiara se quedara en Londres más tiempo del previsto, salvo aquella crisis nerviosa de Barney. No dejaría Kensington por nada del mundo hasta que Barney se recuperara y comenzara a tiranizarla de nuevo como antaño. Resultaba muy cómodo que a una le dijeran constantemente lo que tenía que hacer y lo que no. Fue todo un consuelo comprobar que había sido solo un suceso ocasional, y que como todas las fuerzas conocidas, como la gravedad, por ejemplo, se recuperaba después de haber estado temporalmente suspendida.

—Cha, tendrás que tomar una decisión muy en serio acerca de ese hombre, y hacer algo al respecto. Lo mejor sería que prepararas una lista y que te ciñeras a ella con la máxima precisión. Supongo que tu padre y tu tía estarán viajando a Florencia en este mismo momento con la idea de comprobar que ese médico no es tan terrible como parece.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —preguntó distraídamente Chiara, mientras pensaba que tal vez pudiera reservar una plaza en el primer vuelo a Pisa.

Llegó un día después que Salvatore, quien se enfureció al descubrir que ella todavía estaba en Inglaterra, aunque, a la vez, se sintió inmensamente feliz por poder disponer de un tiempo extra para arreglar un par de asuntos que tenía pendientes. Después de haber llegado a un primer acuerdo para la venta de sus tierras en Mazzata, tenía que ir ver a su abogado de inmediato, y luego tendría que reservar las primeras horas de la noche para acercarse a ver a Marta y explicarle un par de cosas. (También él estaba intentando ajustarse fielmente a los puntos que había ido anotando en una lista).

Cuando consiguió su puesto como especialista en Florencia, y aun arriesgándose a parecer anticuado y provinciano, Salvatore llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era llegar a un acuerdo con alguna joven de confianza a la que poder ver con cierta regularidad. Así mantendría su libertad intacta y también el control de la situación. No le gustaba en absoluto que Marta fuera modista. Una modista... ¿y qué más?, aquello parecía una comedia, y por ese motivo podría haber roto perfectamente con ella por ese motivo hacía mucho tiempo, pero parecía difícil poner fin a algo que había comenzado sin ningún motivo especial. Y si había alguna razón para no haberla dejado antes, esta podía ser la comodidad, ya que Marta no vivía muy lejos del hospital.

La familia de Marta, por otro lado, siempre había considerado que el mayor atractivo de la muchacha era su pelo. Lo tenía muy largo. Los martes por la noche, como no había agua caliente en el bloque de pisos en que vivía, se lo lavaban en la peluquería del edificio de al lado y, a cambio, Marta cosía de vez en cuando para la

peluquera. Su hermana casada, con quien compartía piso, le había dicho que no se lo cortase nunca, porque los hombres la encontraban irresistible.

Su color de pelo quedaba a medio camino entre el rubio y el castaño, y era un tono que, también según la hermana de Marta, volvía locos a los hombres. Franca se sentía con derecho a decir esas cosas, al parecer, porque era mayor que Marta y porque contaba con la experiencia matrimonial, aunque resultaba bastante obvio que el doctor Rossi no se estaba volviendo loco en absoluto y que las experiencias conyugales de Franca en su cama estilo Imperio no diferían mucho de las que podía tener Marta en la habitación de la buhardilla. Su habitación lindaba con una especie de terraza abierta, donde tendían la ropa; su estancia estaba dividida en dos partes por una cortina. Detrás de la cortina había una cama turca, un espejo y una hilera de perchas, donde podían colgar sus cosas los clientes cuando iban a que les hiciera algún arreglo. El suelo solía estar cubierto de abundantes restos de hilo blanco de hilvanar, de los que Marta tiraba enérgicamente para sacarlos de la prenda en la que estuviera trabajando mientras avanzaba con los arreglos. Cerca de la ventana tenía su propia máquina de coser Necchi, con mesa y todo, un sillón y un montón de números atrasados de *Vogue* y *Moda* y *Marilyn*, bastante ajados después de estudiarlos concienzudamente. A Marta le gustaban también las historietas. Algunas revistas venían con la trama de una película cualquiera en imágenes, y otras contaban vidas de santos. Una noche, mientras esperaba a que ella subiera, Salvatore no tuvo más remedio que entretenerse mirando una de aquellas tiras que relataba la historia de un monje caritativo que logró mediante la oración que las pulgas de un mendigo se transformaran en oro puro. Marta subió las escaleras cansada, pero con el cabello recién lavado y brillante.

—¿Por qué lees esta basura?

Ella lo miró con la paciencia de una mascota que ha aprendido a tomarse la ira de su amo como un juego. Además, ¿cómo puede alguien enfadarse por un libro?

Aquella noche Marta estaba en su casa, y todavía llevaba la bata negra de costurera. Lo recibió con su sonrisa habitual y empezó a desnudarse. Una amante en una buhardilla, y le esperaba allí todos los miércoles. ¿Por qué no empezaban a cantar un aria? O a lo mejor podían hacer un dueto los dos juntos. Tendrían que terminar el dúo de manera armoniosa, a pesar de que él estuviera cantando «debemos separarnos» mientras que ella, una octava más arriba, repetiría «para siempre, para siempre». Marta se quedó mirándolo con su blusa a medida en las manos. Tenía treinta y ocho años. Sin aquella blusa y sin su sujetador Favorita (que era la única prenda que llevaba que no se había hecho ella misma), sus pechos caídos colgaban ahora a ambos lados.

—Vístete —dijo Salvatore.

Siguiendo la costumbre, tendría que haberse acercado a ella y tendría que haberle quitado las gafas.

—¿No quieres?

—Quiero hablar contigo en serio —dijo Salvatore mientras empezaba a dar vueltas por la habitación—. Quiero que me prestes atención, pero sin resentimientos. Eso tiene que quedar claro.

Después de estar juntos, solía llevarla a cenar a Frizzi, aunque ella apenas comía nada, pero así podía saludar a sus amigos y demostrarles que todavía seguía con aquel doctor suyo. Pero esa noche no irían a Frizzi.

El discurso que había preparado Salvatore un poco antes, mientras iba a casa de Marta, se basaba en argumentos de tipo político y también, desde luego, de tipo moral. Había transcurrido ya la primera mitad de la década de los cincuenta y la guerra había terminado hacía más de diez años. «Es hora de que comencemos a aceptar, para bien o para mal, que el mundo ha cambiado». Salvatore pensó que Marta podría interrumpirle en ese momento y decir: «¿Es que acaso crees que no lo sé? Ahora ya nadie se preocupa por nada más que por conseguir dinero fácil». Pero él le diría que se estaba refiriendo a algo mucho más importante que eso. «Yo te estoy hablando de la posibilidad de servirnos de nuestra propia voluntad para salir de la cárcel en que vivimos. Todos estamos encerrados en nuestras propias prisiones, creadas por nosotros mismos, y corremos el grave peligro de olvidar que es eso lo que son. En Italia, las relaciones entre hombres y mujeres quedaron establecidas supongo que mucho antes de la era cristiana, pero no porque se hayan mantenido todo este tiempo han de ser necesariamente correctas, y tampoco debemos pensar que no hay esperanza alguna de cambiarlas. Italia ha entrado en el siglo xx a toda prisa; todos somos conscientes de eso y debemos afrontarlo con sentido común y con valentía. La relación entre nosotros siempre se ha basado, o al menos así lo espero, en el afecto, pero también en la necesidad física y en las circunstancias económicas. ¿Has pensado alguna vez, Marta, que aunque has aceptado de la noche a la mañana los milagros de Olivetti y de Necchi, en cambio tu dependencia sexual de los hombres y tu subordinación a ellos sigue siendo absolutamente arcaica? Sin embargo, lo cierto es que toda relación humana debe crecer a partir de una posición de igual a igual, y es nuestra obligación reconocerlo claramente. Es en ese sentido donde creo que deberías admitir que te estás quedando atrás».

Antes de empezar a enumerar aquellas observaciones, esperó a estar seguro de contar con toda la atención de Marta. Ella no había vuelto a ponerse la blusa. De espaldas a él, estaba echando un poco de agua en una cafetera. Salvatore pensó que en aquella postura, inclinada sobre el hornillo de gas, parecía una pera a medio pelar, con la mitad superior ensombrecida y, a continuación, la línea profundamente marcada de su columna, pálida pero no muy apetecible.

—Marta —dijo—. Estoy enamorado. Voy a casarme. Voy a casarme por amor. No podré verte de nuevo.

Sus palabras le sorprendieron tanto como si las hubiera pronunciado otra persona, pero no le importó: dichas estaban y con aquello tendría que ser más que suficiente. Ya habría tiempo más adelante para otras observaciones razonables que se había

preparado. Marta siguió mirando la cafetera, cuya tapa metálica había comenzado a tintinear ligeramente al elevarse con el vapor.

Le dijo:

—Bueno, ¿pero no eres tú quien siempre me está diciendo que no hay que atarse a los viejos convencionalismos ni a las costumbres antiguas?

Salvatore se preguntó si sería posible que ya le hubiera soltado en alguna ocasión anterior parte del discurso que llevaba preparado. Se esforzó por mantener la calma. Se le ocurrió pensar entonces que tanto Marta como Chiara se aprovechaban de él atacándole frontalmente con su ignorancia, o digamos..., su inocencia. Un pensamiento adulto y responsable no tiene defensa posible contra la inocencia porque estaba obligado a respetarla, mientras que la inocencia apenas sabe lo que es el respeto o la responsabilidad.

Antes de que pudiera continuar, Marta le preguntó:

—¿Y qué hay del dinero? ¿Cómo te las vas a arreglar? —Al verlo tan confuso, continuó—: Después de todo, tu situación no es tan desahogada, ¿me equivoco?

Y a continuación empleó aquella anticuada expresión, «escasamente próspero», y añadió que ella le había visto llevar sus trajes a la tintorería.

—¿Quieres decir que me has estado siguiendo?

Ahora se daba cuenta de que resultaba perfectamente posible asesinar a algunas mujeres por motivos muy triviales. A lo mejor Marta había podido seguir sus pasos, de algún modo, incluso hasta La Ricordanza, mientras él estaba allí apretando con fuerza la frente contra las heladas figuras de las puertas de hierro. Pero casi le enfurecía en la misma medida aquella exasperante idea de que hubiera podido espiarlo cuando llevaba ropa a la tintorería. Por supuesto, él había seguido a Marta al principio, la primera vez que la vio o, al menos, eso le había dicho. «¿Puedo ir a verte a tu casa?» ¿Cómo era ella por aquel entonces? Bastante bonita, corta de vista incluso con las gafas puestas, aún no podía decirse que fuera de mediana edad, dócil, maleable, comprensiva y bastante accesible, con la única salvedad de que los clientes con encargos de arreglos tenían preferencia a la hora de entrar en su habitación. En cualquier caso, todo aquello había sucedido tres años atrás.

Marta le dijo que le había seguido a la tintorería solo para conocerlo mejor. Siguió compadeciéndose de él, en voz alta y con firmeza. Había leído un artículo en una revista que hablaba de los sueldos vergonzosamente bajos que cobraban los médicos en los hospitales de Italia. El articulista decía que apenas podían vivir con dignidad, en comparación con los profesionales del resto de Europa.

—Los médicos italianos, pobres infelices... —repitió ella más suavemente, haciendo un gesto de conmiseración con la cabeza—. Ya sabes lo que va a pasar, ¿verdad? Tendrás que empezar a compartir tu vida conyugal con la familia de tu esposa, y eso significará que tendrás que ceder mucho a cambio de lo que puedas recibir.

—No he venido aquí para discutir contigo mi futuro —dijo Salvatore—. No

necesito tus consejos.

—Sería más sencillo, por supuesto, si tuvieras dos cocinas. O incluso un hornillo de gas como este.

La amargura o los celos habrían sido tolerables y, en realidad, habrían sido bastante lógicos, dadas las circunstancias, pero era imposible no ver que Marta se estaba dirigiendo a él con verdadera compasión.

—No será como si tuvieras a tu propia familia en la ciudad; por desgracia, todos tus parientes están en el sur.

—¿Cómo diablos sabes eso?

—Me lo habrá dicho alguien. Sí. Me lo dijo el señor Gentilini.

—¿Has estado con él?

Aquello era increíble. Al parecer, Gentilini la había visto un viernes por la noche en la parada del autobús, empapada bajo la lluvia, así que se había ofrecido a llevarla a su casa en coche. La había reconocido de verla en el restaurante Frizzi. Salvatore se sintió muy confuso ante la idea de que Gentilini y Marta hubieran estado hablando de él sin que él estuviera presente. Eran unos traidores, ambos. Aferrándose de nuevo a las partes que aún podía recordar de su discurso, lo único que parecía mantenerse fiel a su lado, apoyándolo como un buen amigo, comenzó por fin a hablar del tema de la Italia de 1955 y de la necesidad de encontrar un nuevo concepto que definiera el lugar de la mujer italiana en la nueva estructura social. Marta lo miraba con los brazos cruzados, como si se dispusiera a mantener una larga conversación con sus vecinos acerca del precio del pescado.

—Son las mujeres las que se echan siempre atrás, como si tuvieran miedo a abandonar el estado de sumisión en que se encuentran. ¡Mujeres! Si el mundo estuviera en sus manos, todavía seguiríamos viviendo en cuevas. —Tuvo la impresión de estar repitiendo algo que ya había dicho otra persona—. Mientras sigáis asumiendo esa idea, continuará dominándoos. Dejad de aceptarla y seréis libres.

—Como Ingrid —dijo Marta.

Estaba mirando en dirección a la pared que quedaba justo detrás de Salvatore, así que el doctor Rossi se sintió obligado a darse la vuelta y contemplar la página arrancada de una revista que ella había pegado allí, y que era una imagen con colores saturados de Ingrid Bergman y Roberto Rossellini con sus gemelas.

—Aunque hubieran estado casados, las gemelas no podrían haber nacido más guapas —dijo Marta^[21].

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí —dijo Marta—. Estás rompiendo conmigo, pero no quieres que me vaya con otro.

—No es eso lo que he dicho. No puedes pensar que es eso lo que he querido decir.

Marta apagó el gas y retiró la cafetera. Luego fue a sentarse en una butaca y dejó caer la cabeza hacia un lado para que su rostro quedara parcialmente oculto.

Salvatore podía verle la nuca desde donde estaba, cubierta por aquel abundante y brillante cabello que parecía atraerlo irresistiblemente hacia su cuello. Su actitud le era familiar y se sintió bastante aliviado. Le había dejado el dinero en un sobre y ella nunca le había acusado de ser poco generoso, tan solo de que le pagaran mal. Esa noche no irían a Frizzi, no se revolcarían en aquella cama tan estrecha y tan terriblemente incómoda que tenían en el probador. Lo mejor sería besarla una vez en el cuello, con firmeza, porque aquello les dejaría a los dos con una buena opinión de sí mismos. «Ella pensará que no he podido contenerme y yo creeré que no soy un mal hombre». Marta se enderezó entonces y se acomodó en su asiento. Luego se llevó las manos a la cabeza y empezó a atusarse el pelo. Le pidió un cigarrillo.

—¿Qué edad tiene la mujer con la que te vas a casar?

—Dieciocho.

—¿Quién es?

Salvatore pensó que se enteraría muy pronto, ya que la noticia saldría en los periódicos, y que nada en el mundo le detendría ahora. Además, para él era un auténtico lujo poder repetir su nombre.

—Chiara Ridolfi.

—Oh, la *contessina*. La conozco.

—¡Mentira, no la conoces! —gritó Salvatore.

Veintiún años atrás, Marta había trabajado en Parenti, primero como aprendiz. Luego estuvo como empleada a tiempo parcial. Dos de las chicas con las que había trabajado entonces aún seguían allí. Una de ellas a cargo de los aseos del personal y la otra, a la que le había ido bastante mejor, como encargada de máquinas. Además, Marta iba cada vez que necesitaban ayuda extra con las planchas o con la costura en las épocas más ajetreadas. El caso es que se encontraba allí el día que las Ridolfi se presentaron en la fábrica, y vio cómo la tía y la sobrina se marchaban juntas. Una de las mayores emociones de trabajar en los talleres consistía en saber que el *commendatore*, sin previo aviso, podía negarse a «hacer» algo para sus clientes.

—Se fueron juntas. Las vimos en la calle. La niña iba llorando amargamente.

—¿Cómo pudiste ver algo así a semejante distancia?

—Lo noté.

—¿Lo notaste? ¿Tienes la menor idea de si realmente estaba llorando o no?

—No.

Salvatore no sabía nada de Parenti, excepto que ahora sentía un deseo irrefrenable de ir a su establecimiento y de lanzar al viejo *commendatore* escaleras abajo.

—En fin, qué se le va a hacer... —dijo ella.

Él le dio el cigarrillo y el sobre con el dinero. Había metido una cantidad suficiente como para que pudiera pagar las últimas quince cuotas de su nueva máquina. Marta lo contó dos veces.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí.

—Eres un buen hombre, doctor. Espera un segundo. No te vayas aún. Mi hermana querrá despedirse de ti. Ya debe de haber vuelto. Mi hermana no querría por nada del mundo que un buen hombre como tú se marchara de la casa sin despedirse.

Salvatore estaba horrorizado. ¿Por qué no llamarlos a todos para que vinieran a despedirse? Al marido de su hermana y a los niños, a los amigos y a los conocidos del restaurante Frizzi, a sus clientes, a su peluquera, al propietario de la casquería de la esquina, a Gentilini... ¿Por qué no hacer una despedida a lo grande?

—Que te vaya bien. A ti y a tu trabajo —dijo Marta, empleando para ello un tono muy serio y profundo—. Ya sabes a lo que me refiero.

—No tengo ni la menor idea. —Estaba claro que ella no se iba a echar a llorar, porque cuando estaba a punto de llorar siempre se quitaba las gafas—. Puedes llorar un poco, si quieres.

—Eso sería muy aburrido —dijo Marta—. Y cuando te conocí, me dijiste que ser aburrido era un pecado imperdonable.

«Dios mío —pensó Salvatore—. ¿Creerá de verdad que nunca me he aburrido con ella?»

La puerta entonces se abrió levemente y, sin llamar, entró en la habitación la hermana de Marta, gorda y muy colorada. Salvatore siempre había sido su héroe, por su defensa de *L'Inconsolabile*. Era una mujer violentamente anticlerical y pensaba que aquel médico era su aliado contra las maquinaciones de los curas. Dejó caer ante él un ejemplar del *Nazione*, doblado justo por la página del anuncio de Mimi, y a continuación cogió entre las suyas las dos manos de Salvatore y las besó ruidosamente.

—¡Obrero milagroso, su presencia honra nuestra casa!

Salvatore se dijo que no había conseguido controlar la situación tal y como había planeado porque todas sus fuerzas se habían dispersado. Por una parte, el caos se debía a las inexplicables reacciones de Marta y, por otra, a aquella imagen que había logrado grabar en su mente: la imagen de Chiara bajando por la Via delle Caldaie llorando desconsoladamente. Con esa idea en la cabeza era del todo imposible mantener una conversación razonable con otra mujer, y no digamos con dos, considerando, además, que una de ellas no dejaba de agitar un periódico ante sus ojos como si se hubiera vuelto loca.

Aquella misma noche, un poco más tarde, Gentilini le preguntó:

—¿Cómo pudiste salir de la habitación al final?

—No lo sé. Caminando de espaldas, tal vez.

—Salir de los sitios es siempre la parte más difícil de la existencia humana. Aun así, Marta no era mala gente. Hay muchísimas mujeres peores que Marta.

Gentilini se dio cuenta entonces de que Salvatore todavía no había podido ver los anuncios del *Nazione*, pero pensó que iba a esperar un poco más antes de mencionárselos.

Cuando la tía Mad terminó de escribir su carta para monseñor, cogió de nuevo el coche y volvió a La Ricordanza. Al margen de otras preocupaciones, había sabido que la Azienda Autonoma di Turismo acababa de notificarle al conde que se estaba considerando la posibilidad de incluir la villa en el listado de casas y jardines más bonitos de la región, con el fin de incluirla en los recorridos turísticos de la temporada siguiente. Aquello, como la pérdida de sus dedos, le pareció un engorro que se veía venir, completamente previsible. Era cosa del conde hablar con el jardinero y con la familia del jardinero para decidir qué tipo de cosas utilizarían para adornar la fachada. Maddalena solo tenía que ir preparando un poco el terreno.

Sin embargo, al bajar del coche descubrió que allí el tema de conversación seguía siendo el mismo. Todo el vecindario había llegado a la conclusión de que, dado que no habían vuelto a ver pasar la vespa en dirección a Florencia a lo largo de aquella soleada tarde, y dado que había llegado hasta allí procedente de Lo Scampolo, lo más lógico sería pensar que al final había regresado al lugar de donde venía. Por tanto, el hombre en cuestión, el violador, debía de ser Toby Harrington. El *signor* Toby tenía una vespa de color negro, de eso no había duda y, como consecuencia de aquellas deducciones, los Harrington, que siempre habían tenido la esperanza de poder vivir y recibir a sus amigos en la tierra de la alegría, de repente descubrieron que todo el mundo los miraba con resentimiento y que apenas conseguían que les despacharan en la tienda de comestibles del cruce.

Este afortunado giro de los acontecimientos le demostró a la tía Mad que había llevado las cosas por el cauce correcto. Como decía siempre, las buenas intenciones al final se justifican solas. Además, el conde fue a visitar a su sobrino a su debido tiempo y poco después llegó el mensaje de Cesare: «Celebraremos en Valsassina la boda de Chiara. Pero sin empresas de restauración y sin los Harrington».

Segunda parte

1

Cesare les había dicho que le vendría mejor que la boda se celebrara en febrero, antes de la Cuaresma y antes de que empezara con las labores de arado y de poda. Seguramente Cesare no esperaba que hiciera sol, pero amaneció un día estupendo y sin viento y, aunque todavía había nieve en las colinas, pudieron dejar la puerta principal abierta —después de haber encendido las chimeneas— para que los huéspedes entraran y salieran de la casa a su antojo. Los almendros ya habían florecido por completo. A veces en febrero hay días así.

La maltrecha iglesia que quedaba un poco más abajo de Valsassina era demasiado pequeña para acoger a todos los invitados a la boda y a la misa nupcial. Primero se llenó de gente y luego se vació por completo, quedándose con un aire entre perplejo y desaliñado, mientras su única campana tañía recortada sobre un cielo azul, balanceándose en la espadaña abierta de madera. Desde la iglesia y desde la carretera de Sangallo, los coches formaron una fila cuesta arriba en dirección a la granja. Las botellas ya estaban dispuestas y alineadas como un batallón de tropas defensivas. No sirvieron champán, solo el vino de reserva del año anterior, que probablemente era el mejor que se había hecho jamás en Valsassina.

Había tantísimas personas que se conocían entre sí, que se acercaban las unas a las otras para saludarse, todas vestidas de punta en blanco y todas hablando a gritos, que Cesare llegó a la conclusión de que su obligación era atender a los forasteros. En el interior de la casa, en el pasillo, se encontró con aquella chica inglesa tan enormemente alta, que parecía lo suficientemente fuerte como para cargarse a la espalda un saco de grano, y a quien le habían presentado al salir de la iglesia. Estaba allí sola, mirando la pintura de tema mitológico del *cassone*^[22].

—¿Le interesan esas pinturas, *signorina*?

—No. En absoluto —dijo Barney.

—Bueno, pronto se servirá la comida y ya no tendrá que seguir mirándolo.

Barney lo miró con gesto sombrío.

—Esta es su casa, ¿verdad?

Cesare asintió.

—¿Usted es el primo?

Con cierto esfuerzo, él contestó:

—Sí, soy el primo. Hoy debe divertirse todo el mundo.

—No veo por qué —respondió Barney—. No estoy nada segura de que Cha haya hecho bien casándose con ese hombre. ¿Usted qué piensa? —Pero Cesare no dijo nada y ella repitió—: ¿Usted qué piensa?

2

Cuando se vuelven a mirar las fotografías de una boda que se ha celebrado casi treinta años antes, uno apenas puede creer que tanta gente que ahora tiene el aspecto que tiene pudiera haber sido en algún momento de su vida tal y como aparece en esas imágenes. Tal impresión se produce principalmente cuando se contemplan las fotografías que se han tomado desde un extremo de la mesa, para abarcarla entera, con los invitados inclinados hacia delante, casi todos con su mejor cara y mirando a la cámara, aunque otros estén completamente distraídos como si pensarán en cualquier otra cosa excepto en sí mismos. Es como si a esos despistados se les hubiera cogido en actitudes extrañas que años después resulta imposible explicar. El profesor Pulci, por ejemplo, aparece en una de esas imágenes tendiendo un plato o algo así, muy serio, como si estuviera haciendo una colecta para los pobres. Aquel era el mismo profesor Pulci que en 1944 se sentaba con gesto preocupado ante sus catálogos de objetos perdidos y los cotejaba, trabajando entre sumideros rotos y tuberías de gas, y luego, pasada la medianoche, entraba en las salas del Palazzo Medici-Riccardi, iluminadas solo con velas, haciendo caso omiso tanto de la Comisión Americana para la Protección de Tesoros Culturales como de su homólogo británico, e ignorando también las posiciones alemanas situadas a unos cuantos centenares de metros de distancia, en la Forteza da Basso. La mitad de lo que Chiara sabía de arte lo había aprendido de él, sin apenas haberse dado cuenta, mientras crecía, viéndolo en una u otra casa, señalando algo o explicando algo, siempre con el ceño fruncido. Él había sido uno de sus verdaderos maestros, igual que la directora de su escuela de primaria, últimamente un tanto amargada porque estaba a punto de suprimirse el comedor gratuito de los colegios..., así que quizá lo mejor fuera evitar sentarse a su lado si no se estaba muy dispuesto a hablar de ese tema. En cualquier caso, en las fotografías estaba radiante y, por tanto, prácticamente irreconocible. Aparece con un brazo levantado como si quisiera atrapar a Bernadino, que está dispuesto a servirle la comida, con sus guantes de algodón blanco.

En otra mesa, las sonrisas son más contenidas. Se puede ver cómo monseñor Gondi se muestra bastante cordial con Salvatore, aunque parezca un tanto estirado. El párroco, un poco sordo, sonrío con enorme cordialidad. No obstante, parece dispuesto a no dejarse impresionar, y no se habría inmutado aunque se hubiera presentado un cardenal o un arzobispo para celebrar y formalizar el matrimonio. En el extremo opuesto, entre los invitados recién llegados de América (aunque no estaba la madre de Chiara) y de Inglaterra (aunque no estaba el marido de la tía Mad), la propia Mad tiene un aspecto extrañamente sombrío y difuminado, como si fuera una de esas imágenes de «espíritus» que se explican diciendo que fue un fallo del negativo.

Giancarlo siempre salía favorecido en las fotografías, y le habría avergonzado enormemente que no fuera así. En esta se inclina hacia la señora Rossi, la madre de Salvatore, para darle la razón en que, al menos desde aquel ángulo, no se parece mucho a su hijo. Y luego está Chiara, evidentemente con toda la despreocupación del mundo, muy feliz porque el blanco era el color que mejor le sentaba, aunque sin una sola joya, ni siquiera aquellos pequeños diamantes.

3

Annunziata había traído los manteles y las mejores servilletas de Via Limbo, ofendiendo a todos los que vivían en Valsassina, excepto a Cesare, y con ellos creó largos y estrechos pasillos de pura blancura almidonada, que parecía una invitación a la aparición inmediata de manchas que, efectivamente, no tardaron en presentarse. La culpa la tenía la generosidad de la comida toscana, con su profusión de carne y de una única salsa, la *salza rossa*. Era como si la Abundancia se estuviera apresurando para satisfacer a la Necesidad sin preocuparse de las apariencias. A Mimi Limentani le preguntaron:

—¿No le habrán prohibido comer carne?

—Me han prohibido comer cualquier cosa, *cara*. Ahora mismo es francamente difícil saber qué me matará antes.

4

Lady Jones había ido en representación de los padres de Barney, que estaban de viaje en algún sitio, huyendo del invierno.

—El conde es absolutamente encantador. Y su hermana también, por supuesto. — Miraba a su alrededor incansable—. Pero si se hubiera celebrado en Roma, podría haberme encontrado con alguien de la embajada.

De Mazzata solo había acudido la madre de Salvatore. Los hermanos, la hermana y el zapatero declinaron la invitación. Salvatore ya se lo imaginaba: sabía que estarían mortalmente ofendidos después de descubrir que lo que les había contado era verdad. De haber sabido desde el principio que aquello era cierto, le habrían ofrecido aún menos por sus tierras.

A su madre le envió un dinero para los gastos del viaje, y le sugirió que estaría bien que le pidiera a Sannazzaro que la acompañara y que se ocupara de ella esos días. Semejante propuesta resultó muy poco creíble, y no tuvo ningún éxito como excusa para poder pagarle a Sannazzaro sus billetes sin herir sus sentimientos, como lo demostró el hecho de que el anciano ni siquiera respondiera a su carta. En la iglesia y en el almuerzo se ocuparon de la *signora* Rossi en primer lugar el conde, luego Gentilini y por último, con mejores resultados, la esposa de Gentilini. Los niños de Gentilini habían desaparecido y se habían ido a dar la lata a otra parte de la granja. Las dos madres, una más vieja y la otra de mediana edad, pudieron dedicarse a enumerar sus penas y padecimientos. Era mucho más difícil criar a un hijo que a una hija, aunque al final la recompensa también era mucho mayor cuando se trataba de un hijo. Costaba creer que hubiera tantos seres humanos en el mundo, que cada día nacieran millones de niños y que, sin embargo, no hubiera dos iguales. Una madre siempre sabría qué niño era el suyo, y cuanto más dolor le causara, más le querría y más le abriría sus brazos para acogerlo en su seno. Además, un hombre solo tiene que mirar a su madre para volver a sentirse un niño otra vez.

Afortunadamente, Salvatore no alcanzaba a oír esos comentarios. Estaba sentado en la cabecera de su mesa, separada de la de su madre por otra que quedaba en medio, y hablaba con la tía Mad. De repente, ella se giró hacia Cesare, que recorría las mesas para comprobar que todo estaba en orden, y le dijo:

—Cuando llegue el momento de los discursos, deberías ser tú quien hablara.

—Pero yo no hablo —dijo Cesare—. Ya lo sabes, tía.

—Podrías decir algo agradable de Salvatore. Una especie de presentación.

—No sé nada de él —dijo Cesare humildemente.

—Y yo desde luego no quiero que nadie me describa —dijo Salvatore—. Espero no tener que pasar por eso; espero que nadie me diga qué clase de hombre soy.

—Bueno, a mí sí me gustaría saber qué clase de hombre eres —dijo la tía Mad.

—La clase de hombre que adora a su sobrina Chiara y que daría la vida por ella.

En medio de aquel ambiente impregnado de vino y sol de invierno, aquello no sonó ridículo en absoluto; de hecho, no fue nada ridículo y nadie pensó que lo fuera. La tía Mad pareció conmoverse ante sus palabras, y los que estaban cerca de ellos

también se conmovieron, y comenzaron a aplaudir en un gesto de sincera admiración. Mad volvió a levantar la mirada hacia Cesare, que dijo tranquilamente:
—Ya ves: él habla mucho mejor que yo.

6

—Qué anciano tan pintoresco —dijo *lady Jones*—. Qué personaje. Si supiera un poco más de italiano... Al principio pensé que trabajaba aquí, que era un empleado, pero por lo que he podido deducir de lo que me ha contado... Desde luego, estaba esperando al lado de la mesa, como para servir. Aunque, naturalmente, puede haber inclinado la cabeza a modo de humilde reverencia.

—Tu hija está guapísima, Giancarlo —le dijo un Ricasoli ya entrado en años, al que conocía desde hacía siglos—. No creo que te haya podido decir algo parecido antes, sinceramente, pero hoy está muy guapa.

—Ah, eso es —dijo Giancarlo—. Sabía que había algo en ella, pero no terminaba de ver de qué se trataba. Pensé que simplemente estaba feliz.

—¿Y cómo te llevas con tu nuevo yerno?

—Muy bien; al menos, todo lo bien que puede llevarse uno con un médico.

Caminaron juntos un rato, cogidos del brazo, mientras hablaban de sus deposiciones. Ricasoli dijo que para sentirse completamente en paz con la vida no había nada como contar con una regularidad absoluta en ese aspecto.

8

Monseñor Gondi estaba buscando a Cesare para preguntarle si no le parecería adecuado que les dirigiera unas palabras pastorales a los miembros del servicio. En cierto modo, tanto Annunziata como Bernadino parecían haber perdido el control de sí mismos y hasta los nervios, pero debían ser conscientes de que un día festivo no equivalía necesariamente a un día de caos y desorden. Era muy fácil distinguir a Cesare, incluso en una sala llena de gente, ya que, a excepción de la *signorina* Barnes, era el más alto de todos los presentes. Pero justo en ese momento desapareció.

¿Cuándo empezó la *signora* Gentilini a sentirse indispuesta? Se había levantado de la mesa, pero a Gentilini, en ese momento, le correspondía de nuevo estar al tanto de la madre de Salvatore, y a eso se entregaba, no de muy buena gana, pero con toda la dedicación del mundo. La mujer le estaba explicando que poseía un inexplicable don para predecir el futuro, y él, mientras, se preguntaba si sería humanamente posible estar de vuelta en el hospital antes de que dieran las cinco.

—Mi hijo —le decía ella—, que es un hombre de ciencia, no puede explicar de ninguna manera cómo puede ser capaz de predecir la muerte de su padre, y no solo el año sino también el día exacto.

«Reunir a toda la familia —pensaba Gentilini—. Despedirnos de todos, averiguar de quién es el coche que está aparcado justo delante del mío y conseguir que lo aparte a un lado». Miró a su alrededor discretamente, pero no pudo ver a su mujer. Fue Cesare quien encontró a la *signora* tendida de cualquier manera en el exterior de uno de los baños de señoras, justo en el momento en que Barney salía como un ciclón del otro.

—¿Qué le pasa? ¿Está bebida?

Cesare negó con la cabeza. Eso era de todo punto imposible. Parecía poco probable que hubiera llegado siquiera a probar el vino.

Barney se arrodilló a su lado.

—Bueno, pues muerta no está. He hecho los cursillos de primeros auxilios de la Cruz Roja hasta el primer grado. Tal vez esté con el mes o a lo mejor ha sufrido un pequeño mareo. Sé quién es; ha venido con ese médico. Es su mujer, creo. Voy a ir a buscarle.

Mientras se retorcía para intentar levantarse, la *signora* Gentilini levantó la mirada, con el blanco de los ojos ahora de un tono amarillento, y dijo:

—*Non so capacitarmi... Mi vergogno...*

—¿De qué se avergüenza? —preguntó Barney.

—Quiere recuperarse por completo —dijo Cesare.

—Lo que quiere decir es que tiene miedo de avergonzar a su marido. Lo que quiere decir es que él casi nunca la lleva consigo a ningún lugar público, y ahora tiene miedo de meter la pata porque si eso sucede, si todo el mundo acaba mirándola y hablando de ella, nunca más la volverá a sacar de casa. ¿Tan esclavizada la tiene?

Cesare no lo negó.

—Debe de ser un animal.

—Es la primera vez que lo veo en mi vida.

—Y es un animal.

—No.

La *signora* Gentilini se sentó y, aferrándose al brazo de Cesare, empezó a hablar precipitada y sin coherencia ninguna. Cualquiera diría que no estaba acostumbrada a salir ni a frecuentar a otras personas, pero lo cierto era que no había comido ni bebido nada en todo el día, aunque los demás habían insistido para que tomara algo, y por eso había sufrido aquel ligero desmayo, y también había demasiada gente, demasiadas caras nuevas, y ninguna de ellas se parecían lo más mínimo, y la verdad, casi nunca iba a ningún sitio formal últimamente, porque una madre tenía pocas oportunidades de salir, a excepción de algún *giro* con la familia, y su marido ya le había advertido de que aquello podría ser demasiado para ella, pero eso era ridículo, porque cuando era más joven salía todos los días de la semana... Entonces se derrumbó otra vez sobre la pared y volvió a cerrar los ojos.

—Deme la mano —dijo Cesare.

—No me dirá que usted aprueba todo esto —dijo Barney, que había entendido parte de la retahíla de aquella mujer.

—Cójala de los pies.

Barney cogió los tobillos de la *signora* Gentilini, hinchados en el interior de sus elegantes sandalias. Cesare, cogiéndola por el otro extremo, mucho más pesado, comenzó a caminar hacia atrás. Parecía mentira lo mucho que podía pesar una *signora* tan bajita. También tenía cierta dificultad al intentar respirar profundamente, como si llevara puesto un corsé de plomo. En la comisura de sus labios de color rojo brillante apareció una pompa de saliva y estalló rápidamente. Con la mano derecha seguía aferrándose a las largas asas de su bolso de ante gris, que hacía juego con su ropa y que ahora iba arrastrando por el suelo.

Tenían que evitar pasar por delante de las salas principales, en las que se arremolinaban casi todos los invitados, así como por delante de las cocinas y por el pasillo entre las cocinas. Cesare sujetó todo el peso de la mujer con su brazo izquierdo para poder abrir una pequeña puerta que había quedado a su espalda. Luego tuvieron que organizarse para bajar los tres escalones que tenían delante. Parecían dos delincuentes o un par de parientes piadosos en un funeral. Atravesaron entonces un patio en el que apareció de repente una perra de pelo rizado que miró muy seria a Cesare, a la espera de que su dueño le diera permiso para olfatear el bolso y los zapatos de la *signora*.

—Dios mío, justo lo que faltaba —dijo Barney.

—Es vieja, déjela —dijo Cesare.

Y, con el perro pegado a sus talones, lograron entrar a trompicones en la oficina de la granja.

—Muy bien, *signorina* Lavinia.

—No hay problema —dijo Barney—. Todo el mundo dice que soy muy fuerte. Cesare le ofreció su sonrisa más prudente.

Consiguieron acomodar entre los dos a la *signora* inerte en una silla polvorienta.

—Sigo pensando que debería reunir todo su valor y hacer frente a la situación —dijo Barney—. Me refiero al plano moral. Yo siempre le digo a la gente lo que debe hacer. Eso es lo que esta mujer necesita.

—Pero hay que pensar en lo que quiere ella también —dijo Cesare—. Espere aquí.

Barney se quedó sola unos minutos con aquella mujer pesadísima y de ropa tan ceñida, madre y esposa, y esclavizada por los hombres. Su perfume era tan fuerte que pensó que podría hacer estornudar a un gato incluso en el interior de aquella oficina, donde hacía mucho frío porque no daba el sol en todo el día. Cesare regresó al poco tiempo, con un bocadillo de pan y jamón.

—¿Lo ha cogido de la cocina? Podría haber ido yo.

—No. Annunziata está allí.

—¿Y qué? No le tengo miedo a Annunziata.

—Se lo tendría si la viera ahora.

—¿Qué hace?

—Está contando los tenedores.

Cesare le dio el bocadillo a Barney.

—Tengo que volver con los invitados. Oblíguela a comer algo en cuanto pueda, y luego llévela con los demás. Y no la anime para que haga nada. Déjela tranquila.

Cuando se disponía a salir, la *signora* se echó hacia delante con fuerza y Barney aprovechó ese impulso para ponerle un pedazo de pan en la mano, como si estuviera dándole de comer a un caballo.

—Con mucho cuidado. Buena chica. Poco a poco.

El trozo de pan dio resultados inmediatos.

—Ahora parece que ya está mucho mejor, *signora* —dijo Barney—. Mucho mejor.

Nunca se le ocurrió pensar que los demás no pudieran entender lo que les decía en italiano, y efectivamente así era, nunca la entendían.

A continuación ayudó a la pobre mujer a ponerse en pie, y comenzó a sacudirle energicamente la ropa para quitarle el polvo. Le habían hecho una falda a la antigua usanza, perfecta para caminar y para que los demás la admiraran, pero no apta en absoluto para que quien la llevara puesta pudiera sentarse con ella, así que ahora estaba lamentablemente arrugada. Pero a la *signora* Gentilini dejó de importarle su aspecto en cuanto se vio de nuevo atenazada por una nueva preocupación, que era la misma preocupación de siempre. Empezó a preguntar a gritos:

—¿Dónde están mis hijos?

—Venga conmigo —dijo Barney—. Vamos a buscarlos.

—No es por las niñas.

—¿Por qué no? ¿Es que no quiere a las niñas?

—Luca es tan imaginativo y tan atrevido... La gente suele malinterpretar todo lo que hace.

Antes de que hubieran terminado de cruzar el patio, las dos niñas salieron a su encuentro, encantadas de ser portadoras de malas noticias. Luca se estaba portando fatal. Se había metido en el palomar. Y señalaron con el dedo el lugar.

Habían repuesto los conejos y las palomas en la *casetta* de Bernadino después del robo. La puerta solía estar siempre cerrada, pero Luca se las había ingeniado para escalar las paredes del interior hasta abrir una de las lamas. Entonces las palomas empezaron a escaparse. Les habían recortado solo una de las alas, así que consiguieron salir al exterior, una tras otra, y echaron a volar con valentía hacia el invernal cielo azul. Pero pronto comenzaron a arquearse hacia un lado y a girar como si fueran juguetes estropeados, hasta que finalmente comenzaron a caer al suelo temblorosas, intentando avanzar a trompicones. Luca las imitaba mientras aleteaban grotescamente en su pretensión de huir a campo abierto. Extendía los brazos como un idiota y pateaba la tierra con los pies.

—¡Luca! ¡Tu ropa! —exclamó la *signora*—. ¿Es que no escuchas lo que te dice tu madre?

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó Barney.

Luca se giró y entonces vio a Barney. De repente, se sintió aterrorizado.

—Quería volver locos a los pájaros —dijeron las niñas—. Nos dijo que podría hacer que se volvieran locos así.

Barney cogió a Luca por los codos y lo zarandeó una vez.

—Cretino.

La hija mayor se aferró a la mano de Barney y la más pequeña fue a abrazarse a su madre. Las dos se echaron a llorar al ver que aquellos preciosos pájaros se habían ido y que ahora estaban sueltos por el campo.

—Volverán a la hora de comer —les dijo Barney, que no estaba realmente segura de que fueran a hacerlo.

Luca iba tras las mujeres con gesto de rabia y abatimiento. La enorme *signorina* inglesa ni siquiera se volvió hacia él para comprobar si él iba detrás o no.

Cuando Barney consiguió meter a los cuatro en el interior de la casa y dejarlos con Gentilini, supo que Chiara había ido a cambiarse de vestido. Cesare estaba rodeado de gente, pero al verse lo suficientemente cerca de ella como para estar seguro de que podría oír sus palabras, dijo:

—*Brava*, Lavinia.

Cuando Barney se enteró de que entre las damas de honor de Cha estaría una de las chicas Capponi, otra de los Rucellai y otra de los Frescobaldi, y que no había forma de evitarlo, ya que las conocía de toda la vida, desde que nació, Barney le pidió que no contara con ella.

—Todas serán de la mitad de mi tamaño. Y no es que me importe ser tan alta: es solo que no quiero empequeñecer a la gente.

Al final las dos se vieron solo unos instantes después de la boda y se abrazaron en una de las grandes habitaciones de techumbre abuhardillada que daban a los campos invernales. Chiara se había quitado su sencillo vestido blanco, que ahora yacía abandonado en el suelo, y se había puesto otro de franela gris claro.

—A nadie le ha gustado mucho mi vestido, Barney. Me he dado cuenta de que les ha parecido horrible.

—Eso es porque no se lo puede poner nadie más. Solo tú. Te quedaba bien, y ya está.

—Nunca debemos distanciarnos, por favor —dijo Chiara entre lágrimas.

—Hablas como mi abuela —dijo Barney—. Vamos, sonríte: no vamos a distanciarnos. Lo tengo decidido.

—Por favor, dime si hay algo que desees o si hay algo en el mundo que yo pueda hacer por ti.

—Suénate la nariz —dijo Barney—. Pero, ya que me preguntas qué quiero, la verdad es que estaba pensando en que tu primo podría llevarme a cenar.

Chiara se quedó perpleja.

—Que yo sepa, nunca ha salido a cenar con nadie.

—Bueno, no importa —dijo Barney—. Ya me las arreglaré. Que Dios te bendiga, señora Rossi.

Se casaron y partieron rumbo a Misurina d'Ampezzo en el coche nuevo de segunda mano de Salvatore. El coche era un Fiat, porque la compañía automovilística acababa de poner en marcha un servicio de asistencia en carretera en caso de avería solo para los Fiat. A Chiara le sorprendió enormemente que Salvatore hubiera tomado una decisión tan práctica. Le sorprendió tanto como si de repente Cesare, por ejemplo, empezara a dejarse llevar por la imaginación. Por supuesto, Salvatore no podría ejercer como neurólogo sin ser esencialmente prudente y juicioso, pero hasta ese momento Chiara no había podido conocer ese aspecto de su personalidad. Por tanto, ahora se encontraba ante un pequeño problema, pues jamás se le había ocurrido que pudiera llegar a quererle aún más, y ahora, para asimilar esa nueva faceta de su carácter, su amor tendría que agrandarse y ella tendría que demostrar que, efectivamente, se había agrandado.

—Mi vestido no le ha gustado a nadie —dijo.

—¿Y qué más da? Te quedaba bien; a mí me ha encantado verte así.

—No te importa, ¿verdad?

—No, en absoluto.

—A mí tampoco.

Miró de reojo a aquel extraño. Parecía tranquilo, racional y previsible, y se dio cuenta de que nunca más volvería a ponerse histérico por ninguna nimiedad que ella pudiera hacer o decir en el futuro. Cuando llegaron a la habitación del hotel de esquí, que estaba revestida de madera como una caja de puros, y se quedaron solos, medio locos de alegría, ella empezó a quitarse el vestido gris y a contarle al mismo tiempo que, poco antes de casarse, no tenía ni idea de dónde ir a buscar la ropa para la ocasión, porque no sabía ir de compras. Pero que entonces se había presentado en Via Limbo una mujer no muy joven, más bien de mediana edad, pero de aspecto agradable, que les preguntó si ya lo tenían todo preparado, ya que, en caso contrario, ella podría encargarse del vestido de novia y tal vez también de algún otro vestido. Les dijo que trabajaba bien y que había aprendido en uno de los mejores talleres de moda.

—Nos sorprendió mucho, porque era muy pronto, y aún no habíamos puesto el anuncio del compromiso en el periódico.

—¿Y ella cómo lo sabía?

—Resultó que se lo había dicho su amante.

—¿Y él cómo se enteró?

—Nos contó que su amante estaba muy bien informado y que sabía todo lo que sucedía en la ciudad.

—¿Pero fue él quien le sugirió que fuera a verte?

—Sí, así es. Pensó que sería una buena manera de ganar un poco más de dinero. Nos dijo que él era siempre muy atento.

Salvatore se puso de pie.

—No vuelvas a ponerte ese vestido jamás.

Chiara, que había estado sacándose las mangas suavemente y como había que hacerlo, dándole la vuelta, sintió que se le paraba el corazón. Salvatore le arrancó entonces el vestido con tanta violencia que a ella le pareció que le quemaba las manos. Si por él hubiera sido, lo habría destrozado allí mismo, inmediatamente, pero la nueva máquina de Marta cosía las costuras con mucha fuerza y no resultaba fácil desgarrarlas. Pero Salvatore tenía manos fuertes y, con un agudo desgarrón, logró separar una de las mangas de la parte superior del cuerpo.

—¡Solo dime una cosa! —gritó él, muy sombrío y muy pálido—. ¿Fue su hermana con ella?

—¿Qué hermana?

Todo lo que Chiara fue capaz de comprender con absoluta claridad era que cuando salieron de Valsassina a él le gustaba su aspecto y ahora, en cambio, no. Se levantó dispuesta a ayudarle, no solo porque de repente no le gustara el vestido sino también por una especie de pasión salvaje que palpitaba en ella y que no permitiría que fuera él solo quien lo despedazara. Entre los dos comenzaron a tirar y a rasgar la delicada tela gris hasta hacerla jirones. Un montón de pequeños trozos de tela quedaron esparcidos por la alfombra.

—¿Qué hermana?

Salvatore la miró.

—Te sangra la mano.

—Ya lo sé. No me importa.

—¿Por qué no te importa?

—No me duele mucho.

—¿Por qué no te duele mucho? —le preguntó furioso.

Y entonces se dieron cuenta de que no podían bajar a cenar. Ella no tenía nada más que sus pantalones de esquí y unas prendas de punto, y habían visto en el comedor un cartel con indicaciones muy estrictas al respecto. No se admite ropa de esquí en el salón. Así que Salvatore tuvo que salir corriendo como alma en pena y enfrentarse a las ráfagas de nieve con el fin de encontrar alguna tienda que estuviera abierta y donde pudiera comprarle algo, cualquier cosa.

Una vez celebrada la boda, la Azienda di Turismo anunció finalmente que, definitivamente, La Ricordanza tendría que quedar abierta para los turistas a partir de la siguiente primavera. Podría visitarse ciertos días a la semana, y el incumplimiento de dicha medida implicaría que sus propietarios tendrían que pagar un impuesto mucho más elevado sobre la *ricchezza mobile*, sobre sus propiedades privadas y sobre la granja de la familia, además de una multa por incumplimiento en el desempeño de sus deberes básicos como ciudadanos. Hasta cierto punto, aquello era todo un ejercicio imaginativo. Cada año, las autoridades publicaban unas listas en las que aparecían los ingresos declarados de las principales familias de Florencia junto a una estimación oficial de su patrimonio real. Estas cifras aparecían contabilizadas en dos columnas paralelas, y en la de la derecha se incluían los depósitos bancarios, que no solían declararse, y los dos juegos de libros de contabilidad, oficial y en negro, que llevaban todas las empresas. De aquellas listas, los únicos que podrían salvarse, tal vez, eran los Ridolfi: dada su escasa conexión con la realidad, lo más probable era que sus ingresos no fueran mucho más elevados de lo que declaraban. Por otro lado, la Azienda di Turismo ni se habría molestado en acordarse de ninguna Ricordanza si aquel no hubiera sido el año de la enfermedad de los cipreses, que dejó patente el hecho de que la mayoría de las villas antiguas de los alrededores estaban en una condición absolutamente impresentable. En las afueras de Florencia, y durante kilómetros y kilómetros a la redonda, se podía ver cómo aquellos grandes árboles languidecían y se curvaban como escobillas. Pero en La Ricordanza no había cipreses, y no se sabía que sus limoneros o sus rosales tuvieran ninguna enfermedad.

No habría subvenciones para la rehabilitación. Giancarlo había dado por hecho que no las habría, y estaba en lo cierto. Hizo saber a las autoridades que las dependencias se hallaban en un estado lamentable, y que las escaleras del jardín, en concreto la escalera cubierta de hierba de los enanos, constituían un auténtico peligro. Robiglio, el subdirector de Turismo, desestimó la objeción sin más. Las agencias de viaje se harían cargo de los accidentes que pudieran ocurrir fuera del edificio, y los grupos estarían cubiertos por el seguro del paquete vacacional. Por otro lado, el recorrido por la casa sería tan solo de veinte minutos, así que casi no les daría tiempo a hacerse daño, y después se llevarían a los turistas a toda prisa a tomar el té al campo de golf de Ugolino.

—Será un lugar excelente para los niños —añadió Robiglio sin ningún entusiasmo.

—Por supuesto —dijo Giancarlo—. Siempre que pueda usted encontrar niños que no se tropiecen ni se caigan al suelo.

—Todavía tenemos que añadir una página más al folleto y una fotografía. En esa página añadida tiene que venir resumida la leyenda de La Ricordanza. Pero, desgraciadamente, me temo que tal y como está redactada, esa historia no nos sirve de nada. Así no resultará atractiva para los turistas.

—Necesitaría un poco de tiempo para pensar en ello. En la familia nadie escribe demasiado bien.

Pensó en Chiara, que escribía mal en cuatro idiomas, y después en Cesare.

—Puedo mandarles un redactor, no se preocupe por eso —dijo Robiglio—. Se le va a pagar bien, y la Azienda puede concretar un encuentro con el redactor en cuanto a usted le parezca conveniente. En realidad, solo necesitamos su aprobación. Y no olvide que se trata de ficción, no de historia.

Giancarlo no le dedicó mucho tiempo al asunto en un primer momento, pero luego la idea comenzó a rondarle la cabeza. «¿Qué es lo que pienso realmente de la historia? —se preguntaba—. Ni siquiera sé si la versión que tenemos es la correcta. Aunque... no, el problema no está ahí. La versión correcta probablemente contaría la verdad, y una leyenda no tiene por qué ser verdad, es otra cosa. Por otro lado, hay algo, una parte de la leyenda, que tuvo que haber sucedido realmente, porque ahí están las cartas de la Biblioteca Nazionale. Ahora toda la historia va a cambiarse en pro del turismo. Y me pregunto, ¿debería importarme lo más mínimo si se alterara para agradarme a mí?»

Había llegado el momento de pedirle consejo a la familia. Chiara (qué extraño resultaba, ahora que había vuelto, llamar a aquel piso en el que vivía y preguntar por ella, como si fuera solo una vieja conocida, mientras él seguía en su casa, donde ella ya no vivía ni viviría nunca más. ¡Aquello era incomprensible!), Chiara se mostró conmovedoramente dispuesta a ayudarlo, pero le dijo que se temía no ser de mucha utilidad.

En una ocasión, cuando era muy pequeñita, antes de la guerra, pasó todo un día en La Ricordanza con su padre. Giancarlo estaba aún bajo arresto domiciliario y tuvieron que ir a visitar la finca con dos hombres de la Questura, que luego se fueron a comer algo con el jardinero y Giannina. La tía Mad no estaba allí. Lo único que hicieron en todo el día fue pasear por los jardines. Pero lo que para Giancarlo era pasear, para Chiara, a su edad, era ir corriendo. Le resultaba muy difícil subir y bajar las escaleras de hierba, y simplemente le parecía imposible subir los peldaños gigantes. Durante aquel verano, Chiara tuvo el tamaño perfecto para volver a adentrarse en el pasado. El conde lo había organizado todo con una meticulosidad inusual en él, ya que creía que esa podría ser la última vez para Chiara.

Después de la guerra, al comienzo de la Reconstrucción, cuando Chiara no había cumplido aún los doce años, hubo una fiesta nocturna en La Ricordanza. Realmente, la fiesta era de y para Annunziata, para celebrar la retirada gradual de los evacuados, de los refugiados y de los partisanos, que habían empezado a desaparecer de las distintas dependencias de la casa, para celebrar que se estuvieran llevando los

cadáveres que estaban bajo los rosales y que estuvieran desenterrando los barriles de petróleo que habían escondido bajo las tumbas de la capilla, aunque se suponía que allí no había ninguna tumba. Hubo vino, no comida, y pusieron luces en el jardín, donde los inmensos rosales crecían desordenadamente. Chiara, pequeña y delgada, todavía tan lisa como una tabla, llevaba un vestido negro porque habían matado a su tío y su tía había muerto. Iba de un grupo a otro y, al verla, los mayores dejaban de hablar y le dedicaban unas palabras cariñosas. Escalofríos emocionados le recorrían el cuerpo, de la cabeza a los pies, al darse cuenta de lo que emanaba, como el perfume de las rosas, de aquellos seres que se conocían bien entre sí o solo a medias, que vestían de forma diferente y que hablaban y se comportaban de manera diferente a como solían hacerlo un día normal de su vida diaria. Las mujeres estaban encantadas y se habían maquillado, y los hombres, que no podían hacerlo, lo compensaban con un esfuerzo suplementario, como si se vieran obligados a divertirse a toda costa so pena de hundirse en un agujero que fuera a abrirse a sus pies. Siempre deseosa de aprender y escuchar atentamente las conversaciones de los mayores, Chiara empezó a darse cuenta de que en todas ellas había algún tipo de comentario poco amable acerca de otras personas que estaban presentes en la misma fiesta pero a cierta distancia, de modo que no podían escuchar lo que se estaba diciendo de ellas. Las maledicencias aumentaban a medida que avanzaba la noche. Semejante crueldad desencadenaba ataques de risa y una especie de excitante embriaguez. El jardín quedaba así dividido no solo en zonas iluminadas por la luna y zonas de penumbra, sino también en áreas de riesgo y áreas de seguridad, por las que los invitados iban desplazándose, de un lado a otro, a medida que entraban o salían o se quedaban al amparo de la música para escuchar o no lo que se estaba diciendo de ellos.

Después de haber llevado a Salvatore por la *limonaia* y de haber hecho el amor con él en aquel enorme dormitorio, llegó a pensar que en el futuro sentiría algo distinto por La Ricordanza y que empezaría a recordar aquel lugar con ternura y emoción sentimental, tal y como se supone que tiene que pensar uno de los lugares donde ha transcurrido su infancia. Sin embargo, nada parecía haber cambiado, y solo tenía que cerrar los ojos para poder ver a la desdichada Gemma, la coja, avanzando a trompicones por las escaleras de hierba.

—¿Y si nos olvidamos de todo eso? —dijo—. Podríamos librarnos de ese tema, ¿no te parece?

—Y tu marido, ¿qué opina? —preguntó Giancarlo con bastante frialdad.

Salvatore debía de haber entrado en la sala mientras ella hablaba y le había quitado el teléfono. De modo que hubo que repetirlo todo una vez más.

—Te lo estoy contando como se lo contaría a cualquier otro miembro de la familia —dijo Giancarlo.

—Toda esa historia no es más que una superstición —le respondió Salvatore—. De modo que no tengo ninguna opinión al respecto. Ninguna en absoluto. Las supersticiones aluden a cosas que no existen y no se puede tener una opinión sobre

cosas que no existen. Pregúnteme cualquier cosa, cualquier otra cosa. Por favor, no se quede con la impresión de que me estoy callando algo. Puede estar usted seguro de que le contestaré siempre con total franqueza.

A Giancarlo le habría gustado preguntarle cuáles eran sus ideas con respecto al matrimonio, pero era consciente de que aquel no era el momento más adecuado para planteárselo; ni ese momento ni ningún otro.

Cesare, como siempre, supo escucharle. En su opinión, aunque Turismo no aportara nada de nada, aquello les ofrecía la posibilidad de pedir un préstamo bancario para reemplazar las escaleras de hierba, que, en su opinión, no podían ser previas al siglo XVIII.

Maddalena se oponía a cualquier cambio.

Giancarlo se lo consultó también al profesor Pulci, en gran medida porque había vuelto a verlo en la boda, después de tantísimo tiempo sin verse. El profesor respondió desde Londres: «No puedo saber por tu carta si el asunto es muy serio o no. Deduzco que si te estás dirigiendo a mí es con motivo de mi anterior trabajo sobre el mito como justificación, una teoría de la que ahora reniego y que considero totalmente errónea, aunque tal vez me esté dando demasiada importancia a mí mismo al dar por hecho, mi viejo amigo, que recuerdes alguno de mis libros. Los materiales de La Ricordanza, estatuas incluidas, demuestran que en un momento indeterminado de la historia una rama de tu familia tenía un gran corazón pero se comportaba de un modo completamente absurdo, y solía equivocarse al poner en práctica sus buenas intenciones, llevándolas a extremos grotescos. Naturalmente, todo esto pudo perfectamente haber ocurrido así entonces y puede estar ocurriendo también ahora. Esa historia solamente es un ejemplo. Estoy enfocando todo el asunto desde el punto de vista más trivial. Sin embargo, si lo que me preguntas es si el carácter de una familia y hasta su prosperidad en general podría mejorar o empeorar por el hecho de que a alguien se le permita bromear con lo que constituye la definición básica del grupo familiar a través del mito, entonces creo que mi respuesta puede sorprenderte. Porque es que sí. Hace treinta años nadie de nosotros creía ni en la magia ni en los milagros, pero hoy comprendo que tanto una cosa como la otra han conseguido sobrevivir muy bien sin necesidad de que creyéramos en ellas. Por tanto, me siento inclinado a decirte que dejéis la historia en paz».

En lo que respecta a Beppino Gondi, Giancarlo estaba decidido a no consultarle nada en absoluto. Y debió de ser una verdadera casualidad que monseñor iniciara su habitual llamada de control desde Roma preguntándole:

—¿Te acuerdas de Luigi Capponi?

Giancarlo no se acordaba. De modo que tuvo que escuchar cómo Gondi le recordaba apresuradamente que Capponi era un novelista muy conocido y un verdadero devoto del cine.

—Lo conociste el año pasado en una de mis *conversazione*.

—¿Era milanés?

—Sí, sí. Pues ahora tiene la idea (que dependerá del apoyo financiero que pueda conseguir, por supuesto) de escribir un guión basado en La Ricordanza.

—Me sorprende que encuentre en ese tema el más mínimo interés.

—¿Te acuerdas ahora de quién se trata?

—Sí. Y por eso estoy tan sorprendido.

—Bueno, ya sabes, la chica mutilada, entiéndeme, mutilada por tu familia... La niña mutilada del pueblo. Eso es lo que le interesa. Capponi, por supuesto, es comunista, pero presumo de ejercer cierta influencia sobre él y tengo la impresión de que podría conseguir que le diera a tan trágica historia un tinte más cristiano, al estilo de Pasolini.

—Pues será mejor que te des prisa —le dijo Giancarlo— o la historia dejará de ser trágica.

Gondi no entendió lo que quería decir, pero era demasiado orgulloso como para pedir que se lo explicara.

Mientras tanto, el subdirector de Turismo no podía esperar más. Estaba impaciente por mandar el folleto a imprenta. El conde dio por hecho que Robiglio elegiría para reelaborar la leyenda a un escritor o a un periodista relacionado con su familia o con la familia de su mujer o, en su defecto, a alguien que no fuera escritor en absoluto pero a quien le debiera algún favor o dinero. Sin embargo, nunca se descubrió qué relación podía haber, si es que había alguna, entre Robiglio y la *signorina* Monti. Ella era periodista; escribía en la página femenina del *Nazione* y, como a ella misma le gustaba puntualizar, estaba acostumbrada a solucionar cualquier tipo de problema con suma rapidez. Se presentó en el piso de Via Limbo a las nueve de la mañana, llevando gafas de sol, y rechazó de inmediato cualquier gesto de cortesía o amabilidad. El conde experimentó una deliciosa sensación de alivio al descubrir que la persona que iba a tomar una decisión por él no era ni su hermana ni el hermano de su difunta cuñada. ¿Acaso no es una obligación natural de los más débiles seguir a los más fuertes?

—Tengo plena confianza en usted, *dottorressa* —dijo el conde.

—¿Cree que va a ser un trabajo fácil?

—No, en absoluto. De hecho, tengo la impresión de que, a pesar de todo lo que se nos ha prometido después de la guerra, el periodismo sigue sin ser una profesión fácil para una mujer.

—Probablemente esté usted en lo cierto —dijo la *signorina* Monti—. Ni yo misma puedo permitirme el lujo de fiarme de las apariencias.

Giancarlo comprendió que se merecía una respuesta semejante, pero, en cualquier caso, dejó de sentir esa cordialidad inicial hacia la *signorina* Monti.

Ella comenzó:

—Conozco la historia en cuestión, por supuesto. Llevó casi dos años viviendo aquí, en Florencia. Cuando llegué, me pareció fundamental empezar a familiarizarme con todos los aspectos de la ciudad, incluso con los más triviales. Y Robiglio tiene

razón: la historia, tal como está, no funciona. ¿Seguro que no hay ninguna tumba?

—Antes había una pequeña capilla familiar. De hecho, todavía existe, pero lleva años cerrada.

—¿Y no se enterró allí a nadie de la familia?

—Me temo que no, lo siento mucho. Me temo que nunca se les ocurrió...

—Las tumbas constituyen la atracción principal para el turismo internacional. En Verona da lo mismo que la tumba de Julieta sea un viejo abrevadero para caballos. Y sabrá que cuando el Cementerio Protestante de Roma está cerrado, siempre se puede recurrir a la ventanita que se ha abierto adrede en la pared para que la gente vea desde allí la tumba de Keats. ¿Entonces me dice que no hay ninguna tumba en la casa?

Giancarlo le contó que la pequeña *contessina* fue enterrada en la cripta de Santa Maria a Quarto, como casi todos los miembros de la familia.

—Pero no es ella la que me interesa —dijo la *signorina* Monti con cierta impaciencia—. Es la otra, la que se quedó sin piernas.

—Si es que existió...

—Entonces no tiene ni idea de dónde la enterraron. No tenía dónde caerse muerta. Digamos que la compraron, más o menos. Sin autorización alguna. Y jamás pensaron que mereciera la pena dejar constancia de dónde descansaba. Estoy segura de que las tumbas de los perros tenían sus nombres sobre la lápida. Y hasta las de los pájaros. Pero no se preocupe, señor conde. He tenido que vérmelas con historias mucho peores que esta.

En la «versión Monti» de la historia, Gemma da Terracina consiguió sortear el trágico final que el destino le tenía reservado huyendo de La Ricordanza. Escaló el muro saltando por un punto que, casualidades de la vida, quedaba maravillosamente situado en frente de un área de descanso que había al otro lado de la carretera, de modo que los turistas podrían hacer desde allí todas las fotografías que quisieran, cómodamente sentados en el autobús. La misma versión explicaba también que todo el mundo había querido muchísimo a Gemma. Las estatuas de los enanos que miraban al exterior velaban por ella sin descanso, con una mirada de tremendo pesar en los ojos; las que miraban hacia el interior, por el contrario, esperaban con impaciencia el momento en que pudieran darle la noticia a la pequeña *contessina*.

—Para reírse a carcajadas al ver su cara de chasco, supongo —dijo Giancarlo.

Robiglio aprobó las modificaciones, pero dudó un tanto a la hora de decidir si aquel lugar era el más adecuado para situar la huida de Gemma. La zona de descanso no era muy amplia: solo cabían tres vehículos pequeños o dos grandes, y una vez se les permite a los turistas bajar del autobús para hacer fotos, luego es imposible recogerlos a todos otra vez. Pero la historia en sí le gustaba: era atractiva y tenía una atmósfera perfecta, y pensaba que tenía chispa. Antes de enviarlo a la imprenta, añadió un colofón: «Fue así como las “buenas intenciones” de los Ridolfi se vieron frustradas. A partir de entonces llamaron a su casa La Ricordanza, a modo de recordatorio o aviso de su propia locura».

Salvatore sabía que estaba más obligado que nunca a defenderse de los implacables ataques que iba a recibir si quería conservar el poco terreno que había ganado. Aquellos ataques provenían sobre todo, aunque no únicamente, de las mujeres.

El más irritante de todos aquellos ataques era tal vez el de su madre. Recientemente, Salvatore había descubierto que en la boda se había echado a llorar a lágrima viva mientras le iba contando a todos que, aunque su hijo hubiera buscado una esposa por el mundo entero, no habría podido hacer una elección mejor. No tenía razón alguna para afirmar semejante cosa, y Salvatore no alcanzaba a imaginar por qué había dicho aquello. Mediante aquella táctica de repetir una y otra vez que cuando su hijo tomó la decisión de casarse debió de pensar en primer lugar y ante todo en su anciana madre, le estaba privando, con una especie de movimiento instintivo envolvente y acaparador, de su propia independencia. La ingratitud hacia aquellos que nos han dado la vida es todo un lujo, y Salvatore pensaba que se lo habían arrebatado. Marta, por su parte, no se había echado a llorar, pero había aprovechado la oportunidad para hacerse con otras doscientas mil liras. Y luego estaba Giulia Gentilini, que se negaba a admitir, a pesar de las evidencias, que fuera un maleducado y una persona impredecible. Chiara era la única que no participaba en aquella gran conspiración. Por más enfrentamientos que tuvieran, entre ellos nunca habría nada que perdonar.

«¿Qué es todo eso de la felicidad? —se preguntaba—. En Mazzata nunca hablábamos de esas cosas».

Se mudaron a un piso muy alejado del centro, en Via Emilio Münz 261. Tenían dos habitaciones, una *cucinetta* y una ducha. El agente inmobiliario les dijo que era *luminoso* y, a su manera, tratándose de una cuarta planta, tenía tanta luz como el de Via Limbo, pero mientras se lo estaba enseñando fue bastante difícil evitar que unos tropezaran con otros. Chiara dispersó sus ropas y sus cosas por todas partes y de inmediato se sintió como en su propia casa. Tenía una idea muy turbia del paso del tiempo, y no era el tipo de persona a la que le duran mucho los relojes, aunque afortunadamente podía oír el *tocco* de la campana de la escuela infantil que había al otro lado de la calle. Salvatore era puntual, pero muy impaciente. El ascensor de su bloque se estropeaba con frecuencia, y en vez de esperar y averiguar si funcionaba o no, prefería utilizar sin más las escaleras. Poco después, a una altura de cuatro pisos, ella oía el motor de la vespa, de la que Salvatore no se había deshecho, que comenzaba a rugir, se aplacaba un poco, volvía a bramar de nuevo y, finalmente, desaparecía de repente cuando él doblaba la esquina hacia el sur, en dirección al Hospital S. Agostino.

Correr escaleras abajo, e incluso escaleras arriba, era un simple antídoto contra la rabia. Aquel piso era todo lo que Salvatore podía permitirse por el momento. Seguía disponiendo del dinero que había recibido tras la venta de sus tierras, pero aún no le habían concedido la hipoteca del hospital al 2,5% sobre el 100% en la que tanto había confiado y en la que, de hecho, seguía confiando, ya que tenía derecho a ella por contrato.

—He ido a verles una y otra vez —le dijo a Gentilini—. ¿Qué les pasa? ¿En qué se basan para no concedérmela?

Gentilini le recordó a Salvatore que tal vez sus pacientes lo quisieran y lo respetaran enormemente, pero que no sucedía lo mismo con los miembros del comité económico del S. Agostino, ni tampoco con el gerente, por cierto, que previamente había sido el subgerente.

—No le hizo ninguna gracia todo aquello de la tumba de esa mujer en el cementerio de Rifredi. Tampoco le gustó tener que escuchar tus opiniones sobre los *contadini* y el efecto que tendría el pan del mercado en su dieta. Después de todo, no eres especialista en nutrición.

—Él tampoco. Es imposible que tenga un comportamiento tan infantil. Debe ser consciente de su propia ignorancia.

—Pero no ignora cómo dirigir un comité —dijo Gentilini—. En cualquier caso, el piso en el que estáis es perfecto para una pareja joven sin hijos. A Giulia le habría encantado tener algo así cuando nos casamos.

—Dios mío, ¿acaso crees que quiero para Chiara una vida como la de Giulia?

—¿Tu mujer se ha quejado del piso? —le preguntó Gentilini secamente.

—No quiero preguntarle lo que piensa.

—Eso me parece absurdo. El matrimonio significa que podéis discutir libremente sobre cualquier tema, y se me ocurre que, ante todo, deberías poder hablar del lugar en el que vais a vivir.

—Comprenderás que no quiero ponerle límites a Chiara de ninguna manera. Es todavía muy joven: quizá quiera seguir estudiando y, por supuesto, yo no le pondré ninguna objeción. Ninguna en absoluto. Se trate de lo que se trate. Podría matricularse en la universidad este otoño.

—Mira cómo son las cosas, Giulia tiene el título oficial de enfermera. Pero no puede trabajar hasta que los niños sean mayores.

Caminaban en silencio (todavía seguían frecuentando el Caffé Voltaire) y entonces Salvatore preguntó:

—¿Te ha dado la impresión de que estaba criticando tu forma de vida y, sobre todo, la de tu mujer?

—Sí —dijo Gentilini.

Chiara y Salvatore discutían de vez en cuando, pero no con tanto entusiasmo como cuando hacían el amor. Chiara no estaba especialmente dotada para la discusión y le resultaba muy difícil entender cómo se hacía; y a Salvatore, en realidad, le pasaba lo mismo, ya que su enfado era básicamente consigo mismo y, por tanto, tenía siempre las de perder. Cuando los dos destrozaron juntos el vestido gris en aquel hotel, apenas sabían si estaban apoyándose mutuamente o si, por el contrario, se estaban peleando. Chiara no se asustaba cuando afloraba el mal genio de Salvatore, más bien dejaba que la imprudencia se apoderara de ella, como cuando conducía por la ciudad. Y, a decir verdad, los dos se conocían tan poco y disponían de tan pocos recuerdos en común (el concierto, la *limonaia*, la boda) que siempre tenían que utilizar las mismas escenas, tanto para atacarse como para defenderse. Se amaban hasta el dolor y apenas soportaban tener que separarse cada mañana. La cama era un poco estrecha, así que cuando se enfadaban resultaba imposible permanecer mucho tiempo tumbado de espaldas o manteniendo unos centímetros de distancia a modo de gesto hostil. Aquello conducía inevitablemente a treguas y reconciliaciones, por otra parte muy fáciles de alcanzar. Aquella cama procedía de Valsassina. Estaba hecha de madera de nogal y era un mueble rústico muy antiguo. Chiara se había acordado de que aquella cama estaba en una de las habitaciones de arriba y, decidida a convertirse en una mujer práctica, pidió que se la llevaran a Florencia. Y Cesare había dicho que le parecía bien. Podía llevarse lo que quisiera.

Salvatore y Chiara nunca se peleaban dos veces por el mismo asunto. Cada discusión, una vez concluida, quedaba grabada en su memoria como en un libro de historia de la escuela. En esos libros siempre aparecen tres o cuatro motivos por los que comienza una guerra o un conflicto y, a continuación, tres o cuatro consecuencias que hay que aprender de memoria. Habrían transcurrido unas ocho semanas, o tal vez más, antes de que empezaran a pelearse en público.

Aquella primavera el profesor Pulci celebró una cena. Lo hizo solo porque se dio la circunstancia de que estaba pasando una temporada en Bellosguardo, en una casa de campo propiedad del Instituto Hodgkiss. La Fundación Hodgkiss para las Bellas Artes había construido aquella casa dos años atrás para alojar en ella a los directores de sus cursos, aunque el propio Instituto se encontraba abajo, en la ciudad, de modo que el profesor tenía que viajar hasta Florencia todos los días y cambiar de autobús en Porto Romano. En Hodgkiss se sentían enormemente orgullosos de contar con Pulci, que había sido lo suficientemente esquivo, y ahora era lo suficientemente viejo como para que se le pudiera empezar a considerar un hombre mítico.

Aunque el profesor era muy hospitalario —siempre que se tomara la molestia de querer serlo—, la cena obedeció enteramente a las circunstancias concretas de su situación. Al verse viviendo temporalmente en una casa enorme que disponía de cocinero, se dejó llevar por la idea de recibir invitados a cenar.

—Ejercerá usted de anfitriona —le dijo a Maddalena, a quien estimaba verdaderamente, puesto que era hermana de su hermano.

Y, una vez decidido aquello, él ya no tendría nada más de lo que preocuparse.

Le dijo que invitara a Giancarlo, a Chiara y a su marido, a Cesare, si es que era posible sacarlo de Valsassina, y a un joven historiador inglés, Burton Murray, o tal vez fuera Murray Burton, que venía con una carta de recomendación del Instituto.

—¿A qué se dedica? —preguntó Maddalena.

—Está empezando su tesis doctoral, o puede que la esté terminando. Lo más seguro es que no se quede mucho tiempo por aquí.

—Bueno, pues con él seremos siete —dijo Maddalena—. Y no ha invitado a ninguno de los estadounidenses.

—Ellos me ven todos los días —dijo Pulci.

Maddalena le indicó que solo habría dos mujeres y que, salvo Burton (o Murray), todos los invitados serían de la familia, lo cual podría resultarle un poco incómodo. Pulci dijo que, en ese caso, invitaría también a Mimi Limentani.

—¿Por qué ha pensado en ella? Habría jurado que no se veían ustedes más que de año en año.

—Ha estado asistiendo a mis conferencias, a los cursos abiertos al público, y después suele acercarse a hablar conmigo. En una ocasión le pregunté a la secretaria quién era, y me dijo que era una mujer muy bondadosa, una buena mujer que hacía buenas obras.

Maddalena no podía negárselo, aunque tenía la sensación de que en ese momento el profesor estaba hablando por hablar y que, en realidad, su mente se encontraba ya

con sus estudiantes en la sala donde impartía el seminario y que daba a la gran explanada verde del Giardino dei Semplici. De lo contrario, difícilmente habría llegado a la conclusión de que la bondad pudiera constituir un motivo válido para invitar a alguien a cenar.

A pesar de que aquel mes de abril estaba siendo muy húmedo, habían transcurrido ya veinticuatro horas sin que cayera una sola gota, así que la noche en que se celebró la cena la atmósfera estaba especialmente limpia.

La Villa Hodgkiss había sido construida en una ladera de la zona oriental de Bellosguardo, frente a Via S. Maria Marignolle. Aunque se había encargado para que simbolizara todo lo que había de nuevo y excepcional en la reconstrucción italiana de la posguerra, la casa contaba aún con una terraza bastante grande cubierta de baldosas de terracota esmaltada y estaba orientada hacia el norte, en dirección a Florencia, y tenía una de las vistas más amplias e intrascendentes de la Tierra.

—¡Como una postal! —exclamó Mimi Limentani con gran satisfacción.

El joven Burton, que había llegado puntualmente, bien vestido y lleno de expectativas, esperando conseguir algo a lo largo de la noche, permanecía un tanto inquieto a su lado. El río resplandecía, las blanquecinas nevaduras del Duomo se distinguían claramente desde allí, y los cipreses se repartían en constante ascenso por la colina de Arcetri.

—Imagine tener algo así al mirar por la ventana —dijo—. Imagine tener este paisaje ante los ojos cada vez que quiera vaciar los ceniceros.

Burton la miró con cierta consternación.

—Usted tiene que haberlo visto tantas veces...

—Todos los días, pero nunca es demasiado.

—No sigas hablándole de las vistas, Mimi —gritó Maddalena desde el fondo del salón, y su voz se expandió por la vibrante atmósfera vespertina—. El *signor* Murray es historiador del arte.

No estaban solos en la terraza. Un niño pequeño y una niña más pequeña aún jugaban a su lado. Afortunadamente, carecían de esa frenética imaginación que habría hecho de cualquier niño inglés obligado a permanecer confinado en ese espacio un verdadero peligro. La niña llevaba un delantal y el niño seguía con su babi del colegio, y ambos circulaban lentamente en sus minúsculos triciclos, contando los cuadrados rojos y negros de las baldosas.

—¿Cuántos hay? —les preguntó Burton en italiano.

—Doscientos cincuenta y seis.

—¿Y cuántos suele haber normalmente? —Sonrió, para hacerles ver que también él esperaba una sonrisa.

La niña lo miró con paciencia.

—Siempre hay los mismos.

—¡Angelitos! —exclamó Mimi—. ¿De dónde han salido estos angelitos?

Burton esperaba que nadie deseara dominarlo ni aprovecharse de su situación. Tenía la susceptibilidad de los que están aprendiendo a poner a los grandes maestros en su sitio. Una vez dentro, las cosas empezaron a ir mejor. Maddalena se encargó de presentárselo, esta vez con su nombre auténtico, a un médico muy atractivo aunque con un semblante bastante peligroso o desafiante, y a la *dottoressa*, que parecía hija del conde aunque tenía un aspecto demasiado juvenil para serlo; y luego estaba la tía Ridolfi, que parecía más vieja que Matusalén. Le dio la impresión de que estaban esperando a alguien, pero el tiempo fue pasando y el profesor no mostraba ni ansiedad ni preocupación. Nadie consultó su reloj, aunque podría deberse a que tal vez no llevaran. La cocinera apareció acompañada de su marido, que se había puesto una chaqueta blanca, y les ofreció unos Camparis. Resultó que el niño y la niña que estaban en la terraza eran sus hijos, y la cocinera se los llevó de allí, cargando con los dos triciclos debajo de los brazos.

—Es estupendo volver a ver a alguien de Londres —le dijo Chiara a Burton.

Su tono de voz era tan dulce y a la vez tan entusiasta que logró que su observación pareciera razonable.

—¿Conoce bien Londres, *contessina*?

—No, en absoluto. Solo conozco Carlisle Gardens —añadió.

Burton se volvió ligeramente hacia el doctor Rossi.

—¿Eso no está cerca de Harrods?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —preguntó Salvatore—. No he salido de Italia en toda mi vida.

Le había hablado en italiano, por lo que ahora Burton le respondía en esa lengua.

—Lo siento, no quise decir...

—¿Por qué ha dado por hecho que he estado en Londres?

—No he dado nada por hecho. Pero supongo que casi todo el mundo termina por ir antes o después.

Burton pensó que era muy injusto tener que enfrentarse a un hombre que parecía incluso más dispuesto que él a ofenderse por cualquier cosa. Pero la oscura mirada del doctor se transformó de repente en una sonrisa que a Burton le pareció tan irresistible como a todos los invitados que en ese momento estaban en la sala.

—Cuando no estoy trabajando, no siempre pienso antes de hablar —dijo Salvatore—. Es un defecto que tendrá que perdonarme.

En ese momento sonó el teléfono, y la tía Ridolfi fue a cogerlo. Cesare llegaría en menos de media hora. No parecía haber ninguna posibilidad de que fueran a servir bebidas más fuertes, de modo que tendrían que enfrentarse a todo aquello con un Campari. El conde se acercó a Burton y le preguntó si pensaba que la guerra había acabado con el concepto inglés del juego limpio.

—Lo que quiero decir es que si en su día esa idea, en una de sus acepciones, se exportó a los Estados Unidos con el fin de sentar las bases de su Constitución, ahora que ya no ejercen tanta influencia en América, los principios de lo anglosajón

deberían ser reemplazados por cualquier otra cosa. Digamos que por la actitud italiana, por ejemplo, que, en mi opinión, es de un fatalismo puro y completo.

—No consigo entenderlo, señor —dijo Burton—. Si un gobierno fuera fatalista, imagino que no se preocuparía por tomar ninguna medida de cara al futuro.

—Al contrario —dijo el conde—. Cualquier situación se consideraría como un hipotético desastre.

Maddalena los separó con la máxima discreción:

—Sé que apenas hay mujeres en esta habitación —comentó—. Pero, aunque las hubiera, los hombres siempre encontrarían la manera de aislarse y conversar a solas unos con otros.

—Eso no es del todo cierto —dijo Giancarlo—. Si tuviera la oportunidad, yo me pasaría el día hablando exclusivamente con mujeres. Por cierto, Pulci y yo estábamos hablando hace un momento de la infusión de manzanilla y de la forma en que debe prepararse.

Burton, al ver que por fin tenía la oportunidad de hablar con el profesor y de causarle una buena impresión, le preguntó si sabía quién se había encargado del diseño de la casa.

—Pues no lo sé... —dijo Pulci—. Tendría que ir a preguntarlo a Hodgkiss.

—Quiquiera que fuese, tuvo que enfrentarse al reto de construir sobre un terreno en pendiente —continuó Burton—. Aunque eso le sucede a todo el que se plantee edificar en una población situada en una colina.

Mimi le preguntó si no le gustaría salir a la terraza de nuevo, ahora que se estaban encendiendo las luces de la ciudad. Maddalena pensó que deberían empezar a cenar. Y Giancarlo se llevó a un lado al joven Burton y le pidió en voz baja que le ayudara un instante:

—Si me permitiera apoyarme en su brazo un momento...

Aquella petición no era, aunque podría haberlo sido, una extravagancia propia de la vejez. La Villa Hodgkiss constituía todo un ejercicio arquitectónico de espacios divididos en niveles. Tal vez sus propietarios habían pretendido poner de manifiesto las innumerables alturas que una misma casa podía llegar a tener. La sala de estar, por ejemplo, se distribuía en distintas secciones, algunas de ellas casi aisladas y demasiado pequeñas para dar cabida a algo más que a una mesa de café. Quedaban conectadas entre sí por pequeños tramos de escaleras perfectamente pulidas, y dos de esos tramos parecían no conducir a ningún sitio o, más bien, parecían conducir a unas puertas de cristal que no se abrían nunca. El conde se enfrentaba a todo aquello como si asistiera a un curso básico de esquí, y se valía para ello de la amable ayuda de Burton. Los invitados comenzaron a descender con cuidado; las tres mujeres, con sus tacones altos, negociaban cada escalón con la habilidad de unas bailarinas. Solo pudieron ver la zona del comedor cuando ya habían llegado abajo del todo, después de haber doblado una esquina. En el centro estaba situada la mesa (en realidad, clavada). Era redonda, de mármol verde pálido, y sobre ella se adivinaban las formas

de doce platos, doce cuchillos y doce tenedores que habían sido dibujadas en la superficie con unos mosaicos de un verde más oscuro. En una noche como aquella, en la que solo iban a cenar ocho personas, era imposible hacer que los platos, los cuchillos y los tenedores reales se ajustaran a sus imágenes plasmadas en piedra verde. Probablemente el Instituto no había querido discutir aquella ocurrencia con el arquitecto, que se había reservado el derecho a diseñar todo el mobiliario, buena parte de él inamovible. Por otro lado, no había previsto ningún lugar para las cucharas, que siempre parecerían unas intrusas en la mesa.

Después de mucha práctica, se podría hablar de siglos de práctica, aquellos florentinos habían aprendido a comportarse de una manera muy agradable. Dado que Cesare iba a llegar tarde, que el yerno se consideraba un individuo peligroso y que el visitante inglés seguía con su tendencia a sentirse ofendido, todos se esforzaron enormemente para conseguir que las cosas fluyeran, que la velada transcurriera de manera pacífica y que nadie tuviera que arrepentirse de haber pasado aquellas embriagadoras y largas horas nocturnas en compañía. Las frases que se habían iniciado en inglés pasaban al italiano y, sin que hubieran concluido aún, volvían de nuevo al inglés para que Salvatore no se sintiera aislado o en desventaja en ningún momento. Trataron todos los temas con cierta pasión aunque también, por así decirlo, sin ponerle especial interés, de modo que si a alguien le resultaba tedioso un tema concreto, aunque fuera un solo instante, podía apartarse cortésmente a un lado hasta que le llegara su turno de nuevo. El conde no volvió a hacer alusión alguna a la idea inglesa del juego limpio, pero relató uno o dos recuerdos personales. Les habló de un movimiento filosófico muy comentado, aunque no durante mucho tiempo, en su juventud: el lorianismo^[23]. Una doctrina que sostenía que cuanto más tiempo vivieran las personas en espacios situados por encima del nivel del mar, más estricta sería su moral. Naturalmente, una idea semejante solo podría demostrarse a partir de pruebas experimentales, y les habló de una mujer a la que había conocido en Navarra, de otra a la que había conocido en Toluca, a tres mil metros de altura, y de otra, dijo, de Escocia. Mimi, que parecía haber estado en todas partes, nunca había estado en Escocia.

—Tiene usted que venir conmigo —dijo el profesor Pulci con súbita galantería—. Le vendría de maravilla. No volvería a sentirse enferma nunca más. En Escocia no se le permite a nadie comer nada después de las seis, lo cual resulta extraordinariamente beneficioso para la salud.

Chiara le preguntó a Burton si aquello era cierto, pero entonces descubrió que el joven estaba confuso, porque no quería contradecir al profesor en ese momento, de modo que Chiara continuó hablando y dijo que ella solo había estado en Escocia una vez y que tenía la impresión de no conocer bien ningún país, ni siquiera el suyo. Le preguntó a continuación a Burton si alguna vez había estado en Painstake, en Norfolk.

—No —dijo él—. Pero no creo que haya nada allí, ¿verdad?

Se refería a que no había cuadros ni piezas artísticas que revistieran interés alguno. Chiara comprendió que los nobles nabos, las coles, los miles de acres, los bosques en los que tanto había sufrido Barney no le importaban en absoluto. Pero el nerviosismo de Burton parecía estar desapareciendo, y él le devolvió la sonrisa sin malicia. Maddalena hablaba ahora del viejo modisto Parenti, del que había oído decir que estaba muy enfermo. Lo estaban asistiendo en casa, y le había enviado una nota en la que le preguntaba si sería posible que fuera a verle. Añadía en su mensaje que hacía años había tenido ciertas discrepancias con la *contessa*.

—¡Quiere morir perdonando y siendo perdonado! —exclamó Mimi con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo creo —dijo Maddalena—. Lo que quiere es darse el placer de discutir por última vez.

Imprudentemente, con la escasa prudencia de sentirse muy bien acogido y bienvenido en el círculo de amistades, Burton, tras advertir que la conversación decaía un poco, mencionó que a finales de semana se quedaría sin un lugar donde alojarse. En su *pensione* necesitaban su habitación para otro inquilino.

—Fingen que ahora necesitan mi habitación —repitió.

Resultaba evidente que su intención era que le pidiesen que se quedara en Villa Hodgkiss, y ahí se quedó la propuesta, en medio de la mesa, como si la hubiera lanzado para que alguien tropezara con ella. El profesor Pulci tal vez ni lo escuchó. Giancarlo y él, como viejos amantes, se sonreían con gesto cómplice a cuenta de una anécdota del pasado que no terminaron de contar. Desde luego, no cogió la sugerencia, pero Burton logró empeorar las cosas aún más al añadir:

—Naturalmente, yo estaría fuera de casa prácticamente todo el día...

Chiara no pudo pasar por alto aquel nuevo comentario, y dijo con cierta angustia:

—Bueno, pero no debe preocuparse por eso. Hay muchos lugares a los que puede ir. Nosotros podríamos acogerle (aquello le sonaba tan extraño que solo pudo decirlo en inglés, porque no había una expresión equivalente en italiano). Sí. Nosotros podríamos acogerle. Tiene que quedarse con nosotros.

—No —dijo Salvatore—. Nadie va a quedarse con nosotros.

Chiara le ofreció entonces una sonrisa tremendamente contrariada. Y el médico, sin explicación alguna, gritó:

—¡Nadie!

Tal vez no estaba bien de la cabeza. Burton recordaba ahora que había oído algo acerca de la existencia en la familia de alguien un poco raro. Providencialmente, comenzaron a llegar hasta ellos unos ruidos procedentes del exterior; eran los sonidos que siempre indican que alguien se está aproximando a una mansión lujosa: la alarma de la puerta principal, el timbre de la cocina, el pastor alemán que empezaba a ladrar, los hijos de la cocinera que la llamaban con sus voces agudas. Y, por fin, Cesare hizo acto de presencia. Todo el mundo se levantó al instante o, al menos, casi todos lo hicieron, a excepción de Salvatore y de Chiara. Burton aprovechó la oportunidad para

decir:

—Por favor, no piensen... Lamento mucho que... Estoy seguro de que me las arreglaré para...

Pero Rossi y su esposa todavía seguían hablando, inclinados el uno hacia el otro sobre la mesa, y Chiara estaba llorando.

—¿Qué quieres decir? ¡Yo viviría contigo en cualquier sitio! ¡Dormiría contigo hasta en un establo sobre un montón de paja!

Cesare bajó los sucesivos niveles en que estaba dividida la casa sin pronunciar disculpa alguna, porque ya se había disculpado por teléfono. Dio las buenas noches a todos los presentes y se sentó.

—Ha sido muy amable al invitarme, profesor —dijo—. Nunca había estado aquí antes y me he preguntado muchas veces cómo sería este sitio por dentro. ¿Cómo puede soportar una mesa como esta?

—No la soporto —dijo el profesor—. Voy a ver si en Hodgkiss me hacen caso y mandan a unos obreros para que la hagan añicos.

Volvieron a traer la sopa para Cesare con aire triunfal, y aquello debería haberles distraído de lo que estaban hablando antes, pero no fue suficiente al parecer, y Chiara, ajena al momento y al lugar en que estaba, no hacía más que gritar:

—¡Todo el mundo sabe lo generoso que eres!

—¿Por qué habéis estado hablando de mí? —preguntó Salvatore también casi a gritos—. ¿Por qué tenéis que hablar de mí? ¿Quién ha dicho que soy generoso?

—Todo el mundo lo sabe. Solo te estoy diciendo lo que sabe todo el mundo. Cuando alguien se mete en algún lío en el S. Agostino, acude a ti. Y a las monjas que llegan con la colecta siempre les dicen que vayan a hablar con el doctor Rossi.

—Mienten. —Era obvio que Salvatore estaba buscando desesperadamente en su memoria alguna prueba que pusiera de manifiesto su mezquindad—. ¿A quién he ayudado yo? ¿Cuándo he ayudado yo a ningún ser vivo?

—La gente quiere venir a vernos. Quieren verte.

—Pues les dices que yo no soy un museo. Hay muchas cosas que ver en Florencia. O mejor: les dices que si quieren venir a vernos tendrán que sacar entrada. Una pequeña entrada para ver al desagradable del doctor Rossi.

Los dos se pusieron de pie, actuando, sorprendentemente, en perfecta armonía. Ambos apartaron su plato en dirección al otro, haciendo que se deslizaran con un leve rumor sobre el mármol. Luego subieron las escaleras. Parecía que se hubiera producido un accidente repentino, como si se hubiera derramado grasa, tinta o sangre, y se hubiera ensuciado de manera irreversible una superficie que solo unos minutos antes estaba perfectamente limpia y disponible, y que ahora, en cambio, ofrecía un aspecto lamentable. Giancarlo se volvió hacia el profesor, que, como anfitrión, se había levantado una vez más, esta vez, dejando caer su servilleta color verde pálido al suelo, así que a continuación prácticamente desapareció debajo de la mesa para recuperarla.

—Mi querido Pulci, ha debido de pasar algo muy importante entre ellos para que se digan esas cosas.

—¡Son muy jóvenes! —exclamó Mimi.

—¿Cuántos años tiene Rossi? ¿Tan joven es? —preguntó Cesare mientras empezaba con la sopa.

—Ya volverán —dijo el profesor—. Terminarán de discutir fuera, y luego volverán.

Pero no fue así, y se pudo oír el sonido del motor de un coche que se alejaba. El conde miró a su alrededor y vio que el joven invitado de Inglaterra, que antes parecía tan desanimado, ya no lo estaba tanto. Probablemente —y en realidad, comprensiblemente— estuviera componiendo en su cabeza una divertida historia basada en aquel incidente para contarla más adelante, así que, para él, la velada no había sido una pérdida de tiempo.

El perro ladró otra vez, y volvió a sonar el timbre. Era Chiara, que regresaba. Se había negado a irse con su marido en el coche, pero ahora no tenía dinero para comprar el billete del autobús de Porto Romano. Todo lo que quería era lo justo para el billete de autobús. No quería ir en tranvía ni en taxi. Se quedó inmóvil en el nivel más alto de la sala, con cierta dignidad en el rostro, como si le resultara imposible volver a bajar. Con la única excepción de Cesare, que todavía tenía un poco de sopa en la que pensar, todos revisaron sus bolsillos en busca de calderilla, pero nadie tenía nada. Al final, tuvieron que pedirle a la cocinera el abono del bus.

Fieles a su propio sistema habitual de enfrentarse a los malentendidos, Chiara y Salvatore no volvieron a mencionar lo sucedido durante aquella cena. Cuando Chiara llegó a casa, se dio cuenta de que había olvidado el llavero y de que no tenía siquiera la llave especial de repuesto en la que tanto había insistido el agente inmobiliario: debían girarla una vez hacia la izquierda y dos veces hacia la derecha. Pero pronto vio que Salvatore había dejado la puerta del piso casi abierta y que solo tenía que empujarla un poco para entrar. Su marido estaba tumbado en la cama de madera tieso como un trozo de madera. Cuando empezó a desnudarse, captó y casi paladeó la peligrosa oscuridad hacia la que se estaban encaminando los dos por voluntad propia, y se dio cuenta de que ahora les resultaba más fácil pelearse: cada vez tenían más práctica, cada vez era más fácil. El profesor Pulci, que siempre la había visto tan paciente, difícilmente habría podido creer años atrás que Chiara iba a convertirse en la persona que ahora era. Salvatore se dio la vuelta y la abrazó, y ella pensó entonces que le habían aplastado el cerebro y que la sangre volvía a circular por su interior. Sangre de madera.

—No quiero hablar del asunto —dijo él.

Pero en cuanto se quedó sola, Chiara se sometió a sí misma a un riguroso interrogatorio. No podía concebir que su marido creyera que se avergonzaba de las dos habitaciones, de la ducha y de la *cucinetta*. Si se veía en el centro con sus amigas era porque el piso quedaba muy lejos, pero su primera intención había sido pedirle a todo el mundo, y a todos los que no vivían en Florencia, que fueran a visitarles. Había elaborado una lista; tenía que acordarse de dónde la había puesto. Era más difícil mantener ordenado un lugar pequeño que uno grande, eso era cierto, pero a Salvatore nunca pareció importarle. Lo normal era que cuando regresaba del hospital lo dejara todo en su sitio, sobre todo la ropa, pero en silencio, sin comentarios, como si fuera lo que se esperaba que hiciera. Le resultaba imposible creer que pudiera perder el control de semejante manera por una simple invitación casual a su piso de Via Emilio Münz 261.

Al final resultó que Chiara tenía razón. Aquella no había sido la causa. Después de haber dicho «no» la primera vez, Salvatore aún podría haberse reconducido, pero en el breve espacio de tiempo que transcurrió entre su primera negativa y su «nadie va a quedarse con nosotros», había enloquecido y se había visto totalmente superado por una ocurrencia enorme y aterradora que se le vino encima mientras observaba a los invitados sentados a la mesa del comedor, y era que todo el grupo, todos los presentes al completo, habían llegado a la conclusión de que él, como hombre de Mazzata que era, estaba celoso de aquel Murray o Burton, que al parecer era uno de

los estudiantes de Pulci porque, sin haberle consultado previamente, sin haberle dicho una sola palabra al respecto, Chiara le había suplicado que se quedara con ellos en su casa. Hasta el propio inglés se lo había creído y había empezado a balbucear como un idiota con su italiano de instituto para sonreír después para sus adentros, como un lagarto tomando el sol. Salvatore había decidido de inmediato que les permitiría aquel capricho. «Soy un invitado en esta casa —pensó—. No voy a arruinarles la diversión bajo ningún concepto».

Pero entonces repitió: «No». Y luego: «Nadie va a quedarse con nosotros».

Aunque le hubiera explicado a Chiara todo aquello, le habría resultado completamente incomprensible, e incluso inimaginable. Los miembros de la familia Ridolfi no sabían sentir celos y, en consecuencia, ni siquiera podían sospechar que los demás pudieran sufrirlos. Y eso era un fallo grave, como lo sería en cualquier otra persona.

—Cha, ¿has visto el folleto que están dando en la Oficina de Turismo? Cuentan la historia de manera muy diferente.

—Barney, ¿desde dónde me llamas?

—Por lo que se dice aquí, resulta que la niña logró escapar sin ningún problema. Y es tu familia la que sale peor parada, ¿lo sabías?

—Barney, ¿estás en Italia?

—Sí. Estoy en Florencia. Te llamo desde una cabina telefónica. Y me han dado el folleto en Via Tornabuoni.

—Pero ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes con nosotros?

—No me habéis invitado. Di por hecho que a tu marido no le caigo bien. Supongo que no querrá ver a ninguno de tus amigos.

—Ya querrá. Por favor, dale tiempo. Pero, de todos modos, está la casa de Via Limbo. ¿Por qué no nos dijiste nada? ¿Por qué no fuiste allí?

—Con tu padre todo fue bien, creo, pero tengo que decirte que esa ama de llaves vuestra, acuérdate, nos estaba envenenando a todos y si me quedo allí tendré que decirle un par de cosas más y eso podría generar entre nosotras un ambiente un tanto desagradable.

—Pero Barney, a ti nunca te ha importado el ambiente.

—Será que estoy cambiando.

—¿Estás en un hotel, entonces?

Chiara apenas podía soportar aquella idea.

—No —dijo Barney—. Estoy en casa de los Gentilini.

Chiara vaciló.

—Pero ¿tienen sitio suficiente?

—En realidad no, pero han trasladado a las dos niñas a la sala de estar, a esa cosa que es una especie de sofá. Al parecer, tendría que convertirse en una cama de verdad, pero la verdad es que no se convierte en nada.

—No sabía que te hubieran invitado —dijo Chiara con abatimiento.

—No fue así exactamente, pero la *signora* siguió escribiéndome, porque resulta que le caigo muy bien.

—Barney, ¿por qué?

—Por una cosa que sucedió en tu boda. Puede que te lo cuente más adelante. El caso es que sus cartas siempre terminaban con un «Nos acordamos de usted con afecto y esperamos tener el placer de volver a verla de nuevo algún día». Y, bueno, pues ahora ya tienen ese placer. De todas formas, no voy a quedarme mucho porque no hay bañera, solo una ducha.

—¿Cuándo puedo verte? ¿Cuándo?

—Puedes verme ya. En realidad, para eso es para lo que he venido. Puedes venir ahora mismo y recogerme en esta cabina telefónica.

—Sí, por supuesto, pero ¿dónde te gustaría ir primero?

—Quiero ir a la granja.

—¿A Valsassina?

—Sí.

—Pero Barney, allí no hay nada que ver ahora, y ha llovido mucho... Quizá haya tulipanes silvestres y espárragos trigueros en los surcos, pero no creo que nosotras sepamos verlos.

—No me gustan los espárragos —dijo Barney.

Chiara oyó cómo echaba otro *gettone* en el teléfono y cómo le daba a continuación un buen golpe.

—Bueno, vamos si quieres, pero Cesare no tendrá tiempo para hablar con nosotras. Allí están siempre muy ocupados.

—Tendrá que hablar con nosotras.

«Si no lo hace, es capaz de clavarle un tenedor», pensó Chiara.

Y a continuación dijo que pasaría a recoger a Barney de inmediato.

—Me he sacado el carnet —dijo Barney de camino a Valsassina—, así que ahora estoy en condiciones de decirte un par de cosas sobre cómo puedes mejorar tu forma de conducir. Aunque, en cierto sentido, no creas que está tan bien esto de tener carnet, porque ahora tengo que llevar a mi abuela en coche a todos lados. Tengo que acercarla hasta la entrada trasera de Harrods y dejarla allí, y luego tengo que ir a recogerla, como si fuera un cubo de basura. Pero me gustan los coches. Me gustan los vehículos grandes. ¿Le has dicho a Salvatore que ibas a pasar el día fuera?

—Está en el hospital. No quiero molestarlo si no es por algo importante de verdad. Se lo diré esta noche —dijo Chiara.

Parecía un poco desconcertada, y estaba muy pálida. Pero Barney siguió impasible.

—Bueno, vamos, cuéntamelo todo. ¿Cómo va el matrimonio? —le preguntó—. ¿Es maravilloso?

—Es maravilloso.

Barney miraba directamente al frente. Cuando se sentaron juntas la noche anterior, la cándida *signora* Gentilini habló con ella de todo un poco, de lo bueno y de lo malo, todo revuelto, incluyendo lo que sabía del matrimonio de Chiara. Le contó las escenas que ella misma había presenciado sin ningún tipo de malicia, sino más bien como si estuviera repitiendo (algo que hacía con bastante frecuencia) el argumento de la última película que hubiera visto, e invariablemente terminaba con palabras elogiosas para el doctor Rossi. Al principio, en un matrimonio, siempre hay ciertos desencuentros, porque no se puede amar sin pelear, igual que un niño no puede aprender a andar sin caerse. Además, un hombre tan inteligente como Salvatore Rossi tendría todo tipo de problemas que las mujeres corrientes como ella no podían ni imaginar. Habría cosas que a él le preocuparan mucho y que al resto del mundo le pasaran completamente desapercibidas. Mientras hablaba y la radio no dejaba de emitir sus carraspeos y crujidos, la *signora* cosía unos centros de mesa muy elaborados con nailon de color verde pálido que seguramente no utilizaría jamás. Sus manos y su voz trabajaban a la vez de una manera hipnótica.

Barney se maravilló de su propia discreción al no mencionarle nada de todo aquello a Chiara.

—Te decía antes que he cambiado —dijo—. Hasta las monjas también se dieron cuenta la última vez que fui al convento. Notaron que era menos ruidosa. Bueno, ¿y qué esperaban? Siguen preguntando por ti, por cierto. Unas cuantas tienen que venir a Roma para arreglar no sé qué con la casa generalicia, y me dijeron que podrían pasar por Florencia. Están muy alteradas en los últimos tiempos; no es que ofrezcan una

imagen de tranquilidad precisamente. En fin, que pensaron que estaba distinta. Quizá se deba a que estoy ampliando mis intereses. Eso puede pasar, ya sabes.

—El matrimonio es maravilloso —repitió Chiara—. Al menos, el mío lo es.

La imposibilidad de alojar a su amiga en su casa la deprimía profundamente. Además, no podía darle ninguna explicación al respecto sin que Salvatore pareciera cruel y estúpido y sin que ella misma pareciera también estúpida, posiblemente ñoña e incapaz de valerse por sí misma.

—Barney, ¿por qué no nos damos la vuelta y volvemos a Florencia? Ni siquiera has visto todavía el piso en que vivimos. Podríamos ir al apartamento y tomarnos un café. En Valsassina todo va a estar muy triste, con goteras del techo, y estarán arreglando las viñas y si no nos andamos con ojo puede que incluso tengamos que ayudarles.

—¿Has hecho eso alguna vez?

—Sí, muy a menudo.

—¿Y cómo es?

—Aburrido. No tanto como cuando hay que marcar a mano porque la máquina se ha roto, pero aburrido.

—Vamos a seguir.

Encontraron a Cesare en los campos. Las recibió sin ninguna muestra de sorpresa y les dijo que si querían quedarse, más valía que les echaran una mano arreglando las viñas. Parecía incapaz de pensar en otra cosa que no fueran las lluvias. Su vieja perra estaba allí, mirándolo con expresión de mártir. No iba a sentarse, después de haberlo intentado ya una o dos veces y de haberse dado cuenta de que la tierra no estaba lo suficientemente caliente.

Las viñas seguían en flor. Las habían atado con plásticos a los alambres, pero las ramas menos desarrolladas crecían hacia abajo, en completo desorden, y algunas incluso se habían roto. Con la perseverancia de todas las plantas trepadoras, las flores de color verde claro que habían tocado ya la tierra desmenuzada habían comenzado a girarse de nuevo hacia la luz del sol. Aquel trabajo requería muchísimo esfuerzo, y las cepas se repartían por las viñas como filas bien formadas de pacientes raquíticos que estuvieran esperando el momento en que les dedicaran también a ellos unos segundos de atención. Un poco más arriba, hombres y mujeres se movían en diagonal, y de un lado a otro, recortados sobre un cielo amenazador.

A Barney y a Chiara les asignaron una hilera de viñas, y comenzaron a trabajar con las plantas, cada una con una cepa. Chiara era mucho más rápida que Barney, y tenía que estar esperándola. Cesare bajó la pendiente. Les dijo que iba a volver a llover y les preguntó si querían un par de sacos para ponérselos encima de la ropa y resguardarse de la lluvia.

—Mi abrigo es bastante bueno. Lo compré en Londres, en las rebajas —dijo Chiara—. Y el de Barney también.

—Pues no lo parece —dijo Cesare, que compartía con todos los agricultores

italianos la falsa idea de que los sacos de arpillera son impermeables.

—No queremos sacos —le dijo Chiara—. Si va a llover, queremos que vayas a casa y que les digas que preparen café.

Él entonces se alejó, ni de prisa ni de despacio.

—Vamos —dijo Chiara.

Barney rasgó con fuerza su último pedazo de plástico.

—No me importa hacer esto ahora que le he cogido el tranquillo —dijo—. Pero no es a lo que he venido. Cuando estemos dentro le diré a tu primo que estoy enamorada de él.

Chiara la miró como si no creyera lo que acababa de oír.

—No quiero que pienses que te tienes que ir, Cha. Estoy deseando que escuches lo que voy a decirle.

—Pero, Barney, no me dijiste que ibas a hacer esto. Me has hecho que te trajera hasta aquí con excusas falsas.

—¿Y qué? No veo qué hay de malo. Todas esas amigas tuyas, esas mujeres florentinas a las que pediste que fueran tus damas de honor, han tenido años y años para intentarlo con él y han perdido su oportunidad. Así de sencillo.

—Pero no tenía ni idea de que estuvieras enamorada de él. Ni siquiera se me habría ocurrido pensarlo.

—No tenías que pensarlo antes y no tienes que pensarlo ahora. Después de todo, soy yo quien va a hablar.

—Pero puede ser un error, Barney. Otro desastre, igual que el de Painstake.

—Dios mío, me vas a recordar eso ahora.

—Te lo digo solo porque no estoy muy segura de que Cesare sea como los hombres ingleses a los que estás acostumbrada.

—¿Y tú qué sabes? Tú nunca has estado con ningún inglés. No sabes nada. No eres más que una inocente que se metió en la cama con el primero que se cruzó en su camino nada más salir del convento.

—Bueno, pero conozco a Cesare de toda la vida. Él me enseñó a sumar... Dos uvas, cuatro uvas. Él me enseñó a montar en bicicleta. Tú no lo conoces: no sabes absolutamente nada de él.

—Sé más cosas de él de las que sabías tú de ese Rossi... —dijo Barney—. De hecho, lo conocí en tu boda.

—Me da la impresión de que en mi boda pasaron muchas más cosas de las que esperaba.

Luego dieron media vuelta y se encaminaron hacia la casa. Barney avanzaba con decisión, un par de pasos por delante de Chiara.

—¿Qué hizo en la boda? —le preguntó a Barney—. ¿Qué te dijo?

Barney contestó por encima del hombro.

—Me dijo: «Brava, Lavinia».

—¿Eso fue todo?

—¿Cómo se traduciría eso al inglés?

—No creo que se pueda traducir.

Cesare no estaba en el comedor, y al ver que el valor de Barney empezaba a flaquear, Chiara decidió que tendría que hacer acopio del suyo. Fue a buscarlo y lo encontró subido a una escalera, en el interior de uno de aquellos sombríos dormitorios. Del techo que tenía sobre su cabeza, de las cuatro esquinas de la habitación e incluso de otras partes de la casa, llegaba el incesante y rítmico sonido del agua goteando desde el tejado hasta el suelo: la voz de la temporada de lluvias.

—Es cuestión de encontrar tejas del tamaño adecuado. Tienen que ir graduándose: las más pequeñas tienen que estar arriba del todo.

—Cesare, quiero que dejes de pensar en el tejado y que no te preocupes más por el café. Ya lo tomaremos luego en la cantina de Sangallo, cuando nos vayamos. Quiero que vengas y que te sientes con nosotras.

Cesare regresó al comedor y se sentó, como si solo hubiera escuchado esas dos órdenes. Chiara se sentó frente a él y lo miró con franqueza, como si aquel primo y aquella vieja mesa llena de golpes y arañazos, a los que conocía desde hacía casi veinte años, estuvieran a punto de transformarse en una mesa y en un hombre muy distintos.

—Gracias a las dos por vuestra ayuda —dijo él.

—No hemos hecho demasiado...

—No.

—Lavinia tiene algo que decirte. Por eso me ha pedido que la trajera hoy hasta aquí.

Cesare volvió su dulce mirada hacia Barney y la observó con la amable atención de un hombre que siempre está muy ocupado. A continuación, dejó las dos manos abiertas sobre la mesa.

—Te diré de qué se trata —empezó Barney—. No tardaré mucho porque sé exactamente lo que quiero decir. Llevo un tiempo pensándolo. Por lo que he podido ver, todos los italianos se casan, a menos que sean...

Vaciló un instante y Chiara, que seguía mirando fijamente a su primo, aportó la frase:

—*Uno di quelli.*

Barney asintió.

—Bueno, bien. Pues en lo que a ti respecta, estoy dispuesta a casarme contigo de inmediato. Tengo un poco de dinero, o al menos lo tendré cuando mi abuela muera, lo cual será de gran utilidad, creo, porque soy consciente de que tu familia se encuentra en una situación un tanto precaria, y estoy segura de que en cuanto le eche un buen vistazo a este sitio podré ayudarte bastante, sobre todo en lo que se refiere a la organización y al personal, que necesitan la mano de una mujer. Posiblemente creas que empiezo a estar desesperada porque el año que viene cumpliré los veintiuno y se me va acabando la juventud. Pues no es así. He tenido muchos pretendientes y aún

los tengo. Y ahora llegamos al tema principal. Quiero que me escuches con atención. Estoy enamorada de ti. Te quiero.

—Sí —dijo Cesare.

Ahí seguía, con las manos encima de la mesa, como si estuvieran ancladas a la madera. Miraba directamente a Barney como exigían los buenos modales. Con sus dulces ojos grises y su larga nariz, con su habitual expresión amable pero distante.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? —le preguntó Chiara, levantándose de un salto, indignada. Estaba claro que Cesare estaba intentando sinceramente, incluso dolorosamente, pensar algo que pudiera decir, pero al parecer no se le ocurría nada—. Es mi amiga... Ha venido desde Inglaterra. ¡Ha venido hasta aquí solo para decirte esto!

—Sí —dijo Cesare.

—Nos volvemos ya a Florencia.

—Sí.

Fue con ellas hasta el *cortile* y miró en el interior del coche para comprobar que habían metido una docena de botellas de vino para Chiara, como de costumbre. Al cerrar la puerta, dijo:

—Pero no quiero que os vayáis.

Chiara lo miró con un gesto de reproche e incomprensión, y soltó el embrague.

El viaje de regreso fue menos incómodo de lo que Chiara había imaginado porque Barney habló largo y tendido, sin ningún resentimiento, pero consciente del daño que acababa de hacerse a sí misma. Reconoció con triste generosidad que debería haber atendido al consejo de su amiga, y Chiara volvió a pensar, igual que en el 23 de Carlisle Gardens, que algo fundamental amenazaba con hundirse si Barney, acostumbrada a llevar la voz cantante, se veía obligada a retractarse. ¿Cómo era posible que Cesare admitiera sin inmutarse que ella estaba enamorada de él?, preguntó Barney. Era imposible que hubiera podido pensar en ello antes.

—Puede que haya estado pensándolo por las noches, cuando está a solas —dijo Chiara.

Y, al pronunciarlas, sus palabras adquirieron cierta resonancia, como si le trajeran a la memoria algo no del todo bien definido.

—Tal vez le ha cogido por sorpresa —continuó Barney—. Puede que no fuera buena idea decirle que podría ayudarle a dirigir la granja. Después de todo, es suya y aunque necesite que se invierta algo de dinero, la verdad es que no le va mal.

—La doceava parte es mía —Chiara se lo aclaró sin saber por qué lo hacía. Sintió un gran alivio al comprobar que Barney no le hacía ningún caso.

—En realidad no ha dicho en ningún momento que yo no le guste. ¿Crees que eso podría ser un rayo de esperanza?

—Oh, sí, podría ser, sí.

—Y luego dijo que no quería que nos fuéramos.

—Sí.

—¿Dirías que hay un rayito de esperanza también ahí?

—Oh, sí, probablemente.

—Yo creo que no —dijo Barney.

Y entonces regresó a su primera pregunta. ¿Cómo era posible que Cesare se hubiera tomado con tanta calma que le dijera que lo amaba? La conversación adquiría constantemente la forma de un lúgubre arabesco ya que las ideas regresaban una y otra vez al punto de partida, tomando caminos ligeramente distintos. Después de darle un par de vueltas más, Barney quiso saber si a Cesare le gustaba escribir cartas.

—¿Te escribe mucho? —preguntó.

Chiara, deseando con todas sus fuerzas poder consolarla, hizo memoria, pero no pudo recordar ni una sola ocasión en que Cesare le hubiera escrito.

—¿Crees que esa es una nueva señal de esperanza? Quiero decir: si jamás ha escrito ninguna carta, puede que empiece a hacerlo ahora y le guste.

—Voy a tener que echar un poco de gasolina, Barney, lo siento. Quizá quieras arreglarte un poco.

—No he llorado —dijo Barney.

—No, pero parece que acabas de enfrentarte a un pelotón de fusilamiento.

A poca distancia de la gasolinera donde estaban repostando había una pequeña cafetería. El propietario había sacado unas sillas al exterior, sobre el húmedo y brillante asfalto.

—Parece que aquí ha llovido —le dijo Chiara—. Más allá de Sangallo no ha caído una sola gota.

El hombre les contó que quería deshacerse de aquellas sillas de madera ese mismo año y comprar unas de plástico que pudieran aguantar cualquier clima.

—¿Quién puede querer hoy día unas sillas de madera?

Barney observaba con una expresión de absoluta incredulidad. Era como si fuera incapaz de creer que se pudiera hablar de semejantes cosas.

Se sentaron y Chiara le pidió al propietario que les pusiera un café *corretto*^[24]. Barney se lo bebió de un trago. Primero ese y luego otro. Por encima del ruido de coches que entraban y salían de la gasolinera, a pocos metros de ellas, Barney comenzó a declamar hacia el tráfico y a la melancólica luz del atardecer:

Ningún juego ha merecido aún tal elogio
que lleve a un hombre racional a jugar,
creyendo que ningún contratiempo o infortunio
le pueda llegar a pasar^[25].

—Es por el *brandy* —añadió—. Eso era una poesía. Y normamente yo nunca pienso en poesías. Qué interesante... Son los efectos del *brandy*.

—Lo sé, pero creía que el café rebajaría los efectos del alcohol.

—¿Tienes dinero?

—Oh, sí. Puedo pagar.

De repente, a Chiara se le ocurrió que Salvatore podría haber salido antes del hospital —eso ya había sucedido anteriormente, aunque solo una vez—, y cuando llegara a casa se encontraría con que allí no había nadie. La idea de que pudiera causarle alguna incomodidad o sensación de soledad era para Chiara como la hoja de un cuchillo afilado.

—Tengo que irme a casa ahora mismo —dijo.

—De acuerdo, ¿qué nos detiene?

—Creo que tengo náuseas.

—Aguanta un poco —dijo Barney, que volvía a ser ella misma—. Por cierto, adivino lo que me vas a decir a continuación.

Chiara quería ofrecerle el secreto más preciado que tenía a modo de compensación por el día tan desastroso que estaban pasando. Ni siquiera se lo había dicho aún a la tía Mad.

—Vale. Así que estás embarazada —dijo Barney sombríamente—. Pero no tienes que preocuparte, Cha. Para ti no supondrá ningún problema: eres italiana, o medio italiana, y las mujeres italianas los tienen como conejos.

—Oh, por supuesto que no supondrá ningún problema. Es solo que quería decírtelo.

—¿Quieres una niña o una «pequeña tetera»?

—Salvatore quiere una niña.

—¿De verdad? Quién lo hubiera dicho...

En el piso de los Gentilini las recibió una vaharada de calor, el calor de un aire que se ha respirado muchas veces, y de la impertinente actividad de los pequeños Gentilini que seguían creciendo y creciendo. Pero allí donde siempre había habido confusión, ahora reinaba una extraña calma. La *signora*, orgullosa de haber hecho aparecer como por arte de magia a aquella joven extranjera, caminaba con la cabeza bien alta. Las niñas pequeñas, que habían llevado a su casa a dos o tres amigas a las que habían permitido quedarse a regañadientes para que pudieran ver a la invitada inglesa, se apiñaban en el sofá con sus amigas para entregarse a la adoración. Luca, cuyo gesto parecía apesadumbrado y abatido, ya no se atrevía a desafiar a aquella chica guapa e inmensa. Se estremecía en cuanto Barney le decía algo, y solo respondía con gruñidos. Iba a levantarse muy temprano al día siguiente para llevar las maletas de la inglesa a la estación de autobuses. Mejor aún, había decidido que no se iría a dormir en toda la noche.

Salvatore no había regresado a Via Emilio Münz, pero media hora más tarde entraba en su casa diciendo:

—Una amiga tuya está en la casa de los Gentilini.

—Sí, lo sé.

—Me refiero a esa chica inglesa tan grande que estaba comiendo aquel día con los Harrington.

—Ya lo sé.

—También estaba en la boda.

—Sí.

—Lo que no puedo entender es por qué la han invitado. Que yo sepa, nunca han tenido a nadie en su casa. Ni siquiera la madre de Giulia se queda con ellos. ¿Y por qué querría venir aquí otra vez esa amiga tuya?

—Quería ir a la granja.

—¿Y la llevaste?

—Sí.

—¿No quería ver dónde vivimos? ¿No quería ver cómo era yo?

—No. Quería ir a la granja.

«Tengo que hacer algo con Barney», pensaba Chiara. El problema era, como siempre, que con Barney no era fácil hacer nada porque no se dejaba ayudar. Se lanzaba y metía la pata hasta el fondo, y no porque no pudiera evitarlo, sino porque el deber de los demás era apartarse de su camino o quedarse donde ella dijera.

Al principio pensó que Cesare iba a llamar para decirle que había cometido un error. A finales de la semana no se había sabido nada de él, y Chiara fue en coche hasta Via Limbo. Seguía lloviendo —como llueve en mayo— y cuando bajó del coche, el canalón del primer piso del *cortile* cedió y descargó una inmensa cantidad de agua que fue a caer con fuerza justo detrás de ella, estallando en las losas de piedra. Aquel edificio podría competir con La Ricordanza para ver cuál de los dos se derrumbaba antes.

Había decidido pedirle consejo a su padre, aunque no de una manera directa. El conde estaba en casa, pero no solo. Annunziata le dijo que monseñor estaba también allí. Chiara entró en el *salone*. Su padre estaba de espaldas, y monseñor Gondi se encontraba sentado, como de costumbre, en el borde de una silla, como si pensara que si se sentaba correctamente estaría destrozando su reputación de hombre que trabaja demasiado.

—Mi querida niña, ¡qué alegría! Estoy de visita informal, por supuesto.

—Mi queridísima niña —dijo Giancarlo.

Aunque era una persona que prácticamente carecía de vanidad —y a pesar de no estar pensando precisamente en sí misma en ese momento—, Chiara tuvo la viva impresión de que habían estado hablando de ella. Aquellos dos hombres seguramente disponían de todos los desastres del mundo a los que recurrir como tema de conversación, pero estaba casi segura de que ese día su preocupación era otra. Probablemente, pensó, se habían centrado en lo violento de lo sucedido en la cena del profesor. No soy nada más que un problema que hay que solucionar durante una lluviosa tarde de primavera.

Cuando se hubo desvanecido la ligera conmoción que produjo su entrada en la estancia, Gondi dijo:

—He pasado toda la mañana en Valsassina.

Fue una feliz casualidad: quizá aquel día tendría suerte.

—Me encantaría saber cómo vio usted a mi primo.

—Se encuentra en un excelente estado de salud.

—No. No me refiero a su salud. Me refiero a cómo estaba en general.

Gondi sonrió.

—¿Es que ha cambiado alguna vez?

—Por supuesto que no —dijo Giancarlo—. Siempre es así.

—Mi sobrino nació en el dormitorio grande del segundo piso —dijo monseñor—. Creo que tú también, Giancarlo. Si nos libramos de una tercera guerra mundial, espero que pueda morir plácidamente en esa misma cama. Una vida de mucho trabajo, la suya. Todo un reproche a la insatisfacción y a la angustia de nuestra época.

Su manera de hablar no era exactamente apática, pero tampoco muy intencionada, casi con la serenidad de siempre: un profesional en visita familiar. Chiara, con su ansiedad, creía que no estaba entendiendo lo que ocurría allí, y lo supo claramente cuando fijó su débil y febril mirada en el cardenal, y preguntó:

—¿Le pareció que Cesare pudiera tener algo que decir, pero que no era capaz de decir?

—¿En qué sentido, querida niña?

—¿Cree que, tal vez, pudiera estar volviéndose un poco loco en esa Valsassina medio vacía? ¿Le ha dado la impresión de que se comportaba de manera diferente?

Chiara se había girado hacia su padre, que dijo:

—Hija mía, por edad tú estás mucho más próxima a él que nosotros. ¿A ti te ha dado esa impresión?

—Tío, cuando ha hablado con él esta mañana, ¿le ha dicho algo sobre mí? ¿Le ha dicho que fui con una amiga mía, con Lavinia Barnes?

—Relacionada, imagino, con la gente de Markham Castle —murmuró Gondi de inmediato.

—No sé, tal vez. ¿Le dijo algo Cesare de que habíamos estado allí?

—Sí, creo que lo mencionó —dijo Gondi con cierta condescendencia—. Sí, creo que sí. Aunque no se extendió mucho.

—¿Qué dijo?

—Me estaba comentando que el tiempo era espantoso, y me contó que habías pasado una hora más o menos ayudándoles a atar las vides.

—¿Y sobre Lavinia?

—No creo que mencionara ese nombre en ningún momento.

Sin dejar de mirar a uno y a otro, alternativamente, Chiara empezó a sentirse agotada y profundamente avergonzada. Había sido una tonta por pensar que su padre podría ayudarla. Había pensado en él simplemente porque no podía contar con nadie más. Y solo había conseguido causarle a su padre cierta inquietud —no mucha, pero sí un poco—. Y monseñor, que no iba a permitirse la más mínima preocupación, se vio obligado a hacer ciertas concesiones, dando por acabada la conversación enseguida, de todos modos, porque lo único que esperaba de aquella visita era pasar unas horas en paz. Un sentimiento de culpabilidad se apoderó de ella, y deseó hacer lo posible para que las cosas volvieran a su estado natural, porque había molestado a aquellos dos hombres exigiéndoles que hicieran algo que no estaban en condiciones de hacer. Así que comenzó a hablar de las canteras de piedra de los jardines de Boboli, que se habían vuelto a abrir para reconstruir el Ponte S. Trinita. La idea era

que quedara exactamente como estaba antes de la guerra. Se oyó hablar a sí misma como si fuera una niña jugando con sus tacitas de té. Estaban vendiendo papeletas para que la gente recolocara una piedra, o todas las que pudiera, por cada papeleta que comprara. Monseñor estaba encantado con aquel asunto, y asumió el peso de la conversación. Estaba al tanto no solo de la cantidad exacta de papeletas que se habían vendido, sino también de cuántas de ellas valían para una piedra y cuántas para un ladrillo. Los ladrillos eran más baratos y, sin duda, lo que habían pretendido las autoridades al subastarlos era atraer a las clases trabajadoras de la ciudad. La voz de monseñor se elevó hasta alcanzar un tono bastante reconocible, como el sonido de un motor a una velocidad constante.

Cuando ya se iba, su padre la besó cálidamente y le dijo en voz baja, en la puerta:

—Tu tío no se quedará mucho tiempo. ¿Me ha parecido entender que la señorita Barnes estaba aquí?

—No, no, papá. Ha estado aquí, pero ya se ha ido.

Antes de marcharse, se acercó a la cocina para que Annunziata le diera un par de consejos más sobre su embarazo. Annunziata había recortado unos cuantos artículos de revistas, pero había ciertas cosas que ella había sabido siempre. Si la futura madre tenía náuseas, entonces sería niña, sin duda, porque era el pelo más largo de la niña lo que producía ese cosquilleo al final del esófago de la madre. De todas maneras, podía calmarlo sin problemas tomándose una cucharada grande de aceite de oliva. Unas ancianas del asilo le habían dicho a Chiara exactamente lo mismo, a pesar de que ellas no habían tenido nunca la bendición de un hijo. Una vez abajo, en el *cortile*, donde el agua de la lluvia brillaba aquí y allá, Chiara se apoyó un instante en la puerta doble de la entrada y sintió vivamente su propia incapacidad.

Cuando llegó a su casa ya había anochecido, pero Salvatore no había regresado aún. Sabía que tenía una reunión en el hospital, donde los departamentos de Neurología y de Psiquiatría iban a entablar una nueva batalla de una guerra más o menos abierta. Llamó al número 23 de Carlisle Gardens.

Fue *Lady Jones* quien cogió el teléfono. La línea no era muy buena y la voz aguda de la anciana sonaba como si un ángel estuviera dando una bendición entrecortada.

—¡Oh, querida niña! Ya me han dado la extraordinaria noticia. Créeme que no hay nada en el mundo como el primer hijo: estoy segura de que es siempre así... incluso en los países latinos.

Una cosa era cierta, y era que el niño no nacería en Via Limbo. De lo contrario, Annunziata aprovecharía la ocasión para meter en la casa a su sobrina favorita, hermana de una congregación dedicada a la asistencia a los enfermos que parecía no tener dificultad alguna en conseguir el permiso necesario para presentarse en el domicilio de cualquiera para dispensar servicios privados. Giancarlo la llamaba Hermana Muerte. Estaba obligada a ir constantemente acompañada de otro miembro de la comunidad, así que siempre iban de dos en dos. Y aquel aleteo doble de sus ropajes blancos y negros, el tintineo de los frasquitos de píldoras, con su sonido tan característico, que parecía llamar al orden, constituían indicios claros de que esas mujeres particularmente irritantes habían llegado y se estaban haciendo cargo de la situación. Monseñor solía decir que su alma encontraba un poco más de sosiego si sabía que sus familiares en Florencia —en caso de que se produjera alguna enfermedad— iban a estar en manos tan benéficas.

Pero Chiara pensaba, tal vez de manera infundada, que la Hermana Muerte no iría nunca hasta Via Emilio Münz, porque estaba demasiado lejos. Y era allí donde quería tener a su bebé, no en una clínica. Aunque ya habría tiempo para decidirlo más adelante. Por el momento, el bebé solo se hacía sentir mediante un incómodo hormigueo, como el que tendría un aventurero cobardica que navegara por mares desconocidos.

Por otra parte, en los pasillos del S. Agostino se temía la presencia de Salvatore. No dejaba de perseguir de manera implacable y preso del nerviosismo al personal de los departamentos de Obstetricia y Ginecología, habitualmente mientras los médicos estaban de visita e iban de una habitación a otra y no podían librarse de él.

—Escucha. Solo quiero pedirte un pequeño consejo. No estoy tratando a mi esposa, por supuesto. No soy su médico ni estaré en el parto como profesional. Ella está en buenas manos. Por eso me veo capaz de tener una opinión totalmente desapasionada y he pensado que quizá te pudiera interesar hablar de este asunto.

—¿Hay algún problema?

—Bueno, a las siete semanas es muy difícil hacerse una idea ajustada de...

—Entonces hablaremos de nuevo cuando hayan transcurrido otras siete semanas.

El jefe de admisiones sugirió que encerraran a Rossi en su despacho en cuanto pusiera un pie en el hospital. Pero Salvatore se las arregló para abordar a un famoso obstetra que pasaba unos días invitado en el hospital y que, después de todo, debía de tener mucho tiempo libre si había aceptado ir a Florencia para participar en el Congreso de Profesionales para la Paz Cristiana.

—Hay solo uno o dos puntos que me gustaría aclarar con usted...

—¿Hay algún indicio de que algo vaya mal?

—Eso es lo que creo que podría interesarle especialmente a usted. Todo parece absolutamente normal en todos los sentidos.

—Ya, entiendo... Usted es el doctor Rossi, el neurólogo, ¿no? ¿Dónde se licenció?

—En Bolonia.

—Entonces obtuvo en Bolonia el permiso para ejercer la medicina y, naturalmente, antes de especializarse asistió a sus tres partos de rutina.

—Por supuesto.

—Bien, ¿y cómo fueron?

Salvatore no recordaba nada de ninguno de ellos.

—De manera satisfactoria.

El cirujano le dio unas palmaditas en la espalda.

—Como la inmensa mayoría.

Pero algo no debió de ir del todo bien porque Chiara abortó, y el incierto proyecto de bebé no llegó a nada. No hubo ninguna razón concreta: no hubo ninguna enfermedad ni ninguna alteración emocional, y Salvatore no quiso volver a hablar del tema con sus colegas.

—Lo siento mucho —dijo Barney, con voz compasiva desde Londres—. Pero piensa que todavía tienes ante ti cinco sextas partes de vida fértil. No lo olvides. ¿Cómo estás?

—No lo sé. No siento nada especial. Me voy unos días al mar, a Riomaggiore. Los Ricasoli me han invitado.

—Oh, esa gente.

—No les habría contado nada, pero estaba en su casa cuando empecé a sangrar. Tuve que quedarme allí, Barney, sentada y sin moverme. Imagínate. No pude levantarme hasta que se marcharon todos los demás.

—Ya no somos jóvenes. Ninguna de las dos. Hemos dejado de serlo —dijo Barney con tristeza—. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Supongo que podría estar un mes.

—¿No pensará tu marido que le estás abandonando?

—Él quiere que me ponga bien. No, no piensa que le estoy abandonando. De todos modos, supongo que regresaré antes del mes. No creo que me apetezca estar sin él. ¿Cuándo nos vamos a ver?

—Me voy a casar —dijo Barney—. Tengo a alguien en mente.

Chiara sintió vértigos cuando le soltó la noticia. Barney le dijo que iba a casarse con Toby Harrington.

—Pero, Barney, ¡no puedes! ¡Está casado!

—Ya, pero va a dejar de estarlo. Soy consciente de que tendremos que esperar

bastante y solucionarlo todo. Sabrás que lo que terminó con su relación fue aquella idea de intentar vivir en ese sitio, en Lo Scampolo. Jamás se recuperaron de la experiencia.

—¿Qué experiencia?

—Por supuesto, tendrá que ser por lo civil. Una auténtica bendición: mi abuela considerará que no tiene obligación de presentarse en la boda.

Al parecer, cuando Barney estuvo en Florencia «la última vez», como ella decía, se fue a Escocia, donde se reunió con su padre y con Toby Harrington, que estaban solos, bebiendo *whisky*. Barney aseguró que aquello le había dado una nueva perspectiva de las cosas.

—Pero todavía no me has dicho cuándo voy a verte.

—Bueno, no creo que se nos ocurra ir a Italia. —La voz de Barney se transformó en ese instante hasta adquirir un tono que las monjas de los Santos Inocentes habrían podido reconocer. Era una voz de desdeñosa calma; la voz de los que mandan—: Pero si alguna vez vas a Chipping Camden, tienes que decírnoslo.

Chiara nunca había oído hablar de este lugar. Era totalmente nuevo para ella. Sin embargo, a veces, en las últimas etapas de su vida, cuando las cosas no le iban demasiado bien, aquella desconcertante frase regresaba a su memoria sin previo aviso y se quedaba flotando en su cabeza: «Si alguna vez vas a Chipping Camden, tienes que decírnoslo».

Salvatore no podía dejar de pensar en que, mientras Chiara estuviera fuera, él se libraría del piso de Via Emilio Münz y consagraría todas sus energías, fuera del trabajo, a intentar que en el S. Agostino entraran en razón y le concedieran el 100% de su hipoteca. Mientras tanto, se alojaría en casa de los Gentilini (ya que parecían haberse vuelto tan hospitalarios) como *pensionante*. Sin embargo, Gentilini le hizo saber que se volvía a Borgoforte.

Nunca le había mencionado (y no iba a hacerlo ahora) que también él, después de varios años de aplazamientos y esperas, había perdido cualquier esperanza de conseguir una hipoteca del S. Agostino. Su solicitud había sido mucho más modesta que la de Salvatore, pero quizá Gentilini necesitara el dinero incluso más que él. Uno de los factores en su contra había sido precisamente su amistad con el doctor Rossi: aquella relación, de un modo muy sutil, aunque determinante, había favorecido que la administración no lo mirara con buenos ojos. Le dijo que se mudaban porque Luca se había vuelto muy inestable, lo cual también era cierto. Resultaba casi imposible dominarlo ni en el colegio ni en casa.

—En Borgoforte podemos compartir una casa de tamaño decente con mi cuñado —dijo—. Al final, todo el mundo regresa con su primer amor.

Gentilini era muy aficionado a ese tipo de proverbios o refranes populares. Salvatore lo miró consternado. Y decidió que iba a quedarse en Via Emilio Münz. Sin falta, llamó a Chiara todas las noches. El tiempo en Florencia era cada vez más caluroso. Las vaharadas de aire caliente se elevaban desde el lecho del río y recorrían las calles. Estaba mucho mejor en el mar. Chiara le dijo que no, que iba a regresar muy pronto, y que después de aquella experiencia no querría acercarse a un acantilado ni volver a ver un barco de pesca en toda su vida.

Una mañana, por aquella misma época, la tía Mad sintió un profundo dolor al despertarse en su apartamento de la segunda planta de Via Limbo. Fue como si una mano desagradable le retorciera las entrañas hasta dejarla seca. Naturalmente, no era la primera vez que le sucedía aquello y el dolor remitió al cabo de un rato, pero en aquella ocasión tuvo la sensación de que había sucedido algo importante. Dijo en voz alta:

—Es solo mi imaginación.

Su cabeza le respondió en silencio: «¿Y por qué te lo imaginas? No es nada».

A lo que su cuerpo respondió:

—Sí que es algo.

El viejo doctor Manzoni, que se encargaba de verla cuando estaba en Florencia, se lo confirmó.

—Pero no sigue mis consejos —le dijo al conde mientras bajaba las escaleras y entraba en la biblioteca.

—¿Qué consejos le ha dado?

—La cuestión es: ¿qué le pasa? ¿De qué murió su padre?

—Mi padre perdió todo el interés por la vida.

—Bueno, la hipertensión suele ser hereditaria —dijo Manzoni—. Y al decir hipertensión me refiero a una presión arterial alta. Mis pacientes suelen creer que les hablo del flujo de la sangre al pasar por unas arterias que se han espesado de manera natural por el transcurso del tiempo.

—¿Y es así?

—Hoy día creemos que no. Nos inclinamos a pensar que es la hipertensión lo que provoca la arteriosclerosis. En cualquier caso, se trata de un cambio natural, propio de la vejez.

—Entonces supongo que será poco probable que exista algún remedio.

—A casi todos mis pacientes les hablaría de perder peso, pero la condesa no tiene ningún peso que perder.

El conde se dio cuenta de que, como de costumbre, Manzoni hablaba de «nosotros» cuando iba a dar un consejo poco grato, y en primera persona cuando se trataba de algo más aceptable.

—Se puede operar. Podemos cortar parte de las fibras nerviosas simpáticas que van a los órganos abdominales.

—¿Le ha comentado esa posibilidad a mi hermana?

—Me dio a entender que no le parecía bien.

—¿Y a usted le parece bien?

—No. Lo que he hecho es dejarle un frasquito de pastillas de Trinitrin de 500 microgramos, y le he dicho que no haga ningún esfuerzo. Si no puede descansar y estar tranquila, tendrá que ingresar en una clínica.

—¿Allí podrían ayudarla?

—No, pero muchas veces es mejor estar en el lugar adecuado aunque nadie pueda hacer nada —respondió Manzoni—. Es mejor estar entre profesionales.

El implacable doctor Manzoni había vivido bajo la ocupación alemana sin sufrir incidentes reseñables. Posteriormente se expuso a ciertos peligros durante los cuarenta y cinco días en que Badoglio asumió el mando tras la huida de Mussolini, y tuvo que pasar casi un año escondido en un almacén de los Abruzos. Solía concluir sus historias (o, mejor dicho, su única historia) diciendo que si cerraba los ojos aún podía oler el sebo y el aceite de oliva en que se ahogaban las ratas, que se habían vuelto medio locas. Si Maddalena se moría, el conde no volvería a oír aquella historia nunca más. La era Manzoni habría terminado.

—Sí, una clínica —repitió el viejo doctor.

—Habla como si yo tuviera algún tipo de influencia sobre mi hermana. Nadie la tiene. ¿Adónde quiere ir ella?

—Habla de quedarse aquí un tiempo.

—Si es eso lo que quiere, debe de estar bastante mal. Nunca quiere estar mucho tiempo en el mismo sitio.

Manzoni aceptó un vermú, y recordó la ocasión en que vio a la *contessa* Maddalena por primera vez. Iba vestida de novia y debió de ser, más o menos, alrededor de 1920, después de que se desmoronara el Frente Socialista, ¿verdad? Sí, bueno, era una novia muy joven y estaba en la terraza de La Ricordanza: una visión espléndida.

El conde pensó que el médico se estaba volviendo idiota.

Después de que el doctor se hubiera marchado, el conde se puso lentamente de pie. Subió las escaleras, y se detuvo allí donde dejaban de ser de mármol y pasaban a ser de piedra, por encima del *piano nobile*, y miró al exterior para ver el Arno. El río empezaba a perder caudal a pesar de las lluvias tempranas, y reflejaba la luz amarillenta en sus aguas amarillentas, lanzando contra los edificios más cercanos una curiosa transparencia, como una pintura que se hubiera realizado sobre un cristal. Giancarlo había visto aquella imagen tantas veces que ya no reparaba en ella, del mismo modo que ya no se mentía a sí mismo diciéndose que no se detenía allí para tomar aliento.

Su hermana se había levantado y estaba preparándose para salir. Al verla, trató de hacerse a la idea y actuar de acuerdo con lo que le acababan de decir acerca de la salud de la tía Mad, pero no lo consiguió, igual que no lo consigue nadie nunca en esas circunstancias. Sin necesidad siquiera de decirlo en voz alta, acordaron no hablar del asunto con Annunziata. De lo contrario, no habría manera de librarse de la Hermana Muerte. No había necesidad tampoco de decirle nada a Chiara por el

momento. A ninguno de los dos les gustaba la idea de mentirle, pero el engaño, en gran medida, resulta cada vez más fácil con la costumbre.

Maddalena soportaba el dolor como si se tratara de un invitado molesto, intentando ser paciente con él cuando daba señales de volverse intratable, pero con la profunda y constante esperanza de que desapareciera en cualquier instante. De todos modos, era consciente de que no había ninguna posibilidad de que desapareciera para siempre. Por el momento había adoptado la forma de un terrible dolor de cabeza que aparecía por la mañana temprano y de nuevo por la noche. Ella comprendió que debía encajar aquella molestia de alguna manera en lo que le quedara de vida.

Por alguna razón, se sentía un poco mejor en La Ricordanza. La apertura de la casa al público había sido un gran éxito, y desde Turismo habían felicitado al conde, quien hacía mucho tiempo que no recibía ningún tipo de felicitación por nada (excepto por la belleza de su hija el día de su boda). A los visitantes se les permitía ahora quedarse bastante más tiempo y podían comprar un vaso de Valsassina o tomar una *gasosa* en el bar que se había dispuesto en el *salone*. Aquello representaba una buena propina para el jardinero, al igual que la venta de limones. Se había convertido de la mañana a la noche en todo un personaje que invitaba a los turistas de los distintos grupos (en una mezcla de inglés y alemán chapurreados) a que tocaran los inmensos termómetros antiguos y las estufas de hierro de la *limonaia*, mientras les contaba que había más de cuarenta tipos diferentes de limones y que su zumo no tenía rival como remedio estomacal.

—Los caníbales, *signori*, beben zumo de limón. Si no, no podrían digerir la carne humana.

A diferencia de Bernadino, que seguía en Valsassina, el jardinero no se había ido haciendo más raro con el paso de los años, sino mucho más astuto. Su instinto le decía que tenía que recuperar todos aquellos horrores que con tanto empeño habían intentado obviar en Turismo. Le habían entregado varias copias del folleto, pero ni se había tomado la molestia de leerlo.

—Imagínense, *signori*, se las cortó justo por aquí: por las rodillas.

Su tregua con Annunziata estaba llegando a su fin, y sus relaciones eran cada vez más tensas. Pero La Ricordanza no era territorio de Annunziata y solo podía entrar allí con invitación.

Como parte de su proceso de creciente engreimiento, como decía Annunziata, al jardinero se le permitía asistir a las reuniones de la asociación local de Conservadores de los Monumentos Públicos. Y allí se enteró, entre otras cosas, de que las inglesas que superaban cierta edad —y puede que también los caballeros ingleses— eran propensos a robar esquejes de plantas en sus pequeñas visitas turísticas. Así que a partir de entonces empezó a tomar ciertas precauciones y a explicarles, en un tono más sobrio, que si los limones iban a pasar inviernos muy fríos, debían injertarse en otros árboles de naranjas amargas ya que, de lo contrario, morirían con toda seguridad. En cuanto a los famosos matorrales de rosas, lo más probable era que fueran las plantas las que cortaran a los turistas, y no al revés. Aparte de eso, no había nada más que robar. Cualquier decepción repentina en ese aspecto desaparecía de inmediato en cuanto miraban hacia el norte desde la terraza y se enfrentaban a la magnífica vista que les ofrecían las colinas que tenían delante. Se les pedía entonces

que, por su propia seguridad, no se apoyaran en la barandilla.

A Maddalena le daba la impresión de que en La Ricordanza su dolor disminuía o, al menos, de que allí conseguía pensar menos en él. Había llegado a un acuerdo laboral con el jardinero, que consistía en que, cuando ella estuviera en la casa, él tendría que hablar con más sensatez. Hacia el final de una de las tardes que estaba pasando en la casa, mientras paseaba por un sendero que se abría entre dos setos bastante descuidados, a cierta distancia de los turistas, observó que se le acercaba un hombre mayor, en quien ya había reparado antes. El hombre se apartó de los demás integrantes del grupo y le preguntó:

—¿Es usted la madre de la *dottoressa* Rossi?

Hablaba como un maestro de escuela a la vieja usanza que estuviera enseñando por cienmilésima vez cómo debía hablarse con una pronunciación perfecta.

—Yo no soy la madre de nadie —respondió la tía Mad—. Míreme bien y se dará cuenta de que algo así sería imposible.

Vio que estaba sobrio pero que temblaba ligeramente.

—Soy la tía de la *contessina* —dijo—. Esta es nuestra casa familiar. ¿Ha venido aquí con los demás?

—No. Cogí el autobús de la Piazza Ferucci, y la última parte del recorrido la he hecho andando.

«Ha debido de entrar sin que nadie se diera cuenta —pensó ella—. Se habrá puesto entre los últimos al bajar del autobús. Debe de haber pensado que iba a poder entrar, como si se hallara protegido por un encantamiento, y lo ha conseguido: ha entrado».

—Llegué ayer de Mazzata —continuó él—. Me dieron tres direcciones, y una de ellas era la del hospital. Pero allí no conseguí nada, solo perder el tiempo. Y ahora tengo un billete de vuelta que me obliga a regresar esta misma noche en el autobús de larga distancia.

—¿Quería usted hablar con el doctor Rossi?

—Ya hablé con él una vez, pero fue inútil. Para serle franco, fue peor que inútil.

—¿Le ha llamado por teléfono? —añadió la tía Mad con más interés—. ¿Está usted enfermo?

—No quiero hablar con él por teléfono. Yo era amigo de su padre. Es una cuestión de la que hay que hablar cara a cara.

«¿Cómo sería el padre de Salvatore? —se preguntó Maddalena—. Seguro que así no».

El anciano la miraba de vez en cuando, como requerían las fórmulas de cortesía, pero resultaba evidente que estaba profundamente preocupado. Mientras tanto, el último de los turistas ya había salido de La Ricordanza, y los jardines de color verde oscuro, que habían estado atestados de gente durante la última hora, se disponían a sumirse en sus propios recuerdos. El jardinero, antes de cerrar, estaba revisando la *limonaia* e incluso la zona de la rosaleta, no fuera que se hubiera quedado algún

visitante rezagado.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Maddalena.

—Pericle Sannazzaro.

—Bueno. Yo tengo que regresar a Florencia en coche ahora mismo, en cuanto cierren aquí. Venga conmigo y entre los dos buscaremos al doctor Rossi. En algún sitio tiene que estar. Por cierto, ¿le han dado algo de beber con los demás?

—No. No he tomado nada.

—Debería haber dicho que era un amigo de la casa.

Sin embargo, vencido por una prisa abrumadora, el hombre estalló:

—Disculpe, *Eccellenza*, pero ahora ya no tengo tiempo para buscar al hijo de mi amigo. Si va en coche, tengo que pedirle que me deje por favor en la parada de autobuses de larga distancia, en Via Caterina di Siena. Me gustaría haber hablado con él largo y tendido. Ninguna otra solución me habría bastado. Solo una larga conversación. Sin embargo, tal y como están las cosas, tendré que pedirle a usted que le haga llegar un mensaje de mi parte.

—Al menos podríamos sentarnos unos minutos.

—No estoy cansado.

—Pero yo sí.

Él se disculpó y fueron a sentarse juntos en un banco de piedra cuyos brazos, tallados con figuras grotescas, eran cualquier cosa menos cómodos. Entonces, de una manera bastante desconcertante, el anciano la miraba de frente. Estaba muy pálido y parecía exhausto, ataviado con aquel traje negro, tan raído. En conjunto, el hombre bordeaba los límites de lo digno.

—Procure comprenderme —dijo—. Y escuche con atención lo que le voy a decir.

Aunque estaba bastante cuerdo, resultaba evidente que había traspasado ampliamente esa zona en la que aún se evalúa razonablemente la importancia de lo que se le está diciendo a otra persona. Así fue como Maddalena supo, por primera vez y con más detalles de los que podían interesarle, que Salvatore tenía unas tierras en Mazzata.

—Existe la posibilidad de recuperar esas tierras. Eso es lo que he venido a decirle. Los hermanos y la cuñada se las venderían de inmediato si él tuviera el dinero contante y sonante. Es muy probable que aceptaran lo mismo que le dieron por ella. Todo lo que quieren es dinero en efectivo. No se ven como agricultores y les han convencido para que inviertan su capital en la construcción de un hotel. Un hotel de segunda categoría, ¡en Mazzata!

Maddalena se dio cuenta de que en ese momento se suponía que tenía que sonreír.

—¡Un hotel en Mazzata! Quédese con eso, *signora contessa*, para reírse con ganas en las noches de invierno o en los malos tiempos que, política y económicamente, nos esperan a todos.

—Bien, pero seguro que el doctor Rossi ya está enterado de todo esto. Usted dice que no quiere hablar con él por teléfono, pero no veo por qué no habrían de querer

hacerlo sus hermanos.

—Si lo hicieran, a Salvatore no le interesaría.

—En ese caso, no veo...

—Para empezar, no tendría que haber vendido las sesenta hectáreas.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—Para poder casarse, *signora contessa*. Tiene una manera de pensar totalmente distinta a la del resto de los mortales. No se le puede juzgar por lo que harían otras personas.

Sus mandíbulas vacías se movían con un ligero temblor, como si estuviera masticando algo. Maddalena, por su parte, no formulaba ningún juicio de valor sobre lo que estaba escuchando, sino que, como siempre, permitía que en su cabeza se formaran ciertas imágenes que tomaban cuerpo y luego se difuminaban de inmediato. En 1911, el gran liberal Gaetano Salvemini vendió su pequeño pedazo de tierra en Molfetta para financiar la publicación de un nuevo periódico semanal. Ella, por entonces joven y radical, le ayudaba a empaquetar y a distribuir el periódico que salía de un sótano situado en Via Lungo Il Mugnone. Después de Salvemini, lo que le vino a la cabeza fue la magnífica disposición de las telas blancas de las mesas de la boda y el perfil de Salvatore de pie, diciendo que daría su vida por Chiara.

—Hizo muy bien —dijo ella.

—Claro que sí. Nino Gramsci nos dijo que todo lo que quiere un italiano cuando se casa es una gallina: una gallina con algún dinero en la Caja Postal de Ahorros. Pero el hijo de mi amigo no tiene la culpa de ir siempre en contra de todo y de todos.

Mad entrecerró los ojos.

—Ya no le sigo. ¿Qué tiene que ver Gramsci con todo esto? ¿El doctor Rossi quiere conservar esa propiedad o no?

—Él cree que no. Y, más que quererla, lo cierto es que la necesita. Tiene un deber que cumplir con la comunidad de Mazzata.

—Pero no puede volver para trabajar allí. Es un especialista.

—Es un intelectual.

—Supongo que sí. Es de esperar que así sea.

—Por tanto, tiene que cumplir con los deberes de todo intelectual.

—No sé en qué consisten esos deberes. Pero supongo que serán los mismos en Florencia que en cualquier otra parte.

Sannazzaro, observándola detenidamente, dijo:

—Tiene que labrarse su futuro en Florencia, de eso no cabe duda. Pero siempre habrá algo enfermo y desordenado en su interior porque se ha apartado del lugar en que nació. En realidad, a pesar de que él mismo no sea capaz de admitirlo, no puede ser feliz sin sus tierras de Mazzata. ¿A que usted también piensa que no es posible?

—Por supuesto que es posible. Sucede todos los días. Pero sigo pensando que él sabrá lo que quiere.

—¿No cree que en algunas ocasiones tenemos que decidir por los demás? Me

refiero a que tenemos que decidir lo que realmente les conviene y lo que es mejor para ellos.

—Sí —dijo ella—. Siempre que seamos las personas apropiadas.

—Tal vez, *signora contessa*, yo no le parezca lo bastante apropiado.

—No. Francamente, no creo que sea usted la persona apropiada.

Sin mostrar el más mínimo desconcierto, Sannazzaro repitió:

—Lo admita o no, Salvatore no puede ser feliz sin sus tierras.

—¿Es eso lo que quiere que le diga a mi sobrina? —le preguntó Maddalena.

—Sí. Creo que eso sería lo mejor. Ya ve. Intenté convencer a Salvatore poco antes de su boda y no tuve ningún éxito. Estoy seguro de que él era consciente de que lo que le estaba diciendo era la pura verdad, pero no pudo escucharme.

—¿Por qué no pudo escucharle?

—Porque es incapaz de curarse a sí mismo.

Maddalena luchaba a todas horas contra su propio mal y, al mismo tiempo, contra la inquietud que le provocaban las palabras del doctor Manzoni, de modo que aquel comentario llamó poderosamente su atención. Aquel Sannazzaro no podía haber recorrido más de seiscientos kilómetros para estar un día y medio buscando a Salvatore, pensó. Lo que había hecho era pasar un día y medio tratando de no encontrarse con él y, por el contrario, dar con alguien con quien poder hablar. Aquella idea hizo que empezara a considerar que aquel hombre era más inteligente de lo que había supuesto en un principio.

—Dígame, ¿a qué se dedica usted?

—Me gusta considerarme el discípulo de un gran hombre —respondió Sannazzaro.

El jardinero los miraba sin saber qué hacer y sin terminar de decidir si debía empezar ya a regar o si lo mejor sería prepararse para ir cerrando. No se habría atrevido a hacer sonar las llaves. No era necesario llegar tan lejos, pero las tenía en la mano.

—Cuando le he dicho que a todos nos esperan malos tiempos —prosiguió Sannazzaro— no quiero decir que después no vengan cosas buenas, pero ni usted ni yo vamos a durar lo suficiente para poder verlas. Y por «buenas» no me estoy refiriendo, como ya imaginará, a las mejoras que pueda proporcionarnos la ciencia. La ciencia tiene que ocupar su lugar y no debe pretender ocupar el puesto de la brujería. «El sentido común ha muerto. Su hija, la ciencia, lo mató un día para averiguar de qué estaba hecho». ¿Quién escribió eso, *signora contessa*?

—No lo sé —dijo Maddalena.

—Ni yo, pero Nino lo citaba a menudo. No obstante, lo que está herido, e incluso lo que podría parecer muerto, puede volver a vivir. Hay muchísimo sentido común entre la gente trabajadora de Italia. Todo lo que se necesita es paciencia.

—Ahí no puedo estar de acuerdo con usted. La paciencia no es algo que me merezca mucha consideración. Me parece que es mejor actuar impulsivamente.

Sannazzaro la miró muy sorprendido. Luego le preguntó por el lavabo. Ella llamó al jardinero, que tuvo que volver a abrir una de las puertas laterales de la casa. Tras darse un pequeño impulso para poder levantarse de aquel asiento tan incómodo, Sannazzaro fue tras él, caminando de una forma muy peculiar, como si tuviera que pensar cómo sincronizar las distintas partes de su cuerpo. Maddalena se dio cuenta de que podría ser incluso mayor de lo que había imaginado. «Bueno, todos somos más viejos de lo que imaginamos», pensó.

Quienes se niegan a caer en la desilusión son capaces de aceptar casi cualquier cosa por muy inverosímil que parezca. Desde esa perspectiva, no había grandes diferencias entre Maddalena y Sannazzaro. Cuando el viejo salió de la casa y volvió con Maddalena, sacó una libreta del bolsillo interior de su chaqueta y de allí cogió un trozo de papel.

—Tengo que irme. Creo que ha entendido el mensaje que le he dado y que ahora debe transmitir. Espero que no sea demasiado para usted. Aquí tiene mi dirección. Aparece en esta carta de mis antiguos jefes. Cuénteme si lo consigue.

—Se lo haré saber —dijo ella.

Cerca de la estación de autobuses de larga distancia de Via S. Caterina no había ningún aparcamiento, así que Mad le dejó en una esquina. Si hubiera sido propensa a albergar dudas sobre los demás, aquel habría sido el momento más indicado. Bajo la luz de las farolas de la calle, que acababan de encenderse, Sannazzaro tenía un aspecto desgañado y apaleado por la vida. Pero cuando se disponía a decirle adiós, sugirió educadamente que aún disponía de siete minutos y que quizá pudiera tomarse un café.

Como si acabara de ocurrírsele, volvió a meter la cabeza en el coche por la ventanilla bajada.

—No puedo estar aquí parada —dijo Maddalena.

—Una palabra más, *contessa*. Una última pregunta. Dígame: ¿Salvatore es feliz en su nuevo hogar? ¿Le parece a usted que, donde sea que esté viviendo en este momento, se siente satisfecho?

Poco después desapareció entre las fauces iluminadas del *café-ristorante* de la estación de autobuses.

Mientras la tía Mad estaba en La Ricordanza hablando de él con un desconocido, Salvatore hablaba también de la tía Mad. Pero, en su caso, lo hacía porque no había manera de evitarlo.

Hacía tiempo que conocía al abogado Andrea Nieve. Nieve nunca había perdido la esperanza de reclutar a Rossi como miembro del Partido, pero ahora lo admiraba más por haberse casado con una Ridolfi. Era cierto que la casa de Via Limbo estaba hipotecada y que la villa se encontraba en un estado de *decadenza* absoluta. Si uno de sus clientes le hubiera dicho a Nieve que tenía algún interés en las propiedades de los Ridolfi, él le habría recomendado inmediata y convincentemente que lo olvidara. Pero el hecho de que Salvatore estuviera relacionado con ellos, y aparentemente sin ninguna ambición calculada, presentaba al médico como un hombre que hubiera tenido un golpe de suerte. ¿Cómo habría sucedido? Nieve tenía la teoría de que todas las mujeres pensaban obsesivamente en su propio cuerpo y por eso consideraban a los médicos irresistiblemente atractivos y por eso los médicos tenían mucha más suerte que los abogados.

A Salvatore le pareció bien la idea de mantener una reunión con él siempre que no se tocara el tema de la situación en Hungría, ni los desacuerdos en el seno del Frente Popular Italiano.

—No, no. Se trata de un asunto estrictamente personal.

—No hay nada personal entre nosotros. Todo lo que hay entre tú y yo puede decirse a voces en mitad de la calle.

—Te lo explicaré mejor cuando vengas.

Resultó que el lugar en el que iban a hablar de algo *tan personal* era el centro de trabajo de Nieve, que no consistía en una simple oficina, ya que el abogado había ascendido varios puestos en el escalafón de la vida y ahora disponía de un «Estudio Jurídico, Técnico y Comercial» que se encontraba encima de un banco con la fachada de mármol, en Via Lamarmora, no muy lejos de los tribunales de Justicia. Allí no había mesas, sino grandes sillones demasiado bajos y poco prácticos, en los que se sentaban tanto los clientes como los asesores legales. Uno podía llegar a sospechar que estaba en Milán. Sus colegas de los departamentos técnico y comercial, quienesquiera que fuesen, parecían haber desaparecido aquella mañana, como si Nieve se hubiera librado de ellos, pero había otro hombre al que Salvatore no conocía y que le fue presentado como un joven colega, Gattai. Gattai era, efectivamente, muy joven y, por su ceño ligeramente fruncido, se diría que no tenía ni idea de lo que se iba a tratar allí. Salvatore no entendía por qué era necesario que estuviera presente en aquella reunión tan delicada y personal, a menos que Nieve quisiera tener un testigo

de lo que se iba a decir, lo cual parecía bastante probable.

Nieve comenzó preguntándole por su mujer. Le parecía haber oído que estaba fuera, ¿no?

—No se encontraba muy bien últimamente. Está pasando un par de semanas en la playa —dijo Salvatore—. La llamé por teléfono ayer por la tarde y ya está mucho mejor.

De repente se apoderó de él un vehemente deseo de llamarla de nuevo y de escuchar su voz y preguntarle si se sentía igual que el día anterior. Controló aquel impulso. Nieve, mientras tanto, le estaba explicando que de vez en cuando se le pedía su asesoramiento legal para determinados casos de los servicios sociales para menores, la Opera Nazionale Maternità ed Infanzia.

—Tal vez sepas que ya he trabajado en alguna ocasión para ellos.

—Francamente, no tengo ni idea de para quién trabajas —le dijo Salvatore.

Tanto Nieve como Gattai sonrieron ampliamente, como si acabaran de escuchar un cumplido. Los siguientes comentarios de Nieve, precisos pero expresados aparentemente con cierta reticencia y casi nostálgicos, fueron dirigiéndose hacia el tema de los hospicios y de los *asili*, y luego, poco a poco, salió a relucir el nombre de Maddalena di Ridolfi. Con una especie de disimulada sugerencia, el abogado le dio a entender a Salvatore que la *contessa* no era como el resto del mundo.

—¿Quieres decir que la tía de mi mujer está loca? ¿Es eso lo que querías decirme?

—No te pongas nervioso. El médico eres tú, así que tendrás que ser tú quien nos lo diga a nosotros. Por supuesto, has de entender que no la estamos juzgando de manera personal. Lo que intentamos es protegerla, como espero poder demostrarte enseguida.

—Muy bien —dijo Salvatore con una calma inesperada—. Los actos de la *contessa* son en su mayoría muy inteligentes, e imagino que todos ellos tendrán un objetivo claro. No la tengo entre mis pacientes, por supuesto, y no soy psiquiatra. Así que... ¿Vas a decirme de qué estás hablando?

—Te hablo de su asilo para ancianas y bebés de Via Sansepolcro. ¿Puedo preguntarte si sabes algo al respecto?

—No mucho.

—¿Dirías que está bien organizado?

—Estoy seguro de que no lo está, pero no veo qué puede tener eso que ver contigo y mucho menos conmigo.

Nieve le explicó que se habían puesto en contacto con él desde la Prefettura y la oficina del inspector de salud pública, así como desde la O.N.M.I. para ver cómo se podía llevar aquel asunto de la manera más discreta.

—Esa mujer está cuerda —dijo Salvatore—. Y es más, si hubiera algo que decirle, tiene un abogado.

—Sí, ya lo sabemos: Guardone, de Via Strozzi —dijo Gattai, que parecía sentirse

aliviado por poder aportar algún dato.

Salvatore se quedó de piedra. Él estaba pensando en los abogados de la familia Ridolfi. No tenía ni idea de que la tía Mad dispusiera de un abogado propio.

—Sí, Guardone —dijo Nieve—. Naturalmente, tendremos que colaborar con él, pero si hablo contigo primero es porque esto puede considerarse un asunto de familia y tú eres miembro de la familia.

—¿Y por qué no hablas con mi suegro? Ahora está en Roma.

—Precisamente, porque pensamos que lo mejor sería dar los primeros pasos mientras el conde no estuviera en la ciudad, con el fin de causar la menor incomodidad posible.

—No creo que él se preocupe lo más mínimo por esas ancianas y esos huérfanos.

—Pero seguro que prefiere no tener problemas.

—Eso nos pasa a todos.

—Estarás de acuerdo conmigo, entonces, en que lo mejor que podemos hacer es arreglar un poco las cosas para que cuando tu mujer y el conde regresen a la ciudad todo pueda estar ya solucionado...

—¿Qué ha pasado? Dímelo de una vez.

Según explicó Nieve, los problemas venían de antiguo. A los huérfanos (suponiendo que el asilo contara realmente con algún tipo de reconocimiento legal) solo se les permitía quedarse hasta los dos años en el centro, y Mad siempre había creído que a las ancianas no les importaría respetar aquella norma, ya que, a su edad, un bebé sería igual a cualquier otro bebé. Uno se iba y otro venía. Pero de repente comenzó a suceder algo. Se produjo una especie de locura generalizada, un vehemente deseo de dar sentido a sus vidas. De modo que aquellas mujeres seniles decidieron no volver a separarse de sus niños y comenzaron a esconderlos y a ocultarlos.

En Florencia, cualquier persona que decida que algo no le gusta puede acercarse al estanco, pedir un impreso de denuncia, rellenarlo y enviarlo a la Questura. Y recientemente se estaban recibiendo muchos de aquellos impresos en los que se quería saber qué les estaba pasando a los angelitos del asilo.

—Y lo que no queremos, desde luego y sobre todo, es que esto se convierta en un asunto en el que deba intervenir la policía.

«¿Por qué no?», pensó Salvatore.

En cualquier caso, lo que fuera que Nieve pudiera querer a cambio de mantener sus gestiones en la más absoluta discreción afloraría a su debido tiempo. ¿Cómo afectaría todo aquello a Chiara? Era consciente de que ella sentía un inmenso aprecio por su tía, aunque también era verdad que sentía un inmenso aprecio por todo el mundo, a pesar de que Salvatore le había demostrado que aquella actitud era poco práctica e ilógica. Lo mejor, sin duda, sería averiguar qué estaba pasando y, a continuación, cuando volviera a llamarla por teléfono —o incluso más adelante—, decírselo como algo que había sucedido tiempo atrás y de lo que ya no tenía que

preocuparse en absoluto. Comenzaría con un tono de voz equilibrado, tranquilizador: «Oh, por cierto, resulta que tu tía...».

—¿Qué ha pasado con los niños? —le preguntó por fin Salvatore al abogado.

—Están perfectamente, pero los inspectores los encontraron metidos en armarios y en cestas para la ropa sucia. Esa es la razón por la que estamos investigando la situación jurídica de...

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que vengas conmigo, como miembro de la familia, a Via Sansepolcro y que te reúnas allí con Guardone, con el objeto de ver qué medidas preliminares podemos tomar.

Nieve se puso un par de gafas oscuras y se colgó su chaqueta ligera de verano sobre los hombros. Al salir, Gattai, que había estado rondando por allí, se acercó a Salvatore y le dijo como en una liberación de emociones reprimidas, como un chorro de vapor:

—*Dottore*, me han dicho que usted conoció a Antonio Gramsci.

—Gramsci murió en 1937 —dijo Salvatore—. Dios mío, ¿qué edad crees que tengo?

—No me interprete mal. Pudo conocerlo de pequeño o tal vez le llevaran a su funeral.

—Al funeral de Gramsci no fue nadie.

—*Dottore*, ¿qué posición cree usted que habría adoptado Gramsci en la actual coyuntura política y económica?

Nieve se giró bruscamente y le ordenó que fuera a buscar un taxi. Gattai salió entonces, frustrado y frunciendo el ceño.

—Lo siento, es un idealista. No es necesario que nos acompañe al asilo.

—No.

El asilo no se encontraba exactamente en la Via Sansepolcro, sino en una bocacalle adyacente, uno de esos callejones sin salida de Florencia, tan grises y oscuros. Después de que Nieve hubiera pagado el taxi, se acercó a un bar para hacerse con unas cuantas fichas de teléfono, como si no pudiera vivir sin ellas, como si fuera un náufrago, como si se sintiera perdido por no tener contacto con su base de operaciones de Via Lamarmora.

El edificio del asilo se levantaba en aquel sitio con un aspecto extraño, como si se apiñara encogido sobre sí mismo en un inhóspito espacio triangular, de modo que la puerta de entrada quedaba en una esquina. Por extraño que pudiera parecer, estaba abierta, así que entraron. Una vez en el patio, comprobaron que la lóbrega garita del vigilante estaba vacía y que todo era silencio. Tanto las ancianas como los niños debían de estar durmiendo. O quizá hubieran huido de allí todos juntos.

—Ah, ahí está Guardone.

Un hombre con gafas de montura dorada y con aspecto de estar de vuelta de todo salió del edificio principal —por llamarlo de algún modo—, al fondo del patio. Se hicieron las presentaciones y se dieron la mano.

—Perdónenme, Nieve, *dottore*, pero me temo que están ustedes perdiendo el tiempo.

—Solo hemos venido para pedirle que nos enseñe cómo están las cosas. Soy consciente de que se halla en una posición muy delicada. Nosotros no contamos con ninguna autorización concreta para actuar, ninguna en absoluto, e imagino que usted tampoco.

—Yo solo sigo las instrucciones de mi cliente —dijo Guardone.

—¿Está usted en el comité de dirección de este sitio?

—No existe ningún comité de dirección.

El equilibrio de fuerzas entre ellos resultaba bastante incierto. Nieve era una persona mucho más importante que Guardone, pero Guardone parecía muy seguro de sí mismo y, aún más, sabía exactamente de qué estaban hablando. Se volvió hacia Salvatore.

—Su mujer ya le habrá dicho que este edificio tiene una hipoteca con la Orden de S. Vincente di Paoli, a un interés muy bajo, por tratarse de un acto de caridad. La única propiedad de la que puede disponer libremente la *contessa* es, como usted también sabrá, el lavadero.

Por fin apareció el vigilante por la puerta de la calle. Llevaba una barra de pan y una lata de queroseno.

—Solo se puede visitar el asilo si se dispone de un permiso especial —dijo de

inmediato—. Y no enseñamos el lavadero.

Le dijeron que aquel caballero era el doctor Rossi, marido de la sobrina de la *contessa*. Nieve le ofreció también un cigarrillo inglés. No obstante, el conserje repitió:

—No enseñamos el lavadero.

Guardone señaló un lugar en que la pared quedaba cortada por el muro de un edificio anexo. Las ventanas habían sido tapiadas, pero la puerta estaba abierta. Los tres se quedaron mirando el interior. A Salvatore le dio la impresión de que aquello era un establo. Había unos abrevaderos de piedra maciza, y el suelo aparecía surcado de agujeros y de finos desagües acanalados. Pero no había nada más. Habían desaparecido los grifos, al igual que las tuberías, las cañerías de desagüe, los tapones y las cadenas de los tapones. No quedaba nada.

Nieve se volvió hacia el vigilante.

—¿Cómo podían lavar aquí la ropa de los residentes? Esto no está preparado para eso.

—No. Ha desaparecido todo.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Fue desapareciendo poco a poco.

—¿Redactó usted algún informe?

—Los grifos eran de latón.

Con el paso del tiempo, las viejas fueron vendiendo las piezas del lavadero para poder comprarse cosas. A veces cigarrillos, aunque lo más normal era que compraran regalos para los niños.

—¿Y la *contessa* qué decía de eso?

—No le sorprendía en absoluto —dijo el vigilante—. Naturalmente, el precio del latón sube y baja, depende del momento.

—Guardone —dijo Salvatore, empleando el tono de voz que reservaba para las consultas—: Tengo cierta información acerca de los problemas de la *contessa*, pero no sé qué es lo que tiene en mente. ¿Qué piensa hacer con todo esto?

—Nada. Vendió el lavadero ayer. Mis instrucciones consisten en que el proceso se lleve a cabo lo más rápidamente posible, aunque implique tener que aceptar un precio más bajo.

Haciendo un esfuerzo mayúsculo para no mostrar el menor gesto de sorpresa, Nieve le preguntó:

—¿Quiénes son sus clientes, si no es confidencial?

—Bimbi Autowash —respondió Guardone en un tono sombrío—. No es ningún secreto.

Nieve intentó recuperar su posición de autoridad:

—Vamos a ver el bloque principal.

—Está vacío.

—¿Dónde están las mujeres y los niños?

—Se los han llevado.

El vigilante lo confirmó:

—Sí, se fueron esta mañana temprano.

Dejó la lata de queroseno en el suelo y señaló la calle con un gesto.

—¿Quiere decir que se los llevaron los responsables de la oficina del inspector?

—No. Se los llevó la condesa —dijo Guardone—. Solo quedaban ocho ancianas y seis niños. Esto es como la Toma de la Bastilla, Nieve. Tanta exageración, tanto esfuerzo, para tan poco...

—¿Adónde se los ha llevado?

—Eso no voy a poder decírselo.

Guardone se quitó las gafas de montura dorada y empezó a limpiar los cristales.

—Habrá que averiguarlo, por supuesto —dijo Nieve.

—Por supuesto.

—Y procederemos con las investigaciones oportunas sobre la utilización de estas instalaciones.

—Entonces tendrá que hablar con la Orden de San Vicente y también con Bimbi Autowash.

Parecía estar quitándose de en medio, tranquilamente, para eximirse de cualquier responsabilidad que pudiera derivarse de aquella situación.

Salvatore estaba en lo cierto al pensar que Nieve, gracias a su prudente intervención en el caso, esperaba sacar provecho del cierre del orfanato. Se había planteado que en el futuro podría llevar al menos una parte de los asuntos legales de los Ridolfi. Pero, después de aquella tarde, ya no volvería a albergar ese tipo de ambiciones.

—¿Has tenido alguna vez la impresión de que todo se confabula para sacarte de quicio y frustrar tus planes? —le preguntó a Salvatore mientras salían de Via Sansepolcro—. Yo tengo esa impresión muy a menudo.

Salvatore se detuvo en seco en medio de la calle vacía.

—¿También tú tienes esa impresión?

—Supongo que le pasa a casi todo el mundo alguna vez en la vida.

—¿Dirías que es algo normal?

—Sí, es una cosa normal, sí —dijo Nieve en tono tranquilizador.

Salvatore estaba como si le hubieran dado un puñetazo en la cara.

«A saber cuál será la próxima sorpresa desagradable —pensó Nieve—. Desde luego, debe de ser un regalo envenenado eso de estar emparentado con los Ridolfi».

En Valsassina ya habían recogido la primera cosecha de heno y ahora rastrillaban los campos para que el sol terminara de secar la hierba. Cesare compró otro papel para cartas y otro sobre y, esta vez sin dudarlo, le escribió una carta a su tía. En ella le decía que sentía parecer un poco desagradecido y que desde luego no había olvidado sus múltiples atenciones para con él. No obstante, la situación era la siguiente: cuando regresó del campo, se había encontrado con ocho ancianas y diez niños en las habitaciones de arriba, y otras tres ancianas más en la cocina que se preguntaban qué podrían hacer de comida. Esa gente no podía quedarse en Valsassina. Habían traído un montón de ropa sucia. Bernadino se había encerrado en el palomar. Y al perro tuvieron que encerrarlo en la oficina para evitar que se volviera loco. El negocio de la finca era la producción de vino. Y había considerado que lo mejor era exponerle todo aquello claramente y por escrito.

Maddalena fue hasta allí en coche para hablar con él. Vestida con su elegante y antiguo vestido de lino, estaba tan pálida como la cera. No pareció importarle en absoluto el parloteo y los llantos de la parte posterior de la casa y que sonaba como si estuvieran golpeando dos objetos de metal.

—Últimamente me preocupaba muchísimo que estuvieras tan solo en este sitio —dijo—. No me gusta verte tan solo en Valsassina. No creo en la Providencia, pero sí creo en ese momento de inspiración absoluta en que se puede decidir qué es lo mejor para los demás. Lo que he decidido es que tendrás a los más viejos y a los más jóvenes a tu alrededor, tal y como exige el orden natural de las cosas.

—A partir de mañana, no.

—¿Y qué vas a hacer con ellos?

—Vendrán a llevárselos los de servicios sociales.

—Te habrías acostumbrado, Cesare. Tu existencia se habría ensanchado. Es muy difícil ayudarte.

—Lo siento.

—Ahora tendré que pensar qué puedo hacer por Chiara y Salvatore.

—No hagas nada.

—¿Qué?

—Que no hagas nada.

Giancarlo nunca se había tomado a su hermana muy en serio, y ni siquiera iba a hacerlo ahora, cuando ella se había embarcado en el proceso de morir. De hecho, tampoco ella se tomaba muy en serio a sí misma, en el sentido de que no creía estar perjudicando a nadie con sus actos. Tal vez una idea así pudiera considerarse un poco extravagante, pero suele suceder que se considera extravagantes, e incluso malintencionados, a aquellos que simplemente eligen el momento equivocado para actuar.

Maddalena le escribió «una carta de tía» a su sobrina Chiara, que seguía en Riomaggiore, en la que le decía que esperaba que sus menstruaciones hubieran vuelto a ser regulares y en la que incluía la lista de los conciertos de otoño, que acababa de publicarse. Le pidió que saludara a los Ricasoli en su nombre y no le dijo nada de Sannazzaro. Después hizo llamar a Guardone y le dio veinticuatro horas para que comprobara que Mazzata existía, que las tierras de Rossi también existían y que se podían comprar según las regulaciones del Instituto de Fomento Regional, la Cassa del Mezzogiorno, y para que comprobara también que Sannazzaro vivía allí y tenía buena fama entre sus vecinos.

—Para las dos primeras cuestiones, la respuesta es afirmativa —le dijo el abogado—. En cuanto a la tercera, todo el mundo piensa que Pericle Sannazzaro es bastante simple, pero completamente honesto.

—¿Simple, en qué sentido? —preguntó Mad.

Le dijo que en el pueblo pensaban que solo tenía una idea en la cabeza. No que solo fuera capaz de tener una idea cada vez que pensaba, sino que solo tenía una idea constantemente, la misma desde hacía muchos años. Maddalena le dio instrucciones a continuación para que el dinero obtenido de las lavanderías Bimbi no pasara por el banco (aunque él ya lo había dado por hecho) y para que comprara las tierras del doctor Rossi, poniéndolas a su nombre, tan pronto como le fuera posible. Guardone no tenía la menor intención de hacer aquello, de modo que inició las negociaciones por medio de una agencia inmobiliaria, Domiciliolux, en la que contaba con una pequeña participación. No sabía si la *contessa* esperaba que bajara hasta Mazzata para inspeccionar personalmente el lugar, pero tampoco tenía la menor intención de hacerlo. Ella se marcharía pronto, todo el verano, y a juzgar por su aspecto tendría que haberse marchado ya.

—La compra llevará su tiempo, *signora contessa*. No es algo que se pueda hacer de un día para otro —le dijo.

—A usted seguramente no le interesa que sea así —dijo ella, imperturbable.

—Desde luego, yo le aconsejaría que no comprara. No me costó mucho averiguar

que no hay una sola empresa en Mazzata que haya dado beneficios jamás.

—No la compro para mí. El título de propiedad pasará de inmediato a manos del doctor Rossi.

—Tampoco creo que al *dottore* le dé igual que una tierra sea rentable o no. En cualquier caso, necesitaremos su firma en una primera fase del proceso como prueba de aceptación. Eso si realmente cree usted prudente no consultarle antes a él, para ver qué opina al respecto.

—Guardone, ¿usted nunca le ha hecho un regalo a nadie? Y no hablo de algo que los demás pudieran esperar, sino de un regalo *del cuore*. Por el hecho en sí mismo. Algo que no le hayan pedido y que consiga que todo se arregle y se solucione.

—Alguna vez he organizado cosas así para algunos clientes —dijo Guardone. Aunque sé que pueden provocar una tensión considerable en las familias.

—Pero, por Dios, siempre será mejor que discutir.

—Por mi experiencia no, *contessa*.

—Es usted tan seco como un sapo, Guardone.

—Permítame repetirle que, si todo va bien, lo único que estaré en condiciones de entregarle en un futuro próximo será el borrador de un contrato preliminar. ¿Quiere que traiga también una copia para el doctor Rossi?

—Bien. Ahora empezamos a entendernos.

La copia estaba en sus manos antes de que Maddalena hubiera partido en su viaje estival hacia los Dolomitas: había decidido ir allí después de haberse negado en redondo a probar la cura de aguas en el balneario de San Pellegrino, en compañía de Mimi Limentani. El abogado tuvo tiempo, pero por muy poco, de notificarle a las cinco en punto de la tarde que ya tenía el documento encima de su escritorio.

—Envíele una copia al doctor Rossi, al S. Agostino.

—Mañana.

—Ahora.

Guardone no disponía en ese instante de ningún ayudante al que pudiera encomendarle semejante encargo, pero por su oficina ahora merodeaba constantemente el vigilante del asilo, que se había quedado sin trabajo y que, al parecer, no podía reclamarle ninguna pensión a la Seguridad Social. Para empezar, su esposa y sus hijos estaban con sus suegros y, claro, no había ningún programa de subsidios familiares para las personas que vivían en el campo... Guardone cortó de raíz todas aquellas explicaciones, como tenía que hacer prácticamente todas las tardes.

—Hoy tengo algo para usted. Llévelo este sobre al doctor Salvatore Rossi, al Hospital S. Agostino. Si ha salido ya en dirección a su clínica privada, entérese de dónde se encuentra y lléveselo allí. Pida un recibo y vuelva aquí por la mañana. Cuando me lo entregue, le daré a usted dos mil liras.

Salvatore estaba todavía en el hospital. Había aplazado las citas que tenía con sus pacientes particulares, a la espera de poder volver a hablar con el gerente. Había oído

decir que existía la posibilidad de que se hiciera reparar una casa en Bellosguardo. No se trataba de construir nada. Ni tan siquiera de reconstruir nada, solo de reparar. Desde luego, aquella casa no tendría las vistas de Villa Hodgkiss. De hecho, era muy probable que no tuviera ninguna vista en absoluto, pero no dejaba de estar en Bellosguardo y no en Via Emilio Münz. Al menos ahora podía albergar la esperanza de avanzar un poco en la vida.

—De la oficina del *avvocato* Guardone.

«Más bobadas de la historia del lavadero», pensó Salvatore.

—Tiene que firmarme el acuse de recibo, *signor dottore*.

Reconoció al vigilante del asilo y le devolvió una sonrisa tranquilizadora.

—Espero que haya encontrado usted un nuevo trabajo. Si no es así, venga a verme.

Firmó la hoja de papel que el hombre le puso delante y, tras comprobar que se le había escapado el gerente, se marchó a su clínica. Cuando llegó a Via Emilio Münz ya habían dado las ocho. El ascensor no funcionaba. El calor hacía que se estropeará constantemente, y Salvatore empezó a sudar mientras subía las escaleras andando. Las dos habitaciones estaban tan ordenadas como su oficina del S. Agostino. No quedaba nada de aquella atmósfera caótica que Chiara había creado en el piso. La ropa de Salvatore estaba colgada en las perchas, y había guardado las pocas cosas que poseía en aquel pequeño y horrible armario con su endeble picaporte de plástico. Ahora el piso estaba disponible y podía ir a visitarlo cualquiera que deseara alquilarlo cuando ellos se hubieran ido.

Se había acostumbrado a comer en el bar que quedaba al otro lado de la calle. Eso significaba que tenía que volver a bajar y subir las escaleras de nuevo si quería ir a ese lugar tan tristemente apagado y aburrido. Seguro que habría sitios mejores, pero no iba a molestarse en buscarlos. Antes de salir, abrió el sobre de Guardone.

No puso una sola pega cuando oyó que se iba a pasar unos días con aquellos amigos suyos. Y tampoco cuando luego cambió de opinión y le dijo entre lágrimas que no se recuperaría jamás si no podía estar a su lado y no lo veía todos los días. Más bien al contrario, recordaba que lo que hizo fue gritar: «¡No te preocupes! ¡Yo te prepararé las maletas! ¡Te enseñaré cómo se hace una maleta!», y que a continuación se puso a amontonar todo lo que pudo encontrar: sus fotografías, su misal, del que cayeron como ráfagas pequeños trocitos de hojas de palmera ya secas y varias estampas de santos, un montón de sandalias con tiras tan delgadas como trozos de cuerda... Lo embutió en una maleta que se negaba a admitirlo todo. Al final Chiara empezó a reírse, aunque no era ese el resultado que Salvatore esperaba ni pretendía. Pero entonces comprendió que si se había reído era solo porque quería que creyera que ya se encontraba mejor.

Cuando terminó de leer por segunda vez el borrador de Guardone, entendió con total claridad lo que estaban haciendo y cómo estaban actuando contra él. Pudo comprender perfectamente cada pequeño detalle de lo que le había ocurrido desde el día de la boda. Y todo quedaba incluso más claro si analizaba los acontecimientos de acuerdo con un orden cronológico. Se suponía que tenía que creer que Chiara no tenía ni idea de quién era Marta cuando encargó aquellos miserables vestidos, y que no se había compadecido de sus pequeñas debilidades, ahora felizmente superadas ya y finiquitadas. Se suponía que tenía que creer que cuando aquella inglesa monstruosa fue a alojarse en la casa de los Gentilini, aquello no era una artimaña para hacer que corriera de un extremo a otro de Florencia la especie de que él era incapaz de ofrecer a los amigos de su mujer un lugar digno en el que quedarse. Y, en fin, se suponía que tenía que creer que aquella tía chiflada había decidido por su cuenta y riesgo firmar una especie de contrato para recuperar sus miserables veinte hectáreas y media de tierra en Mazzata. ¿Por qué el abogado de aquella tía loca le permitiría hacer una cosa semejante? Había sido Chiara: al no disponer de dinero propio, seguramente fue a pedirselo a la loca de la *contessa*, la propietaria del lavadero de los huérfanos. A Chiara se le había metido en la cabeza la idea de sorprenderle con una golosina, justo lo necesario para que se mantuviera tranquilo ese marido suyo de reacciones impredecibles que se había puesto en evidencia en la mesa durante la fiesta del profesor. Él, que era tan trabajador, tan inteligente, pero también tan estúpido como para no darse cuenta de lo que le pasaba realmente, y tan insensible como para no advertir que lo que sentía era nostalgia de su hogar... Esa tristeza explicaría sus aburridas fantasías. Sentía nostalgia como un bebé de pecho, pero se quedaría tan contento si lograba que le devolvieran su triste puñado de tierra. En cualquier caso,

jamás podría haber imaginado que aquella mujer de diecinueve años (aunque Chiara lo amaba, y eso, naturalmente, le concedía una ventaja injusta) pudiera saber cómo se derriba a un hombre hecho y derecho.

Él había estado con su padre justo delante de la Clínica Quisisana esperando a que les dieran el permiso para su visita, y había estado también en el exterior de La Ricordanza con la frente pegada a aquellas puertas de hierro. En ambos casos, el error había sido el mismo: entrar. Por supuesto, de pequeño no había tenido otra opción. Y ahora solo podía dar gracias a Dios por una única cosa: que nadie le hubiera visto el día que estuvo merodeando de aquella manera tan patética por los alrededores de La Ricordanza.

Cesare estaba sentado en un extremo de la mesa del comedor, en Valsassina; era el mismo lugar de siempre y estaba allí sin hacer nada y, al parecer, también sin pensar en nada. Ya se habían llevado los platos. En la radio sonaba Monteverdi, y cuando terminó, dio comienzo la emisión de *El diario de la señora Dale*^[26]. Era verano y en verano no se cerraban ni las puertas ni las ventanas hasta que, llegada la noche, Cesare echaba los candados antes de irse a dormir. Podía entrar cualquiera, y así fue como entró Salvatore.

—No me esperabas.

—No, pero entra y siéntate —dijo Cesare—. He oído la vespa.

Apagó la radio. Salvatore cogió una silla del extremo opuesto de la mesa. La presencia de otras sillas le agobiaba.

—¿Siempre te sientas aquí por las noches? —le preguntó—. Creo que yo no lo aguantaría, estar aquí, solo, sin compañía.

—¿Has venido a buscar compañía? —le preguntó Cesare.

Salvatore contempló el cielo violáceo de la noche y luego volvió a la mesa, tan inamovible como siempre.

—Quiero hablarte de algo que no puedo solucionar yo solo sin escuchar una segunda opinión. Pero, por otra parte, se trata de un asunto que solo puedo discutir con alguien de la familia, y si he venido hasta aquí es porque me da la impresión de que tú eres el único de los Ridolfi que puede analizar mi caso con cierta perspectiva. Incluso diría más: creo que eres el único miembro de la familia un poco sensato.

—Se trate de lo que se trate, creo que sería mejor que lo hablaras con mi prima.

—Quiero mucho a Chiara, pero no es una persona sensata.

—La conozco desde que nació y, en mi opinión, es lo bastante sensata como para poder enfrentarse a cualquier asunto.

—¿Es eso lo que piensas de ella?

—No quiero hablar de ella.

—Yo tampoco. Me dirijo a ti como persona inteligente por un motivo muy distinto. No te rías: ya sé que si alguien recorre cuarenta kilómetros por la noche para ir al campo a ver a un familiar a quien apenas conoce es porque quiere hablar de sí mismo. —Cesare no se rio, y Salvatore continuó—. Ya conoces mi historia: no conté con mucha gente que me ayudara al principio. Mi padre era mecánico de bicicletas, no muy bueno. Y yo estudié Medicina en Bolonia y lo hice lo mejor que pude. Y aquí estoy. Ahora, dime, ¿me consideras una persona innecesaria?

—Los médicos son necesarios —dijo Cesare—. Lo que ya no sé es cuántos médicos son necesarios.

—Debería haber añadido que poseíamos unas pequeñas parcelas de tierra. No mucho. Heredé veinte hectáreas y media, y las vendí. Las vendí cuando consideré que había llegado el momento oportuno. Entiendes lo que te digo, supongo.

—Más o menos.

—Y ahora descubro que, a mis espaldas y sin decirme una sola palabra, la tía de Chiara pretende volver a comprar ese terreno para entregármelo de nuevo. Acabo de enterarme. Guardone me envió los papeles al hospital.

—Así que estás enfadado porque mi tía, que tiene buen corazón, pero que no es del todo responsable de sus actos, quiere regalarte veinte hectáreas y media de tierra.

—Estoy de acuerdo en que tu tía no es responsable de sus actos, pero en realidad esto tiene poco que ver con ella. En realidad, ha sido Chiara quien se ha encargado de prepararlo todo.

—¿Qué te hace pensar que ella sabe algo de todo eso?

—Porque, de lo contrario, ¿cómo iba a saber la *contessa* que existe un pueblo llamado Mazzata? Nadie sabe nada de Mazzata, y menos aún de mis veinte hectáreas y media. A Chiara sí se lo conté. Le conté casi todo lo que me ha pasado en la vida y lo sabe casi todo de mí. En ese sentido, el matrimonio es como la segunda fase de las borracheras. Dime, ¿se te ocurre alguna otra manera en que su tía pudiera haber oído hablar de Mazzata?

Cesare se tomó la pregunta con su habitual seriedad.

—No, no se me ocurre.

—Chiara no me necesita en absoluto. Sería absurdo echarle la culpa a ella. Debí preverlo, pero no me avergüenzo de tomarme esto tan en serio. Si no lo hiciera, entonces sí me merecería todo lo que me ha pasado. En las relaciones humanas hay diletantes, como en la política, por decir algo. Para ese tipo de personas, una crisis de fe o de confianza es solo una molestia pasajera, o incluso una diversión. No reviste más importancia que descubrir de repente que no se puede pagar una factura un mes o un par de meses. Quería dejarte claro que yo no soy así. Por desgracia, soy médico y por lo general soy yo quien da los consejos, no quien los recibe. Así que no sé pedirlos. Tengo un amigo que se va a ir de Florencia. Hablaba con él con frecuencia, pero ahora me doy cuenta de que tampoco me dejaba aconsejar por él. Lo único que hacía era decirle lo mucho que se equivocaba.

Miró en dirección a las puertas abiertas que se abrían a cada lado de la gran chimenea y que quedaban a la espalda de Cesare.

—¿Alguien más se queda a dormir en esta casa?

—Sí, Bernadino. Y la vieja.

—¿Su mujer?

—Sí. Si es que es su mujer.

—¿Y ahora dónde están?

—Supongo que ella estará rezando el rosario en la cocina. No sé dónde estará Bernadino. Probablemente, cerrando a las palomas.

—Hace tiempo que ha anochecido.

—Ya. Pero le lleva un tiempo hacerlo.

—¿Tienes un arma?

—Por supuesto —dijo Cesare. Y retiró por primera vez las dos manos de la mesa.

—Yo solía salir con mi padre, cuando era pequeño, claro. Nos levantábamos antes del amanecer, cuando el aire todavía estaba fresco, y lo más normal era que no encontráramos nada a lo que disparar. Podíamos estar caminando dos horas y no llevarnos nada a casa, salvo quizá un par de tordos o un lagarto. —Y añadió—: Necesito una escopeta ahora mismo, como las que tenía entonces. No quiero una automática.

—No las tengo en casa —dijo Cesare—. Tendrás que venir a la oficina.

—Sí. Aunque tal vez debiera explicarte un poco mejor lo que voy a hacer. La cuestión principal es que Chiara y yo no somos capaces de aceptarnos, y creo que, a fin de cuentas, ella estaría mucho mejor sin mí.

—No pierdas la esperanza —dijo Cesare—. Según mis cálculos, dentro de veinte años el divorcio será legal en Italia.

—¿Según qué cálculos?

—Cuando la Comunidad Europea se ponga en marcha, tendremos que unirnos a ella para poder vender nuestro vino, aunque a Alemania le parezca mal y se ponga en contra. En cuanto nos unamos a ellos en una cosa, tendremos que unirnos en todas.

—¿Y crees que tu prima puede esperar veinte años para ser feliz? —preguntó Salvatore en un tono feroz, casi a gritos—. Si afrontamos las cosas desde una perspectiva más amplia, si yo desapareciera, la situación del mundo considerada globalmente mejoraría a un nivel minúsculo, nada más que eso. No supondría más que la desaparición de un grano de arena. Y no solo porque exista una incompatibilidad absoluta entre el amor y las formas de que disponemos para demostrarnos ese amor. También he llegado a pensar que es muy posible que en un momento de mi vida, al principio, optara por seguir un camino erróneo. Elegí ese camino simplemente porque era el camino opuesto al que me indicaban constantemente unos hombres débiles e irritantes, enfermos, fracasados, condenados. De todos modos, como te acabo de decir, es probable que, desde cierto punto de vista y en lo que a este país se refiere (nunca he vivido en ningún otro), me haya convertido en algo que podría considerarse un organismo que crece rápido y fuerte; y, en cambio, desde otro punto de vista distinto, puede que no sea más que una malformación que solo puede eliminarse mediante una intervención quirúrgica. Pero pasando a las cuestiones de carácter práctico, quiero que sepas que cuento con un buen seguro de vida de la Previdenza. Los beneficiarios son, naturalmente, mi madre y Chiara. Pero si me suicido, no recibirán nada.

—En mi póliza no hay nada de eso —dijo Cesare.

—Probablemente no. Se trata de una cláusula de tipo laboral. La Previdenza la incluye solo en el caso de periodistas, médicos, artistas, especuladores y degenerados.

Lo que te estoy diciendo es que si me mato esta noche, sería necesario que declararas que todo fue un accidente. ¿Qué te parece?

—En general, me parece que lo siento por ti.

—¿No vas a tratar de impedir que lo haga?

—No lo sé.

Salieron juntos por la puerta principal. Ambos eran conscientes de que aquello era una especie de momento solemne. La noche era muy oscura y no había estrellas. Ahora al menos se podía respirar, después del asfixiante calor del día y, como cualquier otra noche en el campo, los ruidos, murmullos y crujidos resultaban inquietantes. La fragancia del viburno, que aquel año había florecido excepcionalmente, les persiguió infatigable hasta la parte trasera de la casa.

—Yo entraré primero —dijo Cesare—. Siempre hay algo que se puede caer por ahí.

La oficina estaba iluminada con una bombilla de 40 vatios, lo que le confería exactamente la misma triste desolación que había tenido durante el día. Todo estaba igual que aquella vez que Giancarlo fue hasta allí para discutir los detalles de la boda, con la única excepción de los catálogos de maquinaria agrícola, que habían desaparecido bajo un nuevo montón de regulaciones del Consorcio. La tarjeta en la que se anunciaba el compromiso de Chiara seguía encima de la mesa.

Cesare abrió la puerta del armario, que estaba empotrado en la gruesa pared interior. La vieja perra, que había estado sesteando en su rincón y que estaba perfectamente al tanto de que la temporada de caza no empezaría hasta que hubiera transcurrido otro buen trecho de su existencia, elevó la mirada hacia el armario con un destello de esperanza en los ojos. Empezó a mover el rabo.

—Bueno. Esto es lo que tengo. Las que están en el estante superior son las Holland & Holland de mi padre. Aquí estuvieron toda la guerra y nadie las encontró. Las hicieron para él y yo no las uso. Él disparaba con el hombro izquierdo, así que están hechas a su medida. Yo no utilizo el hombro izquierdo. La que está debajo es la mía. Es italiana. También fue de mi padre, pero no se la hicieron a medida. Yo soy más alto, así que la llevé para que le alargaran la culata. Les costó encontrar el mismo tipo de madera de nogal. Pero hicieron un buen trabajo. No creo que puedas ver la juntura.

—La verdad es que no —dijo Salvatore—. ¿Y la escopeta?

—Eso es solo para las alimañas, ratas, serpientes y todo eso.

Cesare la sacó, la abrió, la cargó y se la entregó a Salvatore. La perra levantó la cabeza y se volvía a mirar a uno y a otro, alternativamente.

Salvatore le dio las gracias. Cesare lo dejó allí solo y se dirigió de nuevo hacia la parte delantera de la casa. Se estaba levantando una brisa muy ligera, como solía ocurrir a aquellas horas de la noche. Entró en el vestíbulo y dejó las puertas abiertas. Cuando pasaba por delante del *cassone* pintado, deslizando una mano por la parte superior, oyó que comenzaba a sonar el teléfono.

—Cesare, soy Chiara.

—Ya, conozco tu voz —dijo—. ¿Dónde estás?

—Te llamo desde Riomaggiore. Estoy en casa de los Ricasoli. Son muy amables ofreciéndose a ocuparse de mí... Pero, Cesare, Salvatore me llama todas las noches y esta noche no lo ha hecho, y no me coge el teléfono ni en el piso ni en el hospital ni en la casa de los Gentilini.

—¿Por qué crees que está aquí?

—No... Solo te pregunto qué puedo hacer, *come sempre*.

—Bueno, pues está aquí.

—Ha ido a hablar contigo. Se siente solo. Lo sabía.

—No sé si se siente solo o no. Quería un arma.

—Pero él no tiene armas.

—Ya lo sé. Quería que le prestara una de las mías.

—Pero ¿para qué?

Cesare se lo pensó un poco, y respondió:

—Me ha dicho que está pensando en suicidarse.

Chiara, que se había equivocado tantas veces que casi nunca sabía qué era lo que debía hacer; ahora, como por una especie de milagro, sí lo supo. No dijo nada en absoluto. Aquel silencio inesperado surtió efecto en Cesare. Después de esperar un momento, y al ver que ella no colgaba, volvió a salir al patio. Él simplemente tenía la intención de pasar la noche en paz, sentado en su comedor.

El rincón del patio trasero parecía haber cobrado vida. Se oían voces discutiendo. La puerta de la oficina estaba todavía abierta y la débil luz se derramaba sobre el suelo. Su perra, que no ladraba nunca, que ni siquiera había ladrado cuando asesinaron al padre de Cesare ni cuando llegaron los huérfanos a la casa, ahora estaba ladrando. Tanto alboroto resultaba profundamente irritante.

—¡*Signor, dottore*, esa arma no le pertenece!

Salvatore dijo algo en voz baja, como un mártir paciente, y Bernadino gritó:

—¡Cesare no puede disponer de ella! ¡No se la puedes dar a nadie! Si fuera de día, tendrías que reconocer que todo lo que queda más allá del muro norte del segundo olivar es mío.

Cesare avanzó hacia la luz, cogió la escopeta, la abrió de nuevo y la descargó.

—Salvatore, te llaman por teléfono. Es tu mujer. Te llama desde Riomaggiore.

Salvatore se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué va a ser de nosotros? No podemos seguir así.

—Sí, claro que podemos seguir así —dijo Cesare—. Podemos seguir exactamente así el resto de nuestras vidas.

Dejó que Salvatore regresara solo al otro edificio y puso el arma en el estante correspondiente. La vieja perra se echó a dormir de nuevo en cuanto vio cómo cerraba la puerta del armario. Bernadino había desaparecido. Tal vez se hubiera ido por los amplios espacios abiertos del campo nocturno, aunque lo más seguro era que

se hubiera dirigido a la cocina. Cesare apagó la luz y cerró con llave. No le importaba la monotonía. Estaba muy acostumbrado a ella, pero pensó que no tenía ganas de seguir entrando y saliendo de su casa aquella noche.

Cuando dobló la esquina, vio que Salvatore salía al patio en busca de su vespa. Le dijo que iba a volver a Florencia y que lo primero que haría por la mañana sería salir hacia Riomaggiore.

Epílogo



Amena Stanza

de Terence Dooley

I

CHIARA RIDOLFI LE HA DICHO A SU PADRE que desea casarse con el doctor Salvatore Rossi:

«En ningún momento hablaron de su felicidad, no era necesario porque la felicidad se podía sentir y se podía ver y parecía vibrar nerviosamente en el aire que había entre ellos».

Solo una escritora como Penelope Fitzgerald podía introducir semejante sensación de desasosiego, de inquietud, en una frase tan hermosa: la sabiduría de la experiencia injertada en una apasionada inocencia. De hecho, la posibilidad (y la poca probabilidad) de la felicidad actúa como un tema recurrente en toda su narrativa. Sirva como ejemplo decir que su editor le sugirió que esta misma novela se titulara *Felicidad*, a lo que ella respondió que de la misma forma podría titularse *Infelicidad*, motivo que sin duda alejaría a los lectores. Hay un generoso optimismo, una amabilidad y una dulzura evidentes en el tratamiento de los personajes, a pesar de lo difícil de sus temperamentos y a pesar de los caprichos del destino, que, de todas maneras, contribuye en última instancia a lograr la felicidad del lector. Y es que *Inocencia* es la más hermosa de las tragicomedias de Penelope Fitzgerald. Nos recuerda a una comedia de Shakespeare. Los obstáculos que se van interponiendo en el camino de los jóvenes amantes por culpa de la intransigencia de los propios amantes, los personajes secundarios que son plenamente conscientes de lo que está ocurriendo, el emparejamiento poco adecuado de esos personajes secundarios, el papel desempeñado por los celos y, por supuesto, el escenario italiano... Todo nos lleva a Shakespeare.

Sin embargo, el papel de Italia en la novela es mucho más importante que el de servirle de simple escenario o telón de fondo. Italia es todo un universo y una época, la de la década de 1950, que se extiende en el tiempo hacia adelante y hacia atrás en los campos de la política, la religión, la viticultura, la medicina, el arte, el cine, la alta costura y el cuidado de los huérfanos y de las viudas. Los primeros críticos ingleses

de *Inocencia* se quedaron de piedra ante esa *italianidad*, esa interioridad, por la que Fitzgerald se mueve como si perteneciera a esa cultura que estaba describiendo, tan distinta de la suya propia. Sin embargo, nuestra autora no despliega ese arte increíble simplemente con el propósito de crear una novela histórica más perfecta, sino también para examinar cómo deberíamos vivir, cómo podemos vivir y cuáles son los límites de nuestra libertad para cometer nuestros propios errores.

The Same Mistake fue otro de los títulos que se barajaron para *Inocencia* mientras se estaba escribiendo la novela. Con él se aludiría a la creencia errónea de que es posible hacer algo para que otra persona sea feliz. La extraña fábula o leyenda o moraleja con la que se abre el libro establece de una manera oblicua las bases de este tema. Una Ridolfi enana del siglo XVI tiene una compañera de juegos que, aparentemente, también es enana, pero que de repente, y para consternación de todos, comienza a crecer. La solución que se le ocurre a la pequeña Ridolfi para solucionar semejante problema consiste en que su amiga pierda la vista y las piernas a la altura de las rodillas, de modo que nunca pueda ver la diferencia que existe entre ella y el resto del mundo y, así, no sufra por su gigantismo. En la actualidad, los Ridolfi siguen conservando la propiedad de la villa La Ricordanza, lugar en que tiene lugar la mencionada fábula, con sus paredes adornadas con estatuas de enanos. Asimismo, tanto el conde Ridolfi como su hermana Maddalena mantienen la tradición familiar. Ambos han conocido la experiencia de un matrimonio infeliz, pero, aun así, se empeñan día y noche en intrigar para conseguir la felicidad de Chiara y Salvatore. Ella parece «tan llena de esperanza y optimismo». Y él «no es una persona moderada» en el trato diario, pero sí un neurólogo muy querido que trata dolores cuyo origen no resulta fácilmente detectable.

II

Chiara es una chica guapa, aunque de una belleza poco convencional; una belleza más bien de tipo espiritual «fruto de un prolongado verano». Fitzgerald la compara con los ángeles de *La Visitazione*, de Pontormo, cuadro que se guarda en la iglesia de un pueblo situado cerca de Florencia y que la propia Penelope pudo contemplar *in situ*. En concreto, la figura en la que piensa al describir a Chiara es la de la izquierda de la pintura; la misma que se empleó para la portada de la primera edición de *Inocencia*. Algunos expertos consideran que se trata de la hermana menor de la Virgen (figura mítica inventada por la tradición cristiana). La hermana, o el ángel, tiene un rostro ovalado, liso, de piel translúcida y expresión seria. Sus ojos asimétricos miran hacia nosotros y, más allá de nosotros, en dirección a otros mundos. Se parece, muy llamativamente, a la que sería una Penelope más joven e

idealizada.

Una buena metáfora de lo inaprensible de este tipo de belleza que se manifiesta de adentro para afuera es la visita que Chiara hace al taller del famoso modisto Parenti, quien termina por afirmar: «no puedo coser para ella». Este episodio encuentra un equivalente en el capítulo de *La flor azul* en el que el artista contratado para pintar un retrato de Sophie, la musa y joven novia de Novalis, ha de abandonar su propósito porque le resulta imposible captar la esencia de una belleza tan particular. Solo se puede aspirar a alcanzarla como una especie de sabiduría mística. Por algo se dice que Penelope es «la dama del indicio de lo sublime».

III

Las últimas cuatro novelas de Penelope Fitzgerald, de la que esta es la primera, son novelas de ideas. Su calidad y profundidad resultan extraordinarias en ese sentido aunque, de la misma manera, podemos afirmar que, más allá de las ideas, son también novelas de amor y novelas sobre las familias que contemplan ese amor. En un nivel superficial no podemos hallar nada de tipo personal o autobiográfico en ellas y, sin embargo (como apunta Hermione Lee en su magistral biografía *Penelope Fitzgerald: A Quiet Life*, que se publicará en noviembre de 2013), adquieren buena parte de su resonancia a partir de los propios rasgos y expresiones de la autora, así como de los de quienes fueron las personas más próximas a ella. Penelope recoge esos gestos propios y ajenos y se los presta a sus personajes. Al igual que la relación mantenida entre Chiara y Salvatore, también su propio matrimonio fue apasionado y tormentoso. Se caracterizó en gran parte por la separación durante las primeras etapas, por un comienzo tardío y por una luna de miel que solo pudieron celebrar cinco años después de la boda. En su caso, las interrupciones vinieron propiciadas por el estallido de la guerra. Desmond, su marido, luchó heroicamente en el norte de África y en Italia, pero cuando regresó a casa, como les sucediera a otros muchos, se había convertido en una persona distinta. La maternidad también se retrasó, no solo por las circunstancias de la guerra, sino por varios abortos involuntarios. Todo ello afectó a Penelope de una manera clara y profunda, algo que se deja entrever en *El inicio de la primavera* así como en *Inocencia*. La casa de los Ridolfi en la ciudad de Florencia se encuentra en la Via Limbo, y ninguno de los nombres de la novela se ha elegido al azar. Siempre se ha considerado que el limbo era el lugar al que iban las almas de los niños que no habían vivido el tiempo suficiente como para ser bautizados. Es el lugar en el que se siente la mayor felicidad terrenal posible y el mínimo sufrimiento, pero allí nadie verá jamás a Dios. Así, esas almas infantiles viven en un perpetuo estado de inocencia.

Florence Green (cuyo apellido es la palabra que se emplea en el argot inglés para «inocente») comenta en *La librería*: «A veces pienso que el hombre y la mujer no son precisamente lo más adecuado el uno para el otro». Y el tempestuoso enlace amoroso entre Chiara y Salvatore parece venir a confirmar dicha opinión. Los dos personajes están casi siempre separados en la novela. Solo los vemos juntos en cuatro o cinco escenas que suelen concluir en desastrosos malentendidos y solo muy de vez en cuando en una unión apasionada y feliz. Su relación parece casi imposible debido a la constante confusión que domina a Salvatore, que no confía en sus propias posibilidades, y a que algo parecido le ocurre a Chiara. Pero al final se encuentran. Tras una alocada persecución por los campos en la que va primero uno delante y luego el otro, conduciendo una camioneta y una vespa, caen como por pura casualidad, como al azar, por fin el uno en los brazos del otro. Entran en La Ricordanza por la *limonaia*, con su «frío aroma verde ácido, el espíritu de los limones» y suben las escaleras de la casa abandonada, todo «oscuridad y penumbra». Solo se nos cuenta, con las palabras de *Vida nueva*, de Dante, que «Amore segnoreggiò la mia anima». Y luego, tres capítulos más adelante, que los encargados de mantener la casa en orden vieron cómo los amantes abrían las ventanas para ventilar las colchas blancas de verano «como unos niños que acabarían de gastar una broma».

IV

«Las personas inteligentes no son felices». Así resume Maddalena la compleja naturaleza de Salvatore, quien se ve acosado por un recuerdo de infancia: de niño, su padre le llevó a conocer al filósofo marxista Antonio Gramsci, ya moribundo, cuyas ideas políticas siempre habían inspirado su existencia. «La crisis de la modernidad», afirmó Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*, consiste precisamente en que «lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer. En este interregno aparece una gran variedad de síntomas mórbidos». Y Mussolini fue el más mórbido de todos. El filósofo de la forma democrática del comunismo había hecho campaña por «una Italia posible, en la que no existirían la pobreza ni los favores ni los sobornos», ideales que chocaban con la fuerza bruta del fascismo y que le llevarían a la cárcel con el propósito de silenciarle. No obstante, dichas ideas siguen en vigor hoy en día, como lo demuestra el hecho de que sus libros se sigan leyendo y comentando, y que esa «Italia posible» sea tan irreal como lo fuera siempre. Domenico, el padre de Salvatore, espera que su hijo más inteligente se vea inspirado por ese encuentro cara a cara con el gran hombre. También espera que Gramsci le dé algunos consejos acerca de cómo dirigir su educación. Y le desconcierta ver cómo Gramsci empieza a hablar

como un ser humano y no como un teórico acerca de la derrota y la desesperación de la cárcel, renunciando a lo doctrinario en favor de la cuestión individual hasta llegar incluso a recomendarle que su hijo aprenda latín (el paradigma de la distinción de clases, de claro tinte clerical), dejando a un lado, en consecuencia, el papel del intelectual del pueblo que ha de mantenerse fiel a sus pobres orígenes y promover las acciones necesarias para conseguir que la población avance y prospere.

Salvatore se ve inspirado por esa visita, pero justo en el sentido opuesto al que esperaba y deseaba su padre. Él, como niño, solo puede ver a un hombre enfermo, aplastado, y decide abjurar de la política y tratar lo tratable, es decir, ser médico. Además, el sufrimiento y la humillación de su padre le llevan a tomar la decisión de que «en cuanto pudiera, dejaría de depender emocionalmente de los demás». Quizá se deba a esta decisión temprana el que se convierta en un hombre que no acepta ningún tipo de ayuda, que se sorprende al oírse decir a sí mismo «estoy enamorado», que no sabe qué hacer con sus sentimientos y que se rebela contra la felicidad. Los aristocráticos Ridolfi representan, por definición, el viejo mundo. Son unos simples aficionados con un conocimiento limitado de la realidad, aunque también es justo decir que hacen gala continuamente de una enorme generosidad emocional. Salvatore es de los «nuevos»; pertenece a la próxima generación de profesionales idealistas, inseguros acerca de cuál puede ser su lugar en el mundo. Tanto él como Chiara son inocentes, pero sus inocencias chocan entre sí.

V

El primer proyecto italiano de Penelope, que la llevó a Florencia y que supuso el despertar de su fascinación por la ciudad y por sus habitantes, consistió en la preparación de un libro que trataría el tema del simbolismo de las flores en el arte sagrado primitivo. Dicho proyecto no llegó a buen término, aunque es muy probable que se transmutara en lo que más tarde sería *La flor azul*. No obstante, este estudio de las virtudes místicas que se les atribuyen a las plantas vendría a convertirse en *Inocencia*, en cuanto estudio de la esencia más íntima de un pueblo. Cuando Penelope sitúa a sus personajes en un escenario que no es el inglés, como puede ser, en este caso, Italia, comienza a escribir como una italiana y sus personajes italianos son más reales para ella que los de su misma nacionalidad. Los ingleses, en el extranjero, se encuentran como pez fuera del agua, lo que les hace profundamente cómicos. Sobreactúan su estilo inglés y captan muy pocas de las particularidades de su entorno. Tal vez constituya un rasgo muy peculiar del carácter insular inglés el que un británico nunca se vea a sí mismo como «el extranjero». (Un buen ejemplo de ello es el comentario de *lady Jones*: «Créeme que no hay nada en el mundo como el primer

hijo: estoy segura de que es siempre así... incluso en los países latinos»). Para ella, los pueblos mediterráneos son abiertos, naturales, instintivos y, por tanto, el prototipo del comportamiento humano en general, tan opuesto al carácter de los pueblos nórdicos, que resultan incomprensibles y que se expresan a través de acertijos indescifrables.

Como editora de la efímera pero prestigiosa publicación mensual de carácter cultural *World Review*, en los primeros años de la década de 1950, Penelope publicó distintas historias italianas neorrealistas de, entre otros, Cesare Pavese, Mario Soldati y Alberto Moravia. En la década de 1940, se encargó de hacer crítica cinematográfica para *Punch*, de la que por entonces era editor su padre, Evvoe Knox, y en *Inocencia* muestra su profunda familiaridad con el cine italiano realista, tanto en las referencias directas (nos encontramos en una época en la que aún no había televisión y el cine formaba parte de la vida diaria) como en su manejo cinematográfico de varias escenas: la boda de Chiara, el regreso de Salvatore a su polvoriento pueblo del sur y, de forma muy especial, la panorámica persecución automovilística que se produce desde la granja de Cesare hasta La Ricordanza.

Introduce en la novela una de sus habituales y sorprendentes digresiones. Estos paréntesis constituyen una de las características más propias de la estructura de sus obras, si bien resulta siempre complicado llegar a desentrañar la manera en que traza dicha estructura. En esta ocasión, se trata del debate cultural que se establece entre distintos novelistas (ficticios) representativos de las tendencias más modernas de la literatura de la época, que el conde Ridolfi recibe como regalo de otro de los miembros de su familia, el agregado cultural de la Santa Sede, monseñor Gondi. La conversación entre ellos se presenta de forma satírica, como una melé de monstruosos egos, pero la realidad es que las ideas que se van planteando a lo largo del debate son muy juiciosas. ¿Debe presentar el arte las verdades eternas de la naturaleza, en concreto, las que pueda considerar un campesino en el campo, o debe exponer, en cambio, los grados del vulgar consumismo de la burguesía contemporánea? Monseñor decide poner fin a la contienda de una manera pacífica, y para ello muestra a los presentes una pequeña estatua de terracota en la que aparece representado él mismo. Se trata de una pieza de Giacomo Manzù, el escultor comunista católico que enfureció a Mussolini con su famosa *Puerta de la Muerte* de la basílica de San Pedro, en la que, por su representación realista de la Pasión de Cristo, alude inequívocamente a la barbarie y al sufrimiento de la guerra. Penelope no nos aporta previamente estos datos, pero sí señala que su ideal del arte es aquel que combina el humanismo, la compasión y lo sagrado, y que es capaz de alcanzar al hombre común. Podemos llegar a la conclusión, por la descripción que hace de la estatuilla, de que no se trata de una obra inspirada en el personaje de monseñor ni tampoco de una figura de ficción; debía de tratarse de la estatua *El cardenal*, de Manzù.

VI

La primera parte de *Inocencia*, comparativamente más extensa, está repleta de esa euforia cargada de altibajos tan propia del amor joven. Penelope debe de estar entre los pocos escritores que, ya cumplidos los setenta años, podrían desear lanzarse a recuperar esa euforia del pasado. Ella solía lamentarse de no haber empezado a escribir a una edad más temprana, pero demostró que, por su energía y su optimismo, podía considerarse una escritora joven.

Sin embargo, en la segunda parte de la novela el tono se oscurece. Las fricciones y los desgastes de la vida adulta y del matrimonio comienzan a cobrarse su peaje.

Barney y Cesare se conocen en la boda de Chiara. El que su encuentro se produzca en semejante circunstancia no implica que la suya vaya a ser una relación de pareja feliz, cuya dicha corra en paralelo a la de la pareja principal, como sucedería en una comedia de Shakespeare. La suya es más bien la unión propia de una tragedia raciniana, es decir, la que trata la desgracia del amor no correspondido y en la que se presentan ramificaciones triangulares. Cada uno de ellos se ha enamorado de la persona incorrecta. Hemos conocido a Barney en la primera parte de la obra, en su papel de confidente de Chiara, como su mejor amiga del internado inglés. Para Penelope supuso un auténtico drama que la sacaran de su casa para mandarla a Wycombe Abbey (el Eton de las chicas), pero allí hizo amigas que conservaría durante toda su vida y que fueron un gran apoyo para ella en sus momentos más difíciles, tanto durante los años del colegio como posteriormente. Y en Barney puede reconocerse una combinación de todas ellas. Penelope, además, va a bautizar el colegio con el nombre de los Santos Inocentes, combinando así dos tipos de ironía: la del doble sentido inglés —completamente inocentes^[27]— y la de la propia idea de llamar al colegio con el nombre de los santos inocentes, que pone de manifiesto una especie de humor negro al sugerir que se va a producir una evidente masacre de la inocencia en su interior.

Barney anima a Chiara a que busque a Salvatore e incluso planea con ella cómo hacerlo, y la reprende más tarde, cuando Chiara se inclina a comportarse de una manera «rarita» y a darse por vencida. Barney se enamora del primo mayor de Chiara, el silencioso Cesare, que se ocupa de la viña de la familia Ridolfi en una soledad casi absoluta. La finca se llama Valsassina o terreno pedregoso. Es en ese lugar donde Chiara pasó los días más felices de su infancia. Es el lugar en el que se casa y en el que nació el propio Cesare «en el dormitorio grande del segundo piso», como nos hace saber monseñor. «Y espero que pueda morir plácidamente en esa misma cama [...] Todo un reproche a la insatisfacción y a la angustia de nuestra época». Dichas circunstancias nos llevan a pensar en Cesare Pavese, cuyo primer libro de poemas se titulaba *Lavorare Stanca* («trabajar cansa», lo cual no nos aclara si se trataba de algo bueno o de algo malo para el propio Pavese o para el Cesare de la

novela). Pavese incluye entre sus temas el de los placeres de la soledad y el del apego a la tierra natal, y probablemente terminó con su vida como consecuencia del fracaso de una relación amorosa carente de esperanza.

Cesare Ridolfi también alimenta un amor carente de esperanza. Pero no está enamorado de Barney. De una manera turbadora, mantendrá su pasión en secreto, y su inacción juega un papel ambiguo en el dramático desenlace de la novela, cuando Salvatore llega a Valsassina. Se presenta allí con la idea del suicidio en la cabeza ante lo que él interpreta como una clara intromisión de los Ridolfi en su matrimonio, cuando lo que ellos pretenden es ayudarlo y salvarle y, de nuevo, lograr que sea feliz. Pero solo Chiara puede salvarlo. Haciéndose eco de la frase de Samuel Beckett «No puedo seguir, seguiré», Salvatore clama: «¿Qué va a ser de nosotros? No podemos seguir así». A lo que Cesare responde: «Sí, claro que podemos seguir así. Podemos seguir exactamente así el resto de nuestras vidas».

Una voz que ya no es la de la inocencia, sino la propia de la experiencia.



La Visitazione,
según Jacopo Carucci (alias Pontorno)



PENELOPE FITZGERALD, de soltera Penelope Knox (17 de diciembre de 1916 – 28 abril de 2000), fue una novelista, poetisa, ensayista y biógrafa inglesa, ganadora del Premio Booker 1979.

Penélope Fitzgerald, de ideas independientes, era hija del editor del Punch, Edmund Knox, y sobrina del teólogo y escritor de novelas negras Ronald Knox, del criptógrafo Dilly Knox y del estudioso de la Biblia Wilfred Knox. En su familia, pues, había hombres de la iglesia y buena formación intelectual lo que repercutió finalmente, tras una vida agitada, en su tardía escritura: publicó su primer libro en 1975.

Fue educada en Wycombe Abbey y en Somerville College, de Oxford. A continuación, trabajó para la BBC durante la Segunda Guerra Mundial. En 1941, se casó con Desmond Fitzgerald, un soldado irlandés que conoció en una fiesta en ese año de guerra (y que moriría en 1976). De la unión nacieron un varón y dos hijas.

Cuando pudo independizarse de la familia, en la década de 1960, Fitzgerald enseñó en la Italia Conti Academy, que era una escuela de arte dramático, hasta los setenta años; además trabajó en una librería en Southwold, Suffolk, cuya experiencia novelará en un libro que será finalista del premio Booker. Durante un tiempo vivió en una casa fluvial sobre el Támesis. Escribía muy temprano o en la noche avanzada.

Inició la carrera literaria a los 58 años, en 1975, con la publicación de biografía de un pintor prerrafaelita, Edward Burne-Jones (1833-1898). Al año siguiente murió su marido, y en 1977 publicó *The Knox Brothers*, biografía de su padre y de sus tíos, en

la que ella misma en cambio no se menciona. Ese mismo año publica su primera novela, *The Golden Child*; policíaca y cómica; se desarrolla en un museo y se inspira en la manía por la tumba de Tutankamon que destacó por entonces. Luego, escribe otras novelas basadas en su experiencia directa: *La librería* (1978), finalista del Premio Booker y *A la deriva*, sobre su vida fluvial, que gana ese codiciado galardón en 1979. En *Human Voices* (1980) cuenta su vida en la BBC en tiempos de la guerra, mientras que *At Freddie's* (1982) recuerda su enseñanza en la escuela de arte dramático.

Tras publicar en 1984, la biografía del poeta Charlotte Mew (1869-1928), empezó a escribir novelas históricas. La primera fue *Inocencia* (1986), que se desarrolla en la Italia de 1950 y relata la relación amorosa entre la hija de un aristócrata empobrecido y un doctor comunista de una familia del sur. Antonio Gramsci (1891-1937), el teórico marxista, aparece como un personaje secundario.

Un extenso relato amoroso, *El inicio de la primavera* (1988), se sitúa en el Moscú de 1913, y aborda el mundo de antes de la revolución bolchevique a través de los problemas de un pequeño empresario británico que había nacido en Rusia. Fitzgerald había estado en Moscú en 1972, y conocía bien la literatura de ese país. *The Gate of Angels* (1990) gira en torno a un físico teórico de 1912 que trabaja en la Cambridge University y se enamora de una enfermera tras caerse de una bicicleta. Finalmente, *La flor azul* (1995), la última novela de Fitzgerald, se centra en la figura del poeta y filósofo del siglo XVIII Novalis; la autora había aprendido alemán y consultó fuentes primeras. Otras personajes históricos como Goethe o el pensador Friedrich von Schlegel, intervienen en el relato. El libro, aclamado como obra maestra, ganó el National Book Critics Circle Award 1997.

Notas

[1] Las salas de cine italianas de este período se dividían en salas de *prima*, *seconda* y *terza visione*. Los cines de *prima visione* estaban en las grandes ciudades, su público era de clase media y los precios de las entradas eran más elevados que los de *terza visione*, ubicados en las zonas rurales. En estos, la calidad de las películas era inferior, el programa solía cambiar todos los días y resultaba habitual que los espectadores llegaran tarde, hablaran entre sí o cambiaran de asiento durante la proyección. <<

[2] La *pietra serena* es una piedra compacta, de tonos grisáceos, típica de la arquitectura toscana y en particular de la florentina, muy utilizada en sus plazas y palacios renacentistas. <<

[3] El Carso constituyó una zona de enfrentamiento entre el ejército italiano y el austrohúngaro durante la primera guerra mundial. Los italianos eran superiores en número, pero su avance fue mínimo por la falta de apoyo de la artillería y por escasez de munición. <<

[4] Jacopo Carucci (1494-1557), más conocido como Jacopo da Pontormo, Jacopo Pontormo o simplemente Pontormo, fue un pintor italiano manierista, de la escuela florentina. Los ángeles a los que se refiere la autora son los de la parroquia de San Michele, en Carmignano, situada a unos veinte kilómetros al oeste de Florencia. <<

[5] Máquina de coser italiana. <<

[6] Antonio Gramsci (Ales, Cerdeña, 1891 - Roma, 1937). Intelectual y activista político que encabezó el grupo fundacional del Partido Comunista Italiano. <<

[7] Una caída a los tres años de edad le produjo a Antonio Gramsci una deformación de la columna que le impidió crecer, de modo que nunca superó el metro y medio de altura. No obstante, existe otra versión de su biografía que afirma que Gramsci sufría de tuberculosis osteoarticular, enfermedad que frenaría su crecimiento normal y que, poco antes de su muerte, le afectaría a los pulmones. <<

[8] El actor Larry Semon (1889-1928), protagonista de una serie de disparatadas comedias en las que aparecía con el rostro blanco, los ojos pintados de negro y una boca formada por una simple línea oscura, era conocido en Europa con distintos nombres: Ridolini en Italia, Zigoto en Francia y Jaimito o Tomasín en España. <<

[9] Campesinos. <<

[10] «Mayor dolor es el recuerdo / oí decir con tan vivos suspiros / que vivir en el amargo infierno». Es una composición de versos del poeta prerrafaelita Dante G. Rossetti y Dante Alighieri. <<

[11] UPIM (Unico Prezzo Italiano Milano) es una cadena italiana de tiendas, especializada en ropa para hombres, mujeres y niños, artículos para el hogar, cosméticos y perfumes. <<

[12] Seguridad social. <<

[13] El Topolino era el Fiat 500, un utilitario de los años treinta y cuarenta, anterior al famoso Fiat 600. <<

[14] Alusión a Romanos 3, 8. <<

[15] En inglés, gambas rebozadas. <<

[16] De *Vida nueva*, Dante Alighieri. Parte I, capítulo II. <<

[17] *Ragioniere*, contable. <<

[18] Revista semanal en la que se detalla la programación de la BBC. <<

[19] Uno de los barrios turísticos y comerciales más populares de Florencia. <<

[20] Escultor italiano (h. 1440-1491), discípulo de Donatello y maestro en la escuela de escultura de Lorenzo de Médici. <<

[21] La historia de amor de Ingrid Bergman y Roberto Rossellini llenó infinidad de revistas y periódicos, pero también levantó un gran escándalo porque ambos estaban casados cuando comenzaron su relación y tuvieron a sus hijos. <<

[22] Baúl destinado al ajuar nupcial, ya mencionado. <<

[23] Antonio Gramsci hablaba de «lorianismo» para referirse a la credulidad en que incurrían a veces los intelectuales. El término deriva del apellido del economista Achille Loria (1857-1943) quien, efectivamente, afirmaba que la moralidad y la civilización se desarrollaban mejor a cierta altura sobre el nivel del mar, por lo que propuso que las cárceles se construyeran en las montañas. <<

[24] Café al que se le añade un poco de alcohol. <<

[25] Versos de Adam Lindsay Gordon (1833-1870), político, escritor y jinete, considerado el poeta nacional de Australia. <<

[26] *Mrs Dale's Diary* fue el primer serial radiofónico importante de la BBC. Se emitió diariamente entre enero de 1948 y abril de 1969. <<

[27] En inglés: *Holly Innocents* y *wholly innocents* (santos inocentes y completamente inocentes). <<